LONGO

DAFNIS Y CLOE



AQUILES TACIO

LEUCIPA Y CLITOFONTE



JÁMBLICO

BABILONÍACAS

(RESUMEN DE FOCIO Y FRAGMENTOS)

INTRODUCCIONES, TRADUCCIONES Y NOTAS DE

MÁXIMO BRIOSO SÁNCHEZ

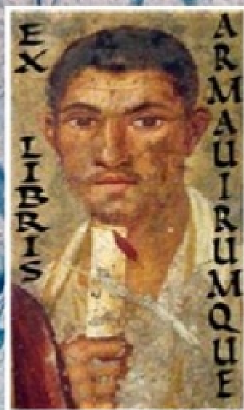
Y

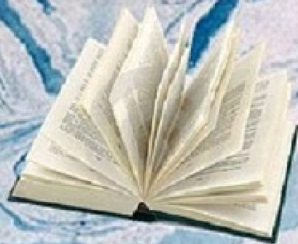
EMILIO CRESPO GÜEMES



EDITORIAL GREDOS


HABENT SUA
FATA LIBELLI


EX
LIBRIS
ARMAUIRUMQUE



Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., las traducciones de este volumen han sido revisadas por FRANCISCO ROMERO.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1997.

Las traducciones, introducciones y notas han sido llevadas a cabo por: MÁXIMO BRIOSO SÁNCHEZ (*Dafnis y Cloe* y *Leucipa y Clitofonte*) y EMILIO CRESPO GÜEMES (*Babiloníacas* [*Resumen de Focio* y *Fragmentos*]).

PRIMERA EDICIÓN, 1982.
1.ª REIMPRESIÓN.

Depósito Legal: M. 5058-1997.

ISBN 84-249-0858-9.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 1997.

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 56

AQUILES TACIO

LEUCIPA Y CLITOFONTE

INTRODUCCIÓN

1. *El autor*

Las primeras menciones de Aquiles Tacio son de época plenamente bizantina. Una noticia, aparentemente importante, como la que se lee en la *Suda*, que lo hace proceder de Alejandría, autor de otras obras de muy diverso carácter y, al final de su vida, cristiano e incluso obispo, no es, sin embargo, demasiado digna de crédito. El origen alejandrino podría ser meramente una conjetura, dada la importancia concedida a Egipto en la novela y la entusiasta descripción que Aquiles Tacio nos da de Alejandría al comienzo del libro quinto, aunque, por otra parte, en época moderna se ha sugerido que el nombre Tacio (Tatios) podría provenir del del dios egipcio Tat[1]. En realidad, el supuesto origen egipcio no es en absoluto improbable, si tenemos en cuenta el conocimiento que el autor demuestra tener de la zona del Delta y que también en los manuscritos se le designa como alejandrino. Respecto a su conversión y a su encumbramiento religioso, cabría que fuesen un simple elemento de la curiosa adopción que, desde fecha temprana, practicó el Cristianismo con nuestro autor y que llegó hasta el extremo de transformar a Leucipa y Clitofonte, sus principales personajes, en

[1] Cf. R. Helm, *Der antike Roman*, Gotinga, 1956², pág. 47.

padres de un santo, y considerar su novela un ejemplar panegírico de la virtud[2]. Y en cuanto a sus demás libros, apenas podemos sino conservar tal información, que hoy por hoy no admite comprobación alguna.

Durante bastante tiempo, *Leucipa y Clitofonte* fue considerada no sólo especialmente tardía, sino la última de las novelas del grupo griego conocido[3]. Aquiles Tacio habría imitado, incluso parodiado, a Heliodoro[4], por lo que debería ser posterior a éste, y de algún modo con él se extinguía el género de la novela griega antigua. Pero el descubrimiento de un papiro, publicado en 1914 (núm. 1250 de Oxirrinco), hizo retroceder esta fecha inadecuada, y la posterior aparición de un nuevo papiro, sacado a la luz por A. Vogliano en 1938, reforzó decisivamente la nueva situación cronológica. Hoy es muy raro el caso de un filólogo que sostenga para Aquiles Tacio una fecha posterior al siglo II de nuestra era y, en general, hay un cierto acuerdo en situarlo en la segunda mitad o a fines de ese siglo[5]. Sea como sea,

---

2 Cf. H. Dörrie, «Die griechischen Romane und das Christentum», *Philologus* 93 (1938), 273-276, y B. E. Perry, *The Ancient Romances, a Literary-historical Account of their Origins*, Berkeley, 1967, págs. 101 y 346 sig. (n. 4). Un testimonio interesante es el de *Antología Palatina* IX 203, epigrama atribuido tanto al Patriarca Focio como a León el Filósofo. Por otra parte, el paralelismo existente con la noticia semejante sobre Heliodoro (véase el vol. 25 de esta Colección, págs. 7 y sigs.) hace la referencia de la *Suda* doblemente sospechosa.

3 Para una autoridad como E. Rohde (*Der griechische Roman und seine Vorläufer*, Leipzig, 1914[3] [= 1960], págs. 502 sig. y 504), Aquiles Tacio habría imitado a Museo y debió de estar vinculado al grupo de épicos tardíos que conocemos, convencionalmente, como «Escuela de Nono», por lo que su fecha sería hacia mediados del siglo V d. C. Aun en las primeras décadas de nuestro siglo era corriente asignarle como fecha probable el final del siglo III (así, por ejemplo, Haight y Gaselee).

4 Esta tesis tuvo su principal exponente en D. B. Durham, «Parody in Achilles Tatius», *Class. Philol.* 33 (1938), 1-19.

5 Cf., en especial, sobre fechas más concretas (entre 172 y

aunque esto, quizás, resulte demasiado fácil de decir ahora, la lectura del texto debería haber sido ya para los estudiosos del XIX un importante argumento contra aquella fecha disparatada. Su relación con el ámbito cultural de la Segunda Sofística es, realmente, indiscutible.

De este modo, con la nueva cronología, Heliodoro se convierte de imitado en imitador, aunque las diferencias entre ambos escritores sean profundas. En cuanto a Longo y a pesar también de las diferencias, muy marcadas, su obra guarda en ciertos aspectos claras semejanzas con rasgos concretos de *Leucipa y Clitofonte*, por lo que no es, en absoluto, descarriado que ambos novelistas sean englobados dentro de una misma etapa de la novelística griega, que tiene en la profundización de las posibilidades del género y en su diversificación sus características esenciales. Así es como también puede explicarse, en el marco de su época, la visión crítica y distanciada que manifiesta Aquiles Tacio, en paralelo (aunque remoto) con la actitud aún más decididamente iconoclasta de un Luciano.

---

194) para la redacción de la novela, F. ALTHEIM, *Literatur und Gesellschaft im ausgehenden Altertum*, Halle-Saale, 1948, I, págs. 121 y sigs., con argumentos relativamente convincentes. J. SCHWARTZ, («Quelques observations sur les romans grecs», *L'Ant. Class.* 36 [1967], 536-552) considera a Aquiles Tacio casi contemporáneo de Luciano. Para PERRY (*The Ancient*... páginas 348 y sig., n. 12), la novela debió de escribirse «difícilmente después de la mitad del siglo II». Por otra parte, las leyes antipederásticas, que aparecen desde comienzos del siglo siguiente y que se han utilizado como dato para la cronología de Longo (cf. SCHÖNBERGER, en su edición, pág. 3), serían, en realidad, de más justa aplicación para la defensa de estas fechas tempranas en el caso de *Leucipa y Clitofonte*.

2. «*Leucipa y Clitofonte*»

Esta visión crítica y distanciada, a la que a menudo le ha sido aplicado el título de parodia[6], encaja justamente en esta fase de la novela, que puede calificarse de etapa sofística por el momento histórico en que se produce y por el comportamiento artístico de sus propios autores. En *Leucipa y Clitofonte* se rompen muchas de las que se presentan como normas del género en los textos precedentes. Por lo pronto, como en Longo, la convencional historicidad de un Caritón no desempeña papel alguno, y lo mismo ocurre con el también convencional retorno de una época lejana. El relato se nos ofrece, más bien, como referido a hechos contemporáneos del autor, no sólo porque le sean narrados por su héroe principal (Clitofonte), sino porque un episodio como el de los «Vaqueros», de tanto relieve en los libros tercero y cuarto, parece inspirado en un suceso real de su tiempo[7]. Una tesis como la de Grimal, expresada en el preámbulo de su traducción francesa, de que una primera redacción de la novela se ceñiría a «una época persa» (como en Caritón y Heliodoro), mientras que una segunda mano habría añadido la sección de las aventuras en Egipto, con el «anacronismo» de la descripción de Alejandría, etc., precisamente tomando como modelo a Heliodoro, no tiene, a nuestro modo de ver, verosimilitud alguna[8].

---

6 Aunque hoy no se piense, por supuesto, ya en una parodia de Heliodoro, sino en una actitud peculiar ante el género mismo de la novela anterior.

7 En la revuelta contada por Dión, *Historia Romana* LXXII 4, y ocurrida en el año 172. Sobre la importancia literaria de la innovación de Aquiles Tacio, cf. el comentario de Perry, *op. cit.*, págs. 111 y sigs.

8 Sobre el título de «sátrapa» y el de juez «de la estirpe real», véanse nuestras notas 208 y 304. En cuanto a la guerra

Por otra parte, el mundo descrito por Aquiles Tacio no es ya el de los altos personajes de la novelística precedente, sino, como en Longo, el de una burguesía adinerada. El género desciende así socialmente, y este descenso va acompañado de una pérdida considerable del idealismo que antes arrastraba. Aquiles Tacio nos hace entrar en mansiones burguesas de Tiro y de Éfeso, y vivimos con él la vida familiar de Clitofonte, lejos de toda pompa y solemnidad.

Ciertamente se da en *Leucipa y Clitofonte* el esquema básico de la novela griega tradicional: dos jóvenes amantes que pasan por múltiples peripecias en un viaje accidentado hasta alcanzar un final feliz. Leucipa y Clitofonte, igualmente, viajan por diversos lugares del Mediterráneo (oriental) y arrostran graves peligros hasta lograr, por último, su deseada unión. En la obra asistimos a un largo proceso, a intentos de seducción de ambos protagonistas y a la defensa tenaz de su castidad, se nos narran sueños premonitorios, leemos abundantes discursos, diálogos, monólogos y hasta algunas cartas (y textos legales), somos espectadores de batallas, etc., tal como en otras novelas. Pero, incluso en los aspectos más tradicionales, Aquiles Tacio aplica tratamientos propios, que hacen de su obra una de las novelas griegas de más personalidad.

2.1. Las relaciones entre los jóvenes protagonistas, con el cortejo de Leucipa por Clitofonte, ocupan una parte considerable de los dos primeros libros. Si bien Clitofonte se enamora de Leucipa nada más verla, al modo típico de la novela, Leucipa, en cambio, irá siendo conquistada paso a paso por su tenaz pretendiente, y todo ello furtivamente, puesto que al joven le prepara su familia una boda contraria a su voluntad. Es el

---

entre bizantinos y tracios (en la que Clitofonte —cf., en cambio, el papel de Quéreas en Caritón— no participa en absoluto), cf. también nuestra n. 17, igualmente de la traducción.

amor mismo, el enamoramiento y el cortejo erótico, lo que llena páginas y páginas, sin el toque fulminante y definitivo de Caritón y de Jenofonte de Éfeso. Aunque con un carácter distinto, sólo cabe hallar un paralelo relativo en Longo, en la prolongada dedicación al amor de sus adolescentes. La pasión que por Clitofonte siente Mélite, la dama de Éfeso tan bellamente pintada por Aquiles Tacio, llena otra amplia parte de la obra y adquiere un relieve inusitado en el género [9]. Igual ocurre con pasajes determinados, como el de la digresión sobre el amor en la naturaleza (I 16-18), o el de la discusión, al final del libro segundo, sobre los dos amores, en que, aunque pueda observarse un cierto sentido humorístico [10], también está patente el interés en el plano teórico por la materia. O con las persecuciones amorosas de que es objeto Leucipa por parte sobre todo de personajes como Cármides, Quéreas o Tersandro, y muy en especial con la historia de Calístenes, repartida entre los libros segundo y octavo y de la que cabe decir que encarna un amor caballeresco y de la más alta espiritualidad [11]. Por momentos Aquiles Tacio, como Longo, nos sumerge en la teoría platónica del amor y la belleza, y, en suma, en su novela el amor tiene un papel como jamás había logrado ni de lejos en las novelas anteriores [12], con la obligada excepción de Longo, y no

---

9 Frente a figuras de función aparentemente semejante, como la simple y violenta Manto de Jenofonte o la fugaz Licenion de Longo. Sobre Mélite, véase L. R. Cresci, «La figura di Melite in Achille Tazio», *Atene e Roma* 23 (1978), 74-82.

10 La comicidad que pretende encontrar E. Cizek (*Erotica Antiqua*, pág. 113) nos parece francamente exagerada. Un complemento importante de esta discusión son el *ars amatoria*, con que Clinias y Sátiro adoctrinan a Clitofonte, y los patéticos relatos de los amores desdichados de Clinias y de Menelao, que dan la vertiente pederástica del tema.

11 Cf. E. H. Haight, *Essays on the Greek Romances*, Nueva York, 1943, pág. 109.

12 En este punto, nos parece parcialmente errónea la opi-

digamos ya nada de sus incursiones en el terreno de la sensualidad.

2.2. Emparejada con esta complacencia en el tema erótico está su evidente profundización psicológica. Aquiles Tacio muestra su aprecio por esta materia también en dos niveles, teórico y práctico. Teóricamente, en los comentarios con que intenta explicar reacciones emotivas y que, si bien no nos evitan la impresión de ser clisés estereotipados y retóricos, demuestran, de igual modo, un enfoque de pretensiones realistas y no idealizadoras. Y prácticamente, en el comportamiento de sus personajes. Se ha de conceder, sin duda, que sus protagonistas son seguramente tan esquemáticos y pasivos, en líneas generales, como los de las otras novelas, pero, esporádicamente, revelan una vida propia: así, cuando Clitofonte y Leucipa parten de Tiro, no de resultas de un oráculo (cf. Jenofonte de Éfeso) ni por una serie de accidentes azarosos (cf. Caritón), sino como un recurso personal motivado por razones psicológicas [13]; o cuando Leucipa se revuelve contra Sóstenes y Tersandro [14]. Y, en el plano de los personajes secundarios, con la figura del propio Tersandro y, sobre todo, con el ya citado papel de Mélite, uno de los más humanos y convincentes de la novela griega entera. Por

---

nión de Haight, *op. cit.*, pág. 112, de que Aquiles Tacio (frente a Caritón) habría traspasado el interés por el amor y el culto a los incidentes y las aventuras.

[13] Cf., por extenso, todo el contexto desde II 23 hasta 30, y, en especial, las razones de Leucipa. Objetivamente, el secuestro de Calígona ha resuelto en ese momento la previa imposibilidad de unirse los protagonistas (aunque Aquiles Tacio no olvida la obligada decisión de los padres de la joven —cf. V 11, 1 s.), pero la deplorable situación creada por la aparición de Pantea en el dormitorio precipita una reacción desesperada de los personajes más afectados (véase B. P. Reardon, *Courants littéraires grecs des IIe et IIIe siècles après J.-C.*, París, 1971, pág. 363).

[14] VI 12 s. y 18-22.

otra parte, merece observarse que los personajes de Aquiles Tacio son coherentes consigo mismos a lo largo del relato, sin que encontremos comportamientos de discutible unidad como los tan criticados en el caso, por ejemplo, del Quéreas de Caritón.

2.3. La profundización psicológica, indiscutible, va a su vez emparejada, como hemos dicho, con ciertas pretensiones de realismo. Cabría, incluso, hablar de realismo crítico, con una calificación más matizada y comprensiva de lo que otros llaman comicidad o parodia. Por lo pronto, Aquiles Tacio muestra unos pruritos de intelectual que no se encuentran (o no tienen el mismo sentido) en Caritón y en Jenofonte. Esta postura explica el distanciamiento con que trata su propio tema, sus reservas religiosas, la pérdida o disminución del idealismo (hecha la salvedad de la historia romántica de Calístenes), la tolerancia con que acepta las debilidades humanas e, incluso, sus ironías a costa del género novelesco. Si bien, por ejemplo, Leucipa defiende su castidad hasta arriesgarse a ser torturada, como una heroína digna de Heliodoro, Clitofonte accede, finalmente, a los deseos amorosos de Mélite, con una única infidelidad luego silenciada[15] y, por parte del autor, con una evidente humanización de la rigurosa moral de la tradición novelesca. De la misma virginidad de Leucipa, otros personajes (hasta su propio padre) se atreven a dudar[16], y estas dudas no dejan de corresponder, en cierto modo, a las razonables reservas de cualquier lector imparcial, dada la calidad de las manos por las que Leucipa va pasando en el curso de sus aventuras.

---

15 Exactamente igual que ocurre en Longo respecto al encuentro entre Dafnis y Licenion. Pero las diferencias entre ambos episodios en las dos novelas son muy grandes.

16 Cf. VIII 6, 15 y 7, 3 ss., así como las palabras de Sóstrato en VI 21, 3, VIII 1, 2 y 3, 3, y el discurso de 8, 1 ss.

El realismo se manifiesta, igualmente, en la observación de los detalles, en la minuciosidad del relato [17], que, si bien en un determinado nivel puede ser interpretada como un rasgo de estilo, en otro revela una tendencia personal a la exposición de datos descriptivos y a la rememoración de múltiples menudencias, y, en un tercer nivel, una conciencia pragmática del mundo. Piénsese, por ejemplo, en la cuidada descripción de los lugares ocupados por los comensales en I 5, del jardín en I 15, del ajuar de Calígona en II 11, 2 ss., del plano del departamento de las mujeres en II 19, 3 ss., de la tormenta y el naufragio al comienzo del libro tercero, de los prolijos preparativos para el falso sacrificio de Leucipa en III 2 ss., del escenario del último combate con los Vaqueros (IV 11 ss.), etc., por no hablar de las numerosas y pormenorizadas digresiones con que se va jalonando la narración.

Pero aún hay más. El realismo de Aquiles Tacio progresa todavía más en la dirección de lo que podría haber sido una novela naturalista, cuando por dos veces (V 7, 1 y 18, 1) algunos de sus personajes pretextan urgencias corporales para alejarse de los demás o cuando (IV 7, 7 ss.) se recurre a la menstruación para salvar la virginidad de Leucipa.

2.4. A la vez que nuestro autor explora, sin duda inspirado por la comedia, las posibilidades de un nuevo tipo de novela, también impone en su obra un alejamiento considerable respecto a la religiosidad en que el género estaba inmerso y que halla en Longo y Heliodoro sus más fieles paladines. De ahí que no se pueda exteriorizar sino una profunda sorpresa, tras una lectura de la novela, ante una idea como la expuesta por

---

[17] Cf. el detallado estudio de T. HÄGG, *Narrative Technique in Ancient Greek Romances. Studies of Chariton, Xenophon Ephesius and Achilles Tatius*, Estocolmo, 1971, sobre todo páginas 209 y sig., que, entre otros aspectos, insiste en este punto.

R. Merkelbach[18], según el cual *Leucipa y Clitofonte* sería un trasunto o paralelo alegórico nada menos que del mito de Isis, al igual que la novela de Jenofonte de Éfeso.

Aquiles Tacio acepta, sin duda, una serie de convenciones religiosas del género, como son los oráculos o los sueños premonitorios, el poner aquí o allá el nombre de Eros, de Afrodita, de Ártemis[19], de Heracles o de Dioniso; o el admitir en el relato la presencia de unas ordalías[20]; es decir, elementos en gran parte de simple tradición literaria y, en parte, muy cercanos a la religiosidad popular o, incluso, a la mera superstición. Y, nó obstante, la obra manifiesta, a pesar de todos estos ingredientes, tal frialdad ante el fenómeno religioso, un tono tan forzado y secundario de sus esporádicas apariciones, que es de todo punto imposible no percibirlo. La tutela a que los dioses (por no hablar de la Fortuna) someten a los héroes de otras novelas es aquí, generalmente, remota u olvidada, o se la alude en momentos determinados sin que en el fondo suela acarrear demasiadas consecuencias. Y ni siquiera se le dedica a Ártemis (o a Afrodita o a Eros), al final de la novela, la habitual plegaria de acción de gracias.

En suma, en esta novela se respeta, hasta cierto punto, el aparato religioso que el lector contemporáneo seguramente esperaba encontrar y cuya desaparición radical hubiese resultado escandalosa, pero no exis-

---

18 *Roman und Mysterium*, Munich-Berlín, 1962, págs. 337 y siguientes, en especial.

19 Diosa con un papel más relevante (sin que domine, en absoluto, en el relato), explicable seguramente por la importancia de su culto en Éfeso. Es ella la que impone el aplazamiento de la unión de los protagonistas, y en su templo halla asilo Leucipa.

20 Sobre este tema, cf. R. M. Rattenbury, «Chastity and Chastity Ordeals in the Ancient Greek Romances», *Proc. Leeds Phil. Lit. Soc.* (*Lit. Hist. Section*) 1 (1926), págs. 59 sigs.

te o, al menos, no es fácil de discernir, sin el recurso a la discutible alegoría, un sentimiento religioso. En ocasiones se introducen también elementos mágicos, pero, en realidad, para hacer entrar en juego una franca parodia de esta clase de prácticas [21]. La misma mención de Eros en I 2, que da un punto de partida que se esperaría fuera semejante al de otras novelas, con el dios como rector de la acción, en Aquiles Tacio no tendrá continuidad. Tampoco asistimos, fuera de las dos citadas ordalías, a prodigios como los que se leen en Jenofonte de Éfeso o en Longo. Los hechos suceden en un nivel humano [22], laico por lo general, y hasta la figura del sacerdote de Ártemis, de tan destacada intervención en los dos últimos libros, no tiene de sacro más que el cargo, y, todavía más, sus palabras durante el juicio contra Tersandro representan uno de los momentos más procaces de la obra.

3. *Fuentes literarias. Técnica y estilo*

Por supuesto, Aquiles Tacio escribe su novela contando con la previa existencia de un género que ya había tenido cultivadores destacados y que presentaba unas líneas maestras bien definidas. Pero ya hemos visto que, respecto a estos antecesores, su actitud es de una gran independencia. Cuenta, asimismo, con otros géneros de los que tomar expresiones e ideas, y también, en la selección de estas otras influencias, manifiesta una postura relativamente propia. Como era de esperar, se leen en él citas y reminiscencias homéricas [23] y hesiódicas, pero en número no demasiado ele-

---

21 Cf. la falsa resurrección de Leucipa en III 17 s., y los falsos poderes de la protagonista en V 22.

22 Cf. Reardon, *Courants...*, págs. 359 y sigs.

23 Cf. L. R. Cresci, «Citazioni omeriche in Achille Tazio», *Sileno* 2 (1976), 121-126.

vado, así como otras, también de origen poético e, incluso, algunas de obras que no nos son conocidas[24]; hay bastantes recuerdos platónicos y ciertos ecos de Heródoto y Jenofonte. Se encuentran posibles influjos de Luciano[25] y, desde luego, multitud de noticias extraordinarias que deben proceder de libros de temas paradoxográficos.

Es, sin embargo, el teatro una de sus mayores fuentes de inspiración, y muy en especial la comedia, que no sólo le sugiere situaciones, discursos y juegos de palabras, sino que sustenta espiritualmente una de las facetas más notables de la novela. Aristofánicas son, por ejemplo, varias de las referencias literarias del catálogo de los vinos de II 2, 2. Y el lenguaje del teatro, al que es casi tan aficionado como Heliodoro, le suministra dichos y giros frecuentes.

También el campo de la fábula es muy atractivo para nuestro autor, que incluso es posible que haya elaborado por su cuenta alguna de las que nos ofrece[26]. E, igualmente, se encuentran entre sus supuestas fuentes textos cuya relación con Aquiles Tacio no es fácil describir: nos referimos, en particular, a la curiosa «cita» de San Pablo en VIII 3, 1, aún sin esclarecer, pero que pudo redundar en favor de la asimilación cristiana del novelista a la que ya nos hemos referido[27].

3.1. Hemos señalado anteriormente que el talante de Aquiles Tacio es el de un típico intelectual. Su no-

---

[24] Véanse las notas 280 y 285 de la traducción.

[25] Cf. J. Schwartz, «Achille Tatius et Lucien de Samosate», *L'Ant. Class.* 45 (1976), 618-626, que sospecha influencias muy concretas en el episodio del falso sacrificio de Leucipa.

[26] Cf. n. 117 de la traducción.

[27] No sabemos, por no conocer directamente su texto, en qué sentido compara M. Smith a Aquiles Tacio, II 2 (Dioniso y el origen del vino), con *Evang. de Juan* II 1-11 (milagro de Caná), en *S. W. Baron Jubilee Volumen... ed. by S. Lieberman and A. Hyman,* Jerusalén, 1975, págs. 815-829.

vela no sólo busca un lenguaje elaborado y de claros moldes retóricos, sino que responde a un plan esmeradamente trazado, aunque nos tememos que su complejidad ha desbordado al propio autor, que deja sueltos una serie de detalles que, al menos para el crítico, son fácilmente observables, aunque seguramente no tanto para un lector apresurado.

De un lado, encontramos una línea argumental básica, en la que se pueden discernir varias etapas: las relaciones entre Leucipa y Clitofonte, sus viajes y peripecias, hasta el desenlace final. Sobre esta línea convergen otras varias menores, que corresponden a historias secundarias: la de Clinias y Caricles en el libro primero, la de Calístenes y Calígona entre los libros segundo y octavo, y la del egipcio Menelao en el segundo. Las tres están hábilmente insertadas en el argumento central y, sobre todo, la de Calístenes incide de pleno en su desarrollo. La funcionalidad de las otras dos es menos visible, pero ambas tienen mucho en común: son relatos de amores pederásticos y, en las dos, la pérdida del amado deja, en su desamparo, disponibles a los jóvenes Clinias y Menelao para asociarse a la empresa principal y entregarse a una amistad sin condiciones [28].

Junto a las historias secundarias están las numerosas digresiones con que Aquiles Tacio adorna y demora el relato y que responden a todos los tipos imaginables: descripciones de cuadros [29] y otros objetos artísticos, de animales exóticos, de fenómenos curiosos y extraordinarios, de paisajes y lugares concretos, na-

---

[28] Creemos que pocos personajes de la novela griega expresan mejor que éstos dos el desarraigo humano y social tan finamente comentado por REARDON (*Courants...*, págs. 341 y sig.).

[29] Cf. E. C. HARLAN, *The Description of Paintings as a Literary Device and its Application in Achilles Tatius*, tesis doct., Univ. de Columbia, 1965.

rraciones míticas (a veces, con carácter etiológico)[30], etcétera. Es cierto que la mayoría de estas digresiones no tienen otro valor que el estético o, en todo caso, el informativo y que responden tanto a una moda como a unas claras aficiones retóricas, pero otras, a pesar de todo, tienen un lugar en la línea argumental, y de esto son evidentes muestras el sentido premonitorio de los cuadros sobre el rapto de Europa (I 1)[31] y el mito de Filomela (V 3), el marco amoroso que representa el jardín descrito en I 15 o el estímulo erótico de los temas referidos en I 16 ss., la trampa en la isla de Faros (V 6), las explicaciones acerca de la gruta de la siringa y del agua de la Estigia (VIII 6 y 12), etc.

En ciertos casos, la funcionalidad responde sólo al comienzo de la digresión (o de la cadena de digresiones), como ocurre, por ejemplo, con el oráculo de I 4 o con el citado cuadro de Filomela, que recibe un desarrollo suplementario en V 5. Pero de todos modos la novela ofrece con gran frecuencia un aspecto de miscelánea que, si bien seguramente era atractivo para el lector antiguo, no lo es, en general, para el moderno y ha colaborado a provocar muchos de los juicios adversos que esta obra ha recibido[32].

En una alta proporción, la novela está constituida por diálogos, monólogos y discursos, estos últimos, a

---

30 Para el estudio de algunas de estas digresiones, cf. H. ROMMEL, *Die naturwissenschaftlich-paradoxographischen Exkurse bei Philostratos, Heliodoros und Achilleus Tatios*, Stuttgart, 1923. Es importante señalar que, al igual que ocurre con los «comentarios» (véase luego), las digresiones disminuyen visiblemente en la parte final de la obra.

31 Éste determina el papel de Eros en la novela y sirve de pretexto para la intervención de Clitofonte. Su descripción tiene una función paralela a la del preámbulo de LONGO.

32 Seguramente, éste era un rasgo común con algunas otras novelas, que hoy no podemos leer directamente, en concreto, las de su (quizás) contemporáneo Jámblico y Antonio Diógenes.

veces, de una extensión que contrasta, sobre todo, con la brevedad modélica de Longo. Y una parte no pequeña se cubre con prolijos comentarios del narrador, cuyo fin aparente suele ser la pretensión de explicar o justificar reacciones psicológicas, pero que, evidentemente, implican un deseo de mostrar el tesoro de sabiduría y de experiencia que el autor cree poseer.

En la compleja trama de la obra existe, por otro lado, un afán de mantener al lector con el ánimo suspenso y lleno de interrogantes. Así, las historias de Clinias y de Calístenes se dividen en dos partes, quedando las dos mitades del segundo relato nada menos que a casi seis libros de distancia; tras el naufragio narrado al comienzo del libro tercero, no reaparecen con vida Clinias, Menelao y el esclavo Sátiro hasta bastante después y aun de modo escalonado; las dos falsas muertes de Leucipa, a que asistimos en la primera mitad de la novela, no se revelarán como tales en el momento mismo en que tienen lugar, postergándose el descubrimiento de la falsedad de la segunda durante un plazo suficientemente largo como para que la situación de Clitofonte haya cambiado de modo importante. Es ésta la razón, además, de que en el último libro el autor se vea forzado a rellenar diversas lagunas con los relatos suplementarios de Leucipa y de Sóstrato[33].

La obra tiene una clara distribución de sus ocho libros en cuatro pares[34], de manera que los dos primeros tienen por núcleo el cortejo erótico de Leucipa por Clitofonte; los libros tercero y cuarto, el naufragio y la mayor parte de las aventuras egipcias; los dos si-

---

33 En realidad, en III 19-22 hay también ya relatos suplementarios semejantes.

34 Cf. el análisis de D. SEDELMEIER, en «Studien zu Achilleus Tatios», *Wien. Stud.* 72 (1959), 113-143. Otros dividen la novela en tres partes: la primera hasta III 12, la segunda hasta V 18 y la tercera hasta el final.

guientes giran en torno a las figuras de Mélite y Tersandro, con sus pasiones como motores de la acción, y los dos finales, en torno al proceso y las ordalías que imponen el desenlace. Sólo en los libros quinto y sexto se dan las típicas líneas paralelas, por las que los episodios correspondientes a Leucipa y a Clitofonte forman dos cadenas relativamente separadas (con Tersandro como elemento de engarce)[35].

Prácticamente toda la novela, salvo el breve preámbulo, está narrada en primera persona, por boca de su protagonista Clitofonte, lo que supone una novedad radical en las novelas griegas conocidas y (aunque sólo en apariencia realmente) arrastra una mayor complicación cuando se introducen los relatos de otros personajes. Pero de hecho, salvo en la persistente primera persona y en una peculiar perspectiva no siempre mantenida, las diferencias con la narración habitual de las otras novelas son apenas perceptibles[36]. En la narración de Clitofonte se da una omnisciencia[37] comparable a la de las otras narraciones «de autor» de los restantes novelistas, tanto si se trata de sucesos externos como de procesos internos de los personajes, y los «comentarios» ya señalados son, evidentemente, los que corresponderían al autor y no a su protagonista. El aspecto puramente técnico del relato en primera per-

---

35 Cf. las observaciones de Hägg, *Narrative Technique...*, págs. 178 y sigs. Ni en Aquiles Tacio ni, como ya sabemos, en Longo se encuentra la prolongada separación (narrativa) de los amantes de otras novelas. Dejamos de lado, por supuesto, el tiempo cronológico, puesto que en *Leucipa y Clitofonte* este último pasa más de seis meses con la creencia de la muerte de su amada (cf. V 8, 2).

36 La importancia mayor que, sin duda, tiene la figura de Clitofonte en la novela no es seguro que se deba, esencialmente, a este hecho especial.

37 Cf. Perry *The Ancient Romances...*, págs. 111 y sigs., y Hägg, *op. cit.*, págs. 124 y sigs.

sona no tiene, pues, las consecuencias que serían de esperar y, hasta tal punto pierde su relevancia a lo largo de la obra, que el novelista parece haberlo olvidado cuando aquélla termina y su narración y la de Clitofonte concluyen de modo simultáneo, sin que este descuido nos obligue, en absoluto, a considerar el texto como inacabado. La escena inicial carece de remate al final de la novela, aunque este desliz no conlleva la menor fractura del argumento, ni se echa en falta, en realidad, de manera especial un final más lógico[38].

3.2. El estilo de Aquiles Tacio ha sido objeto de ciertas críticas por parte de especialistas tan notorios como Norden y otros. No obstante, hoy, al haber quedado su obra enmarcada cronológicamente en el ámbito de la Segunda Sofística y haberse precisado más correctamente su situación respecto a los otros novelistas, es posible dar un juicio más prudente y menos desfavorable también en este terreno. Es cierto que un lector actual puede hallar monótonas y hasta insufribles algunas páginas de excursos, comentarios y discursos, pero también es cierto que, incluso estos momentos de máxima exacerbación retórica, tienen su interés para un lector atento y, no digamos, para el estudioso de la literatura de aquella época.

Por lo pronto, en Aquiles Tacio hay que distinguir esta vena profundamente retórica, que suele tener su mayor pecado en la falta de brevedad, y, sobre todo, si se insiste en la comparación con Longo y sus textos narrativos, que son por lo general ágiles y entretenidos. El tono ligero, casi de comedia, de bastantes escenas ayuda a saborear algunos de los episodios mejor narrados de la novela antigua.

---

38 Algo distinto es que la novela tenga un tono precipitado en su última página sobre todo, por más que no esté a nuestro alcance conocer la causa.

Se le ha calificado con frecuencia de pedante, como si su época, casi en bloque, no lo fuese, pero no se ha de olvidar su elegancia estilística. Se ha hecho hincapié negativamente en su prolijidad, en sus abundantes juegos de palabras, en su abuso de los sinónimos y las reiteraciones, pero debe tenerse presente que todo ello arranca de una barroca propensión a la exuberancia que ha de aceptarse críticamente como uno de los rasgos más acusados del estilo del autor.

Por otra parte, en relación con esta misma propensión, se ha de ver otra nota sobresaliente de su forma artística en la espectacularidad, en la teatralidad y el tremendismo, si se quiere, con que están imaginadas ciertas escenas[39], entre las que destacan el sueño de Clitofonte, en I 3, 4, y el de Pantea, en II 23, 5, o la lucha por apoderarse de la chalupa en el naufragio (III 3 s.), así como las dos primeras muertes aparentes de Leucipa y su ataque de enajenación (III 15-18 y V 7; IV 9).

4. *Valoración posterior e influencia. Traducciones*

Los hallazgos de papiros demuestran una alta popularidad de Aquiles Tacio, seguramente desde el momento mismo en que su novela apareció. Y tenemos huellas palpables de su influencia sobre autores del final de la antigüedad como los cristianos Gregorio Nancianceno y el Pseudo-Eustacio, o como Aristéneto y los poetas épicos Nono y Museo. En la literatura bizantina son Aquiles Tacio y Heliodoro los novelistas con mayor prestigio y repercusión. El primero es bien

---

[39] Sin que podamos seguir en detalle la historia del tema, es evidente que en algún momento de la evolución de la novela griega se introdujo el gusto por las truculencias, que parecen tener representantes notables en Aquiles Tacio y Loliano.

conocido entre los siglos IX y X, expresiones suyas entran a formar parte de colecciones gnomológicas y no sólo lo imitan los novelistas cultos del siglo XII (Nicetas Eugeniano, Constantino Manases, Teodoro Prodromo y, sobre todo, Eustacio Macrembolita), sino que también en la epopeya *Digenis Acritas* se encuentran ecos evidentes de *Leucipa y Clitofonte.* Si en algún punto cedía Aquiles Tacio ante Heliodoro a los ojos de los lectores bizantinos era en el de la moralidad.

Durante los siglos XVI y XVII vuelve a estar *Leucipa y Clitofonte* entre las novelas griegas favoritas desde su traducción al latín y, posteriormente, a varias lenguas modernas. Este interés se manifiesta, incluso, en el número de manuscritos del texto griego que se copian durante el siglo XVI. Su presencia es evidente, aunque menor que la de Heliodoro, en una obra tan significativa como la *Arcadia* de Sidney, y, en la lengua castellana, aunque sea a través de la obra de Dolce (*vd.* después), en la imitación que de los cuatro últimos libros realizó en forma, en parte, de paráfrasis y, en parte, de traducción Alonso Núñez de Reinoso en su *Historia de los amores de Clareo y Florisea y las tristezas y trabajos de la sin ventura Isea, natural de la ciudad de Efeso* (Venecia, 1552), que, a su vez, habría de influir profundamente en el *Persiles y Sigismunda* cervantino[40]. Después, la trayectoria moderna de Aquiles Tacio sigue un curso descendente, como en general lo sigue la novela de tipo bizantino (el caso de Longo es distinto, como se sabe), con una progresiva pérdida de atractivo para los lectores y, sobre todo, en el siglo

---

40 Cf. M. Menéndez y Pelayo, *San Isidoro, Cervantes y otros estudios,* Buenos Aires, 1944², pág. 95, y *Orígenes de la novela,* II (Ed. Nac.), Santander, 1943, págs. 70 y sigs. Sobre Reinoso, véase F. López Estrada, *Los libros de pastores en la literatura española,* Madrid, 1974, págs. 353 y sigs.

pasado, una actitud críticamente negativa de una parte al menos de los filólogos.

4.1. El número de traducciones que pueden citarse de Aquiles Tacio es relativamente elevado. Baste mencionar, para la etapa inicial del conocimiento de su novela en Europa, la primera, al latín, de Annibale della Croce (1544), incompleta, a la que siguió otra ya completa del mismo traductor en 1554, luego reproducida en diversas ediciones, entre las que se incluyen las de Salmasius y Jacobs; la (sólo parcial) primera en francés de C. Colet (1545), a la que siguieron las ya completas de J. de Rochemaure (1572) y de B. Comingeois (seudónimo, tal vez, de F. de Belleforest), de 1575; la primera (también parcial) al italiano en los *Ragionamenti Amorosi* de L. Dolce (1546), realizada sobre la primera latina de Della Croce, así como la ya completa de F. A. Coccio, de 1551, y que ha alcanzado multitud de reimpresiones; la pionera en lengua inglesa, de W. Burton (1597); la primera conocida al castellano, obra de Diego de Ágreda y Vargas, que se demoró hasta 1617[41]; la primera al alemán, de 1644 (anónima), etcétera. Con posterioridad, aunque sin esta profusión, no faltan las traducciones de *Leucipa y Clitofonte*, pudiendo mencionarse las inglesas de A. Hodges (1638) y de R. Smith (1848), las francesas de L. A. du Perron de Castera (1733), de C. Zevort (1856) y de A. Pons (1880), o las alemanas de D. C. Seybold (1772) y de F. Ast y G. Guldenapfel (1802).

Hoy están al alcance del lector culto unas cuantas traducciones en lenguas accesibles, como son la inglesa

---

[41] Unos fragmentos de una traducción de QUEVEDO, hoy perdida y que el propio autor cita en su *Anacreón castellano*, están recogidos por MENÉNDEZ PELAYO en sus *Orígenes...*, II, págs. 73 y siguiente (n. 3). También se nos ha perdido la que, con el título de *Poema jónico* o *Historia épica griega* (basada en la versión latina de DELLA CROCE), escribiera JOSÉ PELLICER.

de S. Gaselee, en su edición bilingüe, que luego citaremos; la italiana que se lee en el volumen *Il Romanzo classico* (1958) editado por Q. Cataudella, y la francesa de P. Grimal, de la misma fecha. Esta última, como su propio autor reconoce, sigue de cerca la versión de Gaselee, mejorándola en ocasiones, pero en otras cometiendo deslices y creando lagunas inexplicables. En castellano, que sepamos, además de la ya mencionada de Diego de Ágreda, lógicamente anticuada, sólo está disponible la muy poco recomendable de J. B. Bergua (1965), tan fiel a la de Grimal que hasta reproduce (además de acrecentarlos) sus errores.

5. *Transmisión del texto. Ediciones*

Conocemos *Leucipa y Clitofonte* por un buen número de manuscritos y, afortunadamente, también por la parcial aportación de varios papiros[42], tan importantes como ya se ha visto para la cuestión de la cronología. Los manuscritos son en su mayoría tardíos, del siglo XVI, y, además, sólo aproximadamente la mitad ofrece el texto completo. Los más antiguos son el *Vaticanus Graecus 1349*, del siglo XII, y el *Marcianus Graecus 409*, *Laurentianus conv. soppr. 627* y *Vaticanus Graecus 114*, del XIII. Las diversas familias de manuscritos pueden proceder de un arquetipo del siglo IX o, tal vez, de fecha anterior.

Entre los manuscritos y el notable testimonio que constituye uno de los papiros, el número 1250 de la colección de Oxirrinco, existen importantes diferencias respecto al texto, pero aún es más llamativo el distinto orden ofrecido: en el papiro citado los capítulos 2 y 3 (1-2) del libro segundo aparecen copiados entre los ca-

42 Cf. detalles en la edición de VILBORG, págs. XV y sigs.

pítulos 8 y 9 del mismo libro. Tal diferencia ha provocado diversas tentativas de explicación: o bien se trata de una mera transposición en el curso de la historia del texto (a los que se inclina, en principio, Vilborg)[43] o bien hubo realmente dos versiones[44], lo que parece más discutible, con una posterior al propio novelista y obra de algún desconocido retocador. Y no han faltado, incluso,. quienes hayan sugerido que fue, precisamente, esta remodelación la que introdujo el tono paródico ya comentado, teoría que se nos antoja muy poco verosímil dada la indiscutible unidad que la novela refleja.

5.1. La edición príncipe de *Leucipa y Clitofonte* apareció bastante después de que, a través de diversas traducciones, la obra fuese conocida de los lectores europeos. En realidad, según parece, el humanista F. Orsini planeaba llevar a cabo la empresa poco después de mediados del siglo XVI, pero no llegó a realizarla y la edición se retardó hasta 1601[45]. Tras esta primera edición, de muy baja calidad, el francés C. Saumaise (Salmasius) imprimió otra, bastante mejorada y con comentario, en 1640, siguiendo a ésta las de B. G. L. Boden (1776), C. G. Mitscherlich (1792) y, al fin, la de F. Jacobs (1821), que, durante muchos años, ofrecería el mejor texto disponible de Aquiles

---

43 Página XLII de su edición. Véase también F. CONCA, «I papiri di Achille Tazio», *Rend. Ist. Lomb.* 103 (1969), 649-677. Para C. F. RUSSO («Pap. Ox. 1250 e il romanzo di Achilles Tazio», *Atti Acc. dei Lincei* 10 [1955], 397-403), el papiro ofrece un texto torpemente abreviado frente a la tradición manuscrita.

44 Cf. antes, § 2. Es la tesis, por ejemplo, de J. SCHWARTZ, «Achille Tatius...»: una anterior al año 171 (es decir, a la revuelta de los Vaqueros) y otra después de esa fecha. Es interesante señalar que, ya mucho antes de que apareciese el mencionado papiro, Salmasius había expuesto la teoría de la doble redacción.

45 Edición conjunta de Aquiles Tacio, Longo y Partenio, en Heidelberg, y obra de I. y N. BONNVITIUS.

Tacio y el primero dotado de aparato crítico. Y aún dentro del mismo siglo aparecieron las ediciones de G. A. Hirschig (1856) y R. Hercher (1858), en las colecciones de *Erotici Scriptores* publicadas, respectivamente, por Didot y Teubner.

En el presente siglo han de citarse las ediciones de S. Gaselee (1917), posteriormente revisada por E. H. Warmington (1968), meritoria a pesar del carácter provisional que el propio editor le reconoció, y de E. Vilborg (1955), que, a pesar de algunas críticas adversas y de sus descuidos[46], es sin duda la mejor con que hoy podemos contar. El libro tercero de la novela ha sido editado separadamente por T. F. Carney (1961).

En nuestra traducción seguimos el texto de Vilborg, excepto en dos lecturas: en IV 4, 5, donde aceptamos con parte de los manuscritos ἁδροτέρων[47] y no ἀβροτέρων según leen Jacobs, Gaselee y Vilborg; y en VIII 18, 4, en que preferimos πλοῦ (propuesto por Jacobs) en lugar de πολέμου.

---

46 No todos ellos subsanados en su libro posterior *Achilles Tatius, Leucippe and Clitophon. A Commentary*, Göteborg, 1962.

47 Cf. Q. Cataudella, «Note critiche al testo di Achille Tazio», en *Studi in onore di L. Castiglioni*, I, Florencia, 1960, págs. 173 y siguiente.

BIBLIOGRAFÍA [48]

T. F. CARNEY, «Notes on the Text of Achilles Tatius, Book III», *Proceed. Afr. Class. Assoc.* 3 (1960), 10-14.

— *Achilles Tatius, Leucippe and Clitophon, Book III*, Salisbury, 1960.

Q. CATAUDELLA, «Note critiche al testo di Achille Tazio», en *Studi in onore di L. Castiglioni*, I, Florencia, 1960, págs. 169-177.

F. CONCA, «I papiri di Achille Tazio», *Rend. Ist. Lomb.* (*Class. Lett. Sc. Mor. Stor.*) 103 (1969), 649-677.

L. R. CRESCI, «Citazioni omeriche in Achille Tazio», *Sileno* 2 (1976), 121-126.

— «La figura di Melite in Achille Tazio», *Atene e Roma* 23 (1978), 74-82.

J. DIGGLE, «A Note on Achilles Tatius», *Class. Rev.*, N. S., 22 (1972), 7.

H. DÖRRIE, «Die griechischen Romane und das Christentum», *Philologus* 93 (1938), 273-276.

D. B. DURHAM, «Parody in Achilles Tatius», *Class. Philol.* 33 (1938), 1-19.

S. GASELEE, *Achilles Tatius with an English Translation by...*, Cambridge (Mass.)-Londres, 1917.

M. GRONEWALD, «Ein verkannter Papyrus des Achilleus Tatios (P. Oxy. 1014 = Achilleus Tatios, IV 14, 2-5)», *Zeitschr. Papyr. Epigr.* 22 (1976), 14-17.

---

48 En esta reseña no se repetirán algunos títulos (sobre todo, los de carácter más general) que el lector puede encontrar en la Bibliografía correspondiente a la traducción de Longo.

T. HÄGG, *Narrative Technique in Ancient Greek Romances. Studies of Chariton, Xenophon Ephesius and Achilles Tatius*, Estocolmo, 1971.

E. C. HARLAN, *The Description of Paintings as a Literary Device and its Application in Achilles Tatius*, tesis doct., Univ. de Columbia, 1965.

A. HENRICHS, «Achilleus Tatios, aus Buch III (P. Colon. inv. 901)», *Zeitschr. Papyr. Epigr.* 2 (1968), 211-226.

R. MERKELBACH, «Achilleus Tatios III 21, 3», *Rhein. Mus.* 110 (1967), 287-288.

J. N. O'SULLIVAN, «Euripides IA 1550 and Achilles Tatius 3.14.3», *Am. Journ. Philol.* 97 (1976), 111-113.

— «On Achilles Tatius 6.6.3», *Class. Quart.* 27 (1977), 238-239.

— «Notes on the Text and Interpretation of Achilles Tatius I», *Class. Quart.* 28 (1978), 312-329.

L. T. PEARCY, «Achilles Tatius Leucippe and Clitophon I 14-15. An Unnoticed Lacuna?», *Class. Philol.* 73 (1978), 233-235.

H. ROMMEL, *Die naturwissenschaftlich-paradoxographischen Exkurse bei Philostratos, Heliodoros und Achilleus Tatios*, Stuttgart, 1923.

C. F. RUSSO, «Pap. Ox. 1250 e il romanzo di Achilles Tazio», *Atti Acc. dei Lincei* 10 (1955), 397-403.

D. SEDELMEIER, «Studien zu Achilleus Tatios», *Wien. Stud.* 72 (1959), 113-143.

J. SCHWARTZ, «Quelques observations sur les romans grecs», *L'Ant. Class.* 36 (1967), 536-562.

— «Achille Tatius et Lucien de Samosate», *L'Ant. Class.* 45 (1976), 618-626.

H. SEXAUER, *Der Sprachgebrauch des Romanschriftstellers Achilles Tatius*, tesis doct., Karlsruhe, 1899.

E. VILBORG, *Achilles Tatius, Leucippe and Clitophon, ed. by...*, Estocolmo, 1955.

— *Achilles Tatius, Leucippe and Clitophon. A Commentary*, Göteborg, 1962.

A. VOGLIANO, «Un papiro di Achille Tazio», *Stud. It. Filol. Class.*, N. S., 15 (1938), 121-130.

LIBRO PRIMERO

Sidón es una ciudad junto al mar: el mar es el de 1
los sirios[1]; la ciudad, la madre de los fenicios; su pueblo, el padre de los tebanos[2]. En una ensenada hay un espacioso puerto doble que corta el paso gradualmente al mar, pues por donde la bahía forma una curva, en el lado de la derecha, hay excavada una nueva bocana, y el agua fluye por segunda vez adentro y del puerto se forma otro puerto, de modo que allí invernen los mercantes libres de borrascas y pasen en cambio el buen tiempo en la parte del puerto que da entrada a la bahía[3].

A mi llegada a este lugar, como hubiese escapado 2
de un gran temporal, dediqué un sacrificio, por haberme salvado, a la diosa de los fenicios: Astarté es como la llaman los sidonios[4]. Mientras paseaba, pues, por el

---

1 Vilborg ha corregido así el original «asirios» por ser denominación muy improbable en esta época frente al nombre usual «Mar Sirio». Sin embargo, cabe admitir una fácil confusión entre ambos términos.

2 Según el conocido mito del fenicio Cadmo, fundador de Tebas de Beocia.

3 La descripción del antiguo puerto de Sidón parece ser exacta: una barrera rocosa separaba parcialmente la bahía del mar exterior, pero, dentro de la ensenada, se encontraba otro refugio aún más seguro, una segunda bahía muy resguardada.

4 Era identificada con Afrodita. Para el texto, cf. J. DIGGLE,

resto de la ciudad y examinaba los exvotos, veo colgada una pintura con un paisaje a la vez de tierra y mar: el cuadro tenía por tema Europa[5], el mar era el de Feni-
3 cia; la tierra, la de Sidón. En la tierra había un prado y un corro de doncellas. En el mar nadaba un toro y sobre su lomo iba sentada una hermosa jóven que en dirección a Creta en el toro navegaba. El prado lucía una melena de abundantes flores, entre las que se entremezclaba una tropa de árboles y matas. La arboleda era espesa, las hojas formaban un techado: las ramas entrelazaban sus hojas, y así esta urdimbre de las hojas se convertía en techumbre de las flores.
4 El artista había pintado hasta la sombra bajo las hojas. Y el sol caía suavemente en chorros dispersos por el prado, en la medida en que el pintor había entreabierto el compacto techo de la fronda de las hojas.
5 Una cerca rodeaba todo el prado y éste se extendía por el interior de la corona de las techumbres[6]. Arriates de flores estaban plantados en hileras bajo las hojas de los arbustos: narcisos, rosas y mirtos. Por medio de la pradera del cuadro fluía agua, tanto brotando de la tierra como derramándose por entre las flores y las
6 matas. Estaba pintado un jardinero empuñando un almocafre, encorvado alrededor de una reguera, abriéndole camino a la corriente[7]. Y en el límite del prado, por donde había sobre el mar salientes de la tierra, el
7 artista había puesto a las doncellas. Su actitud era de júbilo y temor, unas guirnaldas les ceñían las frentes,

«A Note on Achilles Tatius», *Class. Rev.*, N. S., 22 (1972), página 7.

[5] Hija de Agenor, rey de Tiro y Sidón, raptada por Zeus metamorfoseado en toro. Sobre el carácter premonitorio de este cuadro, cf. Introducción § 3.1.

[6] Probablemente, una nueva metáfora para el «techo» formado por la arboleda.

[7] Cf. Lamón, en LONGO, IV 4, 1. El modelo es *Ilíada* XXI 257-9.

las cabelleras les caían sueltas por los hombros, sus
piernas estaban por entero desnudas, por arriba libres
de la túnica, por abajo del calzado, pues el cinturón
les regazaba la túnica hasta las rodillas; el rostro lí-
vido, las mejillas contraídas, los ojos de par en par y
fijos en el mar; un poco entreabierta la boca, como
si, del miedo, fueran a lanzar un grito; y los brazos
extendidos, como en dirección a la res. Pisaban la orilla 8
del mar, de modo que la ola alcanzaba a cubrir ligera-
mente los dedos de sus pies; daban la impresión de
querer echar a correr como hacia el toro, pero temer
entrar en el mar. El mar tenía un doble colorido, pues
el cercano a la tierra era rojizo y azul oscuro el de las
aguas más profundas. Había representados espuma, 9
peñas y oleaje: las peñas proyectadas por encima de
la tierra, la espuma blanqueando los peñascos, la ola
con sus crestas deshaciéndose en torno a las peñas en
espuma. El toro estaba pintado en medio del mar,
montado sobre las olas, alzándose como un cerro el
oleaje donde la pata doblada del toro se curvaba.
La joven estaba sentada en medio de su lomo, no a 10
horcajadas, sino de lado, con las dos piernas juntas
sobre el flanco derecho, y sujeta con la izquierda al
cuerno como un auriga a la rienda, pues también el
toro se volvía más bien hacia esa parte, llevado por tal
rienda hacia la mano que tiraba. Una túnica ceñía el
pecho de la doncella hasta la ingle; desde ahí una capa
le cubría la parte inferior del cuerpo. La túnica era
blanca, de púrpura la capa, y a través del vestido se
le marcaba el cuerpo: hundido el ombligo, el vientre 11
dilatado, esbelto el talle, ensanchándose su esbeltez al
descender hasta la cadera. La curva de los senos avan-
zaba suavemente por delante del pecho. El cinturón
que comprimía la túnica también cerraba el paso a los
senos, y la propia túnica era un espejo de su cuerpo.
Las dos manos estaban distanciadas, una sobre un 12

cuerno, la otra sobre la cola, pero a ambas, de una a otra, por encima de la cabeza las unía el velo que estaba desplegado en torno a su espalda; por todas partes se tensaba la curva que formaba la tela, lo que daba, por obra del pintor, el efecto del viento. Y ella se sentaba sobre la res igual que en una nave en plena ruta, usando como velamen esa tela. En torno al toro danzaban los delfines, jugueteaban Amores: se hubiera dicho que incluso sus movimientos habían sido allí pintados. Eros tiraba del toro: Eros, un menudo infante, tenía abiertas sus alas, ajustada la aljaba y cogido el fuego[8]. Estaba vuelto como hacia Zeus y sonreía, igual que mofándose de él porque por su culpa se había convertido en toro[9].

2 Admiraba yo también el resto del cuadro, pero, como enamoradizo que era, dirigía la vista con mayor empeño hacia el que conducía el toro, hacia Eros. Y exclamé: «¡Cómo una criatura gobierna cielo y tierra y mar!»

A estas palabras mías un mocito, que, igualmente, estaba allí de pie a mi lado, replicó:

—¡Si lo sabré yo, que tantos agravios de amor he padecido!

2 —¿Y qué es lo que has sufrido —le dije—, amigo mío? Pues precisamente en tu rostro veo que no eres extraño a los misterios de este dios[10].

---

[8] Sin duda se refiere a las antorchas usuales en la fiesta del himeneo (cf. luego, 8, 3).

[9] Esta larga *écfrasis* puede ser comparada por el lector con otras descripciones del rapto de Europa (cf. Mosco, II; Luciano, *Diál. muer.* XV 2 ss.; Ovidio, *Metamorfosis* II 833 ss., o «Anacreóntica» 54). Algunas de las imágenes (la nave, la vela) se leen ya en Mosco. Por otra parte, la descripción concuerda en muchos aspectos con el modo en que las monedas de Sidón tratan el mismo motivo.

[10] Literalmente, «lejos de la iniciación en los misterios del dios». El carácter mistérico del culto de Eros es un hecho tardío.

—Despiertas un enjambre de palabras[11] —contestó—, ya que mi historia más bien fábula parece.

—No vaciles, joven excelente —repuse—, por Zeus y por el propio Amor, en complacerme aún más de ese modo, aunque una fábula parezca.

Y, al decir esto, lo tomo de la mano y lo llevo 3
hasta un próximo soto, donde crecían muchos plátanos en apretada vecindad y cerca fluía agua fresca y transparente, como la que proviene de nieve apenas recién derretida[12]. Y haciéndolo sentar sobre un asiento casi a ras del suelo y tomando yo otro a su lado, le dije: «Es tiempo de escuchar tus palabras: un sitio como éste es de lo más placentero y a propósito para historias de amor.»

Y él comienza a contar así: 3

—De nacimiento soy fenicio, Tiro es mi patria, mi nombre Clitofonte, mi padre Hipias, un hermano de mi padre Sóstrato, aunque hermano solamente por tener ambos un padre común. Pues de sus madres, la del uno era bizantina, la de mi padre tiria. Aquél, por ello, pasó toda su vida en Bizancio, ya que heredó mucha hacienda de su madre. Y mi padre, en cambio, vivía en
Tiro. A mi madre no la he conocido, pues murió siendo 2
yo muy niño. Como mi padre quiso tomar una nueva esposa, de ésta nació mi hermana Calígona. Y mi padre decidió unirnos aún más mediante matrimonio[13]. Pero las Diosas del destino[14], que prevalecen sobre los hombres, tenían otra esposa prevista para mí.

La divinidad suele, con frecuencia, contar por la noche el futuro a los humanos, no con el fin de que

---

11 Cf. Platón, *Rep.* 450b.

12 Este soto no puede menos de recordar el paraje donde conversan Fedro y Sócrates en el *Fedro* platónico (229a-b).

13 El casamiento entre hermanastros (por parte de padre) era consentido por las leyes griegas (cf. Nepote, *Cimón* I 2).

14 Las Moiras o Parcas.

se guarden de sufrirlo (pues no pueden vencer su des-
tino), sino para que, cuando lo padezcan, lo sobrelle-
3 ven con más resignación. Pues lo que se da a la vez,
repentina e inesperadamente, confunde y anega el alma
al sobrevenirle de pronto, mientras que lo que se es-
pera antes de ocurrir, por el hábito gradual, le gasta de
antemano el filo a la desgracia [15]. Y así, cuando tuve
diecinueve años y mi padre hacía preparativos para
celebrar la boda al año siguiente, la Fortuna dio prin-
4 cipio a la acción. En sueños me pareció que yo era
uno con la joven [16] por debajo hasta el ombligo, pero
que desde ahí los cuerpos en la parte superior eran
ya dos. Pues bien, se me presenta una mujer temible
y alta, de rostro feroz, ojos sanguinolentos, espantosas
mejillas y serpientes por cabellos. Con la diestra em-
puñaba una guadaña, una antorcha con la izquierda.
Cayendo entonces sobre mí colérica y blandiendo su
guadaña, la abate contra el flanco, donde se daba la
unión de los dos cuerpos, y separa de mí de un tajo
5 a la joven. Levantándome aterrorizado de un brinco
por obra del miedo, no se lo cuento a nadie, sino que
solo me dediqué a meditar en tan funestos presagios.
Y entretanto ocurre esto:

Mi padre, como dije, tenía un hermano, Sóstrato. De parte de éste, desde Bizancio, nos llega uno con una carta, cuyo texto era el siguiente:

6 «Para su hermano Hipias saludos de Sóstrato. Ahí
te llegan mi hija Leucipa y mi mujer Pantea, pues
los bizantinos están envueltos en una guerra con Tra-
cia [17]. Preservame a los seres más queridos de mi fa-
milia hasta que la guerra se decida.»

---

[15] Cf. Heliodoro, II 24, 6 s., con reflexiones parecidas.

[16] Calígona, naturalmente.

[17] Bizantinos y tracios mantuvieron en la antigüedad una guerra prácticamente continua, tal como nos dice Polibio (IV

Leído esto, mi padre se alza de un salto y sale co- 4
rriendo en dirección al mar, para volver poco después.
Y venía siguiéndolo un buen número de criados y sir-
vientas que Sóstrato había enviado acompañando a las
damas. En medio venía una señora alta y con un rico 2
atuendo. Y al fijar en ella la mirada, a su izquierda se
me muestra una mocita cuyo rostro fue un relámpago
a mis ojos. Como ella yo vi en una ocasión pintada a 3
Selene [18] sobre un toro: una mirada placenteramente in-
quietante [19]; una melena rubia, de un rubio ensortijado;
negras cejas, del negro más puro; mejilla blanca, con
un blanco que hacia su centro enrojecía e imitaba el
color de la púrpura en que bañan el marfil las mujeres
de Lidia [20], y la boca era una rosa cuando la rosa co-
mienza a abrir los labios de sus pétalos. Nada más 4
verla, al punto estuve perdido, pues la belleza hiere
más profundamente que un dardo y se desliza por los
ojos hasta el alma, ya que el ojo es la vía para la he-
rida amorosa. Y toda clase de impresiones me domi- 5
naban a la vez: admiración, pasmo, temblor, vergüenza,
desvergüenza. Admiraba su estatura, me pasmaba de
su belleza, me palpitaba el corazón, la miraba con
impudor, me daba vergüenza de ser sorprendido así [21].
Me forzaba a desprender mis ojos de la muchacha, pero

45), el cual compara la situación de los bizantinos, bajo la presión de los tracios, a un auténtico suplicio de Tántalo.

18 Vilborg defiende con muy buenas razones (*Achilles Tatius, Leucippe and Clitophon. A Commentary*, Göteborg, 1962, págs. 21 sig.) esta lectura frente a la variante «Europa» (aceptada por muchos otros). Clitofonte no se refiere aquí a la precedente representación de Europa, sino a otra pintura vista en otro momento. Por otra parte, también Selene a veces es representada cabalgando sobre un toro.

19 Cf. Esquilo, *Siete contra Tebas* 537, de donde ha tomado esta expresión, ingeniosamente trastocada, Aquiles Tacio.

20 Cf. *Ilíada* IV 141 s.

21 Cf. la imitación de Museo, *Hero y Leandro* 92-8, señalada por los críticos hace ya bastante tiempo.

ellos no querían: al contrario, se aferraban allí, arrastrados por la seducción de la belleza, y triunfaron al final.

5 Arribaron ellas, pues, a nuestra casa, y mi padre, asignándoles una parte de la vivienda, hizo preparar la cena. Cuando fue la hora, nos sentamos a las mesas, repartiéndonos los divanes por parejas (ya que así lo dispuso mi padre): él y yo ocupábamos el de en medio, las dos madres el de la izquierda y las jóvenes el de
2 la derecha. Y yo, al oír esa afortunada disposición, por poco no voy a darle un beso a mi padre por haber
3 hecho sentar a la doncella ante mis ojos[22]. Qué acerté a comer, por los dioses que yo mismo no llegué a enterarme, pues me parecía a los que comen en sueños. Pero apoyando el codo en el diván e inclinándome, miraba de hito en hito a la muchacha, al tiempo que
4 disimulaba la mirada, ya que ésta fue mi cena[23]. Y, cuando hubimos terminado de comer, entra un esclavo, un criado de mi padre, templando una cítara, y a lo primero pulsó las cuerdas haciéndolas vibrar directamente con las manos desnudas e hizo resonar un leve fraseo como un murmullo con los dedos; luego ya pulsó las cuerdas con la púa y, tras un corto toque de
5 la cítara, cantó acompañándose con sus notas. Trataba la canción de Apolo reprochándole a Dafne que huyese de él, a la vez que la persigue y está a punto ya de

[22] Cf. notas 218 y 222 al texto de LONGO. Es evidente que la joven huésped quedaba al lado de Clitofonte, pero, al estar ambos reclinados sobre el codo izquierdo, prácticamente es como si estuvieran el uno frente al otro.

[23] Según entendemos nosotros (y, en parte, Vilborg), ante los demás comensales Clitofonte simulaba no mirar a la joven, pero toda su cena fue sólo mirarla. En cambio otros (Gaselee, Grimal) interpretan: «a veces interceptando una mirada de ella, pues esa fue mi cena», lo que no corresponde exactamente al texto original. Cf. luego, 6, 1.

capturarla, y de la joven tornándose en arbusto y Apolo
que se hacía una guirnalda de esa planta[24]. Cuando 6
oí cantar esto, aún más me abrasó el alma, pues una narración de amores da pábulo al deseo. Por más que uno mismo se recete un comportamiento razonable, se ve estimulado a imitar el ajeno ejemplo, sobre todo cuando el ejemplo proviene del que nos es superior. Pues la vergüenza por las faltas que se cometen se convierte en desfachatez ante la dignidad de que goza
quien es mejor que uno. Y estas palabras me decía a 7
mí mismo: «Mira: también Apolo ama, también él a una doncella, y no se avergüenza de amar, sino que acosa a la muchacha. Y tú vacilas y sientes pudor y te andas con templanzas a destiempo. ¿Acaso estás por encima del propio dios?»

Cuando fue de noche, se fueron las mujeres las 6
primeras a dormir y poco más tarde también nosotros: los demás sin duda midiendo su placer con el estómago[25], mientras que yo llevando el festín en los ojos, atiborrado hasta la saciedad de la pura visión del ros-
tro de la joven, me retiré borracho de amor. Al llegar 2
a la alcoba en que solía dormir, tampoco pude conciliar el sueño, ya que de modo natural las heridas corporales y demás dolencias de noche se enconan y sus ataques son mayores cuando nos hallamos descansan-
do y excitan nuestros sufrimientos. Pues mientras el 3
cuerpo reposa, la herida encuentra más tiempo para el mal, y las heridas del alma duelen mucho más cuando el cuerpo está inmóvil. Pues por el día ojos y oídos, abarrotados de sus muchas diligencias, suavizan el apogeo de la enfermedad desviando el alma del ocio que lleva a la dolencia. En tanto que si el cuerpo se ve maniatado por la tranquilidad, el alma, a su propio

---

24 Dafne, como es bien conocido, se metamorfoseó en laurel.
25 Cf. Demóstenes, *Sobre la corona* 296.

4 albedrío, padece los oleajes del mal[26]. Todo lo que en-
tretanto había estado dormitando, se les despierta en-
tonces: las penas a los que están afligidos, las cavila-
ciones a los que andan preocupados, los temores a los
que corren peligros, el fuego a los que aman[27].

Pero hacia el alba con trabajo el sueño, compade-
5 ciéndose de mí, me dejó reposar un poco. Pero tam-
poco entonces quiso la joven alejarse de mi alma, pues
Leucipa llenó todos mis sueños: con ella conversaba,
con ella jugueteaba, con ella cenaba, la tocaba y go-
zaba de mayores venturas que de día. Hasta la besé
y fue el beso verdadero. De modo que, al despertarme
el criado, le reproché su importunidad, por haberme
6 arruinado ensueño tan dulce. Me alcé, pues, y me en-
caminé deliberadamente hacia la parte interior de la
vivienda a la vista de la joven, al tiempo que con un
libro en la mano e inclinándome sobre él me aplicaba
a la lectura. Pero, cuando estaba ante su puerta, mi-
raba de reojo, y, con estos paseos de un lado para otro
y derivando hacia la amorosa corriente que provenía
de su visión[28], terminaba por marcharme con el alma
en un estado francamente lastimoso[29]. Y de este modo
estuve abrasándome tres días.

7 Tenía yo un primo, Clinias, un joven huérfano dos
años mayor que yo, iniciado en los misterios del amor.

---

26 Tópico poético que se remonta, por lo menos, a PÍNDARO (fr. 123 SNELL).

27 Esta larga disquisición psicológica puede compararse a la (mucho más breve) formulación del mismo pensamiento en HELIODORO, I 8, 1.

28 Para todo este pasaje, cf. PLATÓN, *Fedro* 251 (en especial, c-e).

29 En la casa griega tradicional las mujeres solían residir en la parte del fondo. De ahí que Clitofonte se haya dirigido al interior de la vivienda. Luego ha fingido pasear leyendo, probablemente por el pórtico del lado del patio a que daban las habitaciones femeninas.

Pero estaba enamorado de un muchacho, y hasta tal punto llegaba su pasión por él que, como hubiese comprado un caballo y el mocito lo elogiase al verlo, al punto se lo llevó como regalo. Por mi parte desde luego 2
me burlaba de él continuamente por su dejadez, por dedicar su tiempo a sólo sus amoríos y ser esclavo del deleite amoroso[30]. Pero él me sonreía y, sacudiendo la cabeza, replicaba: «También a ti alguna vez te veré esclavo.»

Fui a verlo de prisa y saludándolo y sentándome a 3
su lado le dije:

«—He recibido un castigo por burlarme de ti, Clinias: también yo me he convertido en un esclavo.»

Batió palmas entonces, se echó a reír y alzándome me besó el rostro, que mostraba las señales del insomnio de mi pasión. Y me dijo:

«—Estás enamorado, verdaderamente estás enamorado. Tus ojos lo pregonan.»

En el momento mismo en que él hablaba entra Caricles (que era el nombre del muchacho), todo alborotado y exclamando:

«—¡Clinias, estoy perdido!»

Y Clinias se puso a gemir a la vez que él, como si 4
su alma estuviese pendiente de la de aquél, y con voz temblorosa dijo:

«—¡Me matarás si no hablas! ¿Qué es lo que te aflige? ¿Con quién hay que pelear?»

Y Caricles contestó:

«—Un casamiento, que me prepara mi padre, y un casamiento con una moza fea para que conviva con un doble desastre. Pues cosa dura es ya una mujer, aunque sea guapa. Si tiene la desgracia de ser fea, es doble

---

30 Aunque de modo fugaz y sólo indirectamente, Aquiles Tacio presenta a su protagonista como hostil, en principio, al amor. Cf. el caso, sobre todo, de Habrócomes en Jenofonte de Éfeso (I 1, 5, etc.).

5 el infortunio. Pero mi padre se empeña en la boda con los ojos puestos en su riqueza. Soy un desventurado al que cambian por su dinero, y así venderme en matrimonio.»

8 Al oír esto, Clinias se puso lívido. Animó al muchacho a rechazar el matrimonio, mientras echaba pestes de la especie de las mujeres:

«—¿Una boda —le decía— es el regalo que ya te hace tu padre? ¿Qué delito has cometido, que hasta
2 te ponen grilletes? ¿No has oído las palabras de Zeus:

Yo les daré a cambio del fuego una desgracia
con que todos se alegren el alma, adorando su
[*mal?* [31].

Ése es el placer que nos dan las mujeres, y es bien semejante al de la naturaleza de las Sirenas, pues
3 también ellas asesinan con el deleite de su canto. Puedes comprender la gravedad del infortunio incluso por los preparativos mismos de la boda: el zumbido de las flautas, el batir de las puertas, el trasiego de las antorchas. A la vista de tamaño tumulto cabrá decir: infeliz el que vaya a casarse; a una guerra me parece
4 que lo mandan. Aun si fueses lego en el campo de las Musas, no sabrías de los actos de las mujeres [32]. Pero a otros les podrías contar con cuántos temas han llenado las mujeres los escenarios: el collar de Erifila, la mesa de Filomela, la calumnia de Estenebea, el hurto
5 de Aérope, el crimen de Procne [33]. Agamenón desea la

[31] Sobre el tópico de la misoginia aquí, cf. F. Wilhelm, «Zu Achilles Tatius», *Rhein. Mus.*, N. S., 57 (1902), 55-75 (en especial págs. 70 sigs.). Los versos son cita de Hesíodo, *Trabajos y días* 57 s., en el episodio de Pandora.

[32] A diferencia de Vilborg, creemos que ya aquí hay un juego de palabras en torno al teatro (cf. luego, 10. 7).

[33] *Exempla* mitológicos de siniestras actuaciones de mujeres: Erifila fue sobornada con un collar para que traicionase a su

belleza de Criseida: provoca una plaga sobre los griegos; Aquiles desea la belleza de Briseida: se acarrea un pesar sobre sí mismo; tiene Candaules una guapa esposa: la esposa asesina a Candaules. Pues el fuego 6
de las bodas de Helena prendió otro fuego para ruina de Troya. Y el desposorio con Penélope, la virtuosa, ¿a cuántos pretendientes perdió? Mató a Hipólito Fedra, por amor, pero a Agamenón, por no amarlo, Clitemnestra[34]. ¡Mujeres, para todo osadas!: asesinan si aman, 7
asesinan si no aman. Debía ser asesinado Agamenón, el hermoso de hermosura celestial, 'de ojos y cabeza parejo de Zeus, que en el rayo se deleita'[35]. Y fue esa cabeza la que cortó, ¡oh Zeus!, una mujer. Y esto puede 8
decirse de mujeres bellas, en cuyo caso precisamente la desgracia no llega al colmo, pues la belleza supone un cierto consuelo en los infortunios, y tal cosa es una bendición en medio de una suerte aciaga. Pero si ni siquiera es guapa, según dices, la desgracia se duplica. Y ¿cómo se podría sobrellevar, y además siendo tú un muchacho tan apuesto? ¡No, por los dioses, Caricles!, 9
no te dejes aún esclavizar ni arruines la flor de tu mocedad antes de tiempo. Ya que, junto a lo demás, también el matrimonio supone este infortunio: que agosta la lozanía. ¡No!, te lo ruego, Caricles, no te me

esposo Anfiarao; Filomela y su hermana Procne sirvieron a Tereo (esposo de Filomela o de Procne, según las versiones) la carne de su propio hijo Itis (cf. después, V 5); Estenebea (o Antea) calumnió a Belerofonte, que no había aceptado su oferta amorosa, ante su esposo Preto, como si hubiese sido aquél el seductor; Aérope robó a su esposo Atreo el talismán que le aseguraba el poder real, para entregárselo a su cuñado y amante Tiestes.

34 La mayoría de estos ejemplos son demasiado conocidos para necesitar una explicación. El episodio de Giges y Candaules nos es narrado por Heródoto (I 8 ss.). En cuanto al «fuego de bodas», se trata de las antorchas nupciales.

35 *Ilíada* II 478.

dejes marchitar. No le permitas a un fachoso campesino segar rosa tan linda.»

10 Y Caricles replicó:

«—Eso correrá a cargo de los dioses y de mí. Pues,
además, hasta la fecha fijada para la boda queda un
plazo de unos días y son muchas las cosas que pueden
ocurrir incluso en una sola noche. Tendremos tiempo
11 para pensarlo. Por el momento voy a montar a caballo,
ya que, desde que me regalaste ese precioso corcel, no
he disfrutado aún de tu regalo. El ejercicio aliviará las
penas de mi alma.»

Y así se marchó para su último paseo, a montar a caballo por vez primera y última.

9 Y yo le cuento a Clinias cómo fue mi aventura, cómo me había afectado, cómo la vi, la llegada, la cena y la hermosura de la joven. Y al final caí en la cuenta de que con mis palabras faltaba a todo decoro, mientras exclamaba:

«—No soy capaz, Clinias, de sobrellevar mi sufri-
miento, pues Amor con todo su poder ha caído sobre
2 mí y hasta el sueño acosa lejos de mis ojos. Por do-
quier se me aparece la imagen de Leucipa. A ningún
otro le ha acaecido un infortunio semejante, ya que el
mal hasta vive conmigo en la misma casa.»

Y Clinias me contestó:

«—No dices más que desatinos, tú que eres tan
afortunado en tus amores: no tienes que dirigirte a
puertas ajenas ni menos recurrir a un alcahuete. La
fortuna te ha regalado a tu amada en persona y tra-
3 yéndotela la ha aposentado en tu casa. A otro enamo-
rado le basta, incluso, una sola mirada a su bien pro-
tegida dama y tiene como la dicha mayor si por su
suerte alcanza a verla, y hay amantes aún más felices
por lograr tan sólo una palabra. Y tú la ves a cada
hora y a cada hora la oyes hablar y compartes con ella
4 cena y sobremesa. Y te quejas de esa buena estrella:

eres un ingrato ante los regalos del amor. No sabes lo que es ver a la amada: es un placer aún mayor que el propio acto, pues los ojos, al reflejarse mutuamente, modelan, como en un espejo, las imágenes de los cuerpos, y la destilación de la belleza, al fluir a través de los ojos hasta el alma, alcanza una determinada unión
a distancia[36], siendo así un cierto grado de la unión 5
corporal, pues es una nueva especie del abrazo de los cuerpos. Y yo te auguro que también consumarás pronto el verdadero acto, ya que para seducirla no hay mejor bagaje que el trato continuo con la amada. Pues el ojo es el alcahuete del amor y el hábito de la con-
vivencia es el medio más eficaz para alcanzar favor. Si 6
a las bestias salvajes se las domestica a fuerza de trato, mucho más podrá ablandarse de ese modo una mujer. Y el que su enamorado sea de su edad es un reclamo para una joven[37], en tanto que el arrebato que en la naturaleza introduce la edad juvenil y la conciencia de ser amada crean con frecuencia una respuesta amorosa, dado que toda muchacha desea ser bella y disfruta de ser amada y ve con buenos ojos que con amor se lo testimonien[38], mientras que si no la aman
no termina de creerse que es hermosa. Sólo un con- 7
sejo, en suma, te doy: que crea que es amada y pronto te imitará.

»—¿Y cómo —le dije— podría cumplirse ese vaticinio? Enséñame de dónde hay que partir, ya que tú eres un iniciado con más antigüedad que yo y ya estás más hecho a los misterios del dios[39]. ¿Qué he de decir?,

---

[36] Cf. Platón, *Fedro* 251b; Jenofonte, *Banquete* IV 21, y aquí, V 13, 4. Grimal (en nota de su traducción) indica que aquí puede detectarse la influencia de las doctrinas epicúreas sobre el concepto de la visión.

[37] Cf. Platón, *Fedro* 240c.

[38] Tópico repetido en Aristéneto, I 11.

[39] Cf. n. 10.

¿qué he de hacer?, ¿cómo podré lograr a mi amada? Pues yo no conozco los caminos.

10 »—No trates de aprender de otro a ese respecto —repuso Clinias—, ya que el dios es un sabihondo sin necesidad de maestro alguno[40]. Pues igual que a las criaturas recién nacidas nadie las enseña a alimentarse, sino que aprenden por sí mismas y saben que su mesa está en los pechos, así también un jovencito primerizo en el embarazo del amor no precisa lecciones
2 para el parto. Y cuando sobrevengan los dolores y llegue la fecha ineludible, sin fallar ni un punto, aun siendo primerizo, hallarás el modo de parir, con el propio dios de comadrona. Pero cuantas son normas generales y que no requieren favorables circunstancias, escúchalas y aprende: no hables a la muchacha del tema de Afrodita, sino busca el medio de que el acto se
3 consume sin palabras, pues mozos y mozas son pudorosos por igual y, aunque estén predispuestos a los goces de Afrodita, no desean que se les hable de aquello que experimentan, porque juzgan que la vergüenza
4 está en las palabras. Las mujeres hallan placer también en el coloquio, y en cambio una doncella recibe las superficiales escaramuzas con que el enamorado la tantea, dando con los gestos su pronto asentimiento. Pero si al acercarte le solicitas el acto, asustarás sus oídos con tu voz, enrojecerá, odiará tus palabras y creerá que es ultrajada. Aunque desee concederte sus favores, está avergonzada, pues cree más bien sufrir el propio acto en el momento en que escucha lo que pretendes con sólo el placer que por tus palabras ima-
5 gina. Pero en caso de que, conduciendo la prueba del otro modo y manejándola hasta que se vuelva dócil, accedas ya a ella por un camino placentero, guarda silencio como regla general, igual que en los misterios,

[40] Véase después, V 27, 4. La calificación de *sophistés* aplicada a Eros es ya platónica (*Banquete* 203d).

y, aproximándote con toda suavidad, bésala: que el
beso del amante es una silenciosa invitación para la
amada que desea entregarse, y, para la que está reacia,
es una súplica. Aunque haya consentimiento para el 6
acto, no obstante con frecuencia incluso yendo a él
por propia voluntad, les gusta que parezca que se las
logra por la fuerza, de manera que con la apariencia
de haber sido forzadas se libren de su voluntaria falta
de pudor. En fin, no vaciles por más que veas que se
resiste: observa cómo se manifiesta tal resistencia,
pues también en ese punto se requiere arte. Si se pone 7
terca, abstente de la fuerza, ya que es que aún no
cede. Pero si se presta por una vía menos áspera, re-
presenta tu papel, no sea que eches a perder la pieza
que has montado[41].»

Y yo repuse: 11

«—Un buen bagaje me has proporcionado y pido
llegar a término con suerte. Empero, temo que este
buen resultado sea origen de males mayores y me ex-
ponga a un amor de consecuencias aún más graves. Y
si sus peligros se acrecientan, ¿qué habré de hacer?
No podría casarme, ya que estoy comprometido con 2
otra doncella[42]. Mi padre está resueltamente en favor
de esa boda, con justa exigencia: casarme no con una
joven extraña ni fea. Ni pretende venderme por dinero,
como hacen con Caricles, sino que me da su propia
hija, una linda muchacha, ¡oh dioses!, al menos antes
de que yo viera a Leucipa. Pero ahora soy ciego para
su belleza y sólo para Leucipa tengo ojos. Estoy en me- 3
dio de dos fuerzas opuestas: es un pleito entre Eros
y mi padre. El uno está ahí plantado con el poder
que le da mi respeto, está el otro arrellanado atizando
la candela. ¿Cómo resolveré este juicio? Pelean obliga-

41 En el original el juego de palabras (del mundo del teatro) es aún más complejo.

42 Cf. anteriormente, 3, 2.

ción y naturaleza. Yo deseo sentenciar, padre, en tu favor, pero la otra parte me avasalla: tortura al juez, se presenta en el juicio con dardos y con fuego. Si no lo complazco, padre, con su fuego me abraso.»

12 Andábamos, pues, en estas cavilaciones filosóficas acerca del dios cuando de improviso entra a la carrera uno de los sirvientes de Caricles[43], con un mensaje de infortunio en el semblante que hizo lanzar un grito a Clinias al momento de verlo:

«—¡Una desgracia le ha sucedido a Caricles!»

Y, a la vez que esto decía, exclamó al unísono el criado:

«—¡Caricles está muerto!»

2 A Clinias con la nueva le faltó la voz y quedó paralizado, como si esas palabras lo hubiesen fulminado como un rayo. Y el criado contó lo sucedido:

«—Había montado en tu caballo, Clinias, y al principio lo condujo suavemente y, luego de dos o tres vueltas a la carrera, lo detuvo y, aún montado, con el caballo sudoroso, se puso a frotarlo con las manos
3 dejando la brida suelta. Mientras le seca el sudor del lomo se produce un ruido a sus espaldas, el caballo asustado se pone a dar corvetas y se lanza sin control, pues tascando el freno, arqueando el cuello y erizando las crines volaba por el aire aguijoneado por el pánico. Saltaban sus patas delanteras, y las traseras, apresurándose a anticiparse a aquéllas, aceleraban el galope
4 en persecución del caballo. Y éste, combado por la pugna de sus patas, saltaba arriba y abajo según el ímpetu de unas y de otras y se agitaba en el oleaje de sus lomos como una nave en la borrasca. El infortunado Caricles, víctima del balanceo del oleaje del cor-

[43] Este episodio, construido como un relato dentro de otro relato, tiene evidentes similitudes con las escenas de mensajero del teatro griego, y, en especial, con algunas que se citarán después.

cel, botaba en su silla unas veces resbalando hacia la cola y otras volteando de cabeza sobre el cuello. La tormenta con su oleaje lo extenuaba. Como ya no podía 5
hacerse con las riendas y se entregó totalmente al huracán de la carrera, estaba en manos de la suerte. El caballo en su fogosa galopada se sale del camino, se precipita de un salto en un bosque y al punto destroza al infeliz Caricles contra un árbol. Él, como lanzado desde una catapulta, sale disparado lejos de la silla, las ramas del árbol le dejan el rostro hecho una lástima y lo desgarran por todas partes con tantas heridas cuantos eran los pinchos de las ramas. Pero las riendas, 6
que lo rodeaban[44], no accedieron a dejar libre su cuerpo, sino que lo arrastraron, abriéndose un camino de muerte. El caballo, aún más espantado con su caída y estorbado por el cuerpo en su carrera, pateaba al desdichado, dando coces contra esa traba de su huida. Y así, al verlo, ni siquiera podría reconocérsele.»

Clinias escuchó el relato y bajo la impresión se 13
mantuvo un tiempo en silencio. Mas luego, al recuperarse del efecto de su desgracia, lanzó un grito penetrante de dolor y corrió presuroso hacia donde estaba el cuerpo. Yo lo acompañé, tratando de consolarlo 2
como podía. Y en esto que traían a Caricles en unas parihuelas: un espectáculo que daba pena y compasión, pues era una pura herida, hasta el punto de que ninguno de los presentes pudo contener las lágrimas. Y comenzó el duelo su padre con gritos desaforados: «¡Cómo te fuiste de mi lado y cómo me vuelves, hijo mío! ¡Malditas cabalgadas! Ni siquiera al morir has tenido una muerte como los demás y ni siquiera tiene tu cadáver un hermoso aspecto, pues a los otros cuando 3

---

[44] Cf. Sófocles, *Electra* 746 s., en que el auriga se enreda entre las riendas. En los vv. 755 s., como luego, aquí se añadirá el detalle de que ni los suyos podrían reconocerlo tras el accidente. Para lo primero, cf. también Eurípides, *Hipólito* 1236 s.

mueren les quedan unos rasgos que los hacen reconocibles y, aunque se les haya marchitado la flor de sus facciones, su imagen se mantiene y, al parecer que duermen, consuelan de la aflicción: la muerte les arrancó el alma, pero preserva en su cuerpo a la per-
4 sona. Pero también eso te arruinó la suerte y con doble
muerte te me has muerto [45], en el alma y en el cuerpo.
Y así, estás muerto hasta en la sombra de tu imagen,
ya que tu alma se ha escapado y ni aun te hallo en tu
5 cuerpo. ¿Cuándo, hijo, te me casarás? ¿Cuándo cele-
braré las ceremonias de tu boda, caballero y novio?:
novio frustrado y aciago caballero. Una tumba, hijo, es
tu alcoba de desposado, la muerte tu casamiento, un
duelo tu himno nupcial y canciones de boda este fú-
6 nebre llanto. Un fuego muy distinto, hijo, esperaba yo
encenderte, pero el odioso sino lo apagó a la vez que
a ti y ha prendido en cambio antorchas de infortunio.
¡Maldito desfile de antorchas éste!: el desfile de antorchas de tu desposorio se ha convertido en pira funeraria [46].»

14 Tales fueron los lamentos de su padre, y de su
parte así se hacía reproches Clinias (había entre amante y padre una competición de duelos): «Yo al que era mi dueño he destruido, pues ¿por qué hube de hacerle semejante regalo? ¿Por qué no fue una copa de oro con la que hiciese libaciones y bebiera y que emplease como
2 presente mío para su propio orgullo? Y yo, infortuna-
do, le regalé una bestia a un bello muchacho, e incluso embellecí a la maldita bestia con arneses, con frontaleras, con plateados cabezales y con riendas doradas [47].

---

[45] Cf. las repeticiones de esta ocurrencia, en V 7, 8 y VII 5, 3.

[46] El juego de palabras con ambas clases de fuego (las antorchas nupciales y la pira) aparece ya en *Antología Palatina* VII 185, 5 (ANTÍPATRO DE TESALÓNICA) y 712, 5 s. (ERINA).

[47] Cf. descripciones parecidas, en CARITÓN, VI 4, 2 y HELIODORO, III 3, 3.

¡Pobre de mí, Caricles, que he engalanado con oro a tu asesino! Caballo, la más salvaje de todas las fieras, perverso, ingrato e insensible a la hermosura! Él en- 3
jugaba tu sudor, te prometía mayor ración de pienso y elogiaba tu galope, y tú mientras te elogiaba lo mataste. No sentías el gozo de que te tocase un cuerpo como el suyo, un jinete así no era un orgullo para ti: arrojaste, descastado, por tierra su belleza. ¡Ay, qué desgracia la mía! ¡Y fui yo quien compró a tu asesino, a tu homicida!»

Tras el entierro me dirigí presuroso hacia la joven. 15
Ella estaba en el parque de la casa. Y este parque era un vergel, una gran extensión para recreo de la vista. En torno al vergel había un muro de suficiente altura y cada uno de los lados de este muro (que eran cuatro) tenía un pórtico sostenido por una hilera de columnas. Y en su interior, al amparo de las columnas, se extendía la concurrencia de los árboles. Las ramas estaban cu- 2
biertas de verdor y se entrecruzaban montando unas sobre otras; la vecindad hacía que las flores se entrelazaran, las frondas se abrazaran y los frutos se confundieran; hasta tal punto llegaba el concurso de la arboleda. Alrededor de algunos de los más corpulentos 3
de los árboles habían nacido hiedra y correhuela; ésta apegada a los plátanos y espesando su follaje con su flexible cabellera, y la hiedra enroscándose en torno a los pinos, adueñándose del árbol con sus abrazos, de modo que el árbol se convertía en sostén de la hiedra y la hiedra en guirnalda del árbol. A ambos lados de 4
cada árbol verdeaban vides con sus pámpanos, apuntaladas con cañas, y su fruto estaba en sazón y pendía por los espacios entre las cañas formándole bucles a la planta. El suelo, por obra del sol y del viento combinados, hacía brillar las verdeamarillas sombras de los pámpanos, cuando éstos por lo alto se mecían. Las 5
flores con sus colores variopintos proclamaban por

turnos su hermosura y eran la púrpura de la tierra[48]: ⟨violetas⟩ y narcisos y rosas. De la rosa y el narciso la corola era semejante en su dibujo: una copa de la planta. Pero el color de los pétalos laciniados en torno a la corola era, en la rosa, de sangre por arriba y de leche por abajo, y en cambio el narciso en su totalidad
6 era parejo a la parte inferior de la rosa. La violeta carecía de corola[49], pero su color se asemejaba al del destello de la mar en calma. En medio de las flores borboteaba una fuente y en torno al chorro se había construido un estanque de trazado cuadrangular. El agua era espejo de las flores y así parecía que el vergel
7 se duplicaba en uno de verdad y en otro reflejado. Y había aves, unas que buscaban su comida por los contornos del vergel, habituadas a la mano del hombre al ser domesticadas por mediación del alimento, y otras que aún con libres alas jugueteaban alrededor de las copas de los árboles. Las unas trinaban con sus cánticos de pájaros, las otras relucían con el atavío de sus
8 alas. Y eran los alados cantores cigarras y golondrinas, aquéllas con sus cantos al lecho de la Aurora[50], éstas a la mesa de Tereo[51]. Y las aves domesticadas, pavos reales y cisnes y loros: el cisne, que buscaba su pitanza en torno a los veneros de agua; el loro, que pendía en una jaula de un árbol; el pavo, que arrastraba su plumaje por entre las flores. Y la vista de las flores replicaba con su brillo al colorido de las aves y las alas florecían.

16 Como yo quería cultivar la docilidad de la joven en la vía del amor, me puse a hablar con Sátiro tomando

48 Es decir, la gala (en colores) de la tierra.

49 Evidente hipérbole, dada la modesta corola de las violetas.

50 Titono, esposo de la Aurora, fue metamorfoseado en cigarra.

51 Filomela (cf. n. 33 y, luego, V 3 ss.), al menos según la versión griega más usual del mito, fue transformada en golondrina.

como pretexto para ello a una de las aves. Ella preci-
samente se paseaba en compañía de Clío[52] y se había
detenido delante del pavo real[53], pues coincidió por 2
azar que en ese momento el ave desplegó la hermosura
de las alas, exhibiendo el espectáculo de su plumaje.

«—Pero no es sin un fin como el ave hace esto
—dije—, sino en razón de estar enamorado. Cuando
desea atraerse a su amada, entonces se engalana así.
¿Ves aquella hembra que está cerca del plátano? (Mos- 3
trándole la pava.) A ésa es a la que éste muestra su be-
lleza, el prado de sus alas, ese prado más florido que
uno natural, ya que aun en sus alas hay oro sembrado
y al círculo de oro la púrpura rodea con un círculo
parejo y toma forma un ojo en cada ala.»

Sátiro, que entendió la intención oculta de mis pa- 17
labras, para que yo tuviese ocasión de tratar aún más
el tema dijo:

«—¿Es que Amor tiene tanta fuerza como para hacer llegar su fuego también hasta las aves?[54].»

Y contesté:

«—No ya hasta las aves, pues eso no es para mara-
villarse al poseer él mismo alas, sino hasta reptiles y
plantas, y, según creo, hasta las piedras. Efectivamente, 2
la piedra de Magnesia siente pasión por el hierro: con
sólo verlo y tocarlo, lo atrae hacia sí, como si en su
interior tuviese un amoroso fuego. ¿No es éste el beso
de la piedra enamorada y del hierro objeto de su
amor? Y en cuanto a las plantas, dicen los hijos de los 3

---

52 Dos personajes secundarios (los esclavos Clío y Sátiro) son introducidos sin más explicaciones, inesperadamente, en la narración.

53 Este animal (incluso dentro de los relatos eróticos, como aquí) fue un tema favorito de la Segunda Sofística.

54 De la influencia de este capítulo (que abarca una serie de tópicos eróticos y retóricos) hay huellas muy claras en autores posteriores, en particular bizantinos (cf. las notas de Vilborg, con bibliografía).

sabios [55] (y yo opinaría que su aserto no es sino fábula si no lo confirmasen también los hijos de los labradores) y son sus palabras que unas plantas se enamoran de otras y que es sobre todo a la palmera a la que más perturba el amor. Y aseguran que entre las palmeras
4 las hay machos y las hay hembras [56]. El macho desea a la hembra, y, si la hembra ha sido plantada a distancia, el macho enamorado se marchita. El labrador comprende la pena del árbol y, subiendo a una atalaya del terreno, mira en la dirección en que se inclina, ya que
5 se inclina hacia la amada. Y descubriéndolo pone remedio a su enfermedad: toma un retoño de la hembra y lo injerta en el corazón del macho. Se reanima el alma del árbol y su cuerpo, en trance de muerte, recupera su vigor y se endereza con el gozo de su abrazo con la amada, y tiene así lugar una boda entre árboles [57].

18 »Y también se da otra boda entre aguas a través del mar. El enamorado es un río de Élide y la amada una fuente siciliana [58]. El río corre atravesando el mar
2 como si fuera una llanura. Y el mar no disuelve al dulce enamorado con su salobre oleaje, sino que se abre para dejarlo fluir y su abertura se convierte en curso del río y hace así de casamentera que lleva el Alfeo hasta Aretusa. Y, cada vez que se celebran las fiestas Olímpicas, entre muchos cada cual arroja su regalo a los torbellinos del río y él los lleva al punto a su amada, con lo que al río le sirven de vistas para su novia.

3 »E, igualmente, hay entre los reptiles otro misterio amoroso, no sólo el del mutuo amor entre los de idén-

---

55 Perífrasis (por «los sabios», simplemente) a la que es aficionado Aquiles Tacio (cf. «los hijos de los labradores» en seguida y, luego, III 25, 7).

56 Cf. ya Heródoto, I 193, para esta distinción.

57 Cf. Teofrasto, *Hist. plant.* II 6, 6 s.

58 Cf. Plinio, *Hist. Nat.* XXXI 55.

tica especie, sino incluso entre los de especie diferente. La víbora, serpiente terrestre, se apasiona por la murena[59], que es una serpiente marina, aunque serpiente sólo en su forma pero un pez en realidad. Pues bien, 4
cuando quieren acudir una al encuentro de la otra para desposarse, aquélla, encaminándose a la orilla, silba en dirección al mar con una señal acordada con la murena, y ésta reconoce la señal convenida y emerge de las olas. No sale sin embargo de inmediato hacia el novio (pues sabe que él en sus colmillos acarrea la muerte), sino que trepa a la roca y allí aguarda a que su novio haya limpiado su boca. Permanecen, entonces, ambas 5
mirándose una a otra, la una, que es la enamorada de la tierra firme, y la otra, la isleña[60] amada. Cuando al fin la enamorada vomita lo que daba terror a la novia y ésta ve la muerte arrojada por el suelo, entonces desciende de la peña y sale a tierra firme, se enrosca en torno a su amante y ya no se asusta de sus besos.»

Mientras decía esto miraba a la joven a ver qué 19
efecto hacía en ella oír estos temas amorosos. Ella daba indicios de escucharlos no sin agrado. Y la deslumbrante belleza del pavo real me parecía inferior a la del rostro de Leucipa, pues la hermosura de su cuerpo rivalizaba con las flores del prado: su rostro relucía con el color del narciso, de su mejilla brotaban rosas, el brillo de sus ojos era el destello de las violetas y los bucles de su cabello se ensortijaban aún más que la

---

59 Entre otras abundantes fuentes sobre este tema, véase, por ej., PLINIO, *ibid.* IX 76 y XXXII 14. En lo que sigue, el original griego tiene mayor coherencia lingüístico-sexual, al ser la palabra para «víbora» del género masculino.

60 Se esperaría «marina». Aquiles Tacio puede haber contaminado rebuscadamente dos pares posibles de expresiones: «continental»/«marina» y «que está en tierra firme, en la orilla»/«que aguarda en una roca, como en una isla».

2 hiedra[61]. Tal era el prado que adornaba el rostro de Leucipa.

Al cabo de un rato se marchó del jardín, ya que la reclamaba su hora de tocar la lira. A mí, no obstante, me pareció que aún seguía allí, pues al ausentarse
3 había fijado su imagen en mis ojos. Y Sátiro y yo quedamos satisfechos de nuestra actuación, yo por mis relatos y él por haberme dado pie para ellos[62].

---

[61] Cf. antes, 15, 3 y 5 s.

[62] Cf. II 9, 1. En los manuscritos sigue aquí una última frase («y a poco llegó la hora de la cena y otra vez nos encontramos igualmente en la sobremesa») que resulta, a todas luces, incompatible con el comienzo del libro II y, de ahí, que los editores suelan eliminarla del texto. Sin embargo, las claras incoherencias narrativas de los capítulos iniciales del libro II y su distinto orden en el papiro de Oxirrinco 1250 (posiblemente de comienzos del siglo IV d. C.) hacen verosímil la sospecha de que este libro pudo, en realidad, comenzar en II 3, 3, con lo que la citada frase tendría pleno sentido en su lugar. Para los detalles, cf. VILBORG, en su edición, págs. XV y XXXV-XLII.

LIBRO SEGUNDO

Y así, satisfechos de nosotros mismos, echamos a 1
andar hacia la alcoba de la joven para escucharla tocar la lira, pues yo no podía ni aun por un momento dejar de ver a la muchacha. Ella primero cantó el episodio homérico de la lucha del jabalí con el león[63]. Luego 2
entonó un aire de delicada inspiración: un canto de elogio de la rosa[64], cuya letra, si se eliminasen las modulaciones hasta dejarla desnuda, diría así: «Si Zeus hubiese querido dar a las flores una reina, la rosa hubiera sido reina de las flores: es ornato de la tierra, gala de las plantas, ojo de las flores, rubor de la pradera, hermosura destellante. Su hálito huele a amor, 3
es mediadora de Afrodita, su pelo es de hojas fragantes, su lujo sus pétalos de airosos movimientos cuando sonríen al Céfiro.»

Esto cantaba. Pero a mí se me antojaba ver la rosa sobre sus labios, como si se hubiese encerrado la redondez de la corola en la línea de su boca.

Acababa de poner fin a su concierto cuando llegó 2
la hora de la cena. Tenía lugar entonces la festividad de Dioniso «Señor de la Vendimia», pues a Dioniso lo

---

63 Cf. *Iliada* XVI 823-6.

64 En la colección de las *Anacreónticas*, algunas de las cuales pueden pertenecer a la época de Aquiles Tacio, hay varios elogios de la rosa, de corte semejante.

consideran un dios propio los de Tiro, ya que también cantan la leyenda de Cadmo[65]. Y es a esta leyenda a la 2 que atribuyen la paternidad de la fiesta: que en tiempos no existía vino entre los hombres, cuando aún no habían aparecido entre ellos ni el tinto oloroso[66] ni el de la viña de Bíblina[67] ni el tracio de Marón[68] ni el de Quíos «en copa laconia»[69] ni el isleño de Ícaro[70], sino que todos esos proceden de vinos de Tiro, y que fue en Tiro donde nació la prístina madre de los vinos. El 3 caso fue que hubo allí un cierto pastor dado a la hospitalidad, tal como los atenienses dicen de Icario[71], y que ése dio origen a la leyenda, hasta el punto de que parece tratarse de una historia del Ática. Dioniso visitó a este vaquero[72] y él le sirvió cuanto producen la tierra y las ubres de las vacas. Aquellas gentes bebían lo mismo que sus toros, pues aún no existía la viña. Dioni-

---

65 Cf. n. 2. Cadmo, tirio y hermano de Europa, como padre de Sémele es abuelo de Dioniso, dios del vino. Es decir, que Dioniso, en última instancia, sería un dios de Tiro.

66 «Que huele a flores» (citado en ARISTÓFANES, *Pluto* 807).

67 Cf. HESÍODO, *Trabajos y Días* 587. Véase el comentario de GOW a TEÓCRITO, XIV 15.

68 Es decir, el vino que regaló el sacerdote Marón a Odiseo.

69 Como para los vinos precedentes, Aquiles Tacio parte para la mención de este vino de Quíos de una cita literaria, que debe de ser, verosímilmente, un pasaje aristofánico como el recogido por ATENEO (XI 484f y XII 527c.). Es corriente que los traductores acepten una variante más cómoda: «el vino blanco de Quíos».

70 De la isla de Ícaro, en las Cícladas, mencionado por ATENEO (I 30c).

71 Héroe ateniense, el primero que según el mito divulgó la vid en el Ática. El sentido parece ser que la misma leyenda que se cuenta en Atenas sobre Icario se cuenta en Tiro de otro pastor, lo que sería (dado el más antiguo origen del vino en Tiro) prueba de que la segunda sería la genuina o, al menos, la de mayor antigüedad de las dos.

72 El pastor nombrado antes. El autor utiliza, con frecuencia, términos relativamente sinónimos como *variatio*.

so elogia al pastor su gentileza y le ofrece una copa en 4
prenda de amistad. Pero la bebida era vino. Y él, cuan-
do bebió, se puso fuera de sí de gozo y dijo al dios:

«—¿De dónde has sacado, forastero, este agua pur-
púrea? ¿Dónde has encontrado sangre tan dulce? Pues
no se trata de aquella que fluye por la tierra: ésa baja 5
hasta el pecho y produce un tenue gusto, y ésta, en
cambio, incluso antes de llegar a la boca, ya deleita la
nariz y, si se toca, está fresca, pero cuando corre hasta
las entrañas exhala desde abajo un fuego placentero.»

Y le replicó Dioniso:

«—Ésta es el agua del otoño [73], ésta es la sangre del racimo.»

El dios conduce al vaquero hasta la vid, toma, al 6
tiempo, unos racimos y, exprimiéndolos y mostrándole
la vid, le explica: «Ésta es el agua y ésa es la fuente.»

Y así fue como el vino apareció entre los hombres, según cuentan los tirios.

El día en cuestión celebraban una fiesta en honor 3
del dios citado. Mi padre, con el mayor interés, había
hecho con más esplendor los demás preparativos para
la cena e hizo servir una suntuosa jarra para el vino
consagrado al dios, que seguía en valor a la de Glauco
de Quíos [74]. La pieza entera era de cristal de roca. A su 2
alrededor formaban guirnaldas unas vides plantadas
en la propia vasija y por todas partes pendían racimos,
que, mientras la jarra estaba vacía, estaban en agraz,
pero que, al verter vino, poco a poco se iban oscure-
ciendo y se convertían de agraces en maduros. Y cerca
de los racimos estaba tallado Dioniso, para que cultivase
la viña por mediación del vino [75].

---

[73] Es decir, agua de un fruto.

[74] Aquiles Tacio debe de referirse a la *cratera* de plata, obra de Glauco de Quíos, citada en HERÓDOTO, I 25.

[75] Es decir, haciéndola madurar con la intervención del

3 Según se iba bebiendo, yo miraba hacia ella ya con más descaro. Amor y Dioniso, dos dioses violentos, cuando se apoderan de un alma la enloquecen hasta la desvergüenza, el uno abrasándola con el fuego que acostumbra, el otro aportando el vino como yesca, al ser el vino alimento del amor. Y también ella se atrevía ya a mirarme con mayor indiscreción.

Y así se nos pasaron diez días, sin que tuviéramos más provecho que el de los ojos ni nos atreviéramos a dar ningún paso.

4 Le conté todo el asunto a Sátiro y le pedí que me ayudase. Y me dijo que él estaba ya enterado antes de saberlo por mí, pero que no se había decidido a plantearme la cuestión a la vista de que yo prefería guardar el secreto. Y es que el que ama a hurtadillas, en caso de que alguien le pregunte, odia al curioso como si éste lo
2 insultase. Y añadió:

«—Pero las cosas por sí solas se han puesto ya de nuestro lado. Pues Clío, que tiene a su cargo su alcoba, está en relaciones conmigo y me considera su enamorado. Yo haré poco a poco que esté tan bien dispuesta para con nosotros que hasta nos eche una mano en
3 nuestra empresa. Y tú debes tantear a la muchacha no sólo con miradas, sino también pronunciando palabras más directas. Y en ese punto pasa al segundo expediente: tócale una mano, apriétale los dedos y suspira
4 mientras lo haces[76]. Si se deja hacer y no lo rechaza, ya es tarea tuya llamarla tu dueña y besar su cuello.»

Y yo le respondí:

«—Muy convincente, ¡por Atena!, es tu método de entrenamiento para mi empresa, pero temo ser, por falta de audacia, un apocado atleta amoroso.

---

vino (que llenaba la vasija) —seguimos la interpretación de Vilborg.

[76] Cf. Museo, 114 s.

«—Eros, noble señor —me replicó—, no soporta la 5
cobardía. Su figura, ves como es la de un guerrero:
arco, aljaba, dardos y fuego, todas son armas varoni-
les y llenas de osadía. Y con un dios semejante dentro
de ti ¿eres cobarde y te asustas?: ¡mira no sea que
dejes al dios en mal lugar! Pero yo te facilitaré el 6
primer paso: me llevaré aparte a Clío cuando vea una
ocasión favorable, para que puedas quedarte por tu
cuenta a solas con la joven.»

Tras decir esto, salió. Y yo, como quedara solo y 5
con el estímulo que Sátiro me había dado, me puse a
ejercitarme en atrevimiento para dirigirme a la mu-
chacha: «¿Hasta cuándo, cobarde, vas a guardar si-
lencio? ¿Por qué eres un miedoso soldado de un dios
tan viril? ¿Vas a esperar que tenga que ser ella la que
te aborde a ti?» Y añadí luego: «¿Y por qué, infeliz, no 2
eres razonable? ¿Por qué no amas a quien debes? En
tu casa tienes otra doncella hermosa: ama a ésa, pon
en ésa tus ojos, con ésa puedes casarte.»

Creía estar convencido, pero desde el fondo, como desde el corazón, Amor replicaba: «¿Con que te pones en pie de guerra contra mí, atrevido, y te aprestas a medirte conmigo? Yo vuelo y lanzo flechas y prendo fuego: ¿cómo podrás escapar? Aunque te guardes de mi arco, no podrás guardarte de mi fuego. Y aunque a fuerza de cordura hasta apagues mis llamas, te atraparé con mis alas.»

Enfrascado en este coloquio no caí en la cuenta de 6
que, sin haberla visto llegar, estaba ante la joven, y al
verla así de pronto perdí el color para ponerme des-
pués como la púrpura. Ella estaba sola y ni siquiera
la acompañaba Clío. Sin embargo, como en mi turba-
ción no supiese qué decir, exclamé:

«—¡Salud, mi dueña! [77].»

[77] Cf. anteriormente, 4, 4.

2 Y ella, sonriendo dulcemente y mostrando con su sonrisa que calaba la intención de mis palabras, preguntó:

«—¿Yo tu dueña? ¡No digas eso!

»—Es cierto: un dios me ha vendido a ti como Heracles fue vendido a Ónfale[78].

3 »—¿Te refieres a Hermes?: a ése fue al que Zeus encargó la venta.»

Y al mismo tiempo se echó a reír.

«—¿Qué Hermes? ¿Qué ocurrencia es ésa?, exclamé. Bien sabes lo que quiero decir.»

Y mientras yo pegaba así la hebra, el azar vino en mi ayuda.

7 La víspera hacia el mediodía la muchacha había estado tocando la lira y Clío estaba sentada junto a ella y yo paseaba de un lado para otro. De pronto una
2 abeja, que llegó volando quién sabe de dónde, picó a Clío en una mano. Ella dio un grito, y la otra joven, alzándose de un salto y dejando su lira, examinó la herida y al tiempo la confortó diciéndole que no se afligiese, pues le cortaría el dolor pronunciando dos ensalmos que una egipcia le enseñara contra picadu-
3 ras de avispas y de abejas. Y a la vez los recitó y Clío dijo poco después que ya se encontraba mejor.

Ahora bien, en esta otra ocasión coincidió que una abeja o una avispa volaba zumbando alrededor de mi cara, y yo entonces tengo un acuerdo y me echo mano al rostro simulando que me había picado y me dolía.
4 La joven acercándose me retiró la mano y me preguntó dónde tenía la picadura. Y yo respondo:

«—En el labio. Pero ¿por qué no pronuncias tus ensalmos, querida?»

Y se arrimó y me aplicó su boca, como si estuviese pronunciándolos, y susurró algo mientras me rozaba

[78] Reina de Lidia a la que Hermes (por orden de Zeus) vendió a Heracles (cf. Apolodoro, II 6, 3).

la punta de los labios. Y yo la besé en silencio, sustra- 5
yendo el chasquido de los labios, en tanto que ella, con el abrir y cerrar los suyos con el susurro del ensalmo, convertía el conjuro en besos.

Entonces ya la abracé y besé sin disimulo. Y ella se apartó diciendo:

«—¿Qué es lo que haces? ¿También tú pronuncias un ensalmo?

»—Beso a la hechicera —contesté—, porque has puesto remedio a mis dolores.»

Y como entendiera mis palabras y sonriese, me 6
animé y seguí diciendo:

«—¡Ay de mí, querida, que de nuevo estoy herido y más dolorosamente! Pues la herida me ha alcanzado el corazón y precisa tus ensalmos. Verdad es que también en tu boca llevas una abeja, pues estás llena
de miel e hieren tus labios[79]. ¡Ea!, te lo ruego, recita 7
tu ensalmo otra vez, pero no de prisa y corriendo, enconando la llaga nuevamente.»

Y mientras lo decía, al mismo tiempo la abrazaba con más fuerza y la besaba aún más francamente. Y ella se dejaba hacer, simulando, sin embargo, resistirse.

En esto, viendo desde lejos que la sirvienta se 8
acercaba, nos separamos, yo contra mi voluntad y afligido, ella no sé en qué estado. Me hallaba empero más animado y lleno de esperanzas. Sentía la presión del beso como si fuese algo corpóreo y lo guardaba celosamente, vigilándolo como un tesoro de placer por ser
una dulce avanzadilla. Pues incluso nace del más her- 2
moso órgano del cuerpo, ya que la boca es el órgano de la voz y la voz reflejo del alma. Al producirse el contacto de las bocas y hacer descender la placentera
sensación, izan las almas hasta el beso[80]. Y sé que, de 3

---

79 Para el motivo, cf. LONGO, I 18, 1.

80 Cf. luego, 37, 9 y IV 8, 1 ss., así como (con una concisa expresión de la misma idea) *Antología Palatina* V 78 (PLATÓN).

un modo igual, no había gozado antes mi corazón. Fue en ese momento por primera vez cuando aprendí que nada hay que compita en deleite con un beso de amor.

9 A la hora de la cena, otra vez nos encontramos, igualmente, en la sobremesa[81]. Sátiro nos escanciaba el vino y puso en práctica un cierto ardid amoroso: nos cambia las copas, sirviendo la mía a la joven y la suya a mí, y tras echar vino en una y otra copa y
2 hacer la mezcla nos las ofrece[82]. Yo, que me había fijado en la parte de la copa en que la muchacha al beber había puesto los labios, bebí aplicando en ese punto los míos, dándole así un beso a distancia, y besé
3 la copa al mismo tiempo[83]. Y ella, al verlo, comprendió que yo besaba la huella de sus labios. Pero Sátiro, cuando se llevó las copas juntas, de nuevo nos las cambió, y vi ya entonces que también la joven me imitaba y bebía del mismo modo, con lo que mi dicha fue aún mayor. Y esto sucedió por tercera y cuarta vez, y el resto de la jornada seguimos así con los mutuos brindis de nuestros besos.

10 Después de la cena Sátiro se acercó a hablarme: «Ahora es el momento de portarte como un hombre. Pues la madre de la muchacha, como sabes, está delicada y se retira a descansar sola. Y la joven dará un paseo, como suele, antes de irse a dormir, con la com-
2 pañía sólo de Clío. Pero a ésta precisamente me la llevaré yo aparte conversando.»

---

81 Cf. n. 62. Según los manuscritos, ésta es la tercera cena mencionada. Según el mencionado papiro de Oxirrinco es sólo la segunda. «Igualmente» quiere decir como en la noche de que ya se habló.

82 Como se ve después, el sirviente encargado de escanciar recogía en cada ronda las copas, evidentemente para llevarlas hasta la *cratera* y llenarlas de nuevo. En otros casos hay constancia del uso, en los *simposios*, de una gran copa común de la que se bebía por turno (cf. CALÍMACO, fr. 178).

83 Cf. LONGO, I 24, 4, y nuestra n. 46.

Y tras estas palabras nos pusimos al acecho, según
lo establecido, él de Clío y yo de la muchacha. Y así
ocurrió. Clío fue apartada de allí y la joven se quedó
sola en su paseo. Aguardando, pues, el momento en 3
que se extinguía la mayor parte de la luz[84], me apro-
ximo a ella con la mayor osadía que había sacado de
mi primer asalto, como un soldado que tiene ya en su
haber una victoria y se ha vuelto desdeñoso con la
guerra. Muchas eran las armas que entonces fortale-
cían mi confianza: vino, amor, esperanza y soledad. Y
sin decir palabra, como si hubiese un mutuo acuerdo,
la tomé sin más entre mis brazos y me puse a besarla.
Pero, cuando incluso iba a acometer algo más sustan- 4
cioso, detrás de nosotros se produce un ruido y, tur-
bados, nos separamos de un salto. Ella se retira a su
alcoba y yo en dirección opuesta, lleno de aflicción
por haber estropeado una empresa tan lucida y echando
pestes contra el ruido. Y en esto viene Sátiro a mi 5
encuentro con la cara resplandeciente, pues a mi pa-
recer había visto cuanto hicimos, vigilando al pie de
un árbol no fuera que alguien nos sorprendiese, y fue
él quien hizo el ruido al ver que alguno se acercaba.

Pasaron unos pocos días y mi padre aceleraba los 11
preparativos de mi boda más de lo pensado, ya que
unos sueños frecuentes lo inquietaban. Soñaba que
estaba celebrando nuestra boda[85], pero que el fuego
de las antorchas que había encendido se apagaba[86],
motivo por el que precisamente apresuraba nuestra

---

84 Se refiere a la luz natural del día.

85 La de Clitofonte y su hermanastra Calígona.

86 El sentido no obliga, necesariamente, a sospechar una laguna en el texto, como la señalada por los editores desde Jacobs y que (aparentemente) sería corroborada por la frase «et nos, quae res vehementius etiam illum angebat, abduci» («y que, lo que aun hacía su angustia mayor, nosotros desaparecíamos»), con que el traductor Cruceius, es decir, Annibale della Croce, llenaba la supuesta línea perdida.

2 unión. Y así la dispuso para el día siguiente. Había
comprado, pues[87], para la joven el ajuar: un collar de
piedras de colores y un vestido enteramente de púr-
pura, que en las partes en que los demás vestidos tie-
nen púrpura tenía adornos de oro. Las piedras com-
3 petían entre sí. Un jacinto[88] era una rosa en piedra y
una amatista una mancha morada cerca del oro[89]. Y
entre ambas piedras había otras tres, con una secuen-
cia ordenada de colores. Las tres estaban engastadas
juntas, de modo que el extremo de la piedra[90] era negro,
el cuerpo central blanco veteado de negro y, a conti-
nuación del blanco, el resto remataba en el color del
fuego. Y esta piedra, con una guirnalda dorada, imi-
4 taba un ojo de oro. En cuanto al vestido, su tinte de
púrpura no era de cualquier clase, sino como el que,
según la leyenda que cuentan los tirios, descubrió el
perro del pastor y con el que hasta hoy tiñen el ves-
tido de Afrodita[91]:

Hubo un tiempo en que a los hombres les estaba
vedado adornarse con la púrpura, pues una pequeña
5 concha la ocultaba en su recóndita cavidad. Un pes-
cador la captura. Esperaba un pez, y al ver la áspera
concha echó pestes de su presa y la tiró como un
desecho del mar. Pero un perro da con tal hallazgo, lo
quiebra con sus dientes y la sangre de la púrpura
chorrea por su hocico, tiñe su quijada y teje sobre sus

---

87 Corrección de Vilborg, en su *Commentary*, pág. 48.

88 Es decir, el circón rojo.

89 Frase entendida de modos diferentes; Gaselee traduce: «y una amatista que brillaba con destellos tales que parecía oro» (lo que no responde al color de la amatista, que sepamos); Grimal: «la amatista lanzaba sus fuegos purpúreos cerca de la montura de oro», lo que parece lo más razonable, dado que, además, tal montura se nombra después.

90 Es decir, del bloque de las tres piedras unidas.

91 Astarté (cf. I 1, 2, y n. 4).

labios una capa de púrpura. El pastor[92] ve el hocico 6
del perro ensangrentado y, creyendo que la tintura es una herida, fue a lavarlo en el mar, pero la sangre tomó un color rojo aún más brillante. Y cuando lo tocó con sus manos, sus manos se pusieron purpúreas.
Y fue así como el pastor comprendió la naturaleza de 7
la concha: que contenía un producto de belleza. Tomó un copo de lana y metió la lana en la cavidad de la concha, tratando de descubrir su secreto. La lana tomó
color de sangre, como el hocico del perro. Y entonces 8
aprendió cuál es la esencia de la púrpura. Toma unas piedras, quiebra la pared que encierra el producto, abre el santuario de la púrpura y encuentra un tesoro de tintura.

Mi padre, pues, llevaba a cabo el sacrificio previo a 12
la boda. Cuando me enteré, me vi perdido. Busqué un medio con que poder aplazarla y, mientras pensaba en ello, de pronto se forma un alboroto en la parte de la
casa correspondiente a los hombres. Y lo sucedido era 2
esto: cuando mi padre estaba haciendo el sacrificio y colocando la ofrenda en el altar, un águila se precipita volando desde lo alto y se apodera de la víctima. Y no sirvió de nada que trataran de ahuyentarla, pues el ave se fue con su presa. Desde luego pareció que éste no era un buen augurio y por aquel día aplazaron la boda[93]. Convoca mi padre a agoreros e intérpretes de

92 Este pastor ha perturbado a los comentaristas. El hecho de que en Nono (*Dion.* XL 306) sea «un perro que pescaba» (no «el perro de un pescador»», como dice erróneamente Vilborg en su comentario) el que descubre la púrpura no autoriza a pensar que Aquiles Tacio identifique al pescador con el pastor. En realidad, este modo de presentar al pastor creemos que no es sino *un ingrediente más de la economía narrativa que, en ocasiones*, muestra el autor (cf., por ejemplo, la inesperada presencia de ciertos personajes, n. 52). La versión de Nono respondería, en cambio, a una simplificación argumental.

93 El tema de una boda interrumpida o aplazada por voluntad divina aparece, por ej., en la hermosa historia de Acontio

3 prodigios y les cuenta el presagio. Respondiéronle que había que ir a la orilla del mar a media noche a celebrar un sacrificio al Zeus de la hospitalidad, ya que el ave había volado en esa dirección. El asunto acabó así, dado que el águila, tras remontar el vuelo hacia el mar, no volvió a aparecer[94]. Y yo tras lo sucedido quedé encantado con el águila y afirmaba que con justicia es la reina de todas las aves. Pero no tardó en hacerse realidad lo que el prodigio anunciaba.

13 Había un mozo bizantino de nombre Calístenes[95], huérfano y rico, calavera y derrochador. Éste, como oyese hablar de la hermosura de la hija de Sóstrato, pero sin haberla visto nunca, deseó hacerla su esposa. Era un enamorado de oídas, ya que los seres desenfrenados llegan a tales excesos que incluso por medio de los oídos caen en la pasión amorosa, con las palabras como origen de lo que se suele padecer cuando heri-
2 dos los ojos lo transmiten al alma. Pues bien, se había dirigido a Sóstrato, antes de que la guerra se desencadenara sobre los bizantinos, para solicitarle a la muchacha. Y éste, por el desagrado que le causaba su vida degenerada, se la negó. Calístenes monta en cólera, tanto porque se considera ultrajado por Sóstrato como porque su pasión queda frustrada[96]. Pues de imaginarse la belleza de la muchacha y de representarse lo que no había visto, sin darse cuenta había lle-

---

y Cidipa contada por Calímaco (frs. 67 ss.), Aristéneto (I 10) y Ovidio (*Heroidas* XX y XXI, *Tristia* III 10, 73 ss.).

[94] Esta frase ha sido considerada por muchos una mera repetición de la precedente (lo que no es en absoluto cierto) y, por tanto, una interpolación.

[95] Aquí comienza un relato que supone un episodio con cierta autonomía dentro de la novela. Tendrá su continuación mucho más tarde, en VIII 17 s.

[96] Ésta parece ser la mejor interpretación de esta frase, generalmente mal entendida por comentaristas y traductores, que han llegado a proponer correcciones bastante innecesarias.

gado a un estado deplorable. Y, en fin, se pone a maquinar cómo vengarse de la injuria de Sóstrato y cómo satisfacer sus deseos. Dado que los bizantinos tienen una ley según la cual, si uno rapta a una doncella y la hace de inmediato suya, tiene de pena el matrimonio, se decidió a recurrir a esta ley y se puso a buscar la ocasión de realizar su plan[97]. 3

Mientras tanto sobrevino la guerra y la muchacha vino a quedarse en nuestra casa. Él tuvo noticias de todo con detalle y siguió igualmente empeñado en su proyecto. Y una circunstancia acudió en su ayuda. 14

Tienen los bizantinos un oráculo que dice así: «Hay una ciudad-isla que recibe su sangre del nombre de una planta, que forma un istmo a la vez que un estrecho en tierra firme, donde Hefesto está gozoso de poseer a Atena de ojos garzos: allí te exhorto a dedicar un sacrificio a Heracles»[98].

Como ellos no podían descifrar el sentido del oráculo, Sóstrato (pues, como he dicho, era un general en esa guerra)[99] les dijo: 2

---

[97] Lo más verosímil es que Aquiles Tacio haya inventado esta ley, pero ya en LONGO (IV 28, 1) hemos encontrado una pretensión parecida.

[98] Heracles (identificado con Melcart) recibía un culto especial en Tiro (cf. NONO, *Dion.* XL 937 ss.). La *Antología Palatina* (XIV 34) da un texto más completo de este enigmático oráculo, puesto que añade una línea, de modo que la parte central queda así: «...en tierra firme, donde hay a la vez sangre de mi tierra y sangre de Cécrope, donde Hefesto...». No sabemos la razón por la que nuestro autor eliminó esa línea (si es que conoció, realmente, un texto tal), que podría significar que en Tiro (vd. luego) había una población mezclada. Cécrope es uno de los reyes legendarios del Ática. La «sangre de mi tierra» podría referirse a Bizancio, dado que el oráculo había sido dado a los bizantinos.

[99] Este detalle no se nos dio al presentarnos a Sóstrato en I 3, 1 y 5 s. Sóstrato, en parte de origen tirio, aunque viviese en Bizancio, era alguien muy indicado para resolver el enigma.

«—Es tiempo de que mandemos a hacer un sacrifi-
cio en Tiro a Heracles. Pues allí se dan todos los de-
talles del oráculo: el dios ha dicho de ella lo del «nom-
bre de una planta», puesto que esa isla es de los
fenicios y «fénix» es una planta [100]; se la disputan tierra
y mar, porque tratan de arrastrarla consigo tanto el
mar como la tierra y ella se ha plegado al uno y a la
3 otra, ya que se asienta en el mar pero sigue aferrada
a la tierra, dado que al continente la une un istmo
4 angosto, que es como el cuello de la isla [101]; no tiene
sus raíces en el mar, sino que el agua circula por de-
bajo de ella, hay un estrecho [102] por debajo del istmo
y se da así el novedoso espectáculo de una ciudad
5 en pleno mar y una isla en tierra. Y en cuanto a lo de
«poseer a Atena» Hefesto, es un acertijo que se refiere
al olivo y al fuego, que entre nosotros [103] cohabitan: se
trata de un lugar consagrado y cercado, con un olivo
que crece con lucidas ramas y a cuyo lado nace el
fuego que prende grandes llamas en torno a sus bro-
tes, sirviendo la ceniza de ese fuego de abono a la
6 planta [104]. Se da así un afecto entre fuego y árbol: Atena
no huye de Hefesto» [105].

---

[100] La palmera.

[101] El término *nésos* vale para isla y península. Cf. la descripción que de Tiro da NONO en *Dion.* XL 311 ss., donde (v. 338) el poeta juega con la expresión «una isla en tierra firme». Puede compararse, igualmente, CARITÓN, VII 2, 8. De ese «cuello» o lengua de tierra sabemos por PLINIO (*Hist. Nat.* V 17) que era de origen artificial y relativamente reciente.

[102] Es decir, un canal, lo que explica la aparente contradicción entre «istmo» y «estrecho» en el oráculo.

[103] Sóstrato quiere significar «en mi tierra de Tiro».

[104] Cf. NONO, *Dion.* XL 469 ss.: evidentemente se trata de un terreno volcánico.

[105] Dioses correspondientes al olivo y al fuego, como es bien sabido.

Querefonte, otro general pero de mayor rango que
Sóstrato, y que era de origen tirio por parte de su
padre, aprobó sus palabras y le dijo:

«—Has interpretado perfectamente el oráculo en
todos sus detalles. Empero, no admires sólo la natu-
raleza del fuego, sino también la del agua. Pues yo he 7
contemplado misteriosos prodigios como éstos: la fuen-
te de Sicilia[106], que tiene el agua mezclada con fuego,
con una llama que se ve saltar a lo alto desde ella, pero
que, cuando se toca el agua, sigue tan fría como la
nieve, y ni el fuego se apaga por la acción del agua
ni el agua se calienta por la del fuego, sino que se da
en esa fuente una tregua entre el agua y el fuego. Y 8
está también un río de Iberia[107] que, cuando lo miras,
de momento no es más notable que cualquier otro, pero,
si quieres escuchar el murmullo de sus aguas, espera
un poco con el oído atento, pues en cuanto una ligera
brisa toca su corriente, el agua vibra cual una cuerda,
actúa el soplo como una púa sobre el agua y la corriente
resuena como una lira. Igualmente, hay un lago en Li- 9
bia que imita al país de la India, y las doncellas libias
conocen su secreto[108]: que sus aguas están llenas de
riquezas. Estas riquezas están atesoradas en el fondo
del lago, unidas al limo de sus aguas, con lo que
hay allí un manantial de oro. Pues bien, sumergen
en el agua una pértiga untada con pez y descorren así
los cerrojos del agua. La pértiga es para el oro como 10
el anzuelo para el pez, pues lo pesca. La pez es el cebo

---

106 Se ha pensado que esta denominación podría referirse al actual Lago dei Palici, cerca de Palagonia.

107 No existe la menor noticia sobre este río de nuestra península.

108 Aunque no coincidan todos los detalles, Aquiles Tacio puede haber tomado la base para su relato de HERÓDOTO, IV 195. En cuanto a la alusión al oro de la India, cf. CTESIAS, *Indica* 4, si bien nuestro autor puede haber tenido en cuenta también a HERÓDOTO, III 102.

de la presa, ya que todo lo de la especie del oro que la toca, con sólo este contacto, la pez lo arrastra a tierra como presa. Y es así como se pesca oro en un río de Libia.»

15 Dicho esto, le mandó que se fuese a Tiro a hacer el sacrificio, con lo que también los demás ciudadanos estuvieron de acuerdo. Entonces Calístenes se las arregla para ser uno de los miembros de la embajada. Y bien pronto, arribando a Tiro y enterado de cuál era la casa de mi padre, se puso a acechar a las mujeres. Y ellas salieron para ver el sacrificio, dada su magnificen-
2 cia. Había un gran lujo de perfumes y de guirnaldas de flores de toda suerte de colores. Los perfumes eran canela, incienso y azafrán; las flores, narcisos, rosas y mirtos. El aliento de las flores competía con el aroma de los perfumes. Y la brisa al ascender en la atmósfera mezclaba los olores y el aire resultaba delicioso.
3 Las víctimas eran muchas y diversas, destacando entre ellas los bueyes del Nilo, pues el buey egipcio no sólo es privilegiado por su tamaño, sino también por su color: de talla muy grande, tiene cuello grueso, anchos lomos, enorme panza, y en cuanto a cornamenta no es mediocre como el de Sicilia ni deforme como el de Chipre[109], sino que, alzándose derecha desde las sienes y curvándose gradualmente por ambos lados, acerca sus puntas tanto cuanto están distanciados los puntos de arranque de los cuernos. Al contemplarlos se tiene una imagen de la luna llena. Y su color es como el que
4 Homero ensalza en los caballos del tracio[110]. Y marcha

---

109 El buey de Sicilia era el más corriente, mientras que el chipriota parece que podría identificarse con el cebú o *bos indicus*. Las mismas cualidades del buey egipcio son apreciadas por ARISTÓTELES, *Hist. anim.* 606 a 21 s., y OPIANO, *Cinegética* II 83 ss.

110 Los caballos del rey tracio Reso eran «más blancos que la *nieve*», según *Ilíada* X 437.

con el cuello erguido, como mostrando que es rey de
las demás clases de reses. Si la leyenda de Europa es
cierta, Zeus tomó la forma de un buey egipcio.

Ahora bien, acaeció entonces que mi madre[111] es- 16
taba indispuesta. Leucipa simuló estar también enferma
y se quedó en casa (pues habíamos convenido encon-
trarnos cuando la mayoría de los demás hubiese sali-
do), y así fue como coincidió que mi hermana salió en
compañía de la madre de Leucipa, y Calístenes, que
no había visto jamás a Leucipa, al ver a mi hermana 2
Calígona, pensando que era Leucipa (ya que reconoció
a la esposa de Sóstrato) y sin más indagaciones, pues
con verla quedó cautivado, muestra la joven a uno de
sus sirvientes, el que le era más leal, y le ordena juntar
una cuadrilla de ladrones para hacerse con ella, expli-
cándole cómo han de llevar a cabo el rapto, ya que se
acercaba un festival en el que habían oído decir que to-
das las doncellas se reunían junto al mar. Y una vez
que le hubo encargado esto y practicado los ritos de
la delegación, se marchó.

Tenía un navío propio, como precaución que había 17
tomado ya en su patria por si su intentona obtenía
éxito. Los demás delegados zarparon, pero él se fue a
echar el ancla a alguna distancia de la costa, a la vez
para que pareciese que seguía a sus conciudadanos y
para no verse comprometido tras el rapto, al estar su
nave en las cercanías de Tiro. Cuando estuvo a la al- 2
tura de Sarapta[112], una aldea tiria situada al borde del
mar, se procuró allí una barca y se la entregó a Ze-
nón, así se llamaba el sirviente encargado del secues-
tro. Éste, de cuerpo muy robusto y por naturaleza afi- 3
cionado al bandidaje, encontró rápidamente para el
rapto a unos pescadores de aquella aldea y luego zarpó

111 Es decir, su madrastra (cf. I 3, 2).

112 Sarapta o Sarepta, a unos 20 Km. al N. de Tiro.

en dirección a Tiro. Y quedó anclada la barca al acecho en un pequeño fondeadero de Tiro, una isleta a escasa distancia de la ciudad a la que los tirios llaman Tumba de Ródope[113].

18 El suceso del águila y los adivinos había tenido lugar antes del festival que Calístenes esperaba. Con vistas al día siguiente por la noche habíamos hecho los preparativos para el sacrificio en honor del dios[114]. Estos preparativos no escaparon a la vigilancia de Zenón, y cuando se hizo ya noche cerrada salimos y él nos fue
2 siguiendo. En cuanto estuvimos al borde del mar alzó la señal convenida, el bote se aproximó al punto y cuan-
3 do estuvo cerca se vio que había diez mozos en él. Previamente habían emboscado otros ocho en tierra, con vestidos de mujer y las barbas afeitadas, y cada uno con un puñal entre los pliegues de la ropa. También ellos, para no infundir sospechas, habían traído preparativos para un sacrificio, y nosotros creímos que eran
4 mujeres. Cuando levantamos la pira, de improviso, vociferando, vienen todos a la carrera y nos apagan las antorchas. Mientras huimos en desorden, con sus dagas desnudas se apoderan de mi hermana, la meten en el bote y embarcándose levantan el vuelo como un
5 pájaro al momento. Unos de nuestro grupo escaparon, sin enterarse ni ver nada, otros vieron lo ocurrido y gritaban: «¡Unos piratas se apoderan de Calígona!»

Pero la barca ya iba por el medio del mar y, cuando se acercaron a Sarapta, Calístenes, que vio de lejos su señal, salió a su encuentro, se hizo cargo de la joven
6 y de inmediato navegó hacia altar mar. Y yo respiré al ver así roto el compromiso de mi boda inopinada-

113 No es seguro que haya alguna relación entre esta Ródope (existen diversos personajes mitológicos de este nombre) y la Rodopis, cuya historia se cuenta en VIII 12.

114 Cf. antes, cap. 12.

mente, no obstante dolerme que sobre mi hermana hubiese caído tal desgracia.

Dejé transcurrir unos pocos días antes de hablar con Leucipa: «Hasta cuándo nos quedaremos en los besos, amada mía? Bello ha sido el preludio [115], demos ya algún paso más en nuestro amor. ¡Adelante!, impongámonos mutuamente un vínculo de fidelidad, pues, si Afrodita nos inicia en sus misterios, no hay miedo de que ningún otro dios sea más fuerte que esta diosa.» 19

Una y otra vez le dirigí estas palabras seductoras 2
y, así, persuadí a la joven para que me recibiese una noche en su alcoba con la ayuda de Clío, su camarera.

La disposición de su alcoba era como sigue: había 3
un amplio sector de la casa con cuatro habitaciones, dos a la derecha y dos al otro lado, y, en medio, un pasillo que separaba las piezas. Una sola puerta, al comienzo del corredor, cerraba el paso. Éstas eran las 4
estancias de las mujeres: las alcobas de la parte interior las ocupaban la muchacha y su madre, una frente a la otra; y de las dos exteriores, junto a la entrada, la que estaba al lado de la ocupada por la joven era la de Clío y la otra servía de despensa. Siempre que 5
acostaba a Leucipa, su madre cerraba con llave por dentro la puerta del pasillo. Otra persona la cerraba a continuación por fuera y le echaba las llaves a través de la mirilla. Ella las recogía y las guardaba, y al amanecer, llamando al que estaba al cargo de esta tarea, le pasaba de nuevo las llaves para que abriese.

Pues bien, Sátiro, que se había agenciado unas lla- 6
ves iguales a éstas, prueba a abrir con ellas y, como descubriese que se podía, convence a Clío, siendo también sabedora la joven, para que no se oponga al plan. Tal era, pues, lo convenido.

---

115 Aquí, como en los párrafos siguientes, seguimos las lecturas e interpretaciones de Vilborg, divergentes de las de autores como Gaselee y Grimal (que se basan en un texto diferente).

20 Pero entre sus sirvientes había uno llamado Cónope[116], metementodo, charlatán, zampón y todo lo que se quisiera decir de él. Éste me daba la impresión de que de lejos vigilaba todos nuestros actos y, en especial, con la sospecha de que fuésemos a hacer algo de noche (lo que era precisamente el caso), se quedaba velando hasta bien avanzada la noche con la puerta de su cuarto de par en par, de modo que era difícil librar-
2 se de su control. Sátiro, con el deseo de congraciárselo, le gastaba bromas con frecuencia y lo llamaba «Mosquito», chanceándose de su nombre. Pero aquél, que se percató de la maniobra de Sátiro, simulaba responder también con bromas, aunque en el mismo humor
3 mostraba cuán insociable era su carácter. Y le dijo así:

«—Puesto que te mofas hasta de mi nombre, ¡ea!, te voy a contar una fábula sacada del mosquito:

21 »'El león se quejaba frecuentemente a Prometeo[117] de que lo hubiese hecho grande y hermoso, le hubiese armado de colmillos su quijada, fortaleciese sus patas con las garras y lo hubiese dotado de mayor vigor que a las restantes bestias, pero que:

»'—En cambio —añadía—, siendo como soy, me da miedo del gallo[118].

2 »'Prometeo, considerando la cuestión, replicó:

»'—¿Por qué me culpas en vano? Posees todo cuanto estuvo en mi mano al darte forma, y tu alma tiene ese punto flaco solamente.

»'El león deploraba, pues, su propia suerte, echaba pestes de su cobardía y, por último, resolvió morir.

116 «Mosquito». Probable creación del propio novelista para introducir una digresión fabulesca.

117 El origen de estas fábulas nos es desconocido y bien pueden ser una invención del propio novelista. Cf. la reproducción de esta primera en la colección esópica (núm. 210 Chambry, 259 Perry).

118 Esta curiosa noticia se repite en Plinio, *Hist. Nat.* VIII 52.

Había tomado tal decisión, cuando se encuentra con un 3
elefante y, saludándolo, se detiene a conversar con él.
Y, como viese que a cada momento agitaba sus orejas,
le pregunta:

»'—¿Qué te ocurre? ¿Por qué tus orejas no se están 4
quietas ni un instante?

»'Y el elefante, como coincidiera que un mosquito volase junto a él, le contestó:

»'—¿Ves esa criatura diminuta que suena zumbando? Si se metiese por el conducto de mi oído me doy por muerto.

»'Y el león exclamó:

»'—¿Por qué entonces he de morir yo, tan imponente y con mejor estrella que el elefante cuanto es superior un gallo a un mosquito?

»'¿Ves cuán robusto es el mosquito, que hasta asusta al elefante?'»

Sátiro, que entendió la segunda intención de sus 5
palabras, con una ligera sonrisa repuso:

«—Escúchame también a mí un relato sacado de un mosquito y un león, que le oí a un sabio. En cuanto al elefante de la historia, te lo regalo a ti.

»'Va y le dice una vez un mosquito presumido al 22
león[119]:

»'—¿Acaso crees que reinas sobre mí igual que so-
bre los otros animales? Pero tú no eres más bello que
yo ni más valiente y corpulento. Puesto que, lo pri-
mero, ¿cuál es tu valor? Arañas con tus uñas y muer- 2
des con tus dientes: ¿no es eso lo que hace una mujer
cuando pelea? ¿Y de qué clase de corpulencia o de
belleza sacas tu prestancia?: un pecho ancho, unos
hombros gruesos y una nutrida pelambrera alrededor
de tu cogote. ¿Pero es que no ves lo feo que eres por

---

119 Cf. el núm. 188 Chambry, 255 Perry, en la colección esópica, con una redacción muy abreviada.

detrás? Mi tamaño, en cambio, es el aire todo cuanto
abarcan mis alas, y mi belleza son las cabelleras de
los prados, pues son como ropajes de que me revisto
3 cuando tengo a bien parar mi vuelo. Y en cuanto a mi
valor, mucho me temo que parezca cómico si me re-
fiero a él con detalle: soy por entero una máquina de
guerra. Me pongo en línea al toque del clarín y es mi
propia boca mi clarín y mi dardo, de suerte que soy
a la vez el trompeta y el arquero. Y me convierto en
flecha y arco de mí mismo, pues mis alas me disparan
por el aire y al caer abro una herida como un dardo.
El que ha sido alcanzado lanza un grito repentino y
busca al que lo hirió. Y yo estoy y no estoy, a un tiempo
huyo y persevero, cabalgo con mis alas en torno al
sujeto y me río de verlo bailar según lo voy hiriendo.
4 Pero ¿a qué viene tanto hablar?: ¡empecemos la ba-
talla!

»'Y a la vez que lo dice se precipita contra el león,
le salta a los ojos y a cualquier punto de la cara que
no protege el pelo, mientras vuela alrededor y hace
zumbar su flauta[120]. Rabiaba el león, se revolvía en
todas las direcciones y entre sus fauces mordía el aire.
El mosquito tanto más se mofaba de su cólera y lo
5 hería hasta en los propios labios. Aquél giraba hacia
la parte dolorida, retorciéndose hacia donde le llegaba
el golpe que lo hería, mientras el otro, aprestando el
cuerpo como un luchador para una presa, rehuía los
dientes del león, volando por en medio de las propias
6 quijadas en el instante de cerrarse. Y los colmillos de
la fiera entrechocaban ruidosamente en el vacío. Ya el
león estaba extenuado de la vana lucha de sus dientes
contra el aire y quedó inmóvil, aplanado por su misma
rabia, y el mosquito, que seguía volando en torno a su

120 Algunas traducciones (por ej., las de Gaselee y Grimal) siguen una puntuación errónea de este texto.

melena, hacía sonar su canto de victoria. Pero, al hacer 7
el giro de su vuelo más distante, por su excesiva arro-
gancia se ve enredado sin darse cuenta entre los hilos
de una araña. Su caída no escapó, en cambio, a la vi-
gilancia de la araña y, como ya no podía huir, exclamó
desesperado:

»'—¡Qué insensatez!: desafié a un león y es una
insignificante tela de araña la que me ha cazado.'»

Y al terminar su cuento añadió el narrador: «¡Vaya,
que hasta a ti te toca tener ojo con las arañas!» Y
se echó a reír al mismo tiempo.

Dejó pasar algunos días y, luego, sabedor de que 23
Cónope era esclavo de su panza, compró una droga
para hacer dormir profundamente y lo invitó a comer.
Él sospechaba alguna trampa y al principio vaciló, pero
acabó por aceptar cuando se impuso el amor a su ba-
rriga. Tras llegar al aposento de Sátiro y cenar, se 2
disponía a marcharse cuando aquél le vierte una dosis
de la droga en la última copa. Bebió y, con el tiempo
justo para llegar a su cuarto, se desplomó y se quedó
tumbado, dormido bajo el efecto de la pócima. Enton- 3
ces Sátiro viene corriendo a buscarme y me dice: «Ya
tienes al Cíclope[121] durmiendo. ¡Tú pórtate tan bien
como Odiseo!»

Y al tiempo que lo decía llegamos junto a la puerta
de mi amada. Sátiro se quedó atrás y yo entré, reci-
biéndome Clío sin el menor ruido, y yo temblaba, por 4
partida doble, de gozo y de temor: el temor al peligro
alborotaba las esperanzas de mi alma, pero la espe-
ranza del logro cubría el temor con un velo de placer.
De este modo, mi esperanza estaba atemorizada y mi
sufrimiento lleno de alegría. Pero, en cuanto entro en
la alcoba de la joven, a su madre le ocurre algo así:
un sueño la desazona, en el cual tuvo la impresión de 5

[121] La lectura «Cónope» del original fue corregida agudamente por Göttling, dado el contexto.

que un bandido, con una espada desenvainada, le arrebataba a su hija, la tumbaba boca arriba y le rajaba el vientre por la mitad comenzando por abajo, a partir del sexo. Trastornada por el miedo, salta tal como está de la cama y corre a la alcoba de su hija (muy cerca-
6 na), justo en el instante en que me acostaba. Yo, que oigo el ruido de las puertas al abrirse, al punto me levanto de un brinco. Ella se presenta junto al lecho y yo entonces, dándome cuenta de mi penosa situación, me precipito y a la carrera salgo disparado por la puerta; tembloroso y aturdido me recibe Sátiro y luego escapamos en la oscuridad hasta llegar a nuestros propios dormitorios.

24 Ella, a lo primero, cayó desvanecida; después, recuperándose, sin más preámbulos abofetea a Clío y la agarra por el pelo mientras se dirige lamentándose a su hija:

2 «—Has arruinado mis esperanzas, Leucipa. ¡Pobre de mí, Sóstrato!, tú luchas en Bizancio en defensa de las bodas de los otros [122] y en Tiro te derrotan, entrando a saco uno en la boda de tu hija. ¡Ay de mí, desgraciada, que no esperaba verte un casamiento semejante! ¡Ojalá te hubieses quedado en Bizancio! ¡Ojalá hubie-
3 ras sufrido el ultraje que es ley de guerra! ¡Ojalá un tracio victorioso te hubiese violado!: la desgracia no nos habría acarreado la deshonra por ser a la fuerza.
4 Pero no hay tal, desventurada: pierdes el honor a la vez que te cubre el infortunio. Hasta las visiones del sueño me engañaban y no vi el sueño que más veraz hubiese sido: el tajo que has recibido en tu vientre es más amargo, el corte este es más funesto que el de la espada. Para colmo no vi al que te hizo suya ni sé cómo ha sucedido este desastre. ¡Ay de mí, qué catástrofe!: ¿no habrá sido al menos un esclavo?»

---

[122] En defensa, sobre todo, de las hijas y esposas de los demás.

La joven cobró ánimos, al saber que yo pude es- 25
capar, y repuso:
«—No ofendas mi virginidad, madre: no he hecho
nada que sea merecedor de tales términos ni sé quién
era ése, si un dios o un semidiós o un malhechor. Yo 2
estaba en mi lecho llena de espanto, sin poder por el
miedo ni aun gritar, pues el miedo ata la lengua. Sólo
sé que ningún hombre ha manchado mi doncellez.»
Entonces Pantea se desplomó con renovados gemi-
dos. Y nosotros[123], ya solos, reflexionábamos en qué ha-
bía de hacerse y nos pareció lo mejor huir antes que
fuese de día y Clío, sometida al tormento, lo confe-
sara todo.
Resueltos a esto lo pusimos en práctica. Pretexta- 26
mos ante el portero que salíamos para visitar a mi
querida[124] y fuimos a la casa de Clinias. Era ya media
noche, de modo que nos costó trabajo que el portero
nos abriera. Y Clinias, que tenía su dormitorio en la
planta superior, nos oye hablar y baja a la carrera
sobresaltado. En esto que vemos a Clío venir a escape 2
detrás de nosotros, pues había decidido huir. Clinias,
entonces, oyó el relato de nuestra peripecia y a nos-
otros nos contó Clío cómo había escapado, y Clío a
su vez supo lo que íbamos a hacer. Dentro ya de la 3
casa le detallamos a Clinias lo ocurrido y nuestros
planes de fuga. Y dice Clío: «Yo también voy con vos-
otros. Pues si espero que llegue el día, sólo me queda
morir, que es preferible a la tortura.»
Clinias me coge de la mano para alejarme de Clío 27
y me propone lo siguiente: «Creo haber encontrado la
mejor idea, que es quitar de en medio a ésa, y, en

---

123 Se entiende Clitofonte y Sátiro.

124 De la que, por supuesto, ni se ha hablado ni se hablará en el futuro. Nótese, además, que Clitofonte se comporta como si, raptada Calígona, no hubiese desaparecido, sin embargo, el impedimento de su relación y boda con Leucipa.

cuanto a nosotros, aguardar algunos días y entonces, si nos parece bien, marcharnos con todos los prepara-
2 tivos. La verdad es que por ahora ni siquiera sabe la madre de la muchacha a quién sorprendió, según decís, y no habrá quien vaya a revelárselo si Clío está fuera de su alcance. Y tal vez incluso convenceréis a la joven para que se fugue con vosotros.»

Y añadió que también él nos acompañaría.

3 Aceptamos su plan y pusimos a Clío en manos de uno de sus sirvientes, dándole la orden de embarcarla. Los demás nos quedamos allí haciendo cábalas sobre el futuro. Al fin decidimos hacer una intentona con la joven y, si quería huir con nosotros, hacerlo así; y si no, seguir allí, confiándonos a la suerte. Dormimos, pues, un poco en lo que restaba de la noche y hacia el alba regresamos a casa.

28 Pantea, en cuanto se levantó, se dispuso a interrogar a Clío y ordenó llamarla. Pero, como no apareció, se apresuró otra vez a ver a su hija y le dijo:

«—¿No vas a confesarme lo que habéis tramado? ¡Mira que hasta se ha fugado Clío! »

2 Pero ella cobró aún más valor y respondió:

«—¿Qué más habré de decirte y qué otra prueba habré de aportarte superior a la verdad? ¡Si existe algún medio de comprobar la virginidad, sométeme a él!

3 »—¡Sólo nos falta eso —replicó Pantea—, que nuestra desgracia se publique! »

Y mientras lo decía se precipitó fuera de la estancia.

29 Leucipa, ya sola y con el ánimo embargado por las palabras de su madre, experimentaba muy diversas emociones: pesar, vergüenza y rabia. Pesar de que la hubiesen sorprendido, vergüenza por los reproches recibidos, rabia por no ser creída. Vergüenza, pena y
2 cólera son tres olas que agitan el alma: la vergüenza, penetrando a chorros a través de los ojos, arrebata a

éstos su libertad[125]; la pena, extendiéndose por el pe-
cho, apaga el rescoldo del alma; la cólera, aullando en
torno al corazón, anega el raciocinio con la espuma de
la locura. La palabra es el padre de todas estas criatu- 3
ras, es la imagen de un arco que dispara contra un
blanco, le da de pleno y lanza contra el alma sus dar-
dos y produce heridas muy diversas. Una de sus saetas
es la del insulto, y la cólera la herida que resulta. Otra
es la evidencia de los fracasos: la pena proviene de
este dardo. Y otro es la censura por los deslices, a cuya
herida llaman vergüenza. Es peculiar de todos estos 4
proyectiles que sean hondos sus saetazos, pero sin san-
gre las heridas. Y de todas éstas hay un único reme-
dio: defenderse del arquero con las mismas flechas,
pues la palabra, saeta de la lengua, se cura con el dardo
de otra lengua, ya que apacigua los arrebatos del co-
razón y disipa las penas del alma. Y si, por el impe- 5
rativo de la mayor fuerza del contrario, se ha de impo-
ner silencio a la propia defensa, con el silencio se
enconan las heridas, pues los sufrimientos que pro-
vocan las olas de la palabra, al no escupir la espuma,
se inflan y se hinchan[126].

Agobiada, pues, con tamañas desgracias, Leucipa era incapaz de sobrellevar su embestida.

Justo en este momento envié a Sátiro junto a la 30
joven para proponerle la huida. Y ella, antes de escu-
charlo, le dijo: «Os ruego por los dioses forasteros y
locales, llevadme a donde queráis, lejos de la vista de
mi madre. Si os marcháis abandonándome aquí, anudaré 2
una cuerda y así dejaré de vivir.»

---

125 La interpretación razonable es que la vergüenza producida por algo que se ha visto hace bajar los ojos.

126 A pesar de las duras críticas que se han dirigido a este pasaje, como si no fuese inteligible realmente, el lector podrá seguir el hilo del texto teniendo en cuenta la existencia de una doble serie de imágenes (olas y dardos), acuáticas unas, belicosas las otras, y la culminación con la imagen del ahogado.

Y yo, al oír esto, deseché mi mayor preocupación y, dejando pasar un plazo de dos días, en la fecha precisamente en que mi padre se ausentó [127], nos preparamos para la fuga.

31 Sátiro conservaba el resto de la droga con que había hecho dormir a Cónope. Mientras estaba atendiéndonos, vierte subrepticiamente una dosis en la última copa que le sirve a Pantea. Ella se levanta para
2 irse a su alcoba y no tarda en dormirse. A la otra camarera que tenía Leucipa la hace zozobrar con la misma droga (desde que ésta se había hecho cargo del aposento simuló estar prendado también de ella) y se dirige a por su tercera presa [128]: el portero, al que deja
3 tumbado con la misma pócima. Un carruaje, que había preparado Clinias, nos aguardaba dispuesto delante de la puerta, y el propio Clinias estaba ya por anticipado esperándonos en él. Cuando todos estuvieron durmiendo, hacia la primera guardia de la noche, salimos sin el menor ruido, llevando Sátiro a Leucipa de la mano.
4 También Cónope, que no nos había quitado el ojo de encima, coincidió que aquel día estaba fuera, para cumplir un encargo de su ama. Nos abre Sátiro la puerta y salimos y, ya en la calle, subimos al vehículo.
5 Éramos en total seis: nosotros, Clinias y dos sirvientes suyos. Nos apresuramos camino de Sidón, llegamos a la ciudad hacia la segunda parte de la noche [129] y de

[127] Inesperada mención de este viaje, del que se dará alguna información mucho más tarde (en V 10, 3) y que aquí sirve, evidentemente, para simplificar (igual que la ausencia de Cónope) los detalles de la fuga.

[128] Corrección de Boden, aceptada por la generalidad de los editores. Los manuscritos dan «puerta», lo que no es, en realidad, tan disparatado como se cree (dado el estilo del autor): Sátiro se encamina hacia la tercera puerta (que impide la fuga), que es el propio portero, y la derriba.

[129] Es decir, la segunda guardia, de las tres en que habitualmente se repartía la noche. La distancia entre Tiro y Sidón era de poco más de 30 Km.

inmediato nos dirigimos a Berito, suponiendo que allí encontraríamos una nave fondeada. Y no nos equivoca- 6
mos, pues, cuando llegamos al puerto de Berito[130], hallamos un navío que zarpaba en el momento mismo de ir a soltar amarras. Sin preguntar siquiera hacia dónde navegaba, hicimos embarcar nuestro equipaje. La hora era poco antes del alba. Y el barco iba rumbo a Alejandría[131], la gran urbe del Nilo.

Yo me sentí lleno de gozo tan pronto como vi el 32
mar, cuando la nave aún no había salido a mar abierto sino que seguía en el fondeadero. En el momento en que pareció que el viento era favorable para zarpar, el barco se llenó de un gran revuelo: los marinos corrían de un lado para otro, el piloto daba órdenes, se halaron los cables. Se izó la verga, se desplegó la vela, la 2
nave se apartó de la orilla, se levó anclas[132], el puerto quedó atrás. Veíamos la tierra retirarse poco a poco del barco, como si fuese ella la que navegaba. Hubo cánticos y abundancia de plegarias, invocando a los dioses salvadores, colmando de buenos augurios la ruta emprendida. El viento se alzó con más vigor, la vela se hinchó y tiró de la nave.

Cerca de nosotros tenía su pabellón[133] un jovencito 33
que, al llegar la hora del almuerzo, nos rogó cortésmente que lo acompañásemos en la mesa. Sátiro estaba ya dispuesto para servirnos, de modo que, poniendo en común lo que teníamos, compartimos el almuerzo y, asimismo, la conversación. Y pregunto yo primero: 2
«—¿De dónde eres, joven, y qué nombre debemos darte?

---

130 Actual Beirut, a unos 40 Kms. de Sidón.

131 Cf. más adelante, n. 227.

132 El orden de las maniobras no es muy ortodoxo realmente.

133 Montado en el propio barco para viajar con mayor independencia y comodidad (cf., por ej., la lujosa tienda descrita en CARITÓN, VIII 6, 5 ss.).

»—Me llamo Menelao —repuso— y por mi origen
soy egipcio. ¿Y vosotros?
3 »—Yo soy Clitofonte y éste, Clinias, ambos fenicios[134].
»—¿Y cuál es el motivo de que os ausentéis de vuestra patria?
»—Si nos dices primeramente el tuyo, también oirás
el nuestro.»
34 Menelao entonces nos relata lo siguiente:
«—Mi ausencia de mi tierra, de modo resumido, se
debe a un amor funesto y a una caza infortunada. Yo
estaba enamorado de un guapo muchacho, y este mu-
chacho era un amante de la caza. Intentaba retenerlo
muchas veces, pero no lo conseguía. Y, como no lograba
persuadirlo, terminaba también yo por seguirlo a sus
2 cacerías. Fuimos de caza, pues, los dos a caballo, y al
principio tuvimos éxito porque perseguíamos caza me-
3 nor. Pero, de repente, un jabalí se precipita fuera del
bosque y el muchacho va tras él. El jabalí revuelve su
hocico, se dirige contra él a la carrera y el muchacho
no lo evita, a pesar de que yo le daba voces y gritaba:
'¡Saca de ahí el caballo, da vuelta a las riendas! ¡Que
es un mal bicho!'
4 »Pero el jabalí se lanza en impetuosa carrera contra
él. Chocaron el uno con el otro y yo temblé cuando los
vi. Por miedo a que la fiera se anticipase hiriendo al
caballo apresté mi venablo en la correa[135], sin apuntar
con precisión al blanco, y se lo arrojé. Pero el mucha-
5 cho se cruza en su camino y recibe el impacto. ¿Cuál
crees que fue entonces mi ánimo? Si tuve en absoluto
alguno, pudo ser el del que en vida muere. Y lo más
lastimoso fue que él me alargó sus brazos, cuando aún
alentaba levemente, me abrazó y en el momento en que

[134] Según los usos sociales vigentes, Leucipa no asiste a este almuerzo (cf. luego, 35, 1).

[135] Con la que se disparaban pequeñas lanzas (cf. JENOFONTE, *Anábasis* IV 2, 28).

moría, asesinado por mis manos, no me odiaba a mí, al maldito, sino que exhaló su vida rodeando con sus
manos mi diestra criminal. Sus padres me llevan ante 6
la justicia, con mi plena aceptación. Ni siquiera quise defenderme, sino que reclamé mi propia muerte. Sin embargo, el jurado por compasión me condenó a un destierro de tres años, que ahora se cumple, y por ello vuelvo ahora a mi patria.»

Mientras él lo contaba vertía lágrimas Clinias *como* 7
si fuera por Patroclo[136], aunque era por el recuerdo de Caricles. Y le dijo Menelao: «¿Lloras por mi infortunio o porque también a ti te ha sacado de tu casa algún otro semejante?»

Y Clinias entre gemidos le relata el episodio de Caricles y el caballo, y yo también lo que me había ocurrido.

Pues bien, como veía a Menelao tan abatido por 35
sus recuerdos y a Clinias disimular sus lágrimas al acordarse de Caricles, con el deseo de sustraerlos a sus penas dirijo la conversación hacia un tema que había de seducirlos por ser de amores. Pues además Leucipa no nos acompañaba, sino que dormía en la cámara del
barco. Y les digo sonriendo: 2

«—¡Cuántas ventajas tiene Clinias sobre mí! Pues le encantaría dejar en mal lugar a las mujeres, según acostumbraba, y ahora podría explayarse más a gusto aún, al haber encontrado uno que comparte sus afi-
ciones amorosas. Pero la verdad es que no sé cómo 3
está tan arraigada la pasión por los varones[137].

---

[136] No el nombre del muerto, por supuesto. Se trata de una cita homérica (*Ilíada* XIX 302) convertida en un clisé, como se ve por su eco también en CARITÓN (VIII 5, 2) y HELIODORO (I 18, 1).

[137] El preámbulo de Clitofonte está, ciertamente, un poco cogido por los pelos. No hay nada en lo inmediatamente precedente que permita tal broma a Clinias, aunque sí, si nos retrotraemos a I 8. El tema de este coloquio de sobremesa es

»—¿Acaso no es mucho mejor —preguntó Menelao— ésa que la otra? Pues sin duda los muchachos son menos complicados que las mujeres y su belleza es más excitante para el placer.

4 »—¿Cómo más excitante —repliqué— una belleza que apenas se atisba y ya desaparece, sin que permita al que la ama gozar de ella, sino que se parece a la
5 bebida de Tántalo? Con frecuencia en el momento mismo de beber ya ha huido y el enamorado se retira sin probarla, o, cuando se la está bebiendo, se la arrancan de los labios antes de saciarse. No hay modo de que un enamorado se aleje de un mocito sin que su placer resulte doloroso, pues lo deja cuando aún está sediento.

36 »—Ignoras, Clitofonte —afirmó Menelao—, la esencia del placer. Ya que siempre es deseable lo que no sacia, puesto que aquello de lo que se disfruta demasiado tiempo, con la saciedad agosta su carácter placentero, mientras que lo que se nos sustrae conlleva siempre novedad y está más en sazón al no hacerse viejo su placer. La belleza, en la medida en que al pasar el tiempo disminuye, en la misma medida crece
2 en cuanto al deseo. Precisamente por esto la rosa es la más linda entre las flores: porque su hermosura es tan efímera. Pues, a mi entender, entre los hombres se dan dos bellezas, una celestial y otra vulgar, igual que
3 las diosas que rigen los coros de la belleza[138]. Pero la celestial no soporta estar atada a una belleza mortal y trata de escapar hacia el cielo prontamente, en tanto

---

debatido por otros autores, como PLUTARCO, *Amat.* 3-9, o LUCIANO, *Amor.* 25 (cf. F. WILHELM, «Zu *Achilles Tatius*»..., para las fuentes). Los traductores han reaccionado ante el texto de mil maneras, por razones moralizantes, o bien omitiéndolo o bien vertiéndolo púdicamente al latín, o bien escamoteando las partes más comprometidas.

138 Cf. PLATÓN, *Banquete* 180d ss.

que la vulgar está caída aquí abajo y ronda todo el tiempo a los cuerpos[139]. Y si se ha de recurrir a un poeta que dé fe de la ascensión de la belleza celestial, escucha lo que dice Homero:

Los dioses lo arrebataron hacia lo alto para ser copero de Zeus en razón de su hermosura, para que morase entre los inmortales[140].

»En cambio, jamás ha escalado los cielos por su 4
belleza mujer alguna (por más que Zeus también haya tenido relaciones con mujeres), sino que a Alcmena le tocan penas y destierro, a Dánae un arca y el mar, y Sémele fue pasto del fuego[141]. Por el contrario, prendado Zeus de un mancebo frigio, le hace donación del cielo, para que viva con él y tenerlo de escanciador del néctar. Y la que antes le prestaba tal servicio se vio privada de ese honor, siendo el motivo, creo, que era una mujer[142].

»—Sin embargo —interrumpí— parece que la celes- 37
tial es la belleza de las mujeres, en la medida en que no perece rápidamente. Ya que lo que no perece está cerca de lo divino. En cambio, lo que se altera en la corrupción, imitando a la naturaleza mortal, no es ce-
lestial sino vulgar. Que Zeus se prendó de un mancebo 2
frigio y al frigio lo hizo subir a los cielos, ¡sea!, pero fue la belleza de las mujeres la que hizo bajar del cielo al propio Zeus. Por una mujer anduvo Zeus una vez dando mugidos, por una mujer otra vez danzó como
Sátiro y para otra mujer se convirtió en oro[143]. ¡Que le 3

---

139 Aquiles Tacio combina la distinción de las dos bellezas con algunas reminiscencias del mito del tronco de caballos del *Fedro* platónico (246a ss.).

140 Se refiere a Ganimedes (*Ilíada* XX 234 s.).

141 Amadas de Zeus, bien conocidas y que forman parte de un catálogo típico de la literatura erótica.

142 Se alude, naturalmente, a Hebe, hija del propio Zeus.

143 Referencias a Europa, Antíope y Dánae.

escancie Ganimedes, pero beba Hera[144] en compañía
de los dioses, para que una mujer tenga a un mancebo
de criado! Incluso me inspira lástima por su rapto:
un ave carnicera descendió sobre él y sufre la igno-
minia de ser así arrebatado, como la viva imagen del
que sufre un ultraje. El cuadro es vergonzoso: un mu-
4 chacho colgado de unas garras. En cambio, a Sémele
no la hizo subir a los cielos un ave carnicera, sino el
fuego[145]. Y no te maravilles de que alguien suba al
cielo por obra del fuego: así fue como subió Hera-
cles[146]. Y si te ríes del arca de Dánae, ¿cómo no dices
nada de Perseo[147]? Y en cuanto a Alcmena, le basta
con este único regalo: que por su causa Zeus robara
5 tres soles enteros[148]. Pero si, dejando los relatos de
los mitos, hemos de referirnos al propio placer experi-
mentado, yo en mujeres no soy más que un princi-
piante, por cuanto que mi trato ha sido con las que
trafican con el amor. Otro, que esté bien iniciado, po-
siblemente diría más que yo. Pero hablaré de ello aun-
6 que mi experiencia sea sólo moderada. Pues bien, el
cuerpo de una mujer, al unirse con ella, es mórbido y
para los besos sus labios son suaves, razón por la que
en los abrazos retiene el cuerpo de su compañero y sus
propias carnes se amoldan a él por completo, quedando
7 aquél envuelto en placer. Pega a los labios sus labios

---

144 Göttling propuso leer «Hebe» aquí, para apurar el paralelismo entre este discurso y el precedente, opinión seguida por algunos autores. No obstante, nada impide que el autor introduzca una *variatio* y, además, la figura de una señora servida por Ganimedes le cuadra mejor a Hera que a Hebe.

145 Es decir, el rayo que la fulminó.

146 Que se hizo quemar vivo en una pira, ascendiendo así directamente al cielo.

147 Perseo, con su madre Dánae, fue arrojado al mar dentro de un arca.

148 Zeus paralizó la marcha del Sol durante tres días, prolongando de este modo la noche en que se unió a Alcmena.

como sellos, besa con arte y adereza su beso con una dulzura superior. Pues no solamente suele besar con los labios, sino que hace intervenir sus dientes y pace en torno a la boca de su amante y convierte los besos en mordiscos. También su seno, con sólo tocarlo, reporta un especial deleite. Y en la culminación amorosa 8
el placer la exalta, besa con la boca abierta y enloquece. Las lenguas mientras tanto se buscan una a otra para unirse y, en lo posible, también ellas se afanan en besarse. Y es que, al besarse con la boca abierta, el placer se acrecienta. La mujer, al llegar al extremo amoroso, 9
jadea abrasada por el placer, y su jadeo con el amoroso hálito salta hasta los labios, se encuentra con el beso, que en su camino errante trata de descender a lo profundo, y el beso, invirtiendo su ruta con el aliento 10
jadeante, lo sigue confundido ya con él y va a herir el corazón. Éste, con la turbación que el beso le produce, se pone a temblar, y, si no estuviese atado a las entrañas, iría en pos de los besos y se arrastraría hasta lo alto tras ellos. Por el contrario, los besos de los mocitos carecen de arte, sus abrazos no tienen ciencia alguna, su Afrodita es perezosa y en absoluto se halla placer con ellos.»

Y replicó Menelao: 38

«—La verdad es que en lo tocante a Afrodita no me das la impresión de ser un principiante, sino un veterano: ¡con tantas sutilezas femeninas nos has inundado! Pero ahora te toca escuchar lo que atañe a los muchachos. En una mujer todo es fingido, lo mismo 2
las palabras que los gestos. Y, si parece hermosa, no hay en ella otra cosa que el ingenio diligente de los ungüentos: su belleza es la de sus perfumes o la del tinte de su pelo o hasta la de sus potingues [149]. Pero,

---

149 Corrección de Knox, aceptada por Vilborg, y que asumo sin demasiado convencimiento. La lectura original es «de sus besos», que crea un efecto de sorpresa.

si la desnudas de esas muchas trampas, es como el
3 grajo desplumado de la fábula[150]. En cambio, la belle-
za de los muchachos no se riega con fragancias de per-
fumes ni con olores engañosos ni ajenos, y el sudor de
los mocitos tiene mejor aroma que todos los ungüentos
4 perfumados de las mujeres[151]. Se puede, incluso en el
momento que precede a la unión amorosa y en el propio
gimnasio, encontrarse con uno y abrazarlo a la vista
de todos, sin que tales abrazos tengan por qué dar ver-
güenza. Y no ablanda el contacto erótico con la morbi-
dez de sus carnes, sino que los cuerpos se ofrecen
5 mutua resistencia y pugnan por el placer. Sus besos no
poseen la ciencia de las hembras ni menos embrujan
con las trampas lascivas de sus labios. Un chico besa
según sabe, y sus besos no nacen del artificio, sino de
la propia naturaleza. A lo que más se parece el beso de
un mocito es a esto: sólo obtendrías besos semejantes
si el néctar se hiciese sólido y tomara la forma de unos
labios. No podrías saciarte de besarlo: cuanto más te
llenas, aún sigues con sed de sus besos, y no sabrías
apartar tu boca hasta que el deleite mismo no te hace
escapar de ellos.»

---

150 «El grajo y los pájaros» (núm. 162 CHAMBRY, 101 PERRY) de la colección esópica.

151 Reminiscencia, tal vez, de JENOFONTE, *Banquete* II 3 s.

LIBRO TERCERO

En la tercera jornada de nuestra navegación, hasta 1
entonces con tiempo muy despejado, repentinamente se encapota el cielo y desaparece la claridad del día[152]. Desde el mar se alza un viento que enfrenta al navío de cara y el piloto ordena hacer girar la verga. Los 2
marineros se apresuran a hacerla girar, de una parte recogiendo la vela sobre la verga trabajosamente (pues el viento con la mayor violencia impedía recogerla), y por la otra parte conservando la suficiente extensión de tela para que el viento favoreciese el viraje[153]. La nave 3
entonces se inclina con esa borda profundamente sumergida, y por la otra se levanta con un desnivel tal que la mayoría de nosotros tuvimos la impresión de que acabaría por volcarse con el empuje del viento. Todos, pues, nos trasladamos a la parte alzada del navío, a fin de aligerar el costado sumergido y, con nues-

---

152 Comienza la descripción de la tempestad y el naufragio, típicos episodios comparables, por ej., a los de JENOFONTE DE ÉFESO, II 11, 10, o HELIODORO, V 27.

153 Frase cuya interpretación no ha sido hasta ahora muy satisfactoria. Lo más razonable parece ser que la maniobra sobre la verga en estos casos era distinta a un lado y a otro del mástil, de una parte recogiendo del todo la vela, de otra dejando sin recoger la tela suficiente para que el viento facilitara el viraje del barco. Por supuesto, previamente había que hacer girar la verga, poniéndola en línea con la nave. Véanse las notas de Grimal y de Vilborg, que se complementan entre sí.

4 tro peso, equilibrar en lo posible la otra borda. Pero no conseguimos nada, pues la parte de la cubierta que estaba en alto nos alzaba mucho más de lo que nosotros
5 podíamos hacerla descender con nuestro peso. Y por un tiempo estuvimos luchando por equilibrar la nave así balanceada por las olas, pero de pronto cambió de dirección el viento, soplando contra el otro costado del navío, y éste a punto estuvo de irse a pique con el brinco que dio, por el violento cambio de posición, la borda que hasta entonces se inclinaba hacia el agua, y, del otro lado, con la súbita caída hacia el mar de
6 la parte que había estado por lo alto. Del barco, entonces, se eleva un gran clamor de lamentaciones, y de nuevo cambiamos de lugar, corriendo entre gritos a la anterior posición. Y por tercera y cuarta vez y muchas otras veces más nos ocurrió lo mismo, acompañando nosotros con nuestros desplazamientos los del barco. Pues aún antes de haber cambiado de lugar ya teníamos que reemprender otra carrera de ida y vuelta [154].

2 Estuvimos transportando nuestro equipaje por la nave a lo largo de todo el día, afanados en esta carrera miles de veces repetida, verdadera prueba de fondo, esperando a cada instante la muerte, que razonable-
2 mente estaba muy cercana. Hacia el medio día el sol desapareció por completo y entre nosotros mismos nos distinguíamos como a la luz de la luna. Vuela el fuego de los relámpagos, el cielo lanza el mugido de sus truenos, el aire se llena de estruendo y, desde abajo, le responde con su estrépito la conmoción del oleaje, mientras entre cielo y mar silba el viento en todas direc-
3 ciones. El aire produce un tañido de trompeta, los cables se precipitan en torno a la vela, respondiendo al ruido con sus restallidos. Nos llenaba de espanto la idea de que se quebrasen las tablas de la nave con el

[154] Metáfora deportiva sobre el *díaulos* o doble carrera en el estadio. Cf., después, la «prueba de fondo» (*dólikhos*).

temor de que en un momento, al arrancarse los pernos, el barco se partiera.

Por toda la nave se había dispuesto una cubierta 4
de cañizo, ya que llovía a raudales, y nosotros, metidos
bajo el tinglado, esperábamos como en una cueva, en
brazos de la suerte, ya sin esperanzas. Innumerables e 5
imponentes olas venían de todas partes, entrechocando
las que atacaban por delante con las que llegaban por
la popa. La nave de continuo se levantaba al arquearse
el mar y, al retirarse y descender la ola, se precipitaba
a lo profundo. Las olas unas veces se asemejaban a
montañas, otras formaban como abismos. Pero aún eran 6
más temibles las que por uno y otro flanco rompían
oblicuamente: el mar, encaramándose sobre el barco,
pasaba por entre los sombrajos en oleadas y cubría la
nave por entero. Las olas al empinarse hacia lo alto, ro- 7
zando las propias nubes, de lejos se recortaban contra
la proa con una masa como un monte, y al verlas más
cercanas se esperaba que engullesen el navío[155]. Vien- 8
tos y olas se entregaban a un combate. No podíamos
quedarnos en el mismo sitio por causa de las sacudi-
das de la nave. Se alzaba un estruendo de toda clase
de sonidos: el bramido del oleaje, el silbido del viento,
los chillidos de las mujeres, los gritos de los hombres,
las órdenes de los tripulantes, con todo lleno de lamen-
tos y gemidos. El piloto mandaba arrojar la carga y 9
no se hacía distinción alguna entre la plata y el oro y
cualquier otro artículo sin valor: arrojamos todo por
igual fuera del barco. Incluso muchos mercaderes, to-
mando con sus manos las mercancías en que habían
tenido puestas sus esperanzas, se apresuraban a tirar-
las por la borda. Y quedó así el barco libre de todo car-

155 Traducimos de un modo sólo aproximado esta frase que, o está mal construida, o ha sido mal transmitida hasta nosotros.

gamento, pero la tormenta no por eso se aplacaba[156].
3 Por último, el piloto, renunciando a toda resistencia,
suelta la caña del timón[157], deja el barco a merced del
mar, hace preparar el bote y, ordenando a los marine-
2 ros embarcarse se puso al cargo de la escala[158]. Ellos
saltaron uno tras otro y entonces se produjo una es-
pantosa escena y una lucha a brazo partido: los que
se habían embarcado trataban ya de cortar la amarra
que sujetaba el bote a la nave, pero todos los pasajeros
se afanaban en saltar a él por donde vieron que el piloto
3 halaba el cable. Los del bote no les dejaban hacerlo y
empuñando hachas y cuchillos amenazaban con herirlos
si trataban de embarcarse. Muchos de los que aún es-
taban en la nave se defendieron armándose como pu-
dieron, uno echando mano a un fragmento de un viejo
remo, otro a un pedazo de un banco de la nave, pues
el mar no admitía más ley que la fuerza y era aquél un
4 tipo nunca visto de combate naval. Los del bote, por
miedo a zozobrar por el número de los que pretendían
embarcarse, acometían a los que saltaban a él con sus
hachas y cuchillos, y éstos les devolvían los golpes,
5 mientras saltaban, con tablones y remos. Los había
que apenas tocaban la borda del barco[159] se desliza-
ban resbalando al exterior, y algunos en cambio incluso

156 La carga arrojada al mar es imaginada como una ofrenda, que no aplaca, sin embargo, la furia de la tempestad.

157 En realidad, los dos grandes remos de popa que hacían de timón en los barcos antiguos.

158 Frase usualmente mal entendida. El bote era remolcado y de ahí que el piloto se apresure a tirar del cable que lo une al barco, para acercarlo a la borda (como veremos), y a controlar la escala entre el barco y el esquife, para que los demás pasen a éste (cf. la tarea asignada a Hermes en LUCIANO, *Diál. de los muertos* 10, 1).

159 No «del bote», como muchos entienden: apenas llegaban a la borda y ya resbalaban cayendo al mar, lo que indudablemente ocurría por el fuerte vaivén de la nave, no por los golpes de los ocupantes de la chalupa.

llegaban a pisar el bote golpeando a los que estaban
sobre él. No existía ya norma alguna de amistad o res-
peto; cada cual miraba por su exclusiva seguridad y
todo interés por los demás estaba descartado de su
mente. Es así como los grandes peligros anulan hasta
las leyes del afecto.

Entonces uno de los que estaban en el barco, un 4
mozo robusto, agarra el cable y tira del bote. Éste se
aproximó a la nave y todos se aprestaron a abordarlo
de un brinco en cuanto estuviera más cerca. Dos o tres 2
lo consiguieron no sin que corriera su sangre, pero un
buen número al intentar saltar cayeron al agua desde
la nave, pues en seguida los marineros soltaron la cha-
lupa, cortando el cable con un hacha, y se fueron por
donde los empujaba el viento, mientras los de la nave
aún intentaban hundirles el bote. Pero el barco entre 3
sus cabriolas danzando sobre el oleaje, sin que nos
demos cuenta, es arrastrado contra un peñasco sumer-
gido y se hace pedazos. Con el choque de la nave el
mástil se abatió sobre un costado, quebrando una parte
del navío y sumergiendo el resto. Y cuantos en un ins- 4
tante tragaron el agua salobre allí atrapados soportaron
en medio de nuestros males un menor infortunio, por-
que no vivieron por más tiempo con el espanto de la
muerte, ya que la muerte en el mar, cuando es lenta,
antes incluso de que sobrevenga ya anticipa la agonía.
Pues la mirada, llena de un océano sin confines, dilata 5
el sentimiento del terror, hasta el punto de que a través
de los ojos [160] la muerte es una desgracia incompara-
ble. Pues, según abarca la masa del mar, en esa misma 6
proporción crece el miedo a la muerte. Algunos inten-
taron nadar, pero sucumbieron destrozados por las olas
contra el escollo; muchos, que cayeron entre las tablas

160 Seguimos la interpretación de Vilborg, muy plausible y más aguda que la usual de «en esas circunstancias».

hechas astillas, fueron ensartados como peces [161], y otros aún seguían nadando más muertos que vivos.

5 Cuando la nave se deshizo algún dios favorable nos preservó un fragmento de la proa, sobre el cual sentados Leucipa y yo fuimos arrastrados por la corriente marítima. Por su parte, Menelao y Sátiro junto con otros pasajeros tropezaron con el mástil y encaramados
2 sobre él se mantuvieron a flote. Vimos cerca también a Clinias, que nadaba abrazado a la verga y le oímos gritar: «¡Agárrate al madero, Clitofonte!» Pero mientras lo decía, una ola lo cubrió por detrás. Y lanzamos
3 un grito. Al mismo tiempo también nos alcanzó una ola, pero por suerte se acercó deslizándose por debajo de nosotros y así solamente el madero fue alzado en
4 vilo sobre su cresta y vimos de nuevo a Clinias. Entonces entre gemidos exclamé: «¡Ten piedad, señor Posidón, y concede una tregua a los restos del naufragio que a ti debemos! Muchas muertes hemos sufrido ya por el espanto, pero, si quieres matarnos, no nos separes al morir: que una misma ola nos cubra. Y si es nuestro sino ser pasto de las bestias, que un mismo pez acabe con nosotros y vayamos a parar a un solo vientre, para que, incluso en el interior de los peces, tengamos una tumba común.»

5 Poco después de mi plegaria amainó casi del todo el huracán y la ferocidad de las olas se calmó. El mar estaba lleno de cadáveres. Al grupo de Menelao las olas lo aproximaron con mayor prontitud a la costa, que era la de Egipto, en un paraje que estaba entonces en
6 manos de bandidos [162]. Y nosotros hacia la tarde fuimos a parar a Pelusio [163], y con la dicha de tocar tierra dimos gracias a los dioses. Luego nos acordamos con dolor

---

161 Cf. *Odisea* X 124.
162 Cf., luego, 9, 2 ss.
163 Al E. del Delta del Nilo.

de Clinias y de Sátiro, en la idea de que estaban muertos [164].

Hay en Pelusio una imagen sagrada de Zeus Ca- 6
sio [165]. Esta imagen representa a un joven que más bien se parece a Apolo, dada su edad. Tiene una mano tendida y sobre ella una granada, que tiene un significado
místico [166]. Nosotros elevamos entonces una oración al 2
dios y le rogamos que nos diese alguna señal respecto a Clinias y Sátiro (pues se decía que tenía el don profético) y luego dimos una vuelta alrededor del templo. En la parte posterior vimos un cuadro dividido en dos mitades, con el nombre del pintor inscrito: Evantes [167].
El cuadro representaba a Andrómeda y a Prometeo, 3
ambos encadenados, razón por la que creo que el pintor los reunió en un mismo cuadro. También en los
demás aspectos las dos pinturas eran parejas: en am- 4
bas unas peñas servían de prisión, en ambas los verdugos eran bestias, en un caso del aire, en el otro del mar. Les prestaban auxilio dos argivos de la misma estirpe, a él Heracles, a ella Perseo, aquél disparando su dardo contra el ave de Zeus, éste en pugna con el monstruo

164 Cf., después, 17, 1 y V 8, donde reaparecen Sátiro y Clinias respectivamente.

165 Cerca de Pelusio estaba, efectivamente, uno de los dos lugares donde se daba culto a Zeus bajo la advocación de Casio (el otro estaba en Siria).

166 Sobre la estatua y el posible sincretismo que conlleva, véase C. Bonner, «Harpokrates (Zeus Kasios) of Pelusium», *Hesperia* 15 (1946), 51-9. En cuanto a este «significado místico», G. Anderson, «The Mystic Pomegranate and the Vine of Sodom: Achilles Tatius 3, 6», *Am. Journ. of Philol.* 100 (1979), 516-518, apunta entre otras posibilidades la de la *muerte aparente*, que es recogida, por ejemplo, en las interpretaciones de sueños, lo que implicaría un preanuncio de lo que le ocurrirá a Leucipa próximamente (15, 4 s.) y concuerda muy bien con el inmediato contexto premonitorio.

167 Verosímilmente, un nombre inventado por el autor.

de Posidón. Aquél estaba a pie firme, apuntando con su arco en tierra; éste pendía del aire con sus alas.

7 La peña tenía una cavidad con las dimensiones de la joven, cavidad que significaba que mano alguna la había excavado, sino que era natural, pues el pintor había dibujado el hueco con las mismas asperezas con
2 que la tierra lo formó. Ella estaba metida en el interior de este refugio y, si se reparaba en su belleza, lo que se veía daba la impresión de una estatua recién esculpida, pero si se prestaba atención a las cadenas y al monstruo, parecía un sepulcro improvisado. En su
3 rostro se mezclaban la hermosura y el pavor. En las mejillas tenía su asiento el miedo, de sus ojos brotaba la flor de la belleza. Pero ni la palidez de sus mejillas estaba por entero falta de color, sino que estaba suavemente teñida de rojo, ni la lozanía de sus ojos se hallaba libre de congoja, sino que recordaba a las violetas cuando comienzan a marchitarse: así el artista la había
4 engalanado con un hermoso temor. Los brazos se los había extendido sobre el interior de la peña y una cadena aprisionaba uno y otro por arriba trabándolos a la roca, quedando las manos[168] pendientes como los racimos de una vid. Los brazos de la joven eran de un blanco tan puro que rayaba en lividez y sus dedos pa-
5 recían los de un muerto. Así estaba encadenada, a la espera de su muerte. Era su atuendo el de una novia, como si luciese las galas de una mujer destinada a ser esposa de Aidoneo[169]. Su vestido le caía hasta los pies. El color del vestido era blanco y el tejido tan sutil que semejaba una tela de araña, no con la trama propia del vellón de las ovejas, sino con la de la lana de las criaturas aladas, como el tejido que urden las

168 Literalmente, «las muñecas» (*karpoí*), término forzado por un rebuscado juego de palabras entre *karpós*, «muñeca» y «fruto».

169 Es decir, Hades, dios del reino de los muertos.

mujeres de la India con hilos que extraen de los árboles[170]. Y el monstruo, frente a la joven, emerge desde 6
abajo hendiendo el mar. Gran parte de su cuerpo está aún envuelta por las olas y solamente su cabeza surge de las aguas. Pero bajo las olas aparecían en la pintura el sombreado de su lomo, sus abultadas escamas, el arqueado cuello, su crin de espinas y la enroscada cola.
El hocico era grande y alargado y estaba abierto en 7
toda su extensión hasta la unión de los hombros, siguiendo luego sin transición la panza[171]. Perseo había sido pintado entre el monstruo y la joven, bajando del aire, dirigiéndose en su descenso contra la bestia, totalmente desnudo, con sólo una capa en torno a los hombros, sandalias en los pies junto a sus alas y un casco cubriéndole la cabeza, casco que representaba el yelmo de Hades[172]. Con su siniestra sujeta la testa de la Gorgona, llevándola por delante a modo de escudo. Ésta infunde espanto, incluso así en simples colores:
los ojos desorbitados, erizados los pelos de las sienes, 8
las serpientes erguidas, harto amenazadora hasta en una pintura. Tal es el arma que porta en su izquierda Perseo, en tanto que su diestra está armada con un hierro de doble naturaleza, dividido entre una hoz y
una espada. El mango de ambas por debajo comienza 9
siendo común, hasta la mitad del hierro es espada y luego se hiende con una parte puntiaguda y otra curva. La porción con punta sigue como espada, tal cual comenzó, mientras la parte curva forma una segadera,

---

170 Alusión evidente a la seda y no al algodón, como han creído algunos (por ej., Grimal, que no ha entendido correctamente el texto).

171 La descripción coincide, en parte, con la de un cocodrilo (cf. IV 19), pero con una fuerte dosis de fantasía.

172 Que permitió a Perseo hacerse invisible en el episodio de su lucha con las Gorgonas.

para que con un solo golpe la una hiera y la otra mantenga el tajo [173]. Tal era el episodio de Andrómeda.

8 Al lado estaba el de Prometeo. Aparecía Prometeo encadenado con hierro y con piedra y Heracles armado con arco y con lanza. Un ave disfruta de un festín en el interior de su vientre: está abriéndolo, o más bien
2 lo tiene ya abierto, su pico ha penetrado en la abertura y parece estar escarbando en la herida y buscando el hígado, el cual se observa en la medida en que el pintor ha mostrado abierta la profundidad de la llaga. Y aprieta contra el muslo de Prometeo el filo de sus ga-
3 rras. Él con el dolor está totalmente contraído, se ha vuelto de costado y alza el muslo para su propio daño, pues acerca el ave a su hígado. Su otra pierna en cambio contrarresta la contracción estirándose hacia abajo,
4 hasta los tensos dedos del pie. El resto de la figura revela su sufrimiento: las cejas arqueadas, los labios contraídos, los dientes a la vista. Como si la pintura pudiera sentir dolor, cualquiera se hubiese apiadado.
5 Pero en ayuda del desdichado viene Heracles: está de pie apuntando con su arco al verdugo de Prometeo. El dardo está ya fijado en el arco, con la presión de su mano izquierda mantiene tenso el arco ante sí, mientras atrae su diestra hacia su pecho y tirando de la
6 cuerda tiene doblado por detrás el codo. Todo en fin, el arco, la cuerda, el brazo diestro, está a la vez replegado: el arco se curva por obra de la cuerda, la cuerda se dobla con el esfuerzo de la mano, el brazo se reclina
7 contra el pecho. Y Prometeo está al tiempo lleno de esperanza y miedo, pues pone su mirada ya en su herida, ya en Heracles, y, aunque ansía concentrar en él sus ojos, su tormento atrae la mitad de su mirada.

9 Pasamos allí dos días recuperándonos de nuestros infortunios y, alquilando un barco egipcio (teníamos

---

173 Cf. Ovidio, *Metamorfosis* IV 720 y 727.

una pequeña cantidad de oro que llevábamos en los cinturones), navegamos por el Nilo rumbo a Alejandría, resueltos a parar allí principalmente y con el pensamiento de que tal vez encontrásemos en ese lugar a nuestros amigos, si es que habían arribado. Pero, cuan- 2
do alcanzamos una población[174], de repente oímos un gran griterío.

«¡Los Vaqueros!», exclamó el barquero, mientras hacía virar la barca con la intención de navegar de vuelta.

Al mismo tiempo se cubrió la tierra de gentes feroces y salvajes, de hombres todos de alta estatura y de tez negra (no de tanta pureza como la de los indios, sino como podría ser la de un mestizo etíope), con cabezas rapadas, pies menudos y gruesos cuerpos. Y todos hablaban una lengua extraña[175]. Con un «¡esta- 3
mos perdidos!» el piloto detuvo el barco, pues el río se estrechaba en aquel punto, y subiendo a bordo cuatro de los piratas se apoderan de cuanto había en la nave, se llevan nuestro oro y, atándonos y encerrándonos en un camarote, se marchan luego de dejarnos unos vigilantes y con el propósito de conducirnos al día siguiente ante su *rey*, título con el que nombraban al bandido de más categoría[176]. Se trataba de un camino de dos días, según escuchamos de boca de los que habían sido apresados con nosotros.

A la llegada de la noche, echados allí, según está- 10
bamos cargados de cadenas, y dormidos los guardianes, entonces, cuando ya me fue posible, rompí a llorar por Leucipa. Reflexionando en cuántos infortunios le había

[174] Posiblemente, Bubastis.

[175] Sobre estos «Vaqueros» o «Pastores», bandidos de la zona del Delta, cf., luego, IV 12, así como Jenofonte de Éfeso III 12, 2, y sobre todo Heliodoro, I 5 ss.

[176] Y que luego (12, 1) aparecerá simplemente como «cabecilla».

acarreado por mi culpa, gemía en lo profundo de mi alma, aunque soterraba en mí el sonido de mis sollozos.

«¡Dioses y espíritus divinos!, exclamaba, si es que existís y me prestáis oído, ¿qué falta tan grave hemos cometido para vernos sumergidos en pocos días en tan
2 gran número de males? Y ahora, además, nos ponéis en manos de unos bandidos de Egipto, para que ni aun compasión hallemos. Pues a un bandido griego nuestra voz lo hubiera conmovido y el ruego ablandado, ya que con harta frecuencia la palabra es procuradora de la compasión: que la lengua, al prestar sus servicios a los dolores del alma que así se vierten en una súplica, amansa la cólera del corazón de sus oyentes.
3 Mas, en este caso, ¿a qué habla recurrir en nuestros ruegos? ¿Qué juramentos alegar? Por más que uno sea más seductor que las Sirenas, el asesino no prestará oídos. Sólo con signos habré de suplicar y hacer patentes mis ruegos con gestos de mis manos. ¡Qué infortunio!: me pondré ya a bailar el fúnebre plañido [177].
4 Ahora bien, por lo que a mi sino atañe, aunque alcance el colmo de la desgracia, menos me duelo, pero en cuanto al tuyo, Leucipa, ¿con qué boca lo deploraré?, ¿con qué ojos verteré lágrimas por él? ¡Tú, tan leal a las condiciones que el amor te impuso, tan generosa
5 con un enamorado de triste fatalidad! ¡Qué lindas galas las de tu boda!: por alcoba la prisión, el suelo por lecho, por collares y brazaletes cuerdas y lazos, por dama de honor un bandolero que duerme ahí al lado. En vez de cánticos de boda se te entona el plañido
6 luctuoso. Ha sido en vano, mar, que te hayamos dado gracias. Te reprocho el que nos fueras tan benévolo [178].

---

177 Vilborg señala un paralelo de esta rebuscada frase en HELIODORO, VI 8, 3. Clitofonte funde su mortal premonición con la grotesca visión de sí mismo suplicando mímicamente a los bandidos.

178 Cf., antes, 5, 4 ss., y para una expresión parecida CARITÓN, III 6, 6.

Más favorable has sido para aquellos que mataste, mientras que a nosotros, al salvarnos, mayor muerte nos has dado. Nos rehusaste el que hubiésemos perecido sin ser víctimas de estos malhechores.»

Éstos eran mis lamentos en silencio, sin que pu- 11
diera entregarme al llanto, pues es ésa una propiedad de los ojos en las grandes desventuras. En los infortunios moderados las lágrimas fluyen libremente. A quienes los sufren les sirven como súplica ante sus verdugos y a los dolientes les libran de sus penas, como cuando supura un absceso inflamado. En cambio, en las desgracias desmedidas también huyen las lágrimas y son traidoras a los ojos. La pena, al tropezar con ellas 2
cuando suben, reprime su vigor y las trasvasa arrastrándolas consigo hacia abajo. Ellas, desviadas de su ruta hacia los ojos, destilan hasta el alma y agravan sus heridas.

Entonces le digo así a Leucipa, que estaba totalmente silenciosa:

«—¿Por qué callas, amada mía, y no me dices ni una palabra?

»—Porque —me replica— antes que mi alma, Clitofonte, ya mi voz ha dejado de existir.»

Entregados a este coloquio, no nos dimos cuenta de 12
que llegaba el alba. Y se presenta uno a caballo con una melena abundante y desgreñada. Larga era también la crin de su corcel, y estaba en pelo, sin montura ni arreos, ya que tales llevan sus cabalgaduras los bandoleros. Llegaba de parte del cabecilla de los bandidos y dijo así: «Si entre los cautivos hay alguna doncella, que se la ponga aparte para el dios. Será sacrificada y servirá de purificación para la tropa.»

Se dirigen los demás al punto hacia Leucipa. Ella 2
se aferraba colgándose de mí y lanzando gritos. Pero unos piratas tiraban y otros repartían golpes: es decir, tiraban de Leucipa y me golpeaban a mí. Y al fin al-

zándola por lo alto se la llevan, mientras a nosotros nos conducían sin tales prisas y encadenados.

13 Cuando hubimos avanzado a dos estadios[179] de la aldea, se escuchó un gran griterío y un tañido de trompeta y apareció una formación de soldados, todos de infantería pesada. Los bandidos, al verlos, nos pusieron en medio y esperaron que se acercaran con la intención
2 de defenderse. A poco llegaron aquéllos, en número de cincuenta, unos con escudos que los cubrían hasta los pies[180] y otros con rodelas. Los bandidos, mucho más numerosos, recogieron terrones y se pusieron a arro-
3 járselos a los soldados. Estos terrones de Egipto hacen más daño que cualquier piedra, por ser pesados y estar llenos de asperezas y salientes, y estos salientes están constituidos por filos de piedras. De suerte que, cuando se tiran, causan a la vez una doble lesión: una hinchazón, como de una pedrada, y heridas, como de
4 flechazos. Pero, recibiéndolos con sus escudos, los soldados escasamente se preocupaban de los que les arrojaban las piedras y, cuando al fin se fatigaron los bandidos de tirárselas, despliegan su formación y de entre la infantería pesada salen a la carrera hombres con armamento ligero, con un venablo y una espada cada uno, y a la vez disparan el venablo, sin que haya uno
5 que no acierte en su blanco. A continuación cargan las oleadas de la infantería pesada y el combate se endurece y se golpean unos a otros, hiriéndose y degollándose. El entrenamiento compensó en el bando de los soldados la escasez del número, y nosotros, cuantos éramos cautivos, al observar que un sector de los piratas flaqueaba, nos lanzamos juntos al ataque, lo atravesamos rompiendo sus líneas y corrimos al lado de
6 sus enemigos. Los soldados, que no nos conocían, se

179 Unos 350 ms.

180 También en JENOFONTE, *Anábasis* I 8, 9, se describen soldados egipcios con grandes escudos.

aprestaron primero a acabar con nosotros, pero cuan-
do nos vieron desarmados y cargados de cadenas, sos-
pechando la verdad, nos acogieron tras sus filas y
enviándonos a la retaguardia nos dejaron en paz. En- 7
tretanto un mayor número de tropas, a caballo, acudió.
Cuando estuvieron cerca, desplegaron su formación por
ambas alas rodeándolos, y, estrechando el cerco, aca-
baron con ellos. Unos quedaron allí tirados, muertos;
otros aun medio muertos proseguían la lucha y al resto
los capturaron vivos.

Era ya por la tarde. Y el comandante nos preguntó 14
por separado a cada uno quiénes éramos y cómo ha-
bíamos sido cautivados. Cada cual le hizo su relato y yo
el mío. Y al fin, cuando estuvo enterado de todo, nos
indicó que lo acompañásemos y prometió personalmen-
te darnos armas, pues había planeado esperar a su
ejército y dirigirse contra el reducto principal de los
bandidos, que, se decía, eran unos diez mil. Yo pedí un 2
caballo, ya que estaba excelentemente ejercitado en
cabalgar. Cuando me lo trajeron, le hice dar vueltas
en una correcta exhibición de las evoluciones propias
de la caballería en combate, hasta el punto de que el
mismo comandante me aplaudió con entusiasmo. Me
sentó aquel día a su mesa y mientras cenábamos me
interrogó sobre mi vida y se compadeció al escuchar-
me. Y es que el ser humano, al oír los males de los 3
otros, los comparte compasivamente, y la compasión
con frecuencia acarrea por su mediación la amistad.
Pues el alma, enternecida ante las penas que oye con-
tar, compenetrándose gradualmente con las desgracias
que escucha, convierte la compasión en amistad y la
pena en conmiseración. De tal modo, pues, afecté al 4
comandante con mi relato que hasta se le saltaron las
lágrimas. Pero no podíamos hacer nada más, dado que
Leucipa seguía en manos de los bandidos. E incluso

puso a mi servicio un criado egipcio para que me atendiera.

15 Al día siguiente hizo preparativos, a base de rellenarla, para el paso de una zanja que nos obstaculizaba.
Pues justamente veíamos a los bandidos que estaban
con el grueso de sus efectivos y en pie de guerra al otro
lado de la zanja. Habían improvisado un altar, hecho
2 de barro, y cerca del altar estaba un féretro. Pues
bien, dos de ellos traen a la joven con las dos manos
atadas a la espalda. No vi quiénes eran [181], porque tenían
la armadura puesta, pero sí reconocí que la joven era
3 Leucipa. Luego, tras verterle una libación en la cabeza,
le hacen dar una vuelta en torno al ara, acompañándola
uno con una flauta y entonando el sacerdote, según parecía, un cántico egipcio, pues los movimientos de la
boca y las contracciones de la cara mostraban que es-
4 taba cantando [182]. A continuación, a una señal convenida, todos se retiran lejos del altar. Uno de los dos
mozos, haciéndola echarse de espaldas, la ató a unas
estacas clavadas en el suelo, tal como los que hacen
figurillas representan a Marsias atado al árbol [183]. Después, echando mano a una espada, se la hunde por la
parte del corazón y, haciéndola descender hasta el bajo
5 vientre, se lo abre. Al momento brotaron las entrañas
y, extrayéndolas con las manos, las depositan sobre el
ara, y, tras asarlas, se aplican todos a trincharlas y
comerlas [184]. Al ver esto, a cada acto que se iba ejecu-

181 Hecho que tendrá su importancia más tarde (cf. la explicación de 21 s.).

182 La distancia era, pues, suficiente para no poder percibir la voz del cantor, lo que no implica forzosamente que la zanja, sobre la que no se nos dan detalles, debiera ser muy ancha. El autor puede haber tenido en la memoria un pasaje como el de Jenofonte, *Anábasis* I 7, 14 ss.

183 Sobre Marsias, cf. n. 184 de la traducción de Longo.

184 Tenemos alguna otra noticia antigua sobre los sacrificios humanos practicados por los «Vaqueros» egipcios, aparte

tando, los soldados y el comandante lanzaban gritos
y apartaban la vista del espectáculo. Pero yo, contra
todo lo previsible, seguía sentado mirando. Estaba pa- 6
ralizado, pues la inconmensurable desgracia me había
fulminado. Y es posible que la leyenda de Niobe no
sea falsa, sino que aquélla, al acaecerle también algo
semejante con motivo de la muerte de sus hijos, hi-
ciera creer por su inmovilidad que se hubiese conver-
tido en piedra.

Cuando el acto acabó, según al menos yo pensé, me- 7
tieron el cuerpo en el féretro y lo dejaron allí poniendo
encima la tapa; derribaron el altar y escaparon sin
mirar hacia atrás. Pues el sacerdote les había dicho
en su predicción que obraran así.

Por la tarde la zanja quedó por completo rellena. 16
Los soldados, tras franquearla, acampan un poco más
allá de ella y se ponen a preparar la cena. Y el coman-
dante trataba de animarme en mi penoso estado.

Hacia la primera guardia de la noche, esperando a 2
que todos estuviesen dormidos, echo a andar llevan-
do la espada con la intención de suicidarme sobre el
féretro. Y, cuando estuve cerca, alcé la espada mien- 3
tras decía: «Leucipa, desdichada, la de más triste sino
de todos los humanos, no deploro sólo tu muerte ni
que hayas perecido en tierra extraña ni que se te haya
ferozmente degollado, sino que se haga tal escarnio
de tus desventuras, sino que hayas servido para puri-
ficar cuerpos impuros y te hayan dado de tajos aún
viva, ¡ay de mí!, y viendo cómo te descuartizaban con
tus propios ojos; sino que hayan dividido el santuario
de tu vientre y dado por tumba un mísero altar y un

---

de referencias como las de Jenofonte de Éfeso, II 13, o tal vez, la que se lee en las *Fenicíacas* de Loliano (fr. B I, vol. 16 de esta colección).

4 mísero ataúd. Tu cuerpo yace ahí, pero ¿dónde tus
entrañas? Si el fuego las hubiese consumido, la desgra-
cia habría sido menor. Pero su sepulcro está en los
bandidos que las han devorado. ¡Malditas teas de ese
5 altar! ¡Ritos con un festín jamás visto! Y en tal sacri-
ficio tuvieron desde lo alto puestos sus ojos los dio-
ses y no se apagó el fuego: al contrario, fue tolerado
con tal mancha y elevó hasta los dioses el olor de tu
carne quemada. Recibe, pues, Leucipa, de mi parte una
libación digna de ti.»

17 Tras estas palabras alzo la espada para abatirla
contra mi garganta. Y veo (pues había luna) a dos per-
sonas que venían corriendo presurosas frente a mí.
Me detuve entonces en la creencia de que se trataba
de bandidos, para poder morir a sus manos. Y en esto
que se acercan y ambos lanzan un grito: ¡eran Menelao
2 y Sátiro! Yo, al ver a unos hombres, a unos amigos,
que contra todo lo imaginado seguían vivos, ni los
rodeé con mis brazos ni me conmocioné de la alegría:
hasta tal punto me habían dejado mudo las penas de
3 mi desgracia. Ellos me sujetan la diestra y tratan de
arrebatarme la espada.

«—¡Por los dioses!, no me neguéis —los interpelo—
una hermosa muerte: mejor aún, un remedio para mis
males. Pues ya no puedo vivir, aunque ahora me lo
impongáis por fuerza, cuando Leucipa ha sido de
4 tal modo asesinada. Me arrebataréis esta espada, pero
dentro de mí está clavada la espada de mi dolor y me
hiere poco a poco con su tajo. ¿Deseáis verme morir
de una muerte sin fin?»

Dice entonces Menelao:

«—Si es ése el motivo de que quieras morir, es
tiempo de que contengas tu espada: tu Leucipa va a
volver ahora mismo a la vida.»

5 Y yo pongo en él mis ojos y le replico:

«—¿Aún te mofas de mí por tan incomparable infortunio? ¡Qué bien te acuerdas, Menelao, del Zeus de la hospitalidad![185].»

Pero él contestó, dando un golpe en el féretro:

«—Pues bien, ya que Clitofonte no me cree, sé tú, Leucipa, testigo en mi favor de que estás viva.»

Y a la vez que habla golpea dos o tres veces el 6
ataúd y me llega desde allí dentro una voz muy débil.
Me pongo a temblar al punto y miro a Menelao, en la
creencia de que era un brujo. Y él, al mismo tiempo, 7
destapó el féretro y se alzó de su profundidad Leucipa:
¡visión terrible, oh dioses, y la más estremecedora!
Todo su vientre estaba abierto y sin entrañas. Y cae
sobre mí y me abraza y así unidos ambos nos desplomamos.

Cuando, al fin, a duras penas me reanimé le digo a 18
Menelao:

«—¿No me explicarás qué significa esto? ¿No es a
Leucipa a la que estoy viendo? ¿No ella la que tengo
en mis brazos y a la que oigo hablar? ¿Entonces qué
fue lo que vi ayer? Pues una de dos, o aquello era un
sueño o lo es esto de ahora. Pero a todas luces éste 2
es un beso de verdad y lleno de vida, igual que aquellos tan dulces que me daba Leucipa.

»—Pero ahora —repuso Menelao— recobrará sus entrañas, su seno se cerrará y la verás sin la menor herida. ¡Ea!, cúbrete el rostro, pues voy a invocar a Hécate para que eso ocurra.»

Y yo, con toda credulidad, me cubrí. Y él comienza 3
a darse aires de mago y a pronunciar cierta fórmula
y a la vez que la pronuncia arranca el artilugio que

185 Esta frase, generalmente, ha sido mal entendida. De hecho, al ser Menelao un egipcio (cf. II 33, 2) y Clitofonte un extranjero, aquél tiene con éste todos los deberes propios de la hospitalidad. Pero, además, concurrían otras circunstancias que Sátiro se encargará de recordar dentro de poco (21, 6).

recubría el vientre de Leucipa y a restituirlo a su estado original. Y me dice: «¡Descúbrete!»

4 Y yo, todavía titubeando y lleno de miedo (verdaderamente creía que Hécate estaba presente), termino por apartar las manos de mis ojos y veo a Leucipa in-
5 tacta. Entonces, aún más confuso, le dirijo a Menelao este ruego:

«—Querido Menelao, si eres un ministro de los dioses, dime por favor a qué lugar de la tierra he ido a parar y qué es esto que estoy viendo.»

Y exclama Leucipa:

«—¡Deja ya de asustarlo, Menelao! Y cuéntale cómo engañaste a los bandidos.»

19 Y Menelao me da la siguiente explicación:

«—Tú sabes que soy de origen egipcio, pues te lo dije ya antes en el barco. Ahora bien, la mayor parte de mi hacienda está en los alrededores de esa aldea
2 y tengo trato con sus jefes. Cuando naufragamos y me arrojaron luego las olas a las costas de Egipto, fui atrapado en compañía de Sátiro por los bandoleros que vigilaban por allí. Conducido ante su cabecilla, al punto algunos de los bandidos reconociéndome me desatan, me dan ánimos y me invitan a compartir su
3 oficio, como se puede hacer con un amigo. Entonces les reclamé a Sátiro, como si fuera de mi propiedad, y ellos me replicaron: «Pero demuéstranos primero que eres valiente.»

En esto que reciben un oráculo: que sacrifiquen a una joven y purifiquen su banda y coman un trozo de su hígado tras haberla sacrificado; que a continuación dejen el cuerpo en un ataúd y se retiren, para que el ejército enemigo pase sobre el lugar del sacrificio [186].

---

186 Verosímilmente, para que sea así afectado por su influjo mágico.

Narra tú el resto, Sátiro, pues desde ese punto la historia te corresponde a ti.»

Y cuenta así éste: 20

«—Mientras se me llevaba por la fuerza a su campamento yo, amo, iba llorando y lamentándome, enterado de la suerte de Leucipa, y le rogué a Menelao
que del modo que fuese salvase a la muchacha. Y al- 2
guna divinidad favorable vino en nuestra ayuda. La víspera del sacrificio estábamos sentados junto al mar llenos de aflicción y cavilando sobre ello. Algunos de los bandidos avistan una nave que había perdido su
rumbo y la atacan. Los del barco caen en la cuenta 3
de con quiénes han tropezado y tratan de virar en redondo, pero, como los piratas les ganan por la mano
alcanzándolos, recurren a defenderse. Precisamente 4
había entre ellos uno de esos que recitan en los teatros los textos de Homero [187]. Éste se armó con el equipo homérico, pertrechó también así a sus acompañantes
y se dispusieron a la lucha. A los primeros asaltantes 5
se les enfrentaron vigorosamente, pero, al arribar más barcas con piratas, terminan por hundirles la nave y
exterminar a los hombres que cayeron al agua. Ahora 6
bien, no repararon en un arca que quedó flotando en medio del naufragio y que, arrastrada por la corriente en nuestra dirección, fue recogida por Menelao. En un aparte y en mi presencia (pues esperaba que hubiese en su interior algo de interés) abre el arca y vemos una capa y una daga cuya empuñadura medía cuatro palmos [188], mientras que el hierro que la seguía
era muy corto, de no más de tres dedos. Al sacarla 7
Menelao e, inadvertidamente, darle la vuelta por la parte del hierro, aquella hoja se desliza, como si hu-

---

[187] Sobre este pasaje, cf. M. D. Reeve, «Eleven Notes», *Class. Rev.*, N. S., 21 (1971), 327.

[188] Se trata del palmo menor, en total unos 30 cms., y, por tanto, casi cinco veces más que la (aparente) hoja.

biese una cavidad en la empuñadura, hasta una longitud igual a la del propio mango. Cuando la hizo girar en sentido contrario, otra vez la hoja se incrustó en el interior de la cavidad. Sin duda aquel desdichado se servía de este arma en los teatros para las muertes simuladas.»

21 Entonces le digo a Menelao:

«—Un dios estará de nuestra parte, si tú estás dispuesto a comportarte como un hombre de bien. Pues podremos salvar a la muchacha y a la vez engañar a
2 los piratas. Escúchame de qué modo. Cogeremos una piel de oveja lo más fina posible y la coseremos en forma de saco con las dimensiones de un vientre humano; luego la rellenaremos con entrañas y sangre de animal y coseremos ese falso vientre a fin de que las entrañas no se salgan, y equipando de ese modo a la muchacha le pondremos por encima un vestido sujeto con bandas y ceñidores para disimular ese aparato.
3 Precisamente el oráculo nos es de la mayor utilidad para la farsa, ya que ordena que ella lleve puesto un vestido hasta los pies y que sea a través de éste como
4 se le dé el tajo en la mitad del cuerpo. Estás viendo qué mecanismo tiene esta daga: si se apoya contra un cuerpo, la hoja se esconde en la empuñadura como en una vaina. Los que lo ven creen que el hierro se hunde en él, pero salta a la cavidad del mango y deja fuera sólo la punta, lo suficiente para rajar el vientre postizo y para que la empuñadura roce a la víctima. Si se arranca el hierro de la herida, la hoja sale de la cavidad en la medida en que se alza la empuña-
5 dura y del mismo modo engaña a los espectadores, pues les da la impresión de haber profundizado en la herida tanto cuanto sale fuera del mecanismo. Pues bien, en estas condiciones los bandidos no pueden percatarse del truco, ya que la piel de la oveja queda oculta y al dar el tajo saltarán las mismas entrañas que nos-

otros extraeremos y ofrendaremos sobre el altar. A 6
continuación los piratas no se acercarán al cuerpo, sino que seremos nosotros los que lo depositaremos en el féretro. Has oído hace poco a su jefe decir que debes dar ante ellos alguna prueba de valor, de suerte que puedes llegarte a él y prometerle ésta.» Y, dicho esto, le supliqué que accediera invocando al Zeus de la hospitalidad y recordándole la comida que hicimos en común y el común naufragio.»

Y este hombre de bien me contestó: 22

«—Ardua es la empresa, pero por un amigo, aunque hubiese que perecer, hermoso es el riesgo y dulce sería la muerte.

»—Pero —añadí— creo que también Clitofonte sigue 2
vivo, ya que la joven, cuando la interrogué, me dijo que lo había dejado encadenado entre los cautivos de los piratas, y los piratas que llegaron huyendo hasta su jefe [189] afirmaron que todos sus prisioneros habían hallado refugio en el campamento de los soldados. Así tendrás su gratitud y al tiempo tu misericordia salvará a una joven desdichada de tan gran infortunio.»

Lo persuadí con mis palabras y la Fortuna estuvo 3
de nuestra parte. Yo me dediqué a preparar el equipo para la estratagema. Y justo cuando iba Menelao a hablarles a los piratas del sacrificio, el cabecilla se le anticipó por voluntad de algún dios diciéndole:

«—Tenemos como norma que los neófitos se hagan cargo del sacrificio, sobre todo cuando hay que inmolar a un ser humano. Te corresponde, por tanto, prepararte 4
para el sacrificio de mañana. También tu sirviente habrá de iniciarse a la vez que tú.

»—Pondremos todo nuestro empeño —le replicó Menelao— en no ser inferiores a ninguno de vosotros. Pero habremos de ser nosotros los que vistamos a la 5
joven del modo más idóneo para el tajo.

189 Detalle que no coincide con lo dicho en 13, 7.

—»Vuestra es la víctima» —repuso el cabecilla.»

6 En fin, equipamos a la muchacha por nuestra cuenta tal como ya hemos dicho y le dimos ánimos explicándole todos los detalles, incluso cómo había de permanecer dentro del féretro y que, aunque se despertara antes, debería seguir en su interior durante el día[190]. «Si tuviésemos nosotros alguna dificultad —le dijimos—, sálvate dirigiéndote al campamento del ejército.» Y la llevamos al altar. Y el resto ya lo conoces.

23 Cuando los escuché sentí muy dispares emociones y no sabía qué hacer para corresponder a Menelao. E hice lo que a cualquiera se le habría ocurrido, echarme a sus pies, abrazarlo y prosternarme como ante un dios, y mi alma se inundó de un inmenso gozo.

2 Como por lo que se refería a Leucipa todo iba bien, pregunté:

«—¿Y de Clinias, qué se ha hecho?»

Y contestó Menelao:

«—No lo sé. Pues inmediatamente tras el naufragio lo vi agarrado a la verga. Pero no tengo idea de a dónde fue a parar.»

3 Entonces prorrumpí en gemidos en medio de mi alegría, pues alguna divinidad me escatimó de inmediato aquella dicha sin sombras. Del que por mi culpa[191] había desaparecido, del que era mi segundo dueño después de Leucipa, de ése, con preferencia sobre los demás, se había apoderado el mar, para que no sólo se viese falto de la vida, sino también de sepultura[192]:

---

190 O «aguardar en su interior hasta que se hiciese de día». Pero la llegada, ya narrada, de ambos salvadores en las primeras horas de la noche (cf. 17) hace más razonable la otra interpretación. En todo caso, Aquiles Tacio no se molesta en explicarnos la razón del sueño de Leucipa, que sería el único dato en favor de la segunda de las dos traducciones.

191 Por haber emprendido el viaje sólo en razón de las dificultades en que se veía envuelto Clitofonte (cf. II 27).

192 Según una bien conocida creencia griega, el alma del

«¡Oh mar cruel —exclamé—, nos has rehusado que 4
fuese completo el alcance de tu favor!»

Volvimos, pues, al campamento juntos y pasamos al interior de mi tienda, donde estuvimos el resto de la noche. Y del suceso se enteró casi todo el mundo.

Al alba llevo a Menelao ante el comandante y le 24
explico todo lo ocurrido. Éste muestra su satisfacción,
considera como un amigo a Menelao y le pregunta de
cuántas fuerzas dispone el enemigo. Y él respondió que
toda la próxima aldea estaba abarrotada de hombres
desesperados y que se había concentrado allí una gran
cantidad de piratas, como unos diez mil. Y dice en- 2
tonces el comandante:

«—Pero nuestros cinco mil hombres se bastan frente a veinte mil de ellos. Nos llegarán además unos dos mil de las fuerzas que en la zona del Delta y de Heliópolis están de guarnición contra los bárbaros.»

En el momento en que así hablaba viene a la ca- 3
rrera un sirviente con la noticia de que había llegado
un correo del ejército del Delta a avisar de que los
dos mil hombres tardarían otros cinco días. El caso
era que, aun habiendo acabado con las correrías de
los bárbaros y cuando las fuerzas iban a marchar, se
les había presentado su ave sagrada con la tumba de
su padre. Y de ahí que les fuera forzoso aplazar la par-
tida ese número de días.

«—¿Y cuál es ese ave que merece tal honor?, pre- 25
gunté. ¿Y qué tumba es la que transporta?

»—Fénix[193] es el nombre del ave. Es originaria de Etiopía y de tamaño es como un pavo real, pero en la

---

muerto no sepultado en tierra vagaba sin reposo (cf., luego, V 16, 2). Nótese, por otra parte, el paso inesperado al estilo directo, como después, en IV 3, 5.

[193] Para la descripción de este ave fabulosa, vinculada al culto del Sol, cf. HERÓDOTO, II 73, donde se encuentra, probablemente, una de las fuentes de Aquiles Tacio.

belleza de los colores es el pavo el que sale perdedor.
2 Sus alas combinan oro y púrpura. Y se jacta de tener por amo al Sol y su cabeza da fe de ello, pues la corona una espléndida aureola circular, y el halo circular
3 es el símbolo del Sol. Esta aureola es de un color carmín comparable al de las rosas, de muy hermosa vista, con un penacho de rayos que forma el orto de sus plumas [194]. A los etíopes les corresponde el tiempo
4 de su vida, a los egipcios su muerte, pues cuando muere (lo que ocurre muy de tarde en tarde) [195], su cría la lleva hasta el Nilo, improvisándole su tumba. Excava con su pico una bola de la más aromática mirra y la ahueca en su parte central lo suficiente para la tumba del ave, ya que esta cavidad sirve de caja al cadáver.
5 Mete y acomoda el ave en este féretro, ciega el agujero con una plasta de barro y vuela así cargada con su obra hasta el Nilo. La sigue un séquito de otros pájaros, como si fueran guardianes, pareciendo el ave un rey
6 que sale de viaje, y no yerra su camino hacia Heliópolis, donde residirá el pájaro difunto. Se posa entonces en un lugar elevado, desde donde otea y acoge a los ministros del dios [196]. Llega un sacerdote egipcio trayendo un libro del interior del santuario y comprueba
7 con un grabado que se trata del ave verdadera. Ella se sabe objeto de tal desconfianza y pone a la vista las partes ocultas de su cuerpo, muestra el cadáver y es un experto orador de oraciones fúnebres [197]. Los hijos de los sacerdotes [198] de Helios reciben el ave

---

194 Juego de palabras sobre el «nacimiento» del Sol y el de las plumas (comparables a los rayos del Sol) del ave.

195 A los quinientos años, según Heródoto, *loc. cit.*

196 Helios, el Sol.

197 Generalmente se interpreta esta frase en relación con noticias sobre la hermosa voz de que estaba dotada el ave. La idea de esta oración fúnebre parece ser una ocurrencia del propio novelista.

198 Perífrasis, por «los sacerdotes».

muerta y la entierran. En fin, que en vida es etíope porque allí se nutrió, y al morir egipcia porque allí se enterró[199].

---

199 El autor juega con las palabras *trophé* y *taphé.*

LIBRO CUARTO

1 Enterado el comandante de las fuerzas del enemigo y del retraso de la llegada de los socorros, resolvió retirarse a la aldea de donde habíamos partido, hasta que se presentasen los refuerzos. A mí y a Leucipa se nos reservó una vivienda a escasa distancia del aloja-
2 miento del comandante. Y, una vez dentro, la abracé y quise hacerla mía. Pero como ella no consintiera, dije:

3 «—¿Hasta cuándo nos veremos privados del culto de Afrodita? ¿No ves qué peripecias sorprendentes nos ocurren: naufragio, piratas, sacrificios y muertes? ¡Ea!, mientras la suerte nos depara una bonanza, disfrutemos de la ocasión antes de que alguna adversidad aún mayor nos alcance.»

Pero ella repuso:

4 «—No nos está permitido llegar ya a ese punto. La diosa Artemis se me mostró en sueños antes de ayer, cuando lloraba porque iban a matarme, y me ordenó: «No es hora de llantos, puesto que no vas a morir. Yo vendré en tu auxilio. Y seguirás siendo doncella hasta tanto que yo te ponga tus galas de novia. Pero tu es-
5 poso no será ningún otro que no sea Clitofonte.» Y yo, aunque sufrí por el aplazamiento, me sentí dichosa por las esperanzas de nuestro porvenir.»

Cuando la oí contar su sueño me acordé de haber tenido uno semejante: en la noche anterior se me an-

tojó ver un templo de Afrodita y, dentro, la imagen 6
de la diosa. Al aproximarme con el fin de dirigirle una
plegaria, se cerraron las puertas. En medio de mi des- 7
corazonamiento se me apareció una dama con un gran
parecido con la estatua y me anunció: «No te corres-
ponde por ahora penetrar en el templo. Pero, si aguar-
das un breve plazo, no sólo te daré acceso a él, sino
que, incluso, te haré sacerdote de la diosa.»

Le conté este sueño a Leucipa y desistí ya de for- 8
zarla. Pero la comparación entre mi sueño y el de Leu-
cipa me dejó muy preocupado.

Entretanto, Cármides (así se llamaba el comandan- 2
te) había puesto sus ojos en Leucipa, teniendo la
cosa origen en lo siguiente:

Unos hombres habían capturado una bestia del río
digna de verse. Los egipcios le daban el nombre de 2
«caballo del Nilo»[200], y son de un caballo, tal como
pretende el término, su panza y sus patas, menos en
su casco hendido. De tamaño es como el más gigan-
tesco buey; la cola, corta y sin pelos, porque así es el
resto de su cuerpo. La cabeza es redondeada, las ore- 3
jas pequeñas y sus carrillos recuerdan los de un ca-
ballo. Sus ollares están muy dilatados y exhalan un
vapor ardiente, como si procediera de una fuente de
fuego. La quijada es ancha, igual que los carrillos. Abre
la boca hasta las sienes y posee también colmillos
corvos, con forma y posición como los de un jabalí,
pero de tamaño tres veces mayor.

Pues bien, el comandante nos llamó para que fué- 3
semos a verla. Estaba presente Leucipa y, mientras
nosotros teníamos los ojos en la bestia, el comandante
tenía los suyos en Leucipa. Y al punto quedó prendado
de ella. Con el deseo, por consiguiente, de que perma- 2
neciésemos allí lo más posible, para el deleite de sus

[200] Este nombre, que sepamos, no se lee en ningún otro autor. Naturalmente, se trata del hipopótamo.

ojos, trataba de prolongar la conversación, primero
con detalles sobre la naturaleza del animal, luego in-
cluso sobre la manera de cazarlo: que es de una gran
voracidad y se traga un trigal entero, y que se le caza
3 con un engaño. Pues observando sus movimientos
habituales, excavan una zanja que disimulan por en-
cima con bálago y una capa de tierra. Debajo del arti-
lugio hecho de bálago, en el fondo, colocan una caseta
de madera con la puerta abierta en dirección al techo
4 del foso y acechan hasta que la bestia cae. Al pisar
encima inmediatamente se precipita y la recibe la
caseta, como si fuese una guarida. Los cazadores salen
corriendo a cerrar sin pérdida de tiempo la entrada
que sirve de cubierta y asegurarse así su presa, ya que,
dada su fortaleza, nadie podría dominarla por la
fuerza.

5 —Pues[201] en el resto de su cuerpo tiene una gran
robustez y, como veis, posee una piel gruesa que no
cede cuando se le hiere con un hierro, siendo, por de-
cirlo así, un elefante egipcio, ya que en vigor va detrás
del elefante de la India.

4 «—¿Es que has visto ya alguna vez un elefante?, pre-
guntó Menelao.

»—Efectivamente —contestó Cármides—. Y he oído
contar a los que están bien enterados el curioso modo
que tienen de nacer.

2 »—En cambio nosotros —dije yo— hasta la fecha no
los hemos visto, excepto pintados.

»—Puedo describíroslo —añadió—, ya que tenemos
vagar. La madre lo lleva en su vientre por un plazo
muy largo, pues da forma al germen en diez años[202], y
luego lo pare tras un ciclo tan prolongado, cuando la

[201] Paso brusco, ya comentado, del estilo indirecto al directo.

[202] Otras noticias antiguas apuntan a un embarazo de sólo dos años (cf. Plinio, *Hist. Nat.* VIII 13).

cría es ya adulta. Por eso, creo, llega a tener tan gran 3
tamaño, su fuerza es invencible, su vida es larga y
tarda tanto en morir. Su vida, según cuentan, sobrepasa
a la de la corneja de Hesíodo[203]. La quijada del elefante 4
es parecida a la cabeza del buey, pues al verla se po-
dría afirmar que su boca tiene dos cuernos, cuando en
realidad los del elefante son colmillos curvados. Entre
estos colmillos se le alza una trompa, una especie de
trompeta por el aspecto y el tamaño, y que se acomoda
a las necesidades del elefante: recoge su alimento y 5
todo lo que a su paso encuentra comestible; si es
comida propia de elefante, la toma y, curvándose hacia
abajo, hacia la quijada, se la sirve en la boca; si se
trata de algún fruto muy en sazón, lo rodea, abra-
zando su botín, lo alza y se lo alarga como presente
a su amo. Pues sobre él se sienta un etíope, novedoso 6
caballero de elefante, y lo halaga y lo teme, atiende
sus voces y tolera que lo azote, para lo que sirve como
látigo un hacha de hierro. También he visto en cierta 7
ocasión un espectáculo inaudito: un griego puso su
cabeza a la altura de la mitad de la cabeza de la bes-
tia; el elefante tenía su boca abierta y envolvía con
su aliento al hombre así situado[204]. Yo me sorprendí
tanto del atrevimiento de éste como de la mansedum-
bre del elefante. Pero el individuo me explicó que 8
había pagado por ello al animal, ya que su aliento sólo
es inferior a los perfumes de la India y es un remedio
para los dolores de cabeza. El elefante, desde luego,
conoce el servicio que presta y no abre su boca gratis,
sino que es uno de esos médicos pillastres que exigen
sus honorarios de antemano. Si se los das, acepta y
te concede sus atenciones, abre sus mandíbulas y las

---

[203] Cf. fr. 304 Merkelbach-West.

[204] Este hecho es aludido brevemente por Filóstrato en su *Vida de Apolonio* (II 11), pero sin más explicaciones y dentro de una amplia digresión sobre el mismo animal.

mantiene así de par en par todo el tiempo que se desea, dado que es el aroma de su aliento con lo que negocia.

5 »—¿Y cuál es el origen —inquirí— de un aroma tan grato en una bestia tan poco agraciada?»

Y Cármides respondió:

«—La razón está, precisamente, en el tipo de alimentación que voy a explicaros. El país de los indios es vecino del Sol, ya que son los indios los primeros en ver al dios cuando nace y sobre ellos cae su luz más cálida y sus cuerpos retienen el color que les da
2 su fuego. Entre los griegos se da una flor con el color de los etíopes[205], la cual, en cambio, entre los indios no es una flor, sino una hoja, como las hojas de los árboles en nuestra tierra. Ésta, recatando su olor, no revela su aroma, pues o bien vacila en alardear de su placentera propiedad ante quienes ya la conocen, o bien se la escatima a la gente de su país. Pero con sólo salir un poco de su tierra y pasar sus límites, destapa el placer que tenía escondido, se transforma de
3 hoja en flor y se impregna de aroma. Ésta es la *rosa negra* de la India[206]. Y sirve de alimento a los elefantes, igual que entre nosotros los bueyes comen hierba. Y, como el elefante se cría desde nada más nacer con ella, huele por entero como su alimento y exhala el más delicioso perfume con su aliento, que es la fuente del olor del animal.»

6 Después que el comandante hubo terminado su explicación y sin que dejara pasar sino un breve plazo, puesto que quien se ve herido no puede resistir el tormento del fuego, manda buscar a Menelao y tomándolo de la mano le dice:

---

205 El negro, naturalmente.

206 Las identificaciones propuestas para esta planta han sido varias, por ej., el clavo. Tal vez podría haber alguna relación con cierta planta aromática usada contra el mal aliento y conocida como *malabathrum* (cf. PLINIO, *Hist. Nat.* XXIII 93).

«—Sé por lo que has hecho por Clitofonte que tienes
un gran sentido de la amistad. Y verás que yo no lo 2
tengo menor que tú. Te pido un favor, que no es nada
para ti, pero en cambio, si accedes a hacérmelo, a mí
me salvarás la vida. Es Leucipa quien me mata: ¡sál-
vame tú! Ella te debe el seguir viva. De recompensa
te daré pór tu servicio cincuenta piezas de oro, y a
ella cuanto desee.»

Y le contesta Menelao: 3

«—Guarda tu oro y resérvalo para los que venden
los favores. Yo, sólo por amistad, intentaré serte útil.»

Tras estas palabras viene a mi encuentro y me lo
revela todo. Reflexionamos entonces sobre qué debía-
mos hacer y nos decidimos por engañarlo. Un enfrenta- 4
miento, desde luego, no dejaba de tener el riesgo de
que él empleara la violencia. Huir era imposible, por
estar rodeados por piratas y por el número de solda-
dos que lo acompañaban.

Al cabo de un poco de tiempo Menelao se dirige a 7
Cármides y le habla así:

«—El asunto está resuelto. No obstante negarse en
redondo la mujer al principio, en cuanto le rogué y le
recordé el bien que le hice accedió. Pero pide algo que 2
es justo: que se le conceda retrasarlo por unos pocos
días, 'hasta que llegue a Alejandría, pues este lugar es
una aldea y lo que ocurre lo ven todos y hay muchos
testigos'.

»—Mucho aplaza sus favores —repuso Cármides—. 3
Y es que, en una guerra, ¿quién deja para luego la
satisfacción de sus deseos? Un soldado, que está a un
paso del combate, ¿sabe si vivirá? ¡Son tantos los ca-
minos que llevan a la muerte! Consigue de la Fortuna
mi seguridad y entonces esperaré. Ahora voy a partir
a guerrear con los Vaqueros y dentro de mi alma tiene
lugar otra campaña. Un guerrero armado de arco y
dardos me saquea. Estoy derrotado, acribillado de fle- 4

chas. ¡Llama pronto, camarada, a quien me cure!: mi herida urge. Prenderé fuego a las posiciones enemigas, pero Amor encenderá otras antorchas contra mí. Lo
5 primero de todo, Menelao, ¡apaga este fuego! Un abrazo amoroso es un buen presagio antes del encuentro del combate. ¡Que Afrodita me envíe ante Ares!»

Y Menelao:

«—Pero tú ves que no es fácil que ella engañe aquí a su marido[207], que tanto la ama.

6 »—Sin embargo —insiste Cármides—, no es fácil librarnos de Clitofonte.»

Al ver, pues, Menelao el empeño de Cármides y temiendo por mí, alega con prontitud una razón convincente:

7 «—¿Quieres oír la verdadera causa del aplazamiento?: ayer le comenzó la menstruación y no puede unirse a un hombre.

»—Esperaremos entonces —repuso Cármides— tres
8 o cuatro días aquí, que serán suficientes. Pero solicito de ella algo que sí le es posible: que se presente ante mi vista y hable conmigo. Deseo oír su voz, coger su mano, tocar su cuerpo, consuelos todos esos de los enamorados. Y también puedo besarla, ya que para eso no es obstáculo su vientre.»

8 Cuando vino Menelao y me avisó de la nueva situación, me puse a gritar que antes moriría que permitir que los besos de Leucipa fuesen de otro:

2 «—¿Pues qué hay más dulce que ellos? El acto de Afrodita tiene un límite y te sacia y no vale nada si quitas de él los besos. El beso, en cambio, no posee

---

207 Algunos traductores y comentaristas se empeñan en aclarar que se trata de «su futuro marido» (como luego en 15, 2, «tu futura esposa»), sin que esto sea necesario. En realidad, era lógico que la pareja formada por Leucipa y Clitofonte pasase por un matrimonio a los ojos de quienes no los conociesen de un modo íntimo.

término ni sacia y cada vez nos trae una novedad. Hay
tres cosas de la mayor belleza que proceden de la boca:
el aliento, la voz y el beso. Nos besamos con los labios, 3
pero la fuente del deleite se origina en el alma. Créeme,
Menelao, lo que te digo (en medio de mis males no
respetaré mi secreto): sólo besos es lo que yo poseo
de Leucipa. Aún es virgen y es mi esposa sólo en la
medida en que nos hemos besado. Pero si alguien va 4
a arrebatarme también esto, no soportaré tal daño. Mis
besos no sufrirán un adulterio.

»—Pues bien —dijo Menelao—, hemos de tomar una
decisión que sea la mejor y la más rápida. Pues un 5
enamorado, en cuanto conserva la esperanza de su
éxito, tiene paciencia, ya que cree que sus esfuerzos lo
llevan precisamente al éxito. Pero si pierde la espe-
ranza, altera su pasión aplicando su atrevimiento a
dañar lo más posible lo que lo obstaculiza. Si la fuerza 6
está además de su parte, de modo que pueda actuar sin
sufrir a su vez, ese estado de su alma, falto de temores,
acrecienta la ferocidad de su pasión. Y, para colmo, las
circunstancias agravan la difícil salida de nuestra si-
tuación.»

Andábamos en estas reflexiones cuando entra un 9
hombre corriendo, todo trastornado, y nos cuenta que
Leucipa mientras paseaba se había desplomado repen-
tinamente con la mirada extraviada. Saltamos de nues-
tros asientos y nos precipitamos hacia ella y la vemos
tirada en el suelo. Me acerqué entonces a preguntarle 2
qué le sucedía. Pero, nada más verme, da un brinco
y me golpea en el rostro, con los ojos inyectados en
sangre. Y hasta a Menelao, que trataba de sujetarla,
le da de puntapiés. Comprendimos que su mal era un
ataque de locura y cogiéndola fuertemente intentába-
mos dominarla. Pero ella seguía luchando con nosotros,
sin cuidarse de ocultar cuanto una mujer evita exponer
a la vista. Se forma, pues, un gran alboroto en torno 3

a la tienda, hasta el punto de que acude a la carrera el
propio comandante y ve lo que está ocurriendo. Al prin-
cipio sospechó que la enfermedad era un pretexto ur-
dido contra él y miraba con desconfianza a Menelao.
Mas al descubrir poco después la verdad, también se
afligió y sintió compasión. Trajeron, en fin, unas cuer-
4 das y ataron a la infeliz. Y yo, cuando vi sus brazos
amarrados, le suplicaba a Menelao (la mayoría se había
ya retirado): «¡Desatadla, os lo suplico, desatadla!: sus
tiernos brazos no resisten ataduras. Dejadme a mí con
ella. Yo solo con mis brazos la mantendré encadenada.
5 ¡Que su locura se vuelva contra mí! Pues ¿qué sentido
tiene que yo haya de seguir con vida? Leucipa, aunque
estoy a su lado, no me reconoce. La tengo aquí a mis
pies atada y, estando en mi mano el liberarla, ¡tengo
el impudor de no querer hacerlo! ¿Para esto la For-
tuna nos salvó de los piratas?: ¿para que fueses ju-
6 guete de la locura? ¡Triste sino el nuestro en cuanto
hallamos la felicidad! Escapamos de los peligros de
mi casa, para caer en el desastre de un naufragio; nos
libramos de morir en el mar, nos salvamos de los pi-
7 ratas, ¡y nos acechaba la locura! Si sanas, amada mía,
me espanta la idea de que algún nuevo infortunio te
labre el destino. ¿Quién hay de más funesto sino que
nosotros, que incluso de los momentos felices sentimos
espanto? Pero sólo con tal de que recuperes la cor-
dura y tornes a ser tú misma, ¡que vuelva a tomarnos
por juguete la Fortuna!»

10 Yo profería estas palabras y los que estaban con
Menelao intentaban consolarme asegurándome que ta-
les dolencias no eran duraderas y que era corriente
que precisamente sobreviniesen en el hervor de la ju-
ventud, ya que la sangre, al ser totalmente nueva y
estar hirviente por la plenitud de la vida, desborda con
frecuencia las venas e inundando el interior de la
2 cabeza ahoga el aliento de la razón. Que en consecuen-

cia había que mandar a buscar médicos y tratar de curarla. Entonces Menelao se acerca al comandante y le pide que mande llamar al médico del ejército. Él accedió gustoso, pues los enamorados disfrutan con las órdenes que el amor les impone. Y se presenta el mé- 3
dico, que dice: «Por ahora la haremos dormir, para apaciguar la violencia de la crisis, dado que el sueño es remedio para todas las enfermedades. Luego le aplicaremos el resto del tratamiento.»

Nos proporciona una diminuta medicina, como del 4
tamaño de un grano de arveja, y nos ordena que, disolviéndola en aceite, le untemos con ella la coronilla, añadiendo que prepararía también otro remedio para purgarla. Hicimos lo que dispuso y ella, una vez untada, 5
al poco se durmió para el resto de la noche hasta por la mañana. Y yo, sentado a su lado, pasé toda la noche en vela llorando y, con ojos puestos en sus ligaduras, exclamaba: «¡Ay, querida mía, tú maniatada incluso dormida! ¡Ni aun tu sueño tienes libre! ¿Qué visiones 6
pueden ser las tuyas? ¿Acaso en tus sueños estás cuerda, o también en ellos se manifiesta tu locura?»

Pero, una vez que se despertó, volvió a lanzar gritos sin sentido. Y el médico vino y le aplicó el otro tratamiento.

Y en esto que llega uno de parte del sátrapa[208] de 11
Egipto con una carta para el comandante, carta que, al parecer, lo apremiaba en la cuestión de la guerra, pues ordenó al punto que todos los hombres tomaran sus armas como para atacar a los Vaqueros. Al momento 2
cada cual se apresuró a correr a las armas y a presentarse junto a sus capitanes. Entonces, tras darles la contraseña y ordenarles acampar, se retiró. Y al día

208 A pesar de que, en principio, este título parece situarnos en la época del Imperio Persa, no falta la aplicación del mismo nombre a los gobernadores romanos de época posterior (cf. FILÓSTRATO, *Vidas de los Sofistas* I 22, 3).

siguiente, al clarear, hizo partir el ejército contra el
enemigo.
3 La aldea que éste ocupaba estaba situada del modo
siguiente. El Nilo baja desde Tebas de Egipto y sigue
con un curso semejante hasta Menfis y todavía un poco
más abajo (Cercasoro se llama la aldea donde termina
4 esta gran corriente)[209]. Pero desde ese punto su curso
en torno a este lugar se divide, un solo río transfor-
mándose en tres: dos que se separan, uno por cada
lado, y le dan al paraje la forma de Delta, y el otro,
5 que fluye igual que antes de la división. Mas tampoco
cada uno de estos tres ríos sigue así su curso hasta el
mar, sino que a su paso por diferentes ciudades vuel-
ven a dividirse, siendo cada uno de sus brazos mayor
que los ríos de Grecia. Y el agua, repartida por todos
los sitios, no pierde su valor: continúa siendo navega-
ble, se bebe[210] y se la emplea en el riego de los campos.

12 El gran Nilo lo es todo para ellos: río, tierra, mar
y lago. Y se da un espectáculo sorprendente: a la par
barco y azadón, remo y arado, timón y guadaña, posada
de marinos a la vez que de labriegos, peces y bueyes
juntos. Se siembra lo que se surcó en barco, y lo que
2 se siembra es un mar cultivado. Pues el río tiene esta-
ciones y los egipcios se sientan a esperarlo, llevándole
la cuenta de los días. Y el Nilo no les falla, sino que es
un río puntual que vigila el paso del tiempo, mide sus
aguas y se niega a que puedan acusarlo de llegar con
3 retraso. Es posible ver la rivalidad de río y tierra:
disputan entre sí, el agua por hacer un mar de tanta
tierra, la tierra por absorber un mar de tantas y tan

---

[209] El texto está mal transmitido en este lugar, aunque el sentido general parece claro aun sin las correcciones que algunos proponen. El nombre de esta aldea nos es conocido por HERÓDOTO, II 15, etc.

[210] Sobre este punto volverá el autor en 18, 3 ss. La potabilidad del agua del Nilo es recordada también por HELIODORO (II 28, 5) y, aún antes, por ESQUILO, en *Prometeo* 812.

dulces aguas. Y ambas se hacen con idéntica victoria
y no hay derrota por parte alguna, pues el agua abarca 4
la misma dilatada extensión que la tierra. Pero, en cam-
bio, en los contornos de los pastos de los citados Va-
queros[211] hay siempre mucha agua. Cuando el Nilo con-
vierte en un mar la tierra toda, en esos lugares forma
lagunas, y tales lagunas, incluso al retirarse el río, per-
sisten, si bien con menos agua, sí con el limo que aca-
rrea. Sobre estas lagunas, ellos lo mismo andan que 5
navegan, aunque no se puede navegar con ningún otro
tipo de barcas que las que llevan un único tripulante.
Y en cambio, si es de cualquier otra clase de fuera del
lugar, el limo la anega y le impide moverse. Como ellos
manejan botes pequeños y livianos[212], con sólo una es-
casa cantidad de agua les basta. E incluso, si se quedan
en seco del todo, los barqueros alzan su barca y la
transportan a la espalda hasta que encuentran agua.

En medio de estas lagunas hay islas desparramadas. 6
En algunas no hay viviendas y están sembradas de
papiros, cuyas hileras son tan tupidas que entre ellas
sólo hay espacio para un hombre de pie, pero quedando
cubiertos por arriba los espacios entre la apretada
masa con la fronda de los papiros. Por estos pasillos 7
se deslizan los Vaqueros y allí maquinan sus ataques
y acechan sin que se les vea, con los papiros por mu-
rallas.

Algunas otras de las islas tienen chozas, que son
un remedo de una población improvisada y con la de-
fensa de las lagunas. Éstas sirven de albergue a los 8
Vaqueros.

En una de ellas, que por sus dimensiones y la mayor
cantidad de chozas se distinguía de las demás de las
cercanías (le daban, creo, el nombre de Nicoquis), era

---

211 Juego de palabras que, por lo general, suelen pasar por alto los traductores.

212 Hechos de papiro (cf. PLINIO, *Hist. Nat.* XIII 72).

donde se habían concentrado todos, como en la más sólida posición, confiados en su número y en el lugar. Pues impedía que fuese totalmente una isla un único y estrecho paso con un estadio de largo y doce brazas de ancho[213]. Y al poblado lo rodeaban por todas partes las lagunas.

13 Pues bien, cuando ven al comandante aproximarse urden la siguiente estratagema. Reuniendo a todos los viejos y proveyéndolos de palmas como signos de súplica, alinean tras ellos a los más lucidos de sus jóvenes,
2 armados con escudos y lanzas. Los ancianos debían, alzando sus símbolos de suplicantes, ocultar con la fronda de las hojas a los que los seguían, y éstos arrastrar por detrás las lanzas, para mantenerlas fuera de la vista. En caso de que el comandante accediese a las rogativas de los viejos, los lanceros tenían instrucciones de no tomar iniciativa alguna para el combate. Pero si no era así, lo invitaran a entrar en el poblado,
3 como si fueran a entregarse a la muerte, y, cuando llegasen a mitad de camino en el angosto paso, a una señal acordada los viejos se quitasen del medio, tirando los símbolos que portaban, y los hombres armados los sobrepasaran a la carrera dispuestos a hacer todo lo que estuviese en su mano.

4 Estaban, pues, dispuestos de ese modo y solicitaban del comandante que respetase su ancianidad y sus símbolos de súplica y se apiadara de su pueblo, y le prometían, para él a título privado, cien talentos de plata, y, para enviar al sátrapa, cien varones, que se ofrecían por su pueblo[214], a fin de que también pudiese aportarle
5 algún botín a aquél. Tales promesas no eran fingidas y le hubiesen entregado lo prometido si hubiera querido tomarlo. Pero, como no aceptó su propuesta, dijeron

[213] Unos 180 y 20 ms. respectivamente.

[214] No es seguro que fuese como rehenes (Gaselee), sino tal vez como esclavos, dado el contexto.

los ancianos: «¡Sea! Si ésa es tu decisión, sufriremos 6
nuestro destino. Mas, en medio de nuestro infortunio,
concédenos esta gracia: no nos mates fuera de estas
puertas ni lejos de nuestro pueblo, sino que condúce-
nos a la tierra de nuestros mayores, al hogar donde na-
cimos. Haz de nuestro pueblo nuestra tumba. Mira:
seremos tus guías hasta el lugar donde aguarda la
muerte[215].» Ante estas palabras el comandante aban-
dona los preparativos del combate y da órdenes de
que el ejército avance en son de paz.

Los Vaqueros habían destacado unos vigías para se- 14
guir los acontecimientos desde lejos, con la consigna
de que, si veían al enemigo atravesar el paso, soltaran
contra él toda el agua rompiendo el dique del río.
Pues las corrientes del Nilo están dispuestas de este 2
modo: los egipcios en cada canal levantan un dique,
para que el Nilo no se desborde antes del momento
debido inundando la tierra. Pero, cuando precisan regar
el terreno, abren una parte del dique, hasta que se al-
canza un cierto nivel[216]. Ahora bien, en la trasera de
la aldea había un canal largo y ancho con agua del río.
En ese punto los que tenían a su cargo la tarea, en 3
cuanto vieron que los enemigos penetraban en el paso,
rompieron con prontitud el dique que contenía el río[217].
Y todo sucedió a la vez: los viejos que iban al frente
se dispersan de repente, los otros alzan sus lanzas y
salen disparados, y el agua avanza, las lagunas crecen
hinchándose por todas partes y el istmo se inunda y
todo se convirtió en una especie de mar. Cayendo, pues, 4

215 Frase de indudable doble sentido, que una traducción como «nuestra muerte» (que hemos leído más de una vez) estropea.

216 Traducción puramente conjetural de una expresión muy discutida.

217 Este episodio, con la inundación como arma militar, no puede menos de recordar, aunque los detalles sean diferentes, Heliodoro, IX 3 ss.

los Vaqueros contra ellos, atraviesan con sus lanzas a
los que venían en vanguardia y al propio comandante,
desprevenidos y desconcertados ante el inopinado ata-
que. En cuanto a la muerte de los demás, escapa a toda
5 descripción. Unos en el momento mismo en que se
inició la embestida sucumbieron sin ni siquiera mover
sus picas, y los otros sin tiempo para defenderse, dado
que sólo caían en la cuenta del peligro en el instante
en que los alcanzaba, y algunos incluso antes de saber
que existía. Los hubo que, bajo el efecto del aturdi-
miento por lo que no se esperaban, se quedaban para-
lizados aguardando la muerte. Y otros que al intentar
moverse resbalaban, al trabarles las piernas el río, o
que al intentar huir se veían arrastrados rodando al
6 fondo de la laguna. A los que estaban de pie sobre
tierra firme el agua les llegaba hasta el ombligo, de
suerte que les desviaba los escudos y les dejaba los
vientres expuestos a las heridas. Mientras que el agua
de la laguna los cubría en todas partes por encima
7 de la cabeza. En realidad, no había modo de saber
dónde estaba la laguna y dónde la tierra. Y así quien
corría por la tierra por miedo a equivocarse huía con
demasiada lentitud, de modo que lo atrapaban pronta-
mente, y quien se extraviaba e iba a parar a la laguna,
suponiendo que se trataba de la tierra, allí se hundía.
8 Se estaba ante infortunios nunca vistos: tantos naufra-
gios sin que hubiese una nave en sitio alguno; com-
bate de infantes en medio del agua, naufragios en
medio de la tierra, lo uno y lo otro inaudito e impre-
9 visible. En cambio, los Vaqueros, enardecidos por lo
que acontecía, se llenaban de orgullo, en la creencia de
que la victoria se debía a su bravura y no a su enga-
ñoso ardid. Pues los egipcios, cuando se asustan de
un peligro, tienen una conducta servil, pero, cuando
en la brega cogen ánimos, son de una gran temeridad.
En ambos casos no se sujetan a medida alguna, sino

que en una situación de inferioridad ven un desastre y en otra ventajosa un gran triunfo.

Habían pasado ya diez días desde que Leucipa su- 15
frió su ataque de locura y la enfermedad no remitía. En una sola ocasión, mientras estaba durmiendo, dejó escapar estas palabras febriles: «Tú, Gorgias, eres la causa de mi locura.»

Por la mañana se las repetí a Menelao y me puse a indagar si había alguien llamado Gorgias en la aldea.
Al salir nosotros, se nos acerca un mozalbete, que se 2
dirige a mí diciéndome:

«—Vengo a salvaros a ti y a tu mujer.»

En mi sorpresa y con la creencia de que era un enviado de los dioses le pregunto:

«—¿No serás tú Gorgias?

»—No, por cierto —replica—, sino Quéreas. Gorgias es el que ha causado tu ruina.»

Un estremecimiento aún mayor volvió a sobreco- 3
germe [218]:

«—¿De qué ruina me hablas y quién es el tal Gorgias? Pues alguna divinidad me ha dado un aviso sobre él esta noche. Cuéntame [219] lo que sepas de esa revelación divina.

»—Gorgias era —explicó— un soldado egipcio. Pero
ahora ya no existe, víctima de los Vaqueros. Estaba 4
enamorado de tu esposa y, como era de por sí conocedor de drogas, preparó una pócima amorosa y convenció a vuestro sirviente egipcio para que tomara la pócima y la mezclara con la bebida de Leucipa. Pero él utilizó por error la pócima sin mezclar y ha sido ese
filtro el que la ha enajenado. Esto me lo contó ayer 5
el criado de Gorgias, que lo acompañó en la expedición contra los Vaqueros. Mas al parecer la Fortuna lo ha

218 Es evidente, dado el contexto, el origen religioso de la emoción experimentada por Clitofonte.

219 Seguimos aquí la interpretación de Vilborg.

preservado para vuestro bien. Pero exige cuatro piezas de oro por curarla, ya que, según dice, tiene la receta de una segunda droga por cuyo medio anulará los efectos de la anterior.

6 »—¡Bendito seas por este servicio!, exclamé. Y a ese hombre que dices, tráenoslo.»

Partió él, y yo, entrando a donde estaba el egipcio, le di de puñetazos en la cara una y otra vez, y entre gritos le decía: «¡Dime qué le has dado a Leucipa y de dónde ha venido su locura!»

Él, espantado, nos cuenta lo mismo que nos había referido Quéreas, y encerrándolo lo pusimos bajo vigilancia.

16 Y en esto que se presenta Quéreas conduciendo al individuo. Y yo les digo a ambos:

«—Tomad ya las cuatro piezas de oro de recom-
pensa por vuestros buenos informes. Pero oíd mi pare-
cer sobre la pócima: fijaos en que también una droga ha
sido la causa del mal que ahora aqueja a esta mujer
2 y no puede menos de ser arriesgado hacer ingerir otras
pócimas a un organismo ya afectado por una droga.
¡Ea!, decid los ingredientes que la forman y preparadla
delante de nosotros. Y, si lo hacéis así, tendréis otras
cuatro piezas de oro como pago.»

3 El hombre contestó:

«—Tus temores son justificados. Pero los ingredientes son todos corrientes y pueden tomarse sin peligro. Es más, yo mismo ingeriré la misma cantidad que ella tome.»

Al mismo tiempo manda a uno comprar y traer cada producto que le nombra. Y, tan pronto como le llegaron, en nuestra presencia trituró toda la mezcla e hizo dos partes.

«Una —explicó— me la beberé yo primero y la otra
4 se la daré a la mujer. Cuando la haya tomado dormirá

la noche entera y, por la mañana, se verá libre a la vez del sueño y de su mal.»

Toma, pues, él el primero la pócima y el resto manda que se lo demos a beber a ella por la tarde.

«Por mi parte, iré a acostarme —añadió—. Que así 5
lo requiere la droga.»

Y con esas palabras se ausentó, después de recibir de mí las cuatro piezas de oro.

«—Las otras —les dije— os las daré si se cura.»

Cuando llegó la hora de que ella bebiese la droga, 17
se la serví mientras le dirigía esta invocación: «¡Oh poción, hija de la tierra, don de Asclepio, ojalá que resulten verdaderas tus promesas! ¡Sé más afortunada que yo y salva a mi amada! ¡Triunfa sobre esa pócima bárbara y cruel!»

Con estas instrucciones a la poción y un beso a la 2
copa, se la doy a beber a Leucipa. Y ella, tal como explicó el individuo, a poco se echó dominada por el sueño. Y yo, sentado a su lado, le decía como si pudiese oírme:

«—¿De verdad volveré a verte en el uso de la razón?
¿Serás capaz de reconocerme alguna vez? ¿Te oiré 3
hablar como antes? ¡Dame algún signo aun ahora durmiendo!: ayer mismo con toda exactitud fuiste adivina respecto a Gorgias. Sin duda dormida eres más dichosa, pues mientras despierta caes en la infelicidad de tu extravío, en cambio tus sueños te devuelven la cordura.»

En estos términos me dirigía a ella, como si Leu- 4
cipa me escuchase, y trabajosamente la tan deseada aurora se mostró y entonces Leucipa pronunció una palabra y ésta fue:

«—¡Clitofonte!»

De un salto me acerco a ella y le pregunto cómo se encuentra. Mas daba la impresión de que no sabía nada de lo que le había sucedido, se sorprendió al ver

5 sus ligaduras y preguntó quién la había atado. Yo, al verla en sus cabales, con gran alborozo la desaté y luego ya le conté todo lo ocurrido. Y se avergonzaba al oírme, cubriéndose de rubor, y pensaba en su con-
6 ducta de entonces[220]. Me empeñé, por tanto, en confortarla y pagué gustoso la recompensa por la poción. Y es que todos los caudales con que viajábamos estaban a salvo, ya que los que Sátiro llevaba en su cinturón cuando naufragamos no se los quitaron los piratas y, lo mismo que a él, tampoco a Menelao le sustrajeron nada de lo que tenía.

18 Entretanto, se presentó, procedente de la capital[221], una fuerza mayor para atacar a los piratas, la cual arrasó todo su poblado hasta los cimientos. Y, libre ya el río de la violencia de los Vaqueros, preparamos la navegación hasta Alejandría. Iba en el barco con nosotros también Quéreas, convertido en un amigo desde
2 que nos informó sobre la pócima. Había nacido en la isla de Faros[222] y su oficio era el de pescador. Pero, como mercenario, se había alistado en la expedición naval contra los Vaqueros[223], y, en consecuencia, al acabar la guerra se separó del ejército.

3 Después de una prolongada ausencia de barcos todo estaba ahora lleno de gente navegando y el espectáculo era de lo más encantador: tonadas de marinos, alboroto acompasado de tripulantes[224], rítmico despla-

---

220 Durante su enfermedad. Esta interpretación parece preferible a la de «pensaba que aún seguía en el mismo estado», como suele traducirse. La vergüenza de Leucipa se debe, sin duda, a los actos que ella puede suponer que obligaron a atarla.

221 Puede referirse a Alejandría o a Heliópolis.

222 Cercana, como es sabido, a la ciudad de Alejandría. Véase, después (V 6), una visita a este lugar.

223 De la que el autor no ha hecho la menor mención hasta ahora.

224 El pasaje recuerda Heródoto, II 60, y, como bien dice Vilborg, la traducción usual («el rítmico batir de los remos»)

zarse de las naves. El río entero era una fiesta y la travesía tenía todo el aire de transcurrir por un río en medio de una alegre verbena. Yo bebí entonces por primera vez del Nilo sin mezclar su agua con vino, porque deseaba juzgar el gusto de beberla así y el vino
hurta la verdadera naturaleza del agua. Me llené, pues, 4
una copa de transparente cristal y vi que el agua competía en limpidez con la vasija y que la vasija era derrotada. Su sabor era dulce y con la justa frescura que resulta placentera. Pues sé que el agua de algunos ríos de Grecia incluso es dañina, y era con ellos con los
que comparé el agua de este río. De ahí que los egip- 5
cios beban sus aguas puras sin temor y sin recurrir a Dioniso. Me admiró también el modo que tienen de beberla, ya que no la extraen con recipientes para ello ni se sirven de vasos, porque hacen uso de una copa
natural, que es su propia mano. Si mientras navegan 6
sienten sed, se inclinan por encima de la borda adelantando el rostro hacia el río, meten en el agua la mano sumergiéndola ahuecada y, cuando está llena de agua, la disparan contra la boca sin que fallen el blanco. Y su boca aguarda abierta el golpe de agua, lo recibe y se cierra sin dejarlo caer de nuevo.

Vi también otro animal del Nilo, al que elogian 19
por su vigor aún más que al caballo de río[225]. Se llama cocodrilo. Por su forma es a la vez pez y bestia, pues es muy largo desde la cabeza hasta la cola, pero su an-
chura no guarda proporción con su longitud. Su piel es 2
rugosa y llena de escamas, la del lomo es dura como la piedra y negra, mientras que su panza es blanca.

---

es escasamente comprensiva: Heródoto habla del sonido de castañuelas, flautas y palmadas, y el lector puede comprobar que las demostraciones de alborozo de estas primeras travesías, después de la desaparición del peligro de los piratas, se asemejan mucho a las de la fiesta descrita por aquél.

225 Es decir, el hipopótamo.

Tiene cuatro patas, ligeramente arqueadas como las de la tortuga de tierra. La cola es larga y gruesa y posee el mismo aspecto que la parte más consistente del
3 cuerpo, ya que no es un apéndice como en los demás animales, sino el extremo del único hueso de su espina y una porción del cuerpo entero. Su parte superior está dividida en horribles púas, como los dientes de las
4 sierras, y le sirve de látigo contra su presa, al golpear con ella a sus enemigos y producirles de un solo latigazo múltiples heridas. En cuanto a su cabeza, sigue directamente a la espalda, siguiendo una línea común, ya que la naturaleza no lo ha provisto de cuello. Pero la cabeza es más terrorífica que el resto del cuerpo, con la incomparable prolongación de las mandíbulas y
5 su capacidad para abrirse por completo. Pues, mientras el animal la mantiene cerrada, es sólo una cabeza, pero, cuando la abre para capturar sus presas, es por entero boca. Abre la mandíbula superior y en cambio deja inmóvil la inferior: el desplazamiento es enorme y la abertura alcanza hasta los hombros, y luego viene
6 inmediatamente la panza. Los dientes son numerosos y están dispuestos sobre un amplio espacio, diciéndose que suman la misma cifra que días la divinidad alumbra en todo un año: ¡tanta es la cosecha que produce el campo de sus mandíbulas! [226]. Pero, si pasa a tierra firme, nadie creerá en su enorme vigor al ver cómo su cuerpo tiene que arrastrarse.

---

226 Dentro de las abundantes dificultades textuales de este capítulo, esta frase es la más discutida sin duda. Nuestra traducción (que sigue, aproximadamente, la de Gaselee, aceptada como verosímil por Vilborg) es meramente conjetural, aunque muy probable dado el estilo del novelista. B. A. van Groningen (en su reseña de la edición de Vilborg, en *Mnemosyne* IV, 10 [1957], 91) ha propuesto otra interpretación bastante diferente, pero no muy convincente a nuestro juicio.

LIBRO QUINTO

Después de tres jornadas de navegación arribamos 1
a Alejandría[227]. Nada más entrar por la puerta que llaman del Sol se me ofreció de inmediato la resplandeciente hermosura de la ciudad, que inundó mis ojos
de placer. De un lado y de otro se extiende una recta 2
hilera de columnas desde la Puerta del Sol hasta la de la Luna[228], pues ambos son los guardianes de las entradas de la ciudad. Estas columnas forman la línea
media de la ciudad baja[229], y hay largas avenidas que 3
la atraviesan, por las que puede hacerse todo un viaje aun sin salir de la población.

Avanzado que hube unos pocos estadios por la ciudad, llegué al lugar que toma el nombre de Alejandro y allí contemplé una segunda ciudad con su belleza
dividida, pues una fila de columnas trazaba su eje 4
principal y otra idéntica el transversal[230]. Por más que mis miradas se repartían calle por calle, no saciaba

---

227 Sobre este aparente anacronismo, cf. Introducción § 2.

228 La Puerta del Sol daba paso a la ciudad por su parte oriental y la llamada de la Luna por la occidental. Entre ambas (según ESTRABÓN, XVII 1, 8) había una distancia de nada menos que unos 30 estadios (algo más de 5 Km.), que cubría una amplia avenida porticada.

229 Por oposición, sin duda, a la ciudadela y los barrios altos.

230 Probablemente, se refiere al centro de la ciudad.

mi ansia de ver y era incapaz de abarcar a la vez tal
5 maravilla. Esto miraba, estaba a punto de ver lo otro, me apresuraba a contemplar aquello de más allá y me negaba a pasar de largo ante el resto. Lo que veía se adueñaba de mi mirada y tiraba de ella lo que aún esperaba ver. Y, así, dando vueltas por todas las calles y cautivo de una pasión insatisfecha por tal espectáculo, terminé por exclamar extenuado: «¡Ojos míos, estamos vencidos!»

6 Vi dos cosas que llamaban la atención por su novedad y rareza: una rivalidad entre tamaño y belleza, un antagonismo entre gentío y ciudad, con el triunfo para ambos. Pues la una era mayor que un continente, el otro más numeroso que toda una nación. Si ponía mis ojos en la urbe, no creía que una población humana lograse llenarla; mas si contemplaba el gentío, me preguntaba pasmado si alguna ciudad tendría cabida para él. A tal extremo llegaba el equilibrio.

2 Precisamente quiso la suerte que tuviese lugar, entonces, la festividad del gran dios al que los griegos llaman Zeus y los egipcios Serapis[231]. Y había también una procesión con antorchas, espectáculo este el más
2 soberbio que he visto. Era el atardecer, a la hora en que el sol se ponía y la noche aún no llegaba: otro sol se alzaba, fragmentándose en minúsculas luminarias. El caso es que vi cómo una ciudad competía en belleza con el cielo. Y vi además a Zeus Miliquio[232] y el templo
3 del Zeus Celestial[233]. Y habiendo dirigido una plegaria al gran dios con la súplica de que por fin cesaran nuestras calamidades, fuimos al alojamiento que Menelao nos había alquilado. Pero al parecer el dios no acogió

---

231 Sobre identificaciones diversas de Serapis, cf. TÁCITO, *Historias* IV 84.

232 «Amable», epíteto de varias divinidades. Debe de tratarse de una estatua concreta.

233 El *Serapeum*.

favorablemente nuestros ruegos. Por el contrario, la Fortuna nos reservaba aún otra prueba.

La verdad era que hacía ya mucho tiempo que, sin 3
que lo supiéramos, Quéreas estaba enamorado de Leucipa, y ésa fue la causa de que nos revelase el asunto de la pócima, para conseguir trabar una relación amistosa y, a la vez, también salvar para sí a la muchacha.
Como sin duda era consciente de que no tenía fácil 2
el éxito, urde un plan. Reúne una cuadrilla de piratas, que tenían en común con él el oficio de marinos, llega con ellos a un acuerdo sobre la acción que iban a realizar, y a nosotros nos invita a desplazarnos a Faros como huéspedes suyos, con el pretexto de celebrar su cumpleaños.

Ahora bien, en el momento de salir tenemos un mal 3
presagio: un halcón, que, en persecución de una golondrina, golpea a Leucipa en la cabeza con su ala. Entonces, turbado por este suceso, alzo los ojos hacia el cielo y exclamo: «¡Oh Zeus!, ¿qué significa este prodigio que nos manifiestas? Si ese ave es de verdad un signo tuyo, muéstranos otro agüero más fácil de interpretar.»

Y me vuelvo y (pues me encontraba junto a un es- 4
tudio de un pintor) veo un cuadro allí puesto, cuyo motivo ofrecía un enigma semejante, ya que ofrecía la violación de Filomela, la brutalidad de Tereo y el episodio del corte de la lengua[234]. En el cuadro se exponía por entero el relato de lo acaecido: la tela[235] y Tereo y
su festín. Una sirvienta estaba de pie sujetando la tela 5
desplegada y, a su lado, Filomela con el dedo sobre el

---

[234] Sobre el tema, cf. anteriormente, notas 33 y 51, así como el relato de Ovidio, *Metamorfosis* VI 424 ss. Por un error (o corrección), fácil de comprender si se conoce la doble versión del mito, los manuscritos dan el nombre de Procne y no el de Filomela, que fue restituido, según parece, por primera vez, en la traducción italiana de Coccio.

[235] Cf. luego, 5, 5.

tejido, señalando las figuras bordadas en él. Procne tenía la cabeza inclinada, atenta a lo que le mostraban, con ojos coléricos y aspecto furibundo ante la imagen representada: la pugna lujuriosa que en el bordado
6 sostenía con Filomela Tereo, el de Tracia. La mujer tenía el pelo en desorden, suelto el cinturón, el vestido desgarrado y el seno medio desnudo; con su diestra trataba de alcanzar los ojos de Tereo y con la izquierda pretendía cubrir sus pechos con los jirones del vestido. Tereo sujetaba a Filomela entre sus brazos, atrayendo hacia él su cuerpo con todas sus fuerzas con un apre-
7 tado abrazo. Tales eran las imágenes que en la tela había representado el pintor. Y en el resto del cuadro las mujeres enseñaban a Tereo dentro de un cesto los restos de su comida: la cabeza y las manos de un niño[236]; y a la par estaban riéndose y llenas de espan-
8 to. Y Tereo aparecía en la pintura saltando del lecho y, echando mano a su espada para atacar a las mujeres, apoyaba una pierna sobre la mesa, de modo que ésta ni estaba de pie ni derribada, pero tenía todas las trazas de estar a punto de caer[237].

4 Dijo entonces Menelao: «Mi opinión es que no sigamos camino de Faros. Pues ves dos signos no favorables: el ala del ave, que se ha abatido contra nosotros, y la amenaza que el cuadro entraña. Los intérpretes de los signos nos dicen que examinemos los motivos de los cuadros que encontremos en el momento de salir para un quehacer y que deduzcamos el futuro resultado de éste por comparación con el argumento que
2 aquéllos nos expongan. Ya ves de cuántos desastres está llena esta pintura: de una pasión ilícita, de un adulterio deshonroso, de desdichas acontecidas a unas

[236] Itis, hijo de Procne y Tereo.

[237] Aquiles Tacio no menciona ahora (cf. luego, 5, 1) las metamorfosis con que se remata el mito y que debían seguir, seguramente, como episodio en la serie de las imágenes.

mujeres. Causas bastantes para recomendaros desistir de esta excursión.»

Me pareció que sus palabras eran razonables y me disculpé ante Quéreas por no ir aquel día. Él, desde luego, se marchó muy mohíno, asegurando que al día siguiente vendría a vernos.

Y Leucipa (pues, en cualquier caso, el sexo feme- 5
nino tiene un gran amor por los relatos) se dirige a mí con estas palabras:

«—¿Qué significa la historia del cuadro? ¿Qué pájaros son ésos? ¿Quiénes son esas mujeres? ¿Y quién es ese hombre tan vil?

»—Un ruiseñor, una golondrina y una abubilla —comienzo a explicarle—, personas los tres y, los tres, pá-
jaros. El hombre es la abubilla; en cuanto a las dos 2
mujeres, Filomela es la golondrina y Procne el ruiseñor[238]. Ellas eran atenienses. El hombre se llama Tereo, y Procne es la esposa de Tereo. Pero, al parecer, a los bárbaros no les basta una sola hembra en los asuntos de Afrodita, sobre todo cuando hay ocasión de un
placer desenfrenado. Al tracio éste, la ocasión de en- 3
tregarse a sus instintos naturales se la ofrece el afecto que profesaba Procne a los suyos[239]. Pues ésta envía a Tereo, su esposo, en busca de su hermana. Cuando él parte es aún esposo de Procne, a su regreso ya el amante de Filomela, y por el camino convierte para él
a Filomela en una segunda Procne. La lengua de Filo- 4
mela lo llena de temor, y le da como presente de boda no poder hablar en adelante, segándole la flor de la

238 Aquiles Tacio sigue la usual versión griega del mito, mientras que en la mitografía latina, como se sabe, están invertidos estos dos casos, con la metamorfosis de Filomela en ruiseñor y de Procne en golondrina.

239 Creemos que esta traducción es muy preferible a la que dan autores como Gaselee y Grimal. Aquiles Tacio sigue la misma versión que Ovidio (*Metamorfosis* VI 440 ss.) en lo tocante al motivo por el que Tereo viaja en busca de Filomela.

palabra. Mas no tuvo el logro de sus deseos. Pues el
5 arte de Filomela descubrió una callada voz: teje una
tela que llevará su mensaje, urde en la trama lo ocu-
rrido, su mano emula a su lengua, denuncia a los ojos de
Procne lo que debió llegar a sus oídos y le cuenta con
6 la lanzadera la vejación sufrida. Procne escucha de
boca de la tela el relato de la violación y busca el modo
de vengarse atrozmente de su esposo. Dos cóleras, dos
mujeres, cuyo aliento se confunde al fundirse celos con
agravios, maquinan una cena más funesta aún que tales
7 bodas[240]. Y la cena fue el propio hijo de Tereo, cuya
madre, antes de su colérico arrebato, era Procne. Mas
en ese instante se le olvidaron los sufrimientos del
parto: ¡hasta tal grado los dolores de los celos triun-
fan, incluso, sobre los del vientre de una madre! Pues
las mujeres, que solamente ponen su pasión en afligir
al que ha vejado su lecho, por más que sufran un daño
no menor en la empresa, compensan el infortunio que
8 padecen con el placer del que proporcionan. Tomó
Tereo su infernal festín[241] y ellas fueron luego a pre-
sentarle en un cesto los restos del pequeño, con teme-
rosas risas. Tereo ve los restos del niño, llora por tales
alimentos y se reconoce como padre de su propia cena.
Y, al saberlo, lo domina la locura, echa mano a su es-
pada y corre a por las mujeres, a las que ya acoge el
9 aire. Y Tereo se eleva con ellas y se vuelve ave. Y to-
davía ahora conservan la imagen de aquel trance:
huye el ruiseñor y lo persigue Tereo, pues tal es el
odio que le guarda, aun en su condición de ser alado.»

6 Fue así como esa vez nos libramos de aquella trampa. Pero, en realidad, sólo ganamos un día, pues al siguiente Quéreas se presentó muy de mañana y

240 Las «bodas» de Tereo y Filomela, es decir, la violación de ésta.

241 Literalmente, «su festín de Erinis», propio de las Furias vengativas de la mitología griega.

nosotros, por vergüenza, no supimos negarnos. Embar-
camos entonces en un bote y arribamos a Faros. Me-
nelao se quedó, sin embargo, en la ciudad, alegando
encontrarse indispuesto.

Lo primero que hizo Quéreas fue llevarnos a la 2
torre[242] y mostrarnos la construcción, que ya desde
abajo era admirable y del todo fuera de lo común. Se 3
alzaba como un monte plantado en medio del mar y
que rozase las propias nubes. El agua bañaba el pie
del edificio, que se levantaba suspendido sobre el mar.
Allá en la cúspide del monte tenía su orto un segundo
sol, piloto de las naves.

Luego nos condujo a su casa, que estaba situada al
extremo de la isla, a la vera misma del mar.

Por la tarde Quéreas sale, con el pretexto de hacer 7
de vientre. Poco después se escucha de repente un
grito en la puerta y al momento entra un grupo nu-
meroso de individuos de alta estatura con espadas
desenvainadas, que se precipitan todos a una a apode-
rarse de la joven. Yo, tan pronto como veo que se 2
llevan a mi amada, no puedo soportarlo y me lanzo
entre sus armas. Uno me hiere en el muslo con su
espada, me fallan las piernas y caigo ya chorreando
sangre, mientras ellos introducen a la muchacha en
su barca y se ponen en fuga. Con el alboroto y griterío 3
que se produjo, como siempre que se trata de piratas,
acude el comandante de la isla, que resulta ser un
conocido mío por haber estado en el campamento[243].
Le enseño mi herida y le ruego que vaya tras los pira-
tas. Y, como había muchas embarcaciones ancladas
en la población, subiendo a una de éstas, el coman-
dante se puso a perseguirlos con los guardias que lo
acompañaban y yo embarqué con él llevado en una
litera. Pero, al ver los piratas que ya nuestra nave se 4

242 El famoso faro.
243 En la campaña contra los Vaqueros.

les acercaba para trabar combate, ponen sobre el puente a la joven con las manos atadas a la espalda y uno de ellos nos grita con un gran vozarrón: «¡Aquí tenéis vuestro trofeo!»

5 Y le corta la cabeza y tira al mar el resto del cuer-
po. Y yo, nada más verlo, me puse a lanzar gritos y
gemidos y fui a arrojarme por la borda. Pero, como
los que estaban a mi lado me contuvieron, rogué que
detuviesen el barco y que alguien bajase hasta el agua,
por si era posible recoger el cuerpo de la joven para
6 darle sepultura. Consiente en ello el comandante, de-
tiene la nave y dos de los marineros se lanzan fuera
del barco, logran asir el cuerpo y lo suben a bordo.
Mientras, los piratas remaban con más vigor aún y, al
volver a aproximarnos, ven otra nave a la que reco-
nocen y llaman en su ayuda, pues eran pescadores del
molusco de la púrpura que practicaban la piratería al
7 mismo tiempo. Al ver nuestro comandante que eran
ya dos barcos se asustó y viró en redondo, pues los
piratas, desistiendo de su huida, nos desafiaban a com-
batir.

8 De vuelta a la costa y después de desembarcar, yo
seguía llorando abrazado a aquel cuerpo: «Ahora, Leu-
cipa, te tengo de verdad muerta y con doble muerte,
parte en tierra, parte en el mar, ya que lo que me
queda son los restos de tu cuerpo, pero a ti te he
9 perdido. No ha sido equitativo el reparto entre el mar
y la tierra: aunque parece la mayor, lo que de ti me ha
quedado es la parte menor, mientras que ese mar re-
tiene, a pesar de la pequeñez de su lote, toda tu per-
sona. Mas, ya que la Fortuna me ha rehusado besar tu
rostro, besaré el tajo de tu cuello.»

8 Con este duelo y tras sepultar el cuerpo, regreso a Alejandría. Allí me curaron contra mi voluntad la herida y, gracias a los consuelos de Menelao, cobré ánimos para seguir viviendo.

Se me habían pasado ya seis meses y gran parte 2
de mi dolor comenzaba a atenuarse (el tiempo es una medicina para las penas y produce la cocción de las llagas del alma, ya que el Sol nos trae su gozo a manos llenas y, poco a poco, el sufrimiento, por agudo que sea, hierve en la medida en que el alma entra en calor, para luego enfriarse vencido[244] por la influencia del paso de los días), cuando, mientras paseaba por la plaza, de repente uno por detrás agarrándome del brazo me hace volverme y, sin decir palabra, me abraza y
me cubre de besos. Al principio no sabía quién era y 3
me quedé allí plantado y lleno de estupor, recibiendo el asalto de un saludo tan cariñoso, como diana de aquellos besos. Pero, al cabo de un momento y de que le hube visto la cara y resultó ser Clinias, con gritos de alegría lo abrazo a mi vez, devolviéndole las mismas efusiones. Luego fuimos a mi alojamiento y él me contó lo que le había sucedido y cómo escapara con vida del naufragio. Y yo le narré todo el asunto de Leucipa.

«Nada más partirse la nave —contó— me precipité 9
sobre la verga y agarrándome trabajosamente de un extremo por estar ya abarrotada de hombres, me esforzaba por mantenerme allí sujeto abrazándome a ella. Pero no hacía mucho que estábamos así en pleno mar cuando una inmensa ola alzó en vilo el palo y fue a hacerlo chocar lanzándolo vertical contra un escollo oculto bajo el agua por el extremo opuesto a aquel en
que yo estaba colgado. Tras el impacto fue despedido 2
violentamente hacia atrás, como una catapulta, y a mí me arrojó a distancia, igual que lanzado por una honda. A partir de ese momento estuve nadando el resto del
día, sin la mínima esperanza de salvarme. Y cuando 3

244 Disentimos aquí de traducciones como las de Gaselee o Grimal, que creemos que no recogen adecuadamente el sentido del texto.

ya estaba agotado y dispuesto a abandonarme a mi suerte, veo una nave que venía de proa hacia mí. Como pude, levanté los brazos y les hice gestos de súplica. Y ellos, ya fuera porque tuviesen compasión de mí, ya fuera porque el viento los empujase, llegan a mi altura y uno de los marinos, en el momento en que la nave pasaba por mi lado, me arroja un cable. Y lo cogí y me izaron desde las propias puertas de la muerte. El barco navegaba rumbo a Sidón y hubo algunos que me reconocieron y cuidaron de mí.

10 »Después de una travesía de dos días arribamos a la ciudad y les ruego a los sidonios que iban en la nave (se trataba del mercader Jenodamante y de Teófilo, su suegro) que no cuenten a nadie de Tiro con que puedan encontrarse cómo me salvé de un naufragio, para que no se enteren de que yo había partido
2 contigo. Pues confiaba en que no reparasen en ello, con tal de que estos dos hombres lo mantuviesen en secreto, al haber transcurrido solamente cinco días sin que se me viese. Ya que además en mi casa, como sabes[245], había advertido que a quienes preguntasen por mí les dijeran que había marchado a un pueblo
3 hasta pasados diez días, lo que efectivamente descubrí que era lo que continuaba diciéndose de mí. Tu padre tampoco había vuelto aún de Palestina[246], lo que ocurrió otros dos días más tarde, y encontró una carta remitida por el padre de Leucipa, carta que, en realidad, había llegado un día después de nuestra marcha y en la que Sóstrato te aceptaba por prometido de su hija.
4 Tu padre se vio así en medio de una suma de desgracias al leer la carta y al escuchar la noticia de vuestra huida, de un lado por juzgar perdido el galardón[247]

---

245 Al menos el lector no ha sido informado previamente de este hecho.

246 Cf. n. 127.

247 La propia Leucipa, que ya no se casaría con su hijo.

que el texto mencionaba, y de otro porque en breve plazo la Fortuna había llevado la situación a aquel extremo, dado que nada de todo esto habría ocurrido si la carta hubiera llegado antes a sus manos. De estos 5
sucesos pensó que no había que escribirle nada aún a su hermano y le pidió también a la madre de la joven que, por el momento, se abstuviese de hacerlo:

«'Pues, probablemente, demos pronto con ellos, y 6
no hay necesidad de que Sóstrato sepa el infortunio que nos ha sobrevenido. Y ellos se darán por satisfechos, donde quiera que estén cuando reciban la noticia de su compromiso, y volverán, ya que podrán conseguir públicamente lo que motivó su huida.'

»Trató de indagar por todos los medios que pudo 7
vuestro paradero y hace unos días llegó Diofante el de Tiro, tras una travesía desde Egipto, y le contó que te había visto aquí. Yo, enterado de esto, me embarqué sin más, y hoy hace ocho días que doy vueltas por la ciudad en tu busca. A la vista, pues, de la situación, te corresponde decidir, ya que probablemente también tu padre vendrá.»

Al oír estas noticias me lamenté de haber sido ju- 11
guete de la Fortuna:

«—¡Oh Diosa!, exclamé, ahora resulta que Sóstrato me entrega a Leucipa y se me remite una boda[248] desde el mismo medio de una guerra[249], con un cálculo tan preciso de las fechas como para no llegar antes de mi fuga. ¡Qué dicha más a destiempo! ¡Qué felicidad 2
la mía con sólo un día de diferencia! ¡Un desposorio después de la muerte, cánticos de boda tras fúnebres llantos! ¿Qué esposa es la que me da la Fortuna, si ni siquiera su cadáver me lo entrega completo?

---

[248] Retóricamente por «una carta con el permiso para esta boda».

[249] La sostenida por bizantinos y tracios (cf. I 3, 6).

3 »—No es éste el momento de lamentarse —dijo Clinias—, sino de examinar si vas a volver ahora a la patria o esperar aquí a tu padre.

»—Ni lo uno ni lo otro —repuse—, pues ¿con qué cara puedo presentarme ante mi padre, sobre todo después de una huida tan vergonzosa, y, además, tras haber causado la pérdida de la prenda que le confió su propio hermano? Sólo me queda escapar de aquí antes de su llegada.»

4 Entretanto, entra Menelao acompañado de Sátiro, abrazan a Clinias y se enteran por nosotros de lo acontecido. Y Sátiro se expresó así:

»—Pero está en tu mano tanto solucionar la presente situación como apiadarte de un alma que se abrasa por tu causa. Que escuche también Clinias de lo que se trata:

5 »Afrodita le ha proporcionado a éste un gran beneficio, pero no quiere aceptarlo. El caso es que ha vuelto loca por él a una mujer tan hermosa que al verla se diría que es una estatua, de origen efesio y llamada
6 Mélite. Mucha es su riqueza y es joven. Su esposo ha muerto hace poco en el mar y quiere tener a éste por amo (no digo por marido: desea entregarle su persona y todos sus bienes)[250]. Por él ha pasado aquí cuatro[251] meses, solicitando su compañía. Pero él, no sé qué le ocurre que la desdeña, imaginando que su Leucipa va a resucitar.

12 »—Me parece —opinó Clinias— que no es ningún despropósito lo que dice Sátiro. Pues si belleza, riqueza y amor vienen juntos hacia ti, no es cosa de esperar sentado ni ocasión de demoras. La belleza acarrea pla-

---

[250] Aparte de los aspectos económicos de la cuestión, la oferta con el título de «amo» pertenece al lenguaje erótico de la época (cf. II 6, 1 s. y VIII 17, 3).

[251] Los manuscritos dan «dos», en contradicción con lo que se lee después en 22, 4. Tal vez, un desliz del propio autor.

cer, la riqueza lujos y el amor respeto. La divinidad, en cambio, aborrece a los presuntuosos. ¡Ea!, hazle 2
caso a Sátiro y complace a la divinidad.»

Y yo entre gemidos repliqué:

«—Pues bien, llévame a donde quieras, si ése es también el parecer de Clinias. Sólo a condición de que esa damisela no me moleste con sus prisas por lograr lo que pretende hasta que lleguemos a Éfeso, ya que 3
he hecho hace tiempo la promesa de no unirme con mujer en el lugar donde perdí a Leucipa.»

Sátiro, en cuanto oye mis palabras, corre al encuentro de Mélite a llevarle la buena nueva. Y, poco después, regresa a decirnos que la dama, al escucharle, casi entrega el alma de gozo, y que me ruega que acuda a cenar a su casa ese mismo día, como preludio de nuestra boda. Y yo acepté su invitación y fui allí.

Nada más verme da un salto y me abraza y me 13
cubre toda la cara de besos. Era realmente hermosa, y de su rostro se hubiera dicho que estaba untado de leche y sus mejillas sembradas de rosas. Su mirada 2
resplandecía con el destello que es don de Afrodita, su melena era abundante y espesa y del color del oro, de suerte que tuve una impresión en nada desagradable al ver a aquella mujer. La cena fue sin duda suntuosa. 3
Ella iba probando los platos que se servían, de modo que parecía comer, pero no podía pasar bocado y no hacía otra cosa que mirarme[252]. La verdad es que para los enamorados no hay nada dulce excepto el ser amado, por apoderarse el amor de toda el alma y ni siquiera cederle espacio para el alimento. El placer de 4
la visión fluye a través de los ojos hasta depositarse en el pecho y, arrastrando sin cesar la imagen del ser amado, le da forma en el espejo del alma y modela allí su figura. La destilación de la belleza, llevada a

---

252 Cf. la conducta del propio Clitofonte en I 5, 3.

través de rayos invisibles hasta el corazón enamorado, deja allá abajo la impronta de su reflejo[253].

5 Me hice cargo, pues, de su estado y le dirijo estas palabras:

«—Pero no pruebas ni un bocado de tu plato y te pareces a los que están comiendo pintados en los cuadros.

»—¿Qué vianda hay para mí —repuso—, por costosa que sea, o qué vino más preciado que estar viéndote?»

A la vez que hablaba me besó, sin que yo sintiera ningún desagrado al recibir sus besos. Luego apartándose me dio esta explicación: «Éste es mi alimento.»

14 Durante un tiempo estuvimos así entretenidos y al final de la tarde trató de conseguir que me quedase allí a dormir, pero decliné su invitación alegando lo mismo que previamente le había advertido a Sátiro. Así pues, me dejó ir aunque a duras penas y con gran pesar.

2 Quedó convenido que al día siguiente nos encontraríamos en el templo de Isis para conversar y comprometernos con la propia diosa como testigo. Nos acompañaban Menelao y Clinias y prestamos juramento, yo de que la amaría con lealtad, ella de que me tomaba por esposo y me declaraba amo de todo su patrimonio.

3 «—El acuerdo —añadí— comenzará a tener vigencia cuando lleguemos a Éfeso. Aquí, como te dije, tu puesto lo ocupará aún Leucipa.»

Se nos sirvió entonces una magnífica cena, con el título de banquete de bodas, aunque se había estipulado
4 que el cobro de sus beneficios quedaba en suspenso. Y recuerdo que en plena fiesta Mélite me dirigió una frase llena de humor, pues, como los asistentes colmasen de

253 Cf. este pasaje con las palabras de Clinias en I 9, 4.

bendiciones nuestros esponsales, inclinando la cabeza hacia mí y en voz baja dijo:

«—Soy la única en la que se da esta situación nunca vista y que es como lo que se hace con los muertos desaparecidos. Sí he visto un cenotafio, pero no un *cenogamio*[254].

Un chiste que, por supuesto, tenía su aspecto serio.

Al día siguiente hicimos los preparativos para la 15
partida. Y quiso el azar que incluso el viento nos invitase a zarpar. Menelao fue hasta el puerto y nos despidió afectuosamente, diciendo que en esta ocasión el mar nos traería mayor ventura. Luego se fue de vuelta, él que era un joven de gran nobleza y de la madera de los dioses, con los ojos llenos de lágrimas y haciéndonos llorar a todos nosotros. En cambio, Clinias 2
resolvió no dejarme, sino navegar conmigo hasta Éfeso y, pasando una temporada en esta ciudad, regresar a su casa si veía que me iban bien las cosas. Teníamos viento 3
de popa, y vino el atardecer y, tras cenar, nos fuimos a dormir. Mélite y yo disponíamos de un cabina particular levantada sobre la cubierta del barco. Y ella 4
entonces me abrazó y besó y me pidió que consumáramos la boda con estas palabras:

«—Ahora ya hemos salido de los lindes de Leucipa y hemos alcanzado los de nuestro pacto. Desde ahora entramos en las fechas acordadas. ¿Por qué debo esperar a llegar a Éfeso? Inciertos son los avatares del mar y nada seguros los tornadizos vientos. Créeme, 5
Clitofonte, estoy abrasándome: ¡ojalá pudiese mostrarte el fuego en que ardo! ¡Ojalá yo estuviese hecha de la misma naturaleza que el fuego normal del amor[255], para inflamarte con mis abrazos! Pero no es así y, a diferencia de los demás, este fuego mío sólo consume

---

[254] Término acuñado *ad hoc*, que se explica por la no consumación inmediata del matrimonio.

[255] Es decir, el amor recíproco entre dos personas.

su propia leña y en los abrazos de los enamorados les escatima a los que son abrazados su ardorosa ve-
6 hemencia. ¡Oh fuego de una misteriosa iniciación, fuego cuyas teas sólo arden en secreto, fuego que se niega a escapar de sus propios confines! ¡Iniciémonos, pues, amado mío, en los santos misterios de Afrodita!»

16 Pero yo repuse:

«—No me fuerces a faltar a la ley que obliga a respetar a los muertos. Aún no hemos franqueado los lindes de aquella desdichada, y no será así hasta que no hayamos puesto el pie en otra tierra. ¿No has oído que su cadáver yace en el mar? Todavía navego por la tumba de Leucipa. Quizás su espectro ronde al-
2 rededor del barco. Aseguran que las almas que han perecido en el agua no descienden en modo alguno al Hades, sino que andan errantes por aquí, en torno al agua, y así ella tal vez esté junto a nosotros cuando nos abrazamos. ¿Te parece que este sitio precisamente es apropiado para nuestra boda? ¿Una boda sobre las olas, una boda que el mar lleve a su capricho? ¿Quieres que el nuestro sea un lecho nupcial tan inestable?

3 »—Tú hablas como un sofista, querido —replicó ella—. Cualquier lugar es un buen lecho para los que están enamorados. No hay nada que sea inaccesible para el dios, y ¿acaso no se dan en el mar las condiciones más idóneas para Eros y los misterios de Afrodita?:
4 Afrodita es hija del mar. Seamos complacientes con la diosa de las bodas y honremos con nuestra unión a su madre[256]. Según lo veo yo, todo lo que aquí se da está lleno de símbolos de boda: ese yugo colgado sobre nuestras cabezas, esas ataduras en torno a la verga. ¡Todos son lindos presagios, dueño mío!: el lecho bajo
5 el yugo y las cuerdas enlazadas[257]. Es más, incluso el

[256] El mar (femenino, en el término griego). Referencia tópica al nacimiento de Afrodita de la espuma.

[257] El yugo es, sin duda, la cruz formada por el mástil y la

timón está cercano a nuestro lecho, señal de que la Fortuna es el timonel de nuestra unión. Formarán nuestro cortejo Posidón y el corro de las Nereidas, pues es en este mismo lugar donde también él toma por esposa a Anfitrite[258]. Y hasta se oye soplar con un silbido armonioso entre los cables: creo que estos tañidos de las flautas del viento entonan mi marcha nupcial. Y ves la curva que forma la vela, igual que un 6
vientre preñado: éste es también, a mi entender, un feliz augurio de que pronto serás padre de una criatura mía.»

En fin, vi que ella se volvía cada vez más apremiante 7
y le dije:

«—Seamos castos[259], mujer, hasta que toquemos tierra. Pues te juro por el propio mar y por la buena estrella de nuestra travesía que también yo estoy lleno de deseo. Pero el mar tiene sus leyes. He oído con 8
frecuencia decir a los marinos veteranos que los barcos deben estar limpios de tratos amorosos, quizás porque son sagrados, quizás para que nadie se entregue al placer en trance tan arriesgado. No cometamos ese sacrilegio con el mar, querida mía[260]. No hagamos que nuestra boda sea una unión con el temor. Reservemos para nosotros mismos limpio nuestro placer.»

---

verga. En cuanto a los cables como símbolo del lazo matrimonial, no requieren explicación alguna.

[258] Una de las Nereidas, raptada por Posidón y desposada con éste. En el original, «toma por esposa» es realmente presente, de acuerdo con la normal intemporalidad de los mitos.

[259] Traducción preferible con mucho a las usuales («sigamos con tales argumentos», «sigamos filosofando», etc.) y más acorde con el contexto.

[260] Sin duda debían de existir tabúes tales y otros semejantes en las naves. Basta comparar PETRONIO, *Satiricón* 104 s., con el incidente del corte de pelo a bordo, y la mención de la «Tutela nauis» o divinidad protectora del barco.

Así le dije y a fuerza de besos la calmé y la per-
suadí. Y nos echamos a dormir ya sin más para el resto
de la noche.
17 Al cabo de cinco días seguidos de navegación arri-
bamos a Éfeso. Su casa era espaciosa y la principal de
la población, numeroso el servicio y de mucho lujo el
2 mobiliario. Mélite dispone que preparen una cena con
la mayor suntuosidad. «Y nosotros —me dice a mí—
iremos entretanto a ver la finca.»
Distaba ésta de la ciudad cuatro estadios [261]. Toma-
3 mos asiento en un carro y partimos. Y, tan pronto
como estuvimos allí, nos pusimos a pasear por la ar-
boleda del parque y de repente se arroja a abrazarse
a nuestras rodillas una mujer con las piernas sujetas
por gruesos grilletes, una azada en la mano, la cabeza
rapada, el cuerpo cubierto de suciedad y un mísero
vestido arremangado.
«—¡Ten piedad de mí —exclama—, señora, tú, una
mujer, de otra mujer, libre, según nací, pero ahora
sierva [262], porque así lo ha querido la Fortuna!»
4 Y ya no dijo más. Y Mélite entonces le habló así:
«—¡Levántate, mujer, y dime quién eres y tu lugar
de procedencia, y quién te ha metido en esos hierros.
Pues incluso en el infortunio tu belleza proclama tu
buena cuna.
»—Tu administrador —respondió—, porque no me
5 presté al servicio de su lecho. Mi nombre es Lacena [263]
y soy tesalia de nacimiento. Traigo ante ti esta muestra
de mi sino para que veas en ella un signo de súplica.

---

261 Alrededor de 700 ms.

262 Texto rítmico, probablemente una cita tomada de una tragedia desconocida, aunque por supuesto recuerda Sófocles, *Áyax* 487 y 489.

263 Es decir, «Laconia». Era corriente que los esclavos tuviesen como nombre propio el del gentilicio de su lugar de origen, aunque, en este caso al menos, erróneamente.

Libérame de mi presente calamidad y garantiza mi seguridad hasta que te pague las dos mil piezas [264], que es la cantidad por la que Sóstenes [265] me compró a los
piratas. Te las traeré lo antes posible, no lo dudes, y 6
si no, seré tu sierva. Ya ves cómo me ha lacerado a fuerza de golpes.»

Abre al mismo tiempo su vestido y nos enseña su espalda, tan cubierta de marcas que daba aún más
compasión de ella. Yo, al oír sus palabras, me sentí 7
turbado, ya que tenía la impresión de que en aquella esclava había algo que recordaba a Leucipa. Y Mélite le dijo:

«—¡Ánimo, mujer! Te libraremos de esta situación y te enviaremos sin rescate alguno a tu casa. ¡Que digan a Sóstenes que venga a vernos!»

Ella, así, se vio al punto libre de sus grilletes, y al 8
administrador, que se presentó todo alterado, le habló Mélite de este modo:

«—¡Mala persona!, ¿a cuál, aunque sea el más vil de nuestros criados, has maltratado de ese modo alguna vez delante de mí? ¿Quién es esta mujer? ¡Dilo sin pretender engañarme!

«—No lo sé, señora —contestó—. Sólo sé que un 9
mercader llamado Calístenes me la vendió, alegando habérsela comprado a unos piratas, pero añadiendo que era libre. Y que el mercader la llamaba Lacena.»

Mélite le quitó la administración que tenía a su 10
cargo y a la mujer la puso en manos de sus criadas con la orden de bañarla, vestirla de limpio y llevarla a la ciudad. Y luego de arreglar algunos asuntos en relación con sus fincas, que eran el motivo de su presencia allí, y subiendo al carro conmigo, volvimos a la población y nos pusimos a cenar.

---

264 Cf. n. 162 a la traducción de Longo.

265 El citado administrador.

18 En medio de la comida Sátiro con cara preocupada
me hace una señal con la cabeza para que me levante
y vaya a su encuentro. Entonces con el pretexto de una
necesidad del vientre me levanto y, cuando llego a su
lado, no me dice ni una palabra, sino que me alarga
2 una carta. Y al cogerla, antes de llegar a leerla, quedé
súbitamente trastornado, pues reconocí la letra de Leu-
cipa. El texto decía lo siguiente:

3 «De Leucipa a Clitofonte, mi señor: éste es el título
que debo darte, puesto que eres el esposo de mi ama.
Sabes cuánto he sufrido por tu causa, pero ahora se
4 impone recordártelo. Por ti abandoné a mi madre y
elegí una vida errante. Por ti me he visto en un naufra-
gio y en poder de piratas. Por ti he sido víctima en un
sacrificio y ofrenda expiatoria y ya son dos las muer-
tes por las que he pasado. Por ti he sido vendida y
trabada con grillos de hierro, he cargado con una azada,
he cavado la tierra y he padecido el látigo. ¿Y todo
para que también yo sea para otro hombre cualquiera
lo que tú eres para otra mujer? ¡Ojalá no suceda!
5 Pero yo he resistido en medio de tan grandes pruebas
y en cambio tú, sin que te hayan vendido ni azotado,
tú te casas. Pues bien, si me guardas alguna gratitud
por lo que he soportado por tu causa, pídele a tu es-
posa que me deje marchar tal como prometió. Y las
dos mil piezas que Sóstrato pagó por mí, confía en mí
y sé fiador ante Mélite como garantía de que se las
6 enviaré, pues Bizancio está cerca de aquí. E incluso
si has de abonarlas tú, considera que me las das de
paga por las penalidades que por ti he sobrellevado.
Que sigas bien y obtengas provecho de tu nueva boda.
Yo, cuando te escribo estas líneas, aún soy virgen.»

19 Ante estas palabras experimenté a la vez toda clase
de emociones: me sentía arder, me puse lívido, estaba
asombrado, lleno de incredulidad, de júbilo y de pesa-
2 dumbre. Y le digo entonces a Sátiro:

«—¿Es que has venido del otro mundo a traerme esta carta o qué es lo que significa esto? ¿Ha vuelto Leucipa a la vida?

»—¡Claro que sí!, me respondió, y es la que viste en la finca. Entonces, por supuesto, ningún otro que la hubiese visto la habría reconocido, tal era su aspecto de muchacho. Bastó con que le cortaran el pelo para producir tal cambio.

»—¿Y te estás ahí parado con tan espléndida noticia 3
y alegrándome sólo los oídos, y no les muestras a mis
ojos, igualmente, esa felicidad?

»—¡Contente[266], si no quieres hundirnos a todos,
hasta que hallemos a esto una solución que nos dé
mayor seguridad! Tienes ante la vista a una mujer 4
principal de Éfeso que está loca por ti y, frente a ella,
a nosotros sin ayuda de nadie, cogidos en medio de
sus redes.

»—¡Pero soy incapaz —repuse—, pues por todas las
vías de mi cuerpo me invade la alegría! ¡Mira los re- 5
proches que me dirige en su carta!»

Y al mismo tiempo volvía a pasar la mirada por el texto y, como si la viese a ella a través de la carta, a cada frase que leía le iba diciendo: «Tienes razón en tus quejas, amada mía. Todo lo has sufrido por mi causa. Yo tengo la culpa de tus muchas calamidades.»

Cuando llegué a la parte del látigo y a las duras 6
pruebas a que Sóstenes la había sometido, lloraba como
si la estuviera viendo sufrirlas. Pues el pensamiento,
dirigiendo los ojos del alma hacia las noticias que
traía la carta, me mostraba lo que iba viendo como
escenas reales. Y me cubrí de rubor con su censura de
mi matrimonio, como si fuese un adúltero sorprendido
en flagrante: hasta tal punto llegaba la vergüenza que
sentía ante su carta.

266 Seguimos el texto adoptado por VILBORG en su *Commentary*.

20 «—¡Ay de mí!, ¿cómo voy a justificarme, Sátiro? —le dije a éste—: mi delito está probado, Leucipa ha firmado mi sentencia y tal vez hasta me odia. Pero dime: ¿cómo pudo salvarse? ¿Y de quién era el cadáver que enterramos?

»—Ella te lo contará en su momento. Pero, por ahora —me indicó Sátiro—, debes contestar a su carta
2 y tratar de congraciarte a la joven. Yo, incluso, le he jurado que te casaste con la otra a pesar tuyo.

»—¿Le dijiste que me he casado? ¡Me has hundido!

»—¡Qué tontería!: ¿no conoce la ciudad entera tu boda?

»—Pero, Sátiro, ¡no me he casado, por Heracles y por mi buena suerte presente!

3 »—Tú bromeas, buen amigo: duermes con ella.

»—Sé que digo algo increíble, pero nuestra unión aún no está consumada. Clitofonte ha conservado hasta el día de hoy su pureza en lo que a Mélite respecta.
4 ¡Ea!, dime: ¿qué he de escribirle? La verdad es que lo sucedido me ha dejado tan pasmado que no sé dónde estoy.

»—No tengo yo la cabeza más clara que tú —repuso Sátiro—. Pero el propio Amor te dictará. ¡Con tal de que te des prisa!»

Comencé, pues, a escribir:

5 «Salud, Leucipa, dueña mía. Soy desdichado en medio de mi dicha, porque, aunque estemos uno al lado del otro, a través de tu carta te veo muy lejos de mí. Ahora bien, si esperas a oír la verdad sin sentenciarme antes de hacerlo, sabrás que te he emulado en conservar la virginidad, si es que también existe la virginidad en los varones [267]. Pero si ya me odias, sin darme el derecho a defenderme, te juro por los dioses que te han salvado que justificaré mis actos ante ti en muy

[267] Cf. después, VIII 5, 7.

breve plazo. Que sigas bien, amada mía, y que seas benévola conmigo.»

Le entrego entonces la carta a Sátiro y le ruego 21
que le hable sobre mí de modo favorable. Y vuelvo de nuevo al banquete, lleno a la vez de gozo y de dolor, ya que sabía que Mélite no dejaría pasar esa noche sin que consumara nuestra unión. Mas yo era incapaz, ahora que había recuperado a Leucipa, incluso de mirar
a otra mujer. No obstante, obligué a mi cara a no tener 2
otra expresión que la que antes tenía, pero no podía controlarme enteramente y, viéndome vencido, puse como pretexto que sentía escalofríos. Mas ella comprendió que era un subterfugio para no cumplir mi
promesa, aunque no podía probarlo. Me levanté en- 3
tonces sin haber cenado para acostarme y Mélite, según estaba a mitad de su cena, se pone también de pie rápidamente. Yo, al llegar a la alcoba, extremé aún más mi papel de enfermo, pero ella me importunaba diciéndome:

«—¿Por qué haces esto? ¿Hasta cuándo vas a estar destrozándome el alma? Ya ves que hemos terminado la travesía, ves que estamos en Éfeso, donde vence el
acuerdo con que nos casamos. ¿Qué fecha habremos de 4
esperar aún? ¿Hasta cuándo dormiremos los dos como en un santuario? Me pones a la orilla de un río caudaloso y no me dejas beber. Con el agua a mi alcance tanto tiempo, y sigo sedienta, a pesar de dormir en el propio manantial. Mi lecho es como la comida de Tántalo.»

Esto decía mientras lloraba, con su cabeza sobre 5
mi pecho, de un modo tan lastimoso que no pude menos de compartir su dolor. Y estaba todo confuso y
pensaba que sus quejas eran justas. Y le digo entonces: 6

«—Te juro, querida mía, por los dioses de mis padres, que también yo estoy ansioso por responder a tu
pasión. Pero no sé qué es lo que me pasa. Pues me he 7

puesto repentinamente enfermo y tú sabes que si no hay salud, Afrodita no cuenta.»

Y mientras lo decía enjugaba sus lágrimas y trataba de convencerla con otros juramentos de que lograría sus deseos sin tardanza. Y así al fin, aunque a duras penas, se dominó.

22 Al día siguiente, Mélite llamó a las sirvientas a cuyos cuidados había encomendado a Leucipa y les preguntó, lo primero de todo, si la habían atendido como debían. Como le contestaron que no habían descuidado nada de lo que se les encargó, mandó que la trajeran
2 ante ella. Y a su llegada le habló así:

«—De la amabilidad con que te he tratado está de más hablarte, ya que estás enterada. Tú te lo mereces [268]. Pero devuélveme ese favor con otro equivalente, si está en tu mano hacerlo. He oído decir que vosotras las tesalias [269] embrujáis a los hombres de los que estáis enamoradas hasta el punto de que ya no sienten inclinación alguna hacia otra mujer y, en cambio, miran a la que los embrujó con tales ojos como si consideraran que no existe nada para ellos en el mundo excepto ella.
3 Yo me abraso, querida: proporcióname ese remedio. ¿Viste al joven que ayer paseaba conmigo?

»—¿Te refieres a tu esposo? —replicó Leucipa con inquina—. Pues eso es lo que he oído decir a los de la casa.

»—¿Qué esposo?, exclamó Mélite: ¡no tengo más
4 relación con él que con una piedra! ¡Una muerta me quita su estimación, de modo que ni en la mesa ni en el lecho puede olvidarse del nombre de Leucipa, que

---

268 Seguimos la propuesta de Jacobs, aceptada por Vilborg como única razonable hasta ahora para un texto sin otra solución aparente.

269 Tesalia era considerada una región de brujas (cf. las alusiones en Horacio, *Ep.* V 21 y 45, y, sobre todo, en las *Metamorfosis* de Apuleyo).

es como la llama! Y yo, amiga mía, me he pasado cuatro meses por causa de él en Alejandría, rogándole, insistiendo, haciéndole promesas: ¿qué es lo que no habré dicho y qué es lo que no habré hecho de todo lo
que podía complacerlo? Pero él era un hierro o un leño 5
o cualquier materia insensible ante mis requerimientos. Y sólo al cabo del tiempo y muy trabajosamente se dejó convencer. Pero cedió con la condición de solamente vernos, y así puedo jurarte por la propia Afrodita que ya es el quinto día que, a pesar de dormir con él, me levanto de la cama como del lado de un eunuco. Parece como si amase a una estatua, pues disfruto de
mi amado sólo con los ojos. Tal como ayer tú viniste 6
a suplicarme, soy una mujer que se dirige a ti, otra mujer: dame algún remedio para ese hombre desdeñoso y salvarás mi alma, que tengo ya consumida.»

Al escucharla, a Leucipa la llenó de alegría el que 7
entre aquella mujer y yo no hubiese ocurrido nada. Y tras asegurarle que, si se le daba permiso, buscaría plantas por los campos, se marchó. Juzgaba que, si no se prestaba a ello, no la creerían, razón por la que, a
mi entender, se comprometió a hacerlo. Y, por su parte, 8
Mélite se quedó más tranquila, aunque sólo fuese por las esperanzas que había concebido, pues los buenos resultados, aun sin cumplirse, llenan de placer con la mera espectativa de lograrlos.

Pero yo, que nada sabía de todo esto, andaba desco- 23
razonado, mientras reflexionaba en cómo podría librarme de la mujer también la noche siguiente y en cómo
encontrar a Leucipa. Mi impresión era que ésta tenía 2
igual empeño por marcharse al campo con el encargo de Mélite y regresar al atardecer, por lo que el ama debía proporcionarle un carro [270].

---

270 Este pasaje ha sido muy discutido. Unos han creído hallar una solución señalando lagunas en el texto, otros aceptando que la letra es, a pesar de su precariedad, suficientemente explí-

3 Por nuestra parte, nos llegó la hora de tomar las bebidas y acabábamos de tomar asiento cuando se escucharon en el departamento de los hombres un gran alboroto y unas carreras y entra presuroso uno de los criados, que nos dice falto de aliento: «¡Tersandro vive y está aquí»

4 Era el tal Tersandro el esposo de Mélite, que ella daba por muerto en el mar. El caso era que algunos sirvientes, que estaban con él cuando el barco volcó y que se salvaron y supusieron que había perecido, habían traído esa noticia.

Y estaba el criado aún con la palabra en la boca cuando entra Tersandro a todo correr. Se había enterado por el camino de mi papel en aquel asunto y sus
5 prisas obedecían al deseo de sorprenderme. Mélite se puso de pie precipitadamente, perpleja por hecho tan inesperado, y trató de abrazar a su marido. Pero él, sin más, la rechazó brutalmente y poniendo en mí sus ojos y gritando: «¡Ése es el amante!», da un salto y me alcanza en la sien con un golpe furibundo. Y arrastrándome por el pelo me tira al suelo y cayendo sobre mí
6 sigue lanzándome una lluvia de puñetazos. Yo, como si asistiera a las ceremonias de un misterio, no tenía idea ni de quién era aquel hombre ni de por qué me aporreaba, pero con la sospecha de que se trataba de algo malo no me atrevía a defenderme, aunque hubiese po-
7 dido. Cuando nos cansamos, él de golpearme y yo de mi

cita si se adopta alguna mínima corrección y se interpreta de modo adecuado: Leucipa apresura su ida al campo, por lo que pide un carro que debe proporcionarle su ama, para volver antes de la noche con la intención de poder encontrarse a tiempo con Clitofonte, tal como éste mismo desea. No obstante, no puede menos de chocar la contradicción entre la ignorancia previa de éste (cf., además, la explicación de Mélite en 26, 12) y su impresión inmediatamente posterior, que implica un conocimiento de lo sucedido.

pasividad, me levanto y le pregunto: «¿Quién eres y por qué me has maltratado de este modo?»

Pero él, aún más encolerizado porque le hubiese dirigido la palabra, vuelve a golpearme y reclama cuerdas y grilletes. En fin, que me ataron y me metieron en un cuarto.

Durante este episodio no me di cuenta de que se 24
me había deslizado la misiva de Leucipa, que tenía sujeta por dentro de la túnica en el ribete de la tela. Y Mélite, sin que la vieran, la recogió, ya que temía que fuese alguna de las que ella me había escrito.
Pero, al leerla cuando estuvo a solas y descubrir el 2
nombre de Leucipa y reconocerlo, el corazón le latió más de prisa. Por supuesto que no se le ocurría que ella estuviese viva, después de oír tantas veces que había perecido.
Pero, prosiguiendo la lectura del resto del 3
escrito, supo toda la verdad y su alma fue presa a la vez de diferentes emociones: vergüenza, cólera, amor y celos. Sentía vergüenza ante su marido y cólera por la carta; su amor amortiguaba su cólera, sus celos reavivaban el fuego de su amor y, por último, fue el amor el que obtuvo la victoria.

Ya atardecía y Tersandro, tras su primer arrebato 25
de furia, corrió a casa de un amigo que vivía en la vecindad. Y ella, luego de hablar con el que tenía a su cargo mi vigilancia, entró a verme sin que los demás la viesen y puso a dos criados ante la entrada del aposento.
Me encuentra tirado en el suelo y, acercándose, quiso 2
exteriorizar a la vez todo lo que pensaba, si bien su rostro ya expresaba cuanto deseaba decirme: «¡Infortunada de mí, que puse en ti mis ojos para mi propio mal; que, para empezar, te he amado, con una pasión de loca, sin resultado alguno; que, a pesar de ser odiada, quiero al que me odia; que, a pesar de que me afligen, me apiado del que me aflige, y sin que la afrenta ponga
fin a mi pasión! ¡Qué pareja de brujos, hombre y 3

mujer, unidos contra mí! ¡El uno, que ha estado tanto tiempo mofándose de mí, y la otra, que se va para traerme un filtro de amor! ¡Y yo, desventurada, sin saber que les pedía a mis peores enemigos una poción para mi propia ruina!»

4 Al mismo tiempo me arrojó la carta de Leucipa. Yo, viéndola y reconociéndola, me estremecí y bajé la vista, como cogido en falta. Y ella retornó a su melodrama: «¡Pobre de mí, qué desdicha! Hasta he perdido a mi esposo por tu culpa y tampoco podría poseerte en adelante, aunque fuese sólo con la vista, puesto que lo que
5 ha estado en ti darme no ha pasado de ahí. Sé que mi marido me detesta y me acusa de adulterio por tu causa, ¡de un adulterio sin fruto, de un adulterio ajeno al placer de Afrodita, y del que por toda ganancia sólo he sacado injurias! Las demás mujeres tienen como recompensa de su deshonra la satisfacción de sus deseos, pero mi producto, desgraciada, ha sido el des-
6 honor, sin el menor lugar para el placer. ¡Hombre desleal y bárbaro!, ¿ha llegado tu osadía al extremo de dejar que se consumiese una mujer que de tal modo te amaba, y, para colmo, cuando tú eras también esclavo de Amor? ¿No tuviste miedo de las consecuencias de la cólera del dios? ¿No has sentido temor de su fuego? ¿Ni respeto ante sus ritos secretos? ¿No te quebrantaron las lágrimas que mis ojos derramaban?
7 ¡Ser más feroz que los propios piratas, pues hasta un pirata respeta las lágrimas! ¿Nada hubo capaz de provocarte a que consumaras ni una sola vez el acto de Afrodita, ni mis súplicas ni el paso del tiempo ni los abrazos de nuestros cuerpos, sino que, lo que ha sido el mayor de todos los ultrajes, después de los abrazos y los besos te levantabas igual que si hubieras sido otra mujer?
8 ¿Fue eso ni la sombra de una boda? Y no era que durmieses con una vieja ni con una que rehuyese tus abrazos, sino con una mujer joven, enamorada y, aunque

me está mal el decirlo, hermosa. ¡Castrado, marica, denigrador de la belleza! [271]. Mi maldición es la más justa: ¡que Eros te pague con la misma moneda [272] en tus amores!»

Y no cesaba de llorar mientras hablaba.

Como yo me mantenía silencioso y sin levantar la 26
cabeza, al cabo de un momento volvió a dirigirse a mí, pero en un tono muy distinto: «Lo que te he dicho, amado mío, me lo dictaban la cólera y el dolor. Pero lo que voy a decirte ahora me lo dicta el amor. Aunque me dominen estos arrebatos, sigo abrasándome; aunque reciba afrentas, sigo amando. Haz las paces conmigo ahora, apiádate de mí. Ya no te pido días sin cuen- 2
to ni una boda duradera, con que, pobre de mí, llegué a soñar cuando soñaba contigo. Con un único abrazo me doy por satisfecha. Para tan grave enfermedad es un remedio bien pequeño el que te solicito. Apaga una mínima parte de este fuego. Si me he desahogado insolentemente contra ti, perdóname, querido. Cuando amor 3
es desdichado, pierde el juicio. Sé que falto a todas las conveniencias, pero no me avergüenzo de revelar los secretos del rito de Eros: es con un iniciado con quien hablo. Tú sabes por qué prueba estoy pasando. Para el resto de la gente los dardos del dios son invisibles y nadie sería capaz de mostrar sus flechazos: sólo los que aman reconocen las heridas de sus iguales. Dispon- 4
go únicamente del día de hoy. Te ruego que cumplas tu promesa. Acuérdate de Isis, respeta los juramentos que allí pronunciaste. Pues, si tú hubieras querido vivir a mi lado, tal como juraste, no me hubieran impor-

271 A pesar de que es muy difícil dar el matiz del original (entre aojador y maledicente), ésta es una versión que nos parece razonable. Gaselee cree ver aquí una alusión a la magia como causante de la impotencia sexual, lo que no es muy verosímil en cambio.

272 Del mismo modo que me has tratado a mí, evidentemente.

tado ni diez mil Tersandros. Pero una vez que, por
haber encontrado a Leucipa, no puedes casarte con nin-
guna otra mujer, no tengo nada que oponerte en ese
punto y lo hago gustosa. Sé que he sido derrotada. No
reclamo más de lo que puedo obtener, ya que las más
inauditas circunstancias se alzan contra mí y hasta los
5 muertos resucitan. ¡Oh mar, que me salvaste cuando
por ti navegaba, pero al salvarme me acarreaste mayor
ruina enviando dos muertos a hostigarme! No bastaba
con Leucipa (¡que viva, para que ya no pene Clitofon-
te!); ¡ahora también se nos presenta ese salvaje de
6 Tersandro! He visto cómo te pegaba e, infeliz de mí,
no he podido socorrerte; sobre este rostro han llovido
los golpes, ¡oh dioses!: ciego estaba Tersandro, en mi
7 opinión. Pero te lo suplico, Clitofonte, dueño mío (eres
el dueño de mi alma): entrégate a mí hoy por vez
primera y última. Este breve plazo será igual que un sin
fin de días para mí. Si así lo haces, ¡ojalá que ya jamás
pierdas a Leucipa!; si así lo haces, ¡ojalá que ya no
8 muera nunca, ni aun ficticiamente![273]. No desdeñes
mi amor, que ha sido causa de tu mayor felicidad:
te ha devuelto a Leucipa, ya que si yo no me hubiese
prendado de ti y si no te hubiese traído a este lugar,
9 Leucipa estaría muerta aún para ti. Existen, Clito-
fonte, tales regalos de la Fortuna. Quienes descubren
un tesoro, honran el sitio del hallazgo, levantan un
altar, ofrendan sacrificios, depositan guirnaldas en el
suelo. Y tú, que has descubierto un tesoro de amor a
10 mi lado, desprecias el beneficio que te he hecho. Ima-
gínate que Eros te habla por mi boca: 'Concédeme este
favor, Clitofonte, a mí que he sido tu guía en mis miste-
rios. No te vayas dejando a Mélite sin iniciar: también
su fuego es mi fuego'. Y escucha cómo mi interés

[273] Mélite piensa en las dos muertes aparentes de Leucipa que ya han sido narradas.

por ti se extiende, igualmente, a las demás cuestiones
que te atañen: se te librará muy pronto de tus liga- 11
duras, por más que Tersandro no lo apruebe, y encon-
trarás albergue por tantos días como desees en casa
de mi hermano de leche[274]. Por la mañana espera la
llegada de Leucipa, pues dijo que pasaría la noche en 12
el campo para recoger hierbas a la luz de la luna[275].
Así se burlaba de mí que, en la creencia de que era una
tesalia, le había pedido un remedio para emplearlo
contigo. ¿A qué otros medios podía ya recurrir en mi
fracaso, sino a hierbas y drogas?: tal es el refugio de
los que son desgraciados en amores. En cuanto a Ter- 13
sandro (para que también por lo que a él respecta estés
tranquilo), ha salido disparado en busca de un amigo
suyo, marchándoseme de casa encolerizado. Creo que
algún dios lo ha alejado de aquí a fin de que pueda yo
obtener de ti este postrer favor. ¡Vamos, entrégate a
mí!»

Tras estos sabios razonamientos (Amor es, asimis- 27
mo, maestro de elocuencia)[276], desató mis ligaduras, me
besó las manos, las puso sobre sus ojos y su corazón y
dijo: «Ves cómo salta y qué deprisa palpita lleno de
ansiedad y de esperanza: ¡que sea también de placer!
Parece que con sus saltos te suplica.»

En fin, tan pronto como me desató y me abrazó en- 2
tre lágrimas, experimenté un sentimiento de lástima
hacia ella y tuve de verdad miedo de que el dios Amor
me guardara rencor. Por lo demás, estaba el hecho de
haber recobrado a Leucipa, de que después de este epi-
sodio iba a verme libre de Mélite, y de que lo que hicié-

---

274 Mencionado, de nuevo, en VII 6, 6.

275 Lo que está en desacuerdo con 23, 2 (cf. n. 270). Sobre la eficacia suplementaria de las actividades mágicas realizadas a la luz de la luna, cf., por ejemplo, Teócrito, II 10 s., y sobre todo Horacio, *Sát.* I 8, 21 s.

276 Cf. Longo, IV 18, 1.

semos no era ya una boda, sino una medicina para un
3 alma enferma. Y así me resigné a que me rodease con sus brazos y no puse reparos a sus abrazos. Y ocurrió cuanto Eros quiso que ocurriera, sin que precisáramos ni de cama ni de ningún otro pertrecho habitual en el
4 rito de Afrodita. Amor es maestro de sí mismo y sagaz improvisador que cualquier lugar convierte en santuario de su culto secreto. En el trance de Afrodita lo más elemental sabe mejor que lo más elaborado, pues él mismo es su fuente de placer.

LIBRO SEXTO

Después de haber sanado a Mélite, le digo: 1
«—Ahora tienes que asegurar mi fuga y todo lo demás que se refiere a Leucipa, como me prometiste.

»—No te preocupes —contestó— de lo que a Leucipa respecta: hazte la cuenta de que ya es tuya. En cuanto a ti, vístete con mis ropas y oculta tu rostro con mi manto. Melanto te guiará hasta la puerta y allí te 2
aguardará un muchacho, al que he encargado que te lleve a la casa en que encontrarás a Clinias y Sátiro y donde se te reunirá Leucipa.»

Mientras me explicaba estos detalles, me fue vistien- 3
do con su ropa entre beso y beso, y añadió: «¡Estás mucho más guapo vestido así! Te pareces a un Aquiles que vi una vez en un cuadro[277]. ¡Ojalá no te ocurra nada, querido mío! Conserva este ropaje como recuerdo y déjame el tuyo para ponérmelo y sentirme entre tus brazos.»

Me entrega cien piezas de oro y llama a Melanto, 4
que era una de sus sirvientas más leales y había estado de guardia en la puerta. Cuando ésta entra, le explica el acuerdo tomado sobre mí y le ordena que vuelva a su lado en cuanto yo salga a la calle.

---

[277] Una referencia al célebre episodio en que Aquiles fue disfrazado de mujer por su madre para que no tuviera que ir a la guerra de Troya.

2 Éste fue el modo como me escapé de allí. El que vigilaba el aposento me dejó pasar ante un gesto de Melanto, creyendo que se trataba de su ama. A través de estancias desiertas llegué a una puerta excusada[278], donde se hizo cargo de mí el que había recibido esta
2 misión de Mélite. Era un liberto que nos había acompañado en la travesía y con el que, además, había trabado amistad. Y Melanto a su regreso encuentra al guardián, que acababa de echar la llave del cuarto, y le
3 manda volver a abrir. Una vez que le abrió y ella se reunió con Mélite y le anunció que yo había salido de la casa, llama al centinela. Él, como es lógico, al ver un espectáculo que en modo alguno se esperaba y que iba bien con el refrán de *la cierva en vez de la doncella*[279],
4 se quedó estupefacto y sin decir palabra. Entonces Mélite le habla así:

«—He recurrido a esta artimaña no porque no me fiara de que estuvieras dispuesto a dejar escapar a Clitofonte, sino para que, como sin haber tomado parte en esta intriga, estés libre de culpa ante Tersandro.
5 Estas diez monedas de oro son un regalo que te hace Clitofonte: un regalo, en caso de que sigas aquí. Pero si crees que es preferible que huyas, tenlas para el viaje.»

Y Pasión (que así se llamaba el guardián) le contestó:

«—Señora, *la solución que te parezca buena a ti, la doy por buena también yo*[280].»

6 Mélite entonces decidió que por un tiempo se marchara de allí y que, cuando se arreglase su relación con

---

[278] Expresión con frecuencia mal entendida por los traductores.

[279] Dicho relacionado usualmente con el sacrificio de Ifigenia: Ártemis, según una versión, habría sustituido a la joven por una cierva sobre el propio altar donde aquélla iba a ser inmolada.

[280] Probablemente, otra cita rítmica de alguna obra teatral desconocida.

su marido y se apaciguara la cólera de éste, regresara. Y esto fue lo que hizo.

Pero, como ya era habitual en ella, la Fortuna otra 3
vez me fue hostil y tramó contra mí una nueva empresa. El caso fue que trajo a Tersandro a mi presencia cuando éste pasaba. Pues el amigo, a cuya casa se había dirigido, lo convenció para que no durmiese fuera de la suya, y así, una vez que hubo cenado, volvía a ella. Era 2
la fiesta mensual de Ártemis y todo estaba lleno de borrachos, de manera que una muchedumbre ocupaba toda la plaza a lo largo de la noche entera. Yo creía que éste era el único peligro, sin saber que otro mucho peor se fraguaba para mi perdición. Sóstenes, el que 3
había comprado a Leucipa y al que Mélite ordenó dejar la administración de su finca, enterado de que su amo había llegado se abstuvo ya de abandonar su cargo en el campo y decidió vengarse de Mélite. En primer lugar 4
se adelantó a denunciarme a Tersandro (ya que fue él el delator) y luego le habló también de Leucipa, con una historia muy convincente que se inventó. Como él mismo no había logrado su propósito de conseguirla, se convierte en alcahuete de su amo con el fin de alejarlo de Mélite: «Te he comprado, amo, una joven que más que hermosa es un prodigio increíble de hermosura: ¡ojalá lo creyeses con sólo oírmelo decir, como si la 5
hubieses visto! La he guardado para ti, pues precisamente me llegó la noticia de que estabas con vida y confié en que fuese verdad lo que era mi deseo. Pero no lo revelé, para que cogieses en flagrante al ama y no se mofase de ti un amante indigno y extranjero. Mas el ama me quitó ayer a la muchacha e iba a man- 6
darla lejos de aquí, pero la suerte te la ha preservado, de modo que pueda ser tuya tanta belleza. Ahora está en la finca, aunque no sé la razón por la que el ama la ha enviado allá. Pues bien, antes de que ella vuelva

aquí, si lo deseas, te la guardaré bajo llave, para que esté a tu disposición.»

4 Tersandro dio por buena su idea y le ordenó hacer
lo que le proponía. Sóstenes parte a toda prisa para
la finca y, tras observar la cabaña donde Leucipa iba a
pasar la noche, toma a dos de los braceros y les manda
llevarse con un engaño a las criadas que acompañaban
a Leucipa, llamándolas y entreteniéndolas conversando
2 lo más lejos posible. Y con otros dos, en cuanto vio a
Leucipa sola, se lanza sobre ella, le tapa la boca y la
rapta dirigiéndose por un camino opuesto al que ha-
bían seguido las sirvientas. La conduce a un cuarto
secreto y la deja allí diciéndole: «Vengo a traerte un
buen montón de bienes: que a cambio, cuando seas di-
3 chosa, no te olvides de mí. No te asustes de este rapto
ni creas que es para tu mal, ya que es el medio para
que mi amo se enamore de ti.»

Leucipa, perpleja ante desgracia tan inesperada,
guardó silencio. Y él va en busca de Tersandro y le
cuenta lo ocurrido. Y fue éste el momento en que Ter-
4 sandro volvía a su casa. Como Sóstenes le había ya
revelado el asunto de Leucipa y le exaltaba teatral-
mente su hermosura, sus palabras, como si fueran una
bella visión, le habían llenado el alma. Bajo el efecto
natural de la belleza [281], en medio de una fiesta nocturna
y a sólo cuatro estadios de distancia de la finca, terminó
por mandarle que lo guiase y ya estaba a punto de em-
prender la marcha hacia donde ella se encontraba.

5 Entretanto yo seguía vestido con la ropa de Mélite
y, sin advertirlo, me tropiezo cara a cara con ellos. El
primero en reconocerme fue Sóstenes, que gritó: «¡Ahí
está el amante, que viene hacia nosotros con aire de
bacante y después de haber saqueado a tu mujer! [282].»

281 Traducción conjetural de una expresión seguramente corrupta.

282 Ambas expresiones se refieren al atuendo de Clitofonte.

El muchacho, que me precedía mostrándome el 2
camino y que los vio venir, se puso en fuga, sin tiempo
por el miedo para avisarme. A mí, en cuanto me ven,
me atrapan, y Tersandro se pone a dar gritos y acude
una multitud de gente de la velada. Entonces, Tersan- 3
dro se hizo aún más la víctima, llamándome a voces,
entre otras injurias indecibles, infame seductor y la-
drón [283]. Y me lleva a la cárcel y me hace detener
acusado de seducir a su esposa. Por lo que a mí res- 4
pecta, nada de todo esto me dolía, ni el agravio de
verme en la prisión ni el ultraje de las palabras que
había oído, pues estaba seguro de salir con bien pro-
bando no haber incurrido en adulterio por estar públi-
camente casado. Pero tenía miedo por Leucipa, ya que
aún era dudoso que la hubiese recobrado. Las almas 5
tienen el don natural de vaticinar calamidades, puesto
que cuando se trata de predecir los bienes no nos
acompaña, en absoluto, el éxito. En fin, que cuando
pensaba en Leucipa no imaginaba nada que no fuese
desastroso y todo me infundía recelos y temores. Tan
triste era el estado de mi espíritu.

Tersandro, una vez que me metió en la cárcel, se 6
lanzó con idéntica vehemencia en busca de Leucipa.
Nada más llegar al aposento la encuentra tirada en el
suelo, cavilando en las palabras que Sóstenes le dijo
y expresando en su rostro a la vez dolor y miedo. En 2
mi opinión, no es cierto lo que se dice de que el pensa-
miento es absolutamente invisible, pues se refleja con
toda exactitud en la cara como en un espejo. Con el
placer hace lucir en los ojos una imagen de alegría y
en el sufrimiento contrae el rostro, ofreciéndonos la vi-
sión del infortunio. Pues bien, cuando Leucipa oyó 3
abrirse la puerta y se encendió una lámpara allí den-

Quizás, para la primera, el autor tuviese en la memoria el disfraz de Penteo en las *Bacantes* de EURÍPIDES.

283 Más exactamente, «ladrón de ropa».

tro, levantó por un momento la cabeza para volver a
bajar los ojos. Y a Tersandro, que tuvo un atisbo tan
momentáneo de su belleza como un fugaz relámpago[284]
(pues la belleza tiene en los ojos su sede principal), se
le escapó el alma hacia ella y se detuvo encadenado por
aquella visión, a la espera de que por segunda vez
4 levantase sus ojos hacia él. Mas, como seguía con la
cabeza inclinada hacia el suelo, le dijo: «¿Por qué
bajas tu vista, mujer? ¿Por qué el venero de la hermosura de tus ojos fluye así hacia tierra? ¡Que fluya más
bien hacia los míos!»

7 Ella, al oírlo, se deshizo en lágrimas, unas lágrimas
que también poseían su propia belleza. Pues las lágrimas
realzan los ojos y los hacen destacar: si carecen de belleza y son vulgares, acrecientan su fealdad; pero si son
dulces y con la negra tonalidad de la pupila rodeada en
suave gradación por blanca aureola, al humedecerse
con las lágrimas se asemejan *al pletórico seno de una*
2 *fuente*[285]. Cuando las lágrimas salobres se derraman
todo alrededor, el blanco se dilata y brilla más y el negro toma el tono de la púrpura, y así el uno se hace
comparable a la violeta y el otro al narciso[286]. Y las
lágrimas nos muestran su sonrisa al rodar por dentro
3 de los ojos. Tales eran las lágrimas de Leucipa, triunfadoras de su misma pena y convirtiéndola en belleza.
Y si hubiesen podido al caer quedarse petrificadas, la

---

284 J. N. O'Sullivan (*Class. Quart.*, N. S., 27 [1977], 238 sig.) ha propuesto en este pasaje algunas correcciones que no nos parecen muy convincentes.

285 Nueva cita rítmica, de algún texto desconocido también probablemente.

286 Hemos procurado dejar la expresión tan ambigua como el original. No obstante y a pesar de las reservas de Vilborg y otros, se ha de sospechar que el autor, por un quiasmo no indicado, compara el blanco con el narciso y la pupila negra con la púrpura (cf. la descripción del narciso en I 15, 5).

tierra hubiera tenido una variedad nunca vista de
ámbar[287].

Tersandro, con sólo verla, quedó embobado ante su
hermosura, pero su dolor lo enajenó y sus ojos se le
inundaron de llanto. En quienes las ven, las lágrimas 4
son por naturaleza los mayores acicates de la piedad,
y en mayor grado aún las de las mujeres, en la medida
en que al ser más abundantes también su fascinación
es mayor. Y si, además, la que llora es hermosa y quien
la ve un enamorado, sus ojos tampoco quedan impasi-
bles, sino que imitan el llanto de la amada. Pues, dado 5
que la belleza se asienta en los ojos de las mujeres
bellas, fluye desde ellos hasta instalarse en los ojos de
los que la contemplan y arrastra consigo el manantial
de sus lágrimas. El enamorado, acogiendo a la una y a
las otras, arrebata la belleza hasta depositarla en su
alma y, en cambio, guarda las lágrimas en sus ojos, con
el deseo de que se repare en ellas, y, aun estando en su
mano el enjugarlas, se niega y las retiene en lo posible
con el temor de que se borren prematuramente. E 6
incluso contiene el movimiento de sus ojos, no sea
que vayan a caer demasiado pronto, antes de que la
prenda amada las vea. Pues entiende que éste es el
testimonio de su amor. Justo algo así le sucedía a
Tersandro. Lloraba para convertir su llanto en espectá- 7
culo, ya que si bien sentía cierta compasión, lo que era
natural, alardeaba en realidad ante Leucipa, como si su
llanto obedeciera a que ella también lloraba.

Se inclina entonces hacia Sóstenes y le dice estas 8
palabras: «De momento cuida de ella. Ya ves cómo
sufre, de modo que voy a retirarme, aun a mi pesar,
para no importunarla. Pero cuando esté más tranqui-

---

287 El origen de este símil hay que buscarlo en el mito de las Helíades (las hijas del Sol), cuyas lágrimas por la muerte de su hermano Faetonte dieron lugar al ámbar.

9 la, en ese momento hablaré con ella. Y tú, mujer, ten ánimo, pues pronto pondré remedio a tus lágrimas.»

Y, a continuación, de nuevo se dirigió a Sóstenes mientras salía: «Procura hablarle de mí como conviene. Y por la mañana, con el asunto bien encaminado, ven a verme.» Y luego de darle estas indicaciones se retiró.

8 Mientras estos acontecimientos tenían lugar, ocurrió que Mélite inmediatamente después de su encuentro conmigo envió a un muchacho a la finca a por Leucipa, para hacer que apresurara su regreso, puesto que
2 ya no precisaba aquel remedio. En cuanto él llegó al campo, encontró a las criadas que andaban en busca de Leucipa y estaban muy preocupadas. Al no aparecer ésta por parte alguna, corrió a llevarle la noticia del
3 suceso. Y, como le llegara la nueva de que yo había ido a parar a la prisión, y enterada luego de la desaparición de Leucipa, cayó sobre ella una nube de dolor.
4 Aunque no podía descubrir la verdad, sin embargo sospechaba de Sóstenes. Y, deseosa de arrojar luz por medio de Tersandro sobre el misterio que indagaba, imaginó una conversación habilidosa, con verdad e invención bien combinadas.

9 Y, así, cuando Tersandro nada más entrar en la casa se puso a gritar de nuevo:

«—Tú has hecho desaparecer a tu amante, lo has desatado y sacado de la casa! ¡Es obra tuya! ¿Por qué, pues, no te has ido con él? ¿Por qué sigues aquí? ¿No te irás tras tu querido a verlo atado con más firmes ligaduras?[288].»

Mélite le replicó:

---

[288] Vilborg entiende: «más firmes que las del amor». Sin embargo, cabe pensar en un sentido más prosaico: más firmes que las ligaduras que sujetaban a Clitofonte antes, en casa de Mélite, y de las que ésta lo libró.

«—¿De qué amante me hablas? ¿Qué es lo que te pasa? Si quieres oír toda la historia, deja esos arrebatos y te enterarás fácilmente de la verdad. Ahora bien, un solo ruego te hago: que seas conmigo un juez im- 2
parcial y que me escuches con tus oídos limpios de calumnias, tu corazón libre de cólera y con la razón como árbitro sin tacha. Ese mozo no ha sido ni mi amante ni mi esposo. Procede de Fenicia y no es inferior a ninguno de los tirios. También él tuvo una navegación infortunada y de toda su mercancía se adueñó el mar. Oí su desdicha y sentí lástima, me acordé de 3
ti y le di albergue en mi casa. Tal vez —me decía—, también Tersandro anda así sin rumbo por alguna parte. Tal vez alguna mujer también tendrá piedad de él. Y si de verdad ha perecido en el mar, según las noticias que me llegan, ¡daré a todos los náufragos la acogida que a él daría! ¿A cuántas otras víctimas de 4
naufragios no habré alimentado? ¿A cuántos muertos en el mar no habré dado sepultura, cuando he recogido restos de barcos zozobrados que han venido a parar a la costa, mientras me decía: Tal vez Tersandro navegaba en esta nave? Éste, pues, fue uno más de los sal- 5
vados del mar, el último de ellos. Al acogerlo, era a ti a quien favorecía. Él navegaba igual que tú: yo honraba en él, querido mío, la imagen de tu desventura. ¿Cómo fue, pues, que yo estaba aquí con él? La auténtica explicación es la siguiente: él estaba de duelo por su 6
esposa, sin saber que ella no había muerto. Alguien le trajo esta noticia, diciéndole que se encontraba con uno de nuestros administradores, y dio el nombre de Sóstenes. Y así era, pues llegamos y encontramos a la 7
mujer. Ésa es la razón de que me acompañara. Tienes a tu alcance a Sóstenes y la mujer está con él en la finca: averigua cada cosa que te he dicho. Si en algo te he mentido, soy culpable de adulterio.»

10 Ésta fue la historia que contó, simulando no estar
enterada de la desaparición de Leucipa y reservándose
por otra parte, por si Tersandro trataba de descubrir
la verdad, el hacer venir a las sirvientas con las que
Leucipa se había marchado, las cuales, si no aparecía
por la mañana, dirían (lo que era cierto) que la joven
2 no daba señales de vida en ningún sitio. De este modo
podía proseguir abiertamente sus pesquisas, así como
también presionar sobre Tersandro.

Pues bien, tras haber fingido de esta manera con un
discurso muy convincente, aún añadió esto otro: «Con-
fía en mí, esposo mío. Durante el tiempo en que hemos
convivido no has tenido falta alguna, querido, que
echarme en cara. ¡Que tampoco a estas alturas se te
3 ocurra sospechar nada semejante! Ese rumor ha corri-
do por ahí por la acogida que he dispensado a ese
joven, porque la gente no sabía la razón de nuestro
trato. También han sido otros rumores los que te da-
4 ban por muerto. Rumor y Calumnia son dos funestos
parientes: Rumor es hijo de Calumnia, y si Calumnia
tiene más filo que una espada, más ímpetu que el
fuego y más capacidad de persuasión que las Sirenas,
Rumor es más escurridizo que el agua, más veloz que
el viento, más rápido que las alas de los pájaros.
5 Cuando Calumnia dispara con su arco la noticia, ésta
vuela como flecha e hiere a aquél a quien fue destina-
da sin que esté presente. El que la oye, pronto la da
por cierta, prende en él el fuego de la cólera y dirige
su locura contra la víctima del dardo. Rumor, que nace
al dispararse el proyectil, fluye al punto con todo su
caudal, inunda los oídos de los que encuentra, sopla
hasta bien lejos arrastrando impetuoso el viento de las
palabras y vuela llevado en alto por las alas de las
6 lenguas. Éstos son los dos enemigos que me combaten:
éstos son los que se han apoderado de tu alma y han
cerrado las puertas de tus oídos a mis palabras.»

Al tiempo que le hablaba le tomó la mano y quiso 11
besarlo. Y a él, que estaba ya más aplacado, lo conmovía la verosimilitud de lo que Mélite contara, en tanto que el acuerdo entre la historia de Leucipa y las palabras de Sóstenes hizo desaparecer una parte de sus sospechas. Empero, no la creyó totalmente, pues los celos, cuando han caído de una vez en el alma, son difíciles de desarraigar. Sin duda lo trastornó oír que 2
la joven era mi esposa, de modo que aun me tuvo mayor aborrecimiento. Alegando que iba a investigar sobre lo que ella le dijera, se marchó a dormir solo. Y Mélite quedó apesadumbrada, porque no había podido cumplir la promesa que me hizo.

Por su parte Sóstenes, luego de haber acompañado 3
un trecho a Tersandro[289] y de darle toda clase de seguridades en lo que a Leucipa se refería, volvió junto a ella con rostro satisfecho:

«—¡Lo hemos logrado, Lacena!, le dijo. Tersandro te ama con locura, hasta el punto de que quizás incluso se case contigo. Pero el éxito es mío, pues he sido yo 4
quien le ha contado muchas maravillas de tu belleza y le he llenado el alma de ilusiones. ¿Por qué lloras? Levántate y hazle un sacrificio a Afrodita por tu buena suerte. Y acuérdate también de mí.»

Leucipa le replicó: 12

«—¡Que tengas tú una buena suerte semejante a la que has venido a traerme!»

Y Sóstenes, que no entendió el sarcasmo, sino que, al contrario, creyó que ella hablaba en serio, añadió con tono afectuoso:

«—Quiero decirte quién es Tersandro, para que tu alegría sea aun mayor. Es el esposo de Mélite, la que 2
viste en la finca. Por su linaje es el primero entre todos

289 En su camino de regreso a la ciudad. La narración retrocede hasta enlazar con 7, 9.

los jonios. Su riqueza es todavía superior a su linaje,
y superior a su riqueza es su bondad. Su edad, has
visto cuál es: que es joven y guapo, cualidades que tan
gratas son a las mujeres.»
3 En ese punto Leucipa no pudo ya soportar la pala-
brería de Sóstenes y le gritó:
«—¿Hasta cuándo, mala bestia, estarás ensuciando
mis oídos? ¿Qué tenemos Tersandro y yo en común?
4 ¡Que guarde su belleza para Mélite, su riqueza para
su ciudad y sus bondades y su generosidad para quienes
las necesiten! A mí todo eso ni me va ni me viene,
aunque fuese de mejor cuna que Codro y más rico
5 que Creso.[290]. ¿A qué vienes a contarme un montón de
ajenas alabanzas? Yo elogiaré a Tersandro como hom-
bre de bien cuando no ultraje a las mujeres de otros.»
13 Y como Sóstenes preguntara con toda seriedad:
«—¿Es que bromeas?»
Le contestó:
«—¿Qué sacaría de tales bromas? ¡Déjame, hombre,
seguir sufriendo mi propia suerte y el sino del que soy
prisionera. Pues sé que estoy en un cubil de piratas.
»—Creo —replicó Sóstenes— que estás loca y que tu
2 locura es incurable. ¿Un cubil de piratas se te antoja
que es todo esto: riqueza, boda y lujos y un esposo
como este que te depara la Fortuna y al que hasta tal
punto aman los dioses que incluso lo han arrancado
de las mismas puertas de la muerte?»
Le contó a continuación el naufragio, atribuyendo a
los dioses el salvamento de Tersandro y convirtiéndolo
3 en un prodigio mayor que el del delfín de Arión[291]. Y,
como Leucipa no le replicase ya nada a sus fábulas,

---

290 Codro es un rey mítico del Ática y descendiente de Posidón. Creso es el bien conocido rey lidio del que nos habla HERÓDOTO (I 6 y 26 ss.).

291 Un delfín, según la leyenda, salvó al músico Arión, arrojado al mar durante una travesía.

prosiguió: «Tú mira qué es mejor para ti y no se te ocurra decirle nada semejante a Tersandro, si no quieres irritar a un hombre tan bueno. Cuando se encoleriza se vuelve insoportable. La bondad, si encuentra agra- 4
decimiento, se acrecienta aun más, pero, si se ve despreciada, se irrita hasta transformarse en cólera. Cuanto más propenso es el ánimo a un comportamiento afectuoso, tanto más puede ser propenso a la venganza.»

Ésta era, pues, la situación por lo que a Leucipa se refiere.

Clinias y Sátiro, al enterarse de que yo estaba ence- 14
rrado en la cárcel (Mélite les había dado la noticia), inmediatamente se presentaron por la noche a toda prisa en la prisión. Querían quedarse allí conmigo, pero el carcelero no sólo no accedió, sino que les ordenó que se marcharan al punto. Los echó de allí contra 2
su voluntad, y yo les encargué que, si Leucipa daba señales de vida, viniesen a verme en cuanto amaneciera; les relaté las promesas de Mélite y me quedé con el alma como en una balanza entre esperanzas y temores, con mis esperanzas llenas de temores y mis temores llenos de esperanzas.

Al llegar el día, Sóstenes se dirigió presuroso a 15
ver a Tersandro, y Sátiro y sus acompañantes a verme a mí. Tersandro, nada más tener ante su vista a Sóstenes, le preguntó cómo andaba el asunto de la joven y si estaba ya ganada para su causa. Pero él no le cuenta 2
la verdad, sino que imagina una historia bastante convincente:

«—Aunque se niega, creo, sin embargo, que su negativa no es terminante. Más bien, a mi parecer, se debe a que sospecha que, una vez que la hayas hecho tuya, la abandonarás, y vacila ante la perspectiva de semejante agravio.

»—Pero si es por eso —replicó Tersandro—, que no 3
tema. Mis sentimientos hacia ella son de tal clase que

siempre estarán vivos. Mas tengo un solo motivo de
recelo y quiero enterarme cuánto antes: si es realmente
esposa de ese mozo, según me lo ha contado Mélite.»

4 Con esta conversación llegaron a la casa donde esta-
ba Leucipa y, al acercarse a la entrada, la oyeron
lamentarse y se detuvieron sin hacer ruido ante la
16 puerta: «¡Ay de mí, Clitofonte!, repetía una y otra
vez, tú no sabes a dónde he venido a parar y dónde
me tienen encerrada, y tampoco yo cuál es tu suerte,
2 sino que padecemos la misma ignorancia. ¿Acaso no te
sorprendió Tersandro en su casa? ¿Acaso no has sufri-
do también tú alguna violencia? Muchas veces he esta-
do tentada de interrogar a Sóstenes, pero no sabía de
qué modo dirigirle la pregunta. Si te nombraba como
a mi propio esposo, temía desencadenar sobre ti alguna
desgracia, incitando a Tersandro contra ti. Si como a
3 un simple forastero, también esto era sospechoso, pues
¿qué pueden importarle a una mujer quienes no son de
su familia? ¡En cuántas ocasiones me lo impuse a mí
misma, pero sin convencer a mi lengua para que ha-
blara! Tan sólo estas palabras acertaba a decir: '¡Cli-
tofonte, esposo mío, esposo sólo de Leucipa, leal y
firme! Ninguna otra mujer ha logrado seducirte ni aun
durmiendo a tu lado, aunque fui tan desalmada que
4 creí lo contrario. Y al verte al cabo de tanto tiempo en
el campo ni siquiera te besé.' Pues bien, si Tersandro
viene ahora y me pregunta, ¿qué le diré? ¿Dejaré de
5 representar mi papel para contarle la verdad?: 'No
creas que soy una esclava, Tersandro. Soy hija de un
general bizantino y esposa del principal ciudadano de
Tiro. No soy tesalia ni me llamo Lacena. Tal cosa no es
sino un ultraje de los piratas que me han saqueado
6 hasta el nombre. Mi esposo es Clitofonte, mi patria Bi-
zancio, Sóstrato mi padre y mi madre Pantea.' Pero
ojalá que no creas mis palabras. Temo por Clitofonte
si me crees, no sea que la inoportunidad de mi reve-

lación haga perder su libertad a mi amado[292]. ¡En fin!, volveré a desempeñar mi papel y a ponerme el disfraz de Lacena.»

Al escuchar esto, Tersandro retrocede unos pasos y 17
le dice a Sóstenes:

«—¿Has oído esas palabras increíbles, con tal carga de amor? ¡Qué cosas ha dicho y qué lamentaciones! ¡Qué reproches se ha dirigido a sí misma! ¡Ese seduc-
tor me gana por la mano en todos los terrenos! Creo 2
que además de ladrón resulta ser un brujo: Mélite lo ama, Leucipa lo ama. ¡Ojalá, oh Zeus, me convirtiese en Clitofonte!

»—No hay que achicarse, amo, ante la empresa —repuso Sóstenes—. Por el contrario, se ha de ir direc-
tamente a la moza. Pues si ahora ama a ese maldito 3
seductor, es porque en la medida en que sólo lo ha conocido a él y no ha tenido trato con otro, con él sacia su alma. Mas con tal de que por una sola vez pudiera compararos a los dos[293] (pues eres mucho mejor plan-
tado que él), lo olvidaría por completo. Un amor fla- 4
mante agosta un antiguo amor. Las mujeres gustan sobre todo de lo presente y se acuerdan de lo remoto mientras no encuentran lo nuevo que lo reemplace. Cuando logran otro amor, borran de su alma al precedente.»

Al oír esto, Tersandro recobró el ánimo, dado que 5
las palabras que estimulan la esperanza de un éxito amoroso persuaden fácilmente, ya que la pasión, tomando el aliado que desea, despierta la esperanza.

---

292 Algunos editores creen que las supuestas palabras de Leucipa a Tersandro alcanzan hasta este punto.

293 Traducimos libremente esta expresión, que al pie de la letra dice «te encontrases (con él)», y que no ha sido bien entendida por bastantes traductores (cf. el comentario correspondiente de VILBORG).

18 Deja, pues, Tersandro pasar un rato después del soli-
loquio de Leucipa, para no dar la impresión de haber
oído algunas de sus palabras, y entra adoptando la
expresión que, a su parecer, habría de ser la más grata
a los ojos de Leucipa. Pero nada más verla se le infla-
mó el alma y creyó que entonces aún era más hermosa
2 que antes. Luego de haber alimentado su fuego la noche
entera, todo el tiempo que había estado lejos de ella,
volvió a avivarlo de repente echándole a la llama de
pasto la visión de la joven, y poco faltó para que cayera
sobre ella y la tomara en sus brazos. Pero logró domi-
narse y, sentándose a su lado, se puso a decirle ya esto
3 ya lo otro, todo ensartado sin sentido alguno. Pues así
es como los enamorados se comportan cuando tratan
de conversar con sus amadas: no ponen raciocinio en
sus palabras, sino que, al tener su alma en el objeto
amado, hablan sólo con la lengua sin su auriga, la
razón.

4 Ahora bien, mientras charlaba llegó a ponerle su
brazo en torno al cuello, como si fuera a besarla. Ella,
que vio venir el movimiento del brazo, bajó la cabeza
5 hundiéndola en su seno. Él, sin aflojar su abrazo, in-
tentó por la fuerza alzarle el rostro. Mas Leucipa se
resistía a levantar la cabeza e intentaba rehuir así los
besos. Y como transcurrió algún tiempo en la pugna
empeñada por su brazo, se apoderó de Tersandro un
sentimiento de amorosa porfía, puso su izquierda bajo
el rostro de Leucipa mientras la sujetaba del pelo con
la diestra, con ésta le daba tirones hacia atrás y con la
otra mano presionándole el mentón trataba de levan-
6 tarle la cabeza. Pero, como al final desistió de someterla
a tal violencia, ya fuese porque lograse o no lograse
su propósito, ya fuese porque llegara a fatigarse, le
habló así Leucipa:

«—Tu conducta no es ni la de un hombre libre ni la
de un caballero bien nacido. Has emulado a Sóstenes,

digno esclavo de tal amo. Pero no sigas adelante ni esperes logro alguno, a no ser que te vuelvas Clitofonte.»

Tersandro, cuando oyó estas palabras, perdió el 19
control de sí mismo. Estaba enamorado y, a la vez,
lleno de cólera, y cólera y amor son dos antorchas. La
cólera, en efecto, también es otro fuego[294], que, si bien
tiene la naturaleza más opuesta al del amor, es seme-
jante a éste en su violencia. El uno incita a odiar, el 2
otro fuerza a amar, y son vecinos los manantiales de
sus fuegos, ya que uno de ellos se sitúa en el hígado y
el otro brota en torno al corazón[295]. Pues bien, cuando 3
ambos sorprenden al hombre, su alma pasa a ser una
balanza en que cada platillo soporta uno de los dos
fuegos. Ambos luchan por inclinarla a su favor, y es el
amor el que las más de las veces acostumbra a vencer,
siempre que triunfan sus deseos. Mas si el objeto amado
lo desdeña, llama a la cólera en su auxilio. Ésta, como 4
vecina que es, atiende su llamada, y son ya dos en atizar
el fuego. Si se da el caso de que la cólera por una vez
arrastre consigo al amor y, cuando éste se vea precipi-
tado fuera de su propia sede, lo mantenga así, será ella
la que con su natural implacable no luche ya por
satisfacer su pasión con él por camarada, sino que
como a esclavo de esa pasión lo encadene y gane la
partida, sin que esté dispuesta a permitirle tregua
alguna con el ser amado, por más que sea tal su deseo.
El amor se hunde anegado por la cólera y, por mucho 5
que anhele alcanzar de un salto el poder que le era

[294] En este punto seguimos el texto establecido por VILBORG en su comentario, que difiere del de la edición del mismo autor.

[295] La referencia al hígado se entiende como órgano de la bilis, al menos aparentemente. Sin embargo, entre los griegos se encuentra testimoniada una distribución distinta: el hígado como fuente del amor y el corazón como punto de origen de la cólera.

propio, ya no tiene libertad y se ve forzado, en cambio, a odiar lo que ama. Pero cuando la cólera llega al punto crítico de su marejada y a los mayores abusos de su libertad, su saciedad misma la fatiga y, con esta fatiga, ceden sus fuerzas, y entonces el amor vuelve a la carga, da armas a sus deseos y derrota a la cólera, ya aletar-
6 gada. Al ver los ultrajes que ella, en plena borrachera, infirió a lo que le es más querido, el amor se aflige, trata de justificarse ante el amado, lo invita a volver al dulce trato y le promete ablandar a fuerza de placer
7 su irritación[296]. Con el logro de sus deseos se hace manso, mas si de nuevo es desdeñado, vuelve a sumergirse en las profundidades de la cólera. Ésta se despierta de su sueño y torna a sus actos de antaño, pues es la aliada del amor ofendido.

20 Tersandro, que al principio confiaba en su éxito amoroso, había sido por completo esclavo de Leucipa. Pero con el fracaso de aquellas esperanzas, soltó las riendas de su cólera. Y le da de bofetadas mientras exclama:

«—¡Sierva miserable, con una pasión verdaderamen-
2 te enfermiza!: he oído todo lo que dijiste. ¿No te agrada ni siquiera que te dirija la palabra y no te consideras afortunada de poder besar a tu amo, sino que te haces la importante y finges estar desesperada? Es más, creo que eres una zorra, pues hasta amas a un corruptor de
3 casadas. Pues bien, puesto que no quieres tenerme como amante, ¡habrás de conocerme como amo!»

A lo que replicó Leucipa:

«—Si quieres ser un tirano, aceptaré tu tiranía, a condición de que no intentes forzarme. Y tú —añadió dirigiéndose a Sóstenes, con la mirada puesta en él—

---

296 Aunque en el original la expresión es ambigua (la palabra empleada es la misma «cólera» precedente), creemos con Vilborg que lo más razonable es entender la natural hostilidad del amado, y de ahí el cambio de término en bien de la claridad.

sé testigo de los ultrajes que soporto, ya que aún me
has agraviado más.»

Y Sóstenes, avergonzado de verse así cogido en fal- 4
ta, gritó:

«¡Ésta, señor, necesita que la marque bien el látigo
y probar una buena tanda de tormentos, para que
aprenda a no despreciar a su dueño!

»—Hazle caso a Sóstenes —dijo Leucipa—, pues te 21
aconseja bien. ¡Prepara los tormentos! ¡Que traigan
la rueda!: aquí tienes mis brazos, para que tiren de
ellos. ¡Traigan también látigos!: aquí está mi espalda,
¡que la azoten! ¡Traigan el fuego!: aquí tienes mi cuer-
po, ¡que lo abrasen! ¡Venga el hierro también!: he 2
aquí mi cuello, ¡que lo corten! ¡Contemplad una pugna
jamás vista!: una mujer sola que se enfrenta a todos
los suplicios y de todas las pruebas sale victoriosa. ¿Y
llamas seductor a Clitofonte, tú, un adúltero? ¿Ni aun
a tu propia Artemis temes, dime, sino que en la ciudad
de una virgen[297] a una virgen pretendes forzar? ¡Seño-
ra!, ¿dónde está tu arco?

»—¿Una virgen?, repuso Tersandro, ¡qué osadía! 3
¡Qué risa! ¿Virgen después de haber pasado esas no-
ches con tantos piratas? ¿Es que tus piratas resultaron
ser eunucos? ¿Y su guarida una escuela de moralistas?
¿No hubo entre ellos uno solo que tuviera ojos?»

A lo que contestó Leucipa: 22

»—Virgen he seguido siendo, incluso después de
aparecer Sóstenes: ¡pregúntale a él! Éste ha sido para
mí el auténtico pirata. Aquéllos fueron mucho más co-
medidos que vosotros y no hubo uno solo de ellos que se
portase con insolencia semejante. Si habéis llegado a 2
acciones tales, ésta es la verdadera cueva de ladrones.
¿Y no os avergonzáis de hacer lo que no osaron los

---

297 La Ártemis de Éfeso. Ártemis es la diosa casta por excelencia.

piratas? Pero no has caído en la cuenta de que con tu actitud desvergonzada tanto más me ensalzas. Se dirá, si ahora en tu locura me asesinas: «Virgen Leucipa después de los Vaqueros, virgen incluso después de Qué-
3 reas, virgen incluso después de Sóstenes.» Mas esto no es aun nada. La mayor alabanza será ésta: «Virgen incluso después de Tersandro, más lascivo que los propios piratas. Como no puede violarla, la asesina.»
4 ¡Ármate, pues, con estos instrumentos, toma ya contra mí los látigos, la rueda, el fuego y el hierro! Que te asesore en la batalla contra mí tu consejero Sóstenes. Yo estaré inerme y sola, una simple mujer, con mi libertad por toda arma, a la que ni hieren los golpes ni el hierro corta ni el fuego abrasa. Jamás la dejaré en tus manos. Y, aunque me quemes, no hallarás el fuego tan ardiente como ella.»

LIBRO SÉPTIMO

Estas palabras sumieron a Tersandro en una gran 1
confusión: sentía dolor y cólera y no acababa de deci-
dirse. Se encolerizaba de verse agraviado, se dolía de
su fracaso y estaba irresoluto porque seguía enamorado.
Con el alma así desgarrada entre tres diferentes senti-
mientos y sin replicarle ni una palabra a Leucipa, se
marchó precipitadamente. Mas, a pesar de su salida 2
furibunda, se tomó un tiempo para examinar aquel tri-
ple embate del oleaje y, aconsejándose con Sóstenes,
se dirige al encargado de la cárcel, al que pide que yo
muera envenenado. Al no lograr persuadirlo (pues te- 3
mía a los ciudadanos, ya que otro encargado que lo ha-
bía precedido y que fue cogido practicando un enve-
nenamiento semejante, había sido ejecutado), le hizo
un nuevo ruego: que introdujese a alguien, como si
fuese también uno de los presos, en la celda donde yo
estaba encadenado. Su pretexto fue querer enterarse de
mi vida a través de aquél. Y de este modo lo convenció, 4
logrando que dejase entrar al individuo, el cual, adoc-
trinado por Tersandro, debía, llevando con mucha ha-
bilidad la conversación al tema de Leucipa, contarme
que había sido asesinada y que fue Mélite la que ma-
quinó su muerte. Este plan había sido imaginado por 5
Tersandro con el fin de que, desalentado por la idea
de que mi amada no estaba ya con vida, aunque me
viera absuelto no prosiguiese su búsqueda. E imputaba 6

a Mélite tal crimen no fuera que, al juzgar muerta a Leucipa, yo, casándome con Mélite por creer que ésta aún me amaba, me quedase a vivir allí y, de esta manera, le impidiese por temor tener a Leucipa con toda tranquilidad; mientras que así, por un lógico odio hacia Mélite como culpable de la muerte de mi amada, yo me marcharía de la ciudad definitivamente.

2 Pues bien, tan pronto como el sujeto estuvo cerca de mí, comenzó a desempeñar su papel. Como el más consumado granuja, prorrumpiendo en lamentos exclamó:

«—¿Qué clase de vida habré de llevar en adelante? ¿Cuál habrá de ser mi conducta para lograr una existencia sin peligros? Está visto que no me es suficiente el recto comportamiento. Las desdichas se abaten sobre mí anegándome. ¡Tenía que haber adivinado de qué calaña era mi acompañante y qué era lo que había hecho!»

2 Estas y otras frases semejantes murmuraba para su capote, buscando el medio de iniciar la conversación conmigo, a ver si yo le preguntaba qué le había suce-
3 dido. Pero yo andaba preocupado con mis propios pensamientos y apenas reparé en sus lamentaciones[298]. Mas otro de los presos (un hombre desdichado siente curiosidad por oír males ajenos, ya que cree que le remediará las penas que lo afligen la convivencia con el sufrimiento de los demás) se dirigió a él:

4 «—¿En qué trance te has visto por obra de la Fortuna? Pues es posible que, sin cometer delito alguno, te persiga un sino aciago. Puedo imaginármelo según lo que a mí me ha sucedido.»

Y al tiempo contó su propio caso, por cuyo motivo estaba preso, si bien no presté atención a nada de lo que dijo.

---

[298] Traducción conjetural de un pasaje maltratado por la transmisión manuscrita.

Cuando hubo terminado, le pidió que, a cambio de 3
haber oído los suyos, narrase sus infortunios:

«—Podrías también tú ahora contarnos tu historia.»

Y él comenzó así su relato:

«—Salía yo ayer caminando de la ciudad en direc- 2
ción a Esmirna y había avanzado cuatro estadios cuando un joven que venía del campo se me acercó, me saludó y, al poco rato de andar a mi lado, me preguntó:

»—¿A dónde te diriges?

»—A Esmirna, respondí.

»—También yo —replicó— sigo el mismo camino: ¡que sea en buena hora!

»A partir de ese punto marchamos juntos y fuimos charlando de los temas que son de esperar en un viaje.
Como llegáramos a una posada, almorzamos a la vez, 3
y en esto que cuatro individuos se sientan junto a nosotros como si también pretendieran almorzar, pero sin quitarnos ojo y haciéndose gestos entre ellos.
Yo, desde luego, sospechaba que aquellos hombres tra- 4
maban algo contra nosotros, si bien no lograba entender el significado de sus señas. Pero mi acompañante se puso al poco tiempo lívido y comía cada vez más
despacio, y hasta se echó a temblar. Nada más fijarse 5
ellos en esto, de un salto nos agarran y al momento nos atan con correas. Uno le da una bofetada y con el golpe, como si lo hubiesen sometido a incontables torturas, dice sin que nadie le hubiera interrogado: 'Yo maté a la muchacha y recibí cien piezas de oro de Mélite, la mujer de Tersandro. Pues fue ella la que me pagó
por matarla. Aquí están las cien piezas de oro: os las 6
entrego. De modo que ¿por qué causar mi ruina y privaros de ganarlas?'»

Yo, en cuanto le oí nombrar a Tersandro y a Mélite, aunque el resto del tiempo no había estado atendiendo, sentí como si al escuchar sus palabras me hubiese pi-

cado un tábano y, del todo despierto, me volví hacia él inquiriendo:

«—¿Quién es esa Mélite?»

A lo que contestó:

7 «—Mélite es la dama principal de la ciudad. Se ena-
moró de un mozo (un tirio, creo, dicen que es), que a
su vez amaba a otra, a la que encontró en casa de Mé-
lite como esclava. Pero Mélite, abrasada por los celos,
se apodera con engaños de esa mujer y la pone en
manos del que acabo de decir que para mi desgracia
había sido mi compañero de viaje, con la orden de asesi-
8 narla. Éste entonces lleva a cabo esa tarea impía, y
yo, pobre de mí, sin haberlo visto antes ni haber
tomado parte ni de palabra ni de obra, me vi preso
con él, como cómplice de su acto. Y, lo que aún es peor,
en cuanto nos alejamos un trecho del mesón cogieron
sus cien piezas de oro, a él lo dejaron escapar y es a
mí al que han traído ante el magistrado.»

4 Al oír el falso relato de las que eran mis propias
desdichas, no lancé un solo lamento ni lloré, pues me
faltaron la voz y las lágrimas. Pero todo mi cuerpo al
momento se puso a temblar, mi corazón desfallecía y
2 apenas me quedó un resto de aliento. Y cuando poco
después se me disipó el mareo que me produjeron sus
palabras, le pregunté:

«—¿De qué modo mató a la joven ese asesino a sueldo y qué ha hecho con su cuerpo?»

Pero él, una vez que me hubo clavado el aguijón y
realizado así la (para mí funesta) obra por cuyo moti-
vo se había presentado, guardó silencio y no pronunció
3 ni una palabra más. Mas, como repitiera mi pregunta,
me contestó:

«—¿Crees que yo también he tomado parte en su muerte? Sólo eso es lo que le oí decir al asesino: que había matado a la muchacha. Pero en qué lugar y de qué modo, eso no me lo dijo.»

Entonces sí me acudió el llanto, que llevó el dolor
hasta mis ojos. Pues, como en el caso de los golpes que 4
el cuerpo recibe no se produce de inmediato la hincha-
zón, sino que de momento el golpe no se manifiesta y
solamente algo después salta a la vista, y como cuando
se ha sido alcanzado por el colmillo de un jabalí y se
busca con presteza la herida y no se logra encontrarla,
sino que aun está profundamente oculta consolidando
despacio la incisión, para luego de repente aparecer
una marca blanca, anunciadora de la sangre, que, tras
breve plazo, llega manando a borbotones, de igual 5
modo también un alma, tocada por el dardo del dolor
que le han disparado unas palabras, está ya herida y
lacerada, pero la celeridad del impacto no deja todavía
la llaga al descubierto y aleja el llanto de los ojos. Y es
que las lágrimas son la sangre de las heridas del alma.
Cuando el colmillo del dolor ha roído por breve tiempo
el corazón, la herida del alma se desgarra y a los ojos
se les abre la puerta de las lágrimas, que brotan a poco
de tener el paso franco. Así también a mí las primeras 6
palabras que escuché, precipitándose contra mi alma
como flechas, me impusieron silencio y clausuraron la
fuente de mis lágrimas, pero después éstas fluyeron,
en cuanto el alma tuvo tiempo para sentir la magnitud
de su infortunio.

Exclamé entonces: 5
«—¿Qué dios me ha engañado con el cebo de tan
corta alegría? ¿Cuál es el que me ha puesto a Leucipa
ante la vista para iniciar con ello una nueva serie de
desgracias? Mas ni siquiera llegué a saciar mis ojos,
que han sido mi único medio afortunado, aunque tam-
poco me hubiera dado por satisfecho por mucho que la
mirase. Mis placeres verdaderos han sido los de un
sueño. ¡Ay de mí, Leucipa, cuántas veces te vi muerta! 2
¿Acaso he tenido en mi duelo alguna pausa? ¿Seguiré
sin cesar llorando por ti, mientras tus muertes se suce-

den en pos una de otra? Pero si todas aquellas anterio-
res fueron una burla de la Fortuna a costa mía, ésta
3 de ahora no es ya una mofa de la Fortuna. ¿Cuál ha
sido tu muerte, Leucipa? Pues en aquellas falsas muer-
tes me quedaba un liviano consuelo: en el primer caso
tu cuerpo completo, y también en el segundo, por más
que creía que me faltaba tu cabeza para poder darte
sepultura. Pero en esta ocasión tu muerte es doble, de
tu alma y de tu cuerpo. Escapaste de dos bandas de
piratas, pero ha sido la piratería[299] de Mélite la que te
4 ha asesinado. Y yo, impío maldito, muchas veces he be-
sado a tu asesina, la estreché en impuros abrazos y
antes que a ti le proporcioné a ella el deleite de Afrodita.»

6 Mientras me entregaba a la expresión de mi duelo,
entra Clinias y le expongo todo el asunto y mi decisión
irrevocable de morir. Y él trata de consolarme:

2 «—¿Quién sabe si volverá a aparecer viva? ¿Acaso
no ha muerto en otras varias ocasiones? ¿Y no volvió
a la vida en otras tantas? ¿Por qué esa resolución en
entregarte a la muerte?: está en tu mano hacerlo igual-
mente al cabo de un tiempo, cuando sepas con certeza
que ella no vive.

»—Hablas por hablar —le contesté— ¿Qué mayor
3 seguridad te cabría tener que ésta? Y creo haber halla-
do el mejor medio para acabar con mi vida, con el que
además Mélite, esa aborrecida de los dioses, no logrará
salir en absoluto impune de su crimen. Escucha mi
plan: como sabes, yo había preparado mi alegato contra
la imputación del adulterio, por si se veía mi causa
ante los jueces, pero ahora me he decidido por todo lo
contrario, por reconocer el adulterio y confesar que
por el mutuo amor entre Mélite y yo hemos matado a
4 Leucipa de común acuerdo. Así también ella será con-
denada y yo dejaré esta vida execrable.

299 Uno de tantos forzados juegos de palabras a que se entrega el autor.

»—¡No hables de ese modo, por los dioses!, gritó Clinias. ¿Y te atreverás a morir en esas condiciones más que infames, con la reputación de un asesino y, para colmo, de asesino de Leucipa?

»—No hay infamia alguna —repuse— en lo que daña al enemigo.»

Poco después, mientras seguíamos discutiendo, el 5
celador saca de allí al individuo que había revelado el
falso asesinato, asegurando que el magistrado había
ordenado conducirlo para que respondiese de sus car-
gos. Clinias y Sátiro continuaron con sus intentos de 6
convencerme para que no declarase ante el tribunal
nada de lo que me había propuesto, pero todo fue en
vano. Y aquel mismo día alquilaron un alojamiento y
se fueron a vivir a él, con el fin de no permanecer más
tiempo en casa del hermano de leche de Mélite.

Al día siguiente se me condujo ante el tribunal. Ter- 7
sandro había hecho grandes preparativos para lograr
mi condena y le asistía un buen número de abogados,
por lo menos diez. E, igualmente, Mélite había puesto
todo su empeño en los suyos para la defensa. Cuando 2
terminaron ellos sus intervenciones, pedí la palabra y
hablé en estos términos:

«Todos ésos, tanto los que asisten a Tersandro como los que asisten a Mélite, no saben lo que se dicen. Soy yo el que va a contaros toda la verdad:

»Hace un tiempo yo estaba enamorado de una mu- 3
jer de origen bizantino, cuyo nombre era Leucipa.
Cuando creía que estaba muerta (la habían raptado
unos piratas en Egipto), me encontré con Mélite y,
luego de convivir allí, llegamos a este lugar juntos para
encontrarnos con que la tal Leucipa servía como escla-
va a Sóstenes, un administrador de las tierras de Ter-
sandro. En cuanto al modo en que Sóstenes tenía de 4
esclava a esta mujer libre o sobre cuál era la relación
de aquél con los piratas, os corresponde a vosotros in-

dagarlo. Sea como sea, una vez que Mélite supo que yo
había hallado a la mujer con la que tuve que ver antes
y temerosa de que volviera a pensar en ella, planeó
5 matarla. Yo compartí su idea (¿por qué no decir la
verdad?) desde el momento en que prometió poner sus
bienes a mi nombre. En fin, alquilo a uno para que
lleve a cabo el asesinato. La cantidad que le pagué fue
de cien monedas de oro. Él, después de cometido, partió
y desde entonces no ha dado señales de vida. Pero ha
6 sido el amor el que se vengó pronto de mí, ya que al
saber que ella estaba muerta me entraron remordi-
mientos y me eché a llorar, porque seguía amándola
y aún ahora la amo. Si me he confesado culpable es
para que me enviéis junto a mi amada, pues no puedo
soportar vivir ahora, convertido en asesino y lleno de
amor por aquella que maté.»

8 Mis palabras causaron en todos, y sobre todo en
Mélite, una gran conmoción por lo inesperado de los
hechos expuestos. Los abogados de Tersandro lanzaron
alegres gritos de triunfo, mientras los de Mélite le pre-
guntaban a ésta qué sentido tenía la versión que yo
2 había dado. Ella de unas cosas se mostraba escandali-
zada, otras las negaba y confesaba sólo algunas de
manera apresurada y confusa, admitiendo que conocía
a Leucipa y sabía todo cuanto yo había dicho, pero no
su asesinato. De modo que incluso sus propios aboga-
dos, como ella corroboraba la mayor parte de mi decla-
ración, comenzaron a sospechar de Mélite y no sabían
a qué argumentos recurrir para su defensa.

9 Entretanto, Clinias, en medio del gran alboroto que
dominaba en la sala del juicio, subió al estrado y dijo:
«Concededme también a mí la palabra, pues en este
proceso se juega la vida de un hombre.»

2 Y, una vez que le fue concedida, hecho un mar de
lágrimas habló así:

«Efesios, no os precipitéis en condenar a muerte a un
hombre que anhela morir, como el único remedio que
la naturaleza concede a los desdichados. Pues ha menti-
do cuando se ha echado sobre sí las culpas de los
verdaderos criminales, para sufrir el castigo de los des-
venturados. Sus infortunios os los voy a relatar en 3
pocas palabras:

»Se enamoró de una mujer, según ha dicho, ya que
en este punto no ha mentido. En cuanto a lo de que
unos piratas la raptaron y la historia de Sóstenes y
todo lo que ha referido con anterioridad a la muerte
de Leucipa, ha ocurrido del modo que él ha dicho.
Esa mujer desapareció de repente, sin que yo sepa cómo 4
ni si alguien la mató ni si la han secuestrado y sigue
viva. Lo único que sé es que Sóstenes estaba enamorado
de ella, que la vejó con muchos suplicios por no lograr
sus fines, y que tiene a piratas por amigos. Este joven,
pues, como cree que la mujer está muerta, no quiere
seguir viviendo y es esa la razón de haberse echado
falsamente las culpas del crimen. Incluso él mismo ha 5
reconocido que desea morir y que la causa está en su
dolor por esa mujer. Pensad si hay alguien que, luego
de matar a otra persona, quiera de verdad morir tras
ella y no soporte la idea de seguir con vida por causa
de la pena. ¿Qué asesino hay tan cariñoso o qué clase 6
de odio es ese que hasta tal punto está lleno de amor?
¡No, por los dioses, no lo creáis ni matéis a un hombre
más necesitado de conmiseración que de castigo! Y si
él mismo, según dice, planeó el asesinato, ¡que diga
quién fue el que cobró por realizarlo, que nos muestre
el cadáver de la víctima! Mas, si no hay ni ejecutor ni 7
víctima, ¿quién oyó alguna vez hablar de un crimen
semejante? 'Yo amaba a Mélite —declara—. Por esa
razón asesiné a Leucipa': ¿cómo entonces acusa a Mé-
lite de un crimen, si la amaba, y quiere ahora morir
por causa de Leucipa, cuya muerte provocó? Pues 8

¿podría alguien de ese modo odiar al ser amado y a la
vez amar al ser odiado? ¿No habría puesto más bien
todo su celo, al verse acusado, en negar el crimen,
para salvar a su amada y no perder él la vida vana-
9 mente por su víctima? ¿Cuál es el motivo, pues, de que
haya acusado a Mélite, si ella no ha hecho nada seme-
jante? También voy a explicaros este punto y, ¡por los
dioses!, no penséis que el fin de mis palabras sea ca-
lumniar a esta señora, sino el de contaros cómo ha
10 sucedido todo. Mélite estaba enamorada de éste y le
había hablado de boda, antes de que volviese a la vida
el que había muerto en el mar. Pero él no consentía,
sino que incluso rechazaba el casamiento con todas
sus fuerzas, y como mientras tanto encontrase a su
amada, tal como dijo, en casa de Sóstenes y viva,
tras creerla muerta, mostró hacia Mélite mayor des-
11 pego aún. Mas ella, antes de enterarse de que la que
estaba con Sóstenes era la amada de Clitofonte, se
compadeció de ésta, la libró de las cadenas que le ha-
bía puesto Sóstenes, la acogió en su casa y, en todo lo
demás, la trató con las consideraciones que se deben a
una mujer libre que ha caído en la desgracia. Y, des-
pués que lo supo, la envió a su finca para que le pres-
tase un servicio[300]. Y es después de esto cuando dicen
12 que no ha vuelto a aparecer. Que respecto a estos he-
chos no miento, lo podrán atestiguar Mélite y dos
criadas que acompañaron a Leucipa cuando la envió a
sus tierras. Es sin duda este único detalle el que ha
infundido en Clitofonte la sospecha de que ésta hubiese
matado por celos a Leucipa. Pero aún ha habido otro
episodio, ocurrido en la cárcel, que reforzó su sospe-
cha y lo exasperó contra sí mismo y contra Mélite:
13 uno de los presos, lamentándose de su desgracia,

300 Según el lector recordará (cf. V 22), en realidad esto ocurrió antes de que Mélite tuviese noticia de las relaciones entre Clitofonte y la supuesta esclava.

contó que en un viaje había coincidido sin saberlo con
un asesino, que por una cantidad de dinero había ma-
tado a una mujer. Y pronunció unos nombres: Mélite,
la que le pagó, y Leucipa, la víctima. Si esto ha sido 14
así, yo no lo sé, pero vosotros podéis averiguarlo.
Tenéis al preso, están las sirvientas y está Sóstenes:
él dirá de dónde sacó a Leucipa como esclava, ellas
cómo ha desaparecido. Y el otro denunciará al asesino
a sueldo. Pero antes de que esclarezcáis cada uno de
estos extremos, sería sacrílego e impío acabar con la
vida de un joven desdichado, fiándoos de las palabras
que le inspira su locura. Pues esta locura se la ha
acarreado su dolor.»

Cuando Clinias terminó su discurso, a la mayoría **10**
le pareció que sus palabras eran convincentes, pero los
abogados de Tersandro y cuantos amigos de éste asis-
tían al juicio clamaban que había que ejecutar al homi-
cida que, por obra de la providencia divina, se había
acusado a sí mismo del crimen. Mélite ofrecía poner 2
sus sirvientas a disposición del tribunal, con la exigen-
cia de que Tersandro hiciese otro tanto con Sóstenes,
pues tal vez fuese él el asesino de Leucipa. Sus aseso-
res legales insistían con especial empeño en este reque-
rimiento[301]. Pero Tersandro, asustado, manda en secre- 3
to a uno de sus partidarios a la finca para ver a
Sóstenes, con la orden de desaparecer sin pérdida de
tiempo antes de que lleguen los enviados a buscarlo.
Aquél, pues, monta a caballo y a toda prisa se dirige
hasta él, le dice el peligro que corre y que si lo cogen
allí se lo llevarán para someterlo a torturas[302]. Sóstenes 4

---

301 *Próclesis,* procedimiento legal por el que, como se ve en este caso, una de las partes podía realizar una oferta (pruebas, testimonios, etc.) a condición de una contrapartida semejante de la otra parte.

302 Empleadas habitualmente en los interrogatorios de los siervos.

se encontraba en la estancia de Leucipa, empleando con ella todas sus zalamerías, y sale a las voces y al mucho alboroto que armó el otro a su llegada para llamarlo, escucha cómo está la situación, se atemoriza, cree que ya llegan los alguaciles a por él y, montando a caballo, a toda prisa cabalga hacia Esmirna. El mensa-
5 jero se vuelve a donde está Tersandro. Y, como al parecer es cierto el dicho de que el miedo trastorna la memoria[303], el caso fue que Sóstenes, temiendo por su propia suerte, con el aturdimiento se olvidó de todo lo que se traía entre manos, de modo que ni siquiera echó la llave a la puerta del cuarto de Leucipa. Pues es más que notable lo cobarde que resulta ser la ralea de los esclavos en cuanto tienen algo que temer.

11 En ese momento del proceso Tersandro, una vez hecho el citado primer requerimiento de la parte de Mélite, se dirigió al estrado y dijo:

«Ese sujeto, quienquiera que sea, ya nos ha tomado el pelo bastante con sus fantásticas historias. Y estoy asombrado de que no reaccionéis, ya que, a pesar de haber cogido en flagrante a un asesino (su propia confesión tiene mayor peso que si se le hubiese descubierto), aún no le dais al verdugo la orden correspondiente, sino que seguís ahí sentados escuchando la persuasiva representación de ese farsante, con sus persuasivas lágrimas. Yo pienso que él ha sido cómplice del crimen y que precisamente teme por su vida. De suerte que no sé qué necesidad tenemos todavía de torturar a unos esclavos en un caso que ofrece pruebas
2 tan evidentes. Pero, además, creo que se ha cometido otro crimen: ese Sóstenes, cuya comparecencia me exigen, hoy es el tercer día que no aparece, y no estoy lejos de sospechar que esa desaparición sea resultado de las maquinaciones de estos hombres. Como sucede

303 Cf. TUCÍDIDES, II 87, 4.

que fue él quien me denunció el adulterio, es lógico, en mi opinión, que lo hayan matado, y, sabedores de que yo no podría traerlo aquí, con toda malevolencia han presentado ese requerimiento sobre él. Pues bien, 3
supongamos que aparece y que no está muerto: ¿qué es lo que, si se presentase aquí, íbamos a conocer de su boca? ¿Que si compró una muchacha?: demos por seguro que la compró. ¿Y que si esta muchacha estuvo en poder de Mélite?: yo doy fe de que su respuesta es también afirmativa. En fin, Sóstenes contesta a estas preguntas y hemos acabado ya con él. Y a partir de ahora me dirijo a Mélite y a Clitofonte: ¿Qué es lo que 4
habéis hecho con la esclava que me quitasteis? Pues era mi esclava, ya que fue Sóstenes quien la compró. Y si estuviese viva y no la hubiesen asesinado ellos, seguiría siendo mi esclava sin discusión.»

Estas últimas palabras las incluyó Tersandro con 5
toda mala intención, para, si más tarde se descubría que Leucipa estaba viva, volver a tenerla a su servicio. Luego añadió:

«Pues bien, Clitofonte ha reconocido haberla matado y su caso está visto para sentencia. En cambio, Mélite rechaza la acusación, y es para su caso para el que se requiere interrogar a sus criadas. Ya que si se 6
demuestra que fue Mélite quien puso a su cargo a la joven y que después no se la devolvieron, ¿qué ha sido de ella? ¿Y cuál la razón ante todo de que se la mandara fuera? ¿Y para que se reuniera con quién? ¿Acaso no salta a la vista que habían acordado tener gente preparada para que acabaran con su vida? Pero, como 7
es natural, las sirvientas no sabían nada de esos hombres, para que la empresa no supusiera un peligro mayor al intervenir más testigos. Ellas la dejaron donde estaban emboscados los malhechores, de modo que ni siquiera pudieran ver lo sucedido. Y también nos han metido un cuento sobre cierto preso que le habría

8 mencionado el crimen. Pero ¿qué preso es ése, que no dijo ni palabra de ello al magistrado y, en cambio, sí le habló a él sólo de los mayores secretos de tal asesinato, a no ser que reconociera en él a un cómplice? ¿Hasta cuándo toleraréis tan huera palabrería y seguiréis convirtiendo asunto tan grave en ridícula broma? ¿Creéis que ese sujeto se acusó a sí mismo sin que en ello haya mediado la divinidad?»

12 Al terminar así Tersandro su discurso y jurar que no sabía nada de la suerte corrida por Sóstenes, el presidente del tribunal (era un miembro de la estirpe real [304], tenía a su cargo los procesos por asesinato y, de acuerdo con la ley, estaba asesorado por aquellos que, entre los más ancianos, consideraba entendidos en la materia), tras examinar el asunto con los demás jueces, decidió condenarme a muerte, conforme a la ley que prescribía que fuese ejecutado el confeso de asesinato, y, en cuanto a Mélite, que hubiese un nuevo juicio con los datos del interrogatorio de sus sirvientes, y que Tersandro jurase por escrito no saber qué había sido de Sóstenes. Y que yo, además, por estar ya condenado, fuese sometido a la tortura, para establecer la complicidad de Mélite en el crimen.

2 Acababan de encadenarme, de despojarme de mis ropas y de suspenderme de las sogas, traían ya unos los látigos y otros el fuego y la rueda, y Clinias gemía e invocaba a los dioses, cuando se vio acercarse al sacer-
3 dote de Ártemis coronado de laurel, lo que es señal

304 Según una muy verosímil sugerencia de Jacobs, Aquiles Tacio se inspiró (con una interpretación errada) en la figura del arconte-rey ateniense, que entendía en los casos de homicidio, sugerencia que tiene, además, a su favor el que nuestro novelista no es la primera vez que toma como motivos de inspiración aspectos legales de las instituciones áticas. No es muy aceptable, en cambio, la propuesta de Gaselee (recogida por Grimal) sobre una relación con la familia real persa y, por tanto, un dato cronológico a tener en cuenta.

de la llegada para la diosa de una peregrinación. En el
instante en que esto ocurre, se debe aplazar la ejecu-
ción de todas las penas por tantos días como tarden
los peregrinos en efectuar sus sacrificios[305]. Fue así,
pues, como me vi libre entonces de mis cadenas. Y
el que venía al frente de los peregrinos era Sóstrato, el
padre de Leucipa. Y la razón era que los bizantinos, 4
como Ártemis se apareció en plena guerra contra los
tracios y ellos obtuvieron la victoria, consideraron que
debían enviarle a la diosa esta embajada para hacerle
sacrificios por haber sido su aliada en el triunfo. Por
otra parte, también la diosa se le apareció en privado a
Sóstrato por la noche durante un sueño, que le anunció
que encontraría en Éfeso a su hija y al hijo de su her-
mano.

Por el mismo tiempo de estos sucesos Leucipa, al 13
ver que la puerta de su cuarto estaba abierta y que Sós-
tenes no se presentaba, echó un vistazo por si estaba
fuera. Como no aparecía por ningún sitio, recobró el
ánimo y las ilusiones que eran en ella habituales, ya que
el recuerdo de las veces que contra lo que cabía espe-
rar se había salvado ante el peligro presente le hizo
concebir esperanzas de poder sacar el mayor partido
posible de la situación[306]. El santuario de Ártemis esta- 2
ba próximo a la finca: corre hacia él y alcanza a poner
el pie en el templo.

Desde tiempo inmemorial este templo estaba veda-
do a las mujeres libres y sólo tenían acceso a él
varones y doncellas. Si alguna mujer entraba en él 3
era castigada con la muerte, a no ser que se tratase de
una sierva que tuviese quejas de su amo: a ésta sí le

---

305 El lector recordará el aplazamiento de la muerte de Sócrates por un motivo semejante, tal como se narra en el comienzo del *Fedón* platónico y en Jenofonte, *Memorables* IV 8, 2.

306 Cabe interpretar también: «concebir esperanzas de que la Fortuna estuviese de su parte», como hacen Gaselee y Grimal.

estaba permitido ponerse bajo el amparo de la diosa y los magistrados debían resolver el litigio entre ella y su señor. Si el amo salía libre de culpa, recuperaba a su esclava, pero no sin jurar que no le guardaba rencor por su escapada. Pero si la sentencia establecía que la justicia estaba de parte de la esclava, ésta se quedaba allí al servicio de la diosa.

4 Pues bien, Sóstrato acababa de recoger al sacerdote y de dirigirse hacia los tribunales para suspender la ejecución de las penas, cuando Leucipa se presentó en el interior del templo, de modo que por muy poco no se tropezó con su padre.

14 Mientras yo me veía libre del suplicio, el tribunal se disolvió y a mi alrededor se apiñó una ruidosa muchedumbre. Unos me compadecían, otros invocaban a los dioses [307] y otros me hacían preguntas. En ese momento también Sóstrato deteniéndose a mi lado, me
2 ve y me reconoce, ya que, tal como dije al principio de mi historia, había estado en una ocasión en Tiro para la fiesta de Heracles y había permanecido una temporada en la ciudad mucho antes de nuestra huida [308]. De suerte que de inmediato por mi aspecto supo que era yo, aparte de que por el sueño que había tenido
3 esperaba naturalmente encontrarme allí. Entonces se dirigió hacia mí exclamando:

«—¡Ahí está Clitofonte! Pero ¿dónde está Leucipa?»

Yo, desde el instante en que también lo reconocí a él, bajé la cabeza, pero los que estaban presentes le contaron cuanto yo había declarado contra mí mismo, y él, profiriendo lamentos y dándose golpes en la cabeza, se me lanzó a los ojos y casi me los salta, pues yo no le ofrecía la menor resistencia. Al contrario, presen-

---

307 El texto es inseguro. Puede entenderse, por contraste, «reclamaban a los dioses mi castigo».

308 Otro descuido del autor. Tal estancia de Sóstrato en Tiro no ha sido mencionada en absoluto hasta ahora.

taba mi rostro a su violento arrebato, y fue Clinias el 4
que se adelantó para contenerlo, tratando de calmarlo con estas palabras:

«—¿Qué es lo que haces, hombre? ¿A qué viene esa furia injustificada contra quien ama más que tú a Leucipa?: si se propuso morir fue porque creía que ella está muerta.»

Y añadió aún otras frases con las que intentaba con- 5
solarlo. Mas Sóstrato entre gemidos así invocaba a Ártemis:

«—¿Para esto, Señora, me has traído aquí? ¿Así se cumple lo que me vaticinaste en sueños? Yo confiaba en ellos y esperaba encontrar a mi hija a tu lado. ¡Hermoso regalo el que me has hecho: al que he encontrado a tu lado ha sido a su asesino!»

Entonces Clinias, al oírle hablar del sueño que le 6
había enviado Ártemis, se llenó de alegría y le dijo:

«—¡Ánimo, padre! [309]: Ártemis no miente. ¡Seguro que tu Leucipa está viva! Confía en mis augurios. ¿No ves incluso cómo a éste lo ha arrancado la diosa del suplicio, cuando ya estaba colgado?»

Y en esto que llega uno de los servidores del tem- 15
plo, que venía de prisa y corriendo a buscar al sacerdote y que exclamó ante los oídos de todos: «¡Una joven, una forastera, ha buscado asilo junto a la diosa!»

Yo, al oírlo, siento renacer mis esperanzas, abro los ojos y comienzo a revivir. Y Clinias se dirige a Sóstrato: «¡Padre, mis augurios han resultado verdaderos!»

Y al mismo tiempo se vuelve al mensajero:

«—¿Es hermosa?

»—¡No he visto después de Ártemis —contestó 2
éste— otra semejante!»

Tales palabras me hicieron saltar dando gritos:

«—¡Estás hablando de Leucipa!

309 Título afectuoso atestiguado desde muy antiguo en la literatura griega.

»—En efecto —fue su respuesta—. Así ha dicho que se llama, y que su patria es Bizancio y su padre Sóstrato.»

3 Clinias se puso a batir palmas y a cantar victoria, Sóstrato con la alegría se desmayó y, en cuanto a mí, daba brincos por el aire a pesar de mis grilletes y volé hacia el santuario como si una catapulta me hubiese disparado. Los guardianes me perseguían, creyendo que quería escaparme, y daban voces a los transeúntes para
4 que me cogieran. Pero a mis pies les habían salido alas y sólo a duras penas algunos al fin lograron atraparme en mi alocada carrera. Los guardias nos alcanzaron al mismo tiempo y se pusieron a golpearme. Yo, que había cobrado ánimos, me defendí y terminaron por arrastrarme al interior de la prisión.

16 Y en esto que acuden Clinias y Sóstrato. Clinias les gritaba: «¿A dónde lleváis a ese hombre? ¡No ha cometido el crimen por el que lo han sentenciado!»

Sóstrato, a su vez, insistía en lo mismo, explicándoles que él era el padre de la que se creía muerta. Los presentes, enterados ya de todo, bendecían a Ártemis y, rodeándome, no permitían que me llevaran a la cárcel.
2 Los guardias afirmaban que no estaba en su mano dejar en libertad a un condenado a muerte, hasta que el sacerdote a petición de Sóstrato se hizo responsable del preso, comprometiéndose, cuando fuese preciso, a presentarlo ante los poderes públicos. Así fue, pues, como fui liberado de mis cadenas y me dirigí a toda prisa al santuario. Y Sóstrato me seguía, no sé si tan alegre
3 como yo. Pero no hay persona, por velozmente que corra, a la que no adelanten las alas de las noticias[310]. Y éstas también en esta ocasión llegaron antes que nosotros a los oídos de Leucipa, con el anuncio de todo lo ocurrido tanto a Sóstrato como a mí. Al vernos llegar,

---

[310] Cf. VI 10, 4 s.

saltó fuera del templo y mientras abrazaba a su padre
mantenía sus ojos fijos en mí. Y yo me quedé allí para- 4
do con la mirada clavada en su rostro y conteniéndome,
por el respeto que me infundía Sóstrato, para
no precipitarme hacia ella. Y así nos expresamos el
mutuo cariño de nuestros saludos sólo con los ojos.

LIBRO OCTAVO

1 Íbamos a tomar asiento y a cambiar impresiones sobre los sucesos recientes, cuando Tersandro llega al templo apresuradamente con algunos acompañantes como testigos y se dirige a gritos al sacerdote en estos términos:

«—Apelo al testimonio de estos hombres de que, sin derecho alguno, has librado de sus cadenas y de la pena capital a un individuo condenado a muerte según
2 las leyes. Y de que, además, tienes en tu poder a una esclava mía, una golfa que anda loca por los hombres. ¡Mira a ver si me la guardas bien!»

Yo, con el alma dolida por lo de «esclava» y «golfa», no pude soportar las heridas que tales palabras me causaban y, mientras él aún seguía hablando, le repliqué:

«—¡Tú sí que eres un esclavo por partida triple[311] y un loco y un golfo! ¡Y ella, por el contrario, una mujer libre, virgen y digna de la diosa!»

3 Él, al oír esto, exclama:

«—¡Y encima me insultas, tú, un presidiario, un condenado!»

---

311 Esclavo, de abuelos y padres esclavos. Gaselee cree que se trata de una alusión muy particular: esclavo de tu concupiscencia.

Y me golpea en el rostro con todas sus fuerzas y
aún me castiga con un segundo puñetazo. De mi nariz
brotan chorros de sangre, pues sus golpes iban carga-
dos de toda su cólera. Cuando por tercera vez me cas- 4
tiga, ahora ya sin tino, sin darse cuenta hace chocar
su mano con mi boca dándose contra los dientes y, con
los dedos lacerados, a duras penas retira su mano sin
poder contener un grito. Mis dientes vengan así la inju-
ria que había recibido mi nariz, ya que hieren sus dedos,
que la habían golpeado, y su mano recibe el mismo
daño que había hecho. Él, al sentirse lastimado, sin 5
querer dejó escapar un grito y retiró su mano, y fue
así como dejó de atacarme. Y yo, aunque vi el daño que
había sufrido, simulé no percatarme y me puse a repre-
sentar el papel de víctima, llenando el templo con mis
clamores:

«—¿A dónde podremos huir aún lejos de hombres 2
tan violentos? ¿Dónde hallaremos un refugio? ¿A qué
dios recurriremos si no es ya a Ártemis? En su propio
templo se nos golpea, donde a otros se da asilo se nos
maltrata. Sólo en los desiertos pasan cosas así, donde
no hay nadie de testigo ni ser humano alguno. ¡Y tú
vienes a tiranizarnos ante la vista de los mismos dioses!
Hasta a los miserables les proporcionan seguro refugio 2
los santuarios, y yo, que no he cometido ningún crimen
y que he buscado el amparo de Ártemis, me veo golpe-
ado al pie mismo de su altar, ante los ojos, ¡ay!, de la
propia diosa. ¡Contra Ártemis van estos golpes! Y los 3
excesos de ese borracho no se paran en los golpes: se
han recibido heridas en el rostro, como si estuviéramos
en guerra y en combate, y sangre humana mancha con
su impuro contacto estos suelos. ¿Hay alguien que se
atreva a semejantes libaciones en honor de la diosa?
¿No son propias de bárbaros y de taurios, y no es la
Ártemis de los escitas la que las acepta?[312]: sólo entre

[312] Los taurios eran los habitantes de Táuride, hoy Crimea,

ellos se ve así ensangrentado un templo. Has convertido en una Escitia a Jonia, y ahora corre en Éfeso la sangre
4 que derraman los taurios. ¡Empuña también tu espada contra mí! Aunque ¿para qué necesitas una espada? Tu mano ha hecho de espada: esa diestra homicida y sangrienta ha cometido actos como sólo en un crimen son posibles.»

3 A mis gritos acudió la multitud que se encontraba en el templo. La gente insultaba a Tersandro y el sacerdote en persona le echó en cara que no se avergonzase de acciones tales, realizadas así a la vista de todos y en lugar sagrado [313]. Y yo, lleno de ánimo, proseguí:

«—Tal trato he recibido, señores, yo, un hombre libre y *de una ciudad no poco ilustre* [314]. Ese sujeto ha maquinado contra mi vida, pero Ártemis me ha salvado, po-
2 niendo en evidencia sus calumnias. Ahora he de salir del templo para lavarme el rostro, pues por nada del mundo lo haría aquí, manchando el agua sagrada con la sangre que su violencia ha derramado.»

3 Entonces ya, aunque a duras penas, lograron arrastrarlo fuera del santuario, mas aún tuvo tiempo al marcharse de proferir estas palabras:

«—¡En cuanto a ti, la sentencia está ya pronunciada y no tardarás en sufrir tu castigo! ¡Y en cuanto a esa ramera que quiere pasar por virgen, la flauta le dará el que merece!»

---

conocidos por los sacrificios humanos que practicaban: cf. Heródoto, IV 103, Eurípides, *Ifigenia en Táurica*, etc. La Ártemis de los escitas es, sin duda, la misma diosa (Ártemis-Ifigenia) a que dedicaban su culto sangriento los taurios, aquí identificados con los escitas.

313 Algunas traducciones dan las palabras del sacerdote en estilo directo, lo que, a pesar de los problemas textuales, no parece muy probable.

314 La expresión es curiosamente idéntica a la de San Pablo en *Actos* XXI 39. Si Aquiles Tacio ha imitado el texto bíblico, como algunos pretenden, no es cosa demostrable desde luego.

Cuando al fin hubo desaparecido, salí y me limpié 4
el rostro. Y era la hora de la cena y el sacerdote muy
amablemente nos invitó. Yo me sentía incapaz de mirar
a Sóstrato de frente, consciente del trato que le había
dado. Sóstrato, a su vez, a la vista de los arañazos de
mis ojos que él mismo me había inferido, no se atre-
vía a mirarme, avergonzado. Y Leucipa mantenía tam-
bién su mirada baja, y la velada entera transcurrió 2
con esta situación embarazosa, aunque con la bebida y
al ir Dioniso (por algo es padre de la libertad)[315] poco
a poco suavizando nuestro reparo, el sacerdote inició
la conversación dirigiéndose a Sóstrato:

«—¿Por qué no me cuentas, extranjero, vuestra his-
toria? Pues me parece que será grato escuchar algunas
de vuestras peripecias. Y relatos semejantes son los
mejores compañeros del vino.»

Se alegró Sóstrato de encontrar este pretexto y re- 3
plicó:

«—La parte que me corresponde de esta narración
es bien simple: que me llamo Sóstrato, procedo de Bi-
zancio y soy tío de este joven y padre de esta muchacha.
El resto, la verdadera historia, cuéntala tú, Clitofonte,
hijo, sin avergonzarte. Cualquier episodio doloroso que 4
me haya acontecido no ha sido por tu culpa, sino por
obra de la divinidad. Y, además, el relato de los suce-
sos pasados estimula más que apena a quien ya se libró
de ellos.»

Y yo me pongo a contar todo lo que se refiere a 5
nuestra marcha de Tiro, la travesía, el naufragio,
Egipto, los Vaqueros, el rapto de Leucipa, el vientre
postizo junto al altar, la estratagema de Menelao, la
pasión del comandante y la pócima de Quéreas, el
secuestro a manos de los piratas y mi herida en el

---

315 ¿Por la advocación romana como *Liber pater,* según piensa Gaselee? En realidad ya el Dioniso griego recibía calificativos como el de libertador (de preocupaciones)».

2 muslo, cuya cicatriz les muestro. Cuando llegué al tema
de Mélite, introduje algunos cambios haciendo resaltar
mi virtuoso comportamiento, aunque sin falsear los he-
chos; hablé del amor de Mélite y de mi castidad, de por
cuánto tiempo insistió, de su fracaso, de cuántas pro-
mesas me hizo, de cuánto se lamentaba. Narré lo que
tenía que ver con la nave y el viaje a Éfeso y de cómo
ambos dormimos bajo el mismo techo y, ¡por Arte-
mis, que estaba presente!, cómo salió del lecho tal una
3 mujer que ha dormido con otra mujer. Sólo soslayé
un punto de los sucesos que me afectaban: la consi-
deración[316] que tuve luego con Mélite. Después que
conté el episodio de la cena[317] y cómo inventé una falsa
acusación contra mí mismo y llegué en mi relato hasta el
momento de la peregrinación, añadí: «Éstas han sido
mis peripecias, pero las de Leucipa son aún mayores
4 que las mías: la han vendido y la han tenido como
esclava, ha cavado la tierra y no han respetado la her-
mosura de su cabeza, que podéis ver cómo está rapada.»
Y narré cada uno de estos episodios en que se ha-
5 bía visto envuelta. También en esta parte de mi relato
al tocar lo que se refería a Sóstenes y Tersandro, realcé
el comportamiento de ella aun más que el mío, con
la intención de favorecerla, lógica en un enamorado, y
más por estar su padre oyéndome: cómo soportó toda
clase de vejaciones corporales y violencias, excepto una,
y cómo fue por defenderse de ésta por lo que padeció
todas las demás.

«Y ha perseverado, padre, hasta el día de hoy en el
mismo estado en que tú la mandaste lejos de Bizan-
6 cio. Y el elogio por el hecho de que, a pesar de haber
elegido yo escaparme con ella, no haya consumado el

---

[316] Eufemismo (cf. V 27).

[317] Cf. V 18 ss. (escena de las cartas) y V 23 ss. (aparición de Tesandro, etc.). En realidad, hubo dos cenas y a ambas puede referirse aquí Clitofonte.

motivo de tal fuga, no debe dirigírseme a mí, sino a ella, por haber permanecido virgen en medio de piratas y haber triunfado sobre el pirata peor: Tersandro, el
sujeto más desvergonzado y brutal. Durante nuestra 7
ausencia, padre, hemos sido castos, pues, aunque el amor nos acosaba y nuestra fuga fue la de dos enamorados, todo el tiempo en que hemos estado fuera nos hemos comportado mutuamente como hermanos[318]. Es más, si existe una virginidad en un varón, también yo he conservado hasta el presente la mía consagrada a Leucipa. Y ella desde hace mucho anhelaba alcanzar el
templo de Ártemis[319] ¡Señora Afrodita!, no te enojes 8
con nosotros por creerte ultrajada. Deseábamos que a nuestra boda no faltara su padre: pues bien, su padre está aquí. Ven también tú y muéstrate ya benévola con nosotros.»

El sacerdote escuchaba nuestra historia con la boca 9
abierta, acogiendo con admiración cada episodio del relato. Sóstrato hasta vertía lágrimas cada vez que Leucipa intervenía en él. Y yo, cuando hube terminado mi narración, dije:

«—Ya oísteis nuestras aventuras. Pero hay una sola cosa de la que, a mi vez, quiero que me informes, sacerdote: ¿qué significa esa amenaza que Tersandro dirigió contra Leucipa al final, cuando ya se iba, mencionando una flauta?

»—Has hecho muy bien al preguntarme —contestó—. Pues precisamente por conocer lo que se refiere a esa

---

[318] A pesar de la extrema concisión de esta frase en el original, el sentido creemos que es éste (cf. la n. de VILBORG) y no el que pretenden traductores como Gaselee o Grimal.

[319] En realidad, el templo del que se habla en IV 1, 4-7, es el de Afrodita. El autor se ha permitido una alteración en su propia autocita. En cuanto a la siguiente plegaria de Clitofonte, ha de relacionarse, naturalmente, con su sueño en el mismo lugar del libro IV.

flauta, debo complacer a los presentes[320], y porque, además, contando esa historia, corresponderé a la que has contado tú.

6 »Estás viendo ese bosque que se extiende detrás del templo. En él hay una gruta vedada a las mujeres, pero no para las vírgenes que entran en ella puras. Nada más pasar la entrada se encuentra colgada una
2 siringa. Por supuesto, si también entre vosotros, los bizantinos, es corriente este instrumento, entendéis lo que quiero decir. Pero, por si alguno de vosotros está menos familiarizado con esta clase de música, voy a explicar de qué se trata y a contaros completa la historia de Pan y de esa gruta.

3 »La siringa la forman varias flautas, cada una de las cuales es una caña, y todas las cañas juntas se tocan como una única flauta. Están dispuestas en una fila
4 compacta, cada una unida a la siguiente, y la parte delantera y la posterior son idénticas. Todas las cañas van disminuyendo ligeramente en longitud, de modo que la siguiente sea siempre más larga, y así difiere la primera de la segunda en la misma proporción en que la tercera es más larga que la segunda, según esa misma proporción siendo igual la diferencia entre las restantes cañas y teniendo la que está en el centro una longitud
5 intermedia por ser las cañas en número impar[321]. La distribución impuesta por la armonía es la causa de semejante disposición, pues tanto más agudo es el tono de la caña superior cuanto es más grave el de la inferior y las dos de los extremos poseen uno y otro de esos

320 Esta frase (con algún problema en la transmisión del texto por añadidura) es ambigua y ha dado lugar a traducciones muy diferentes. Nosotros seguimos la apuntada por Vilborg.

321 La traducción de este párrafo es aproximada, dadas las condiciones y oscuridades del texto. Las últimas palabras responden a una propuesta de Shorey (aceptada por Vilborg) y difieren de la mayoría de las traducciones. Sobre la *siringa*, cf. nuestras notas 9 y 16 a LONGO.

dos tonos, y, en cuanto a los intervalos entre ambos ex-
tremos, cada caña intermedia produce un tono más
bajo que su vecina, hasta alcanzar el más grave al
final. El mismo número de tonos que hace resonar en 6
su interior la flauta de Atena[322] es el que produce por
sus aberturas la de Pan: en aquélla son los dedos los
que rigen las notas, en ésta es la boca del artista la
que imita a los dedos. En la primera el flautista cierra
todos los orificios menos uno, por el que pasa el aire,
mientras que en la segunda deja libres las demás
cañas, aplicando los labios sólo sobre la que no desee
que pemanezca silenciosa, saltando de una a otra según
lo requiera la hermosa armonía de la composición.
Así su boca danza por las distintas flautas. 7

»Pero tal siringa no era al principio ni flauta ni caña,
sino una doncella tan linda que invitaba a solicitarla[323].
Pues bien, Pan la acosaba en amorosa carrera y en su
huida la acoge un tupido bosque. Pan penetra en él
tras sus pasos y alarga sus manos para atraparla.
Cree haberle dado caza, sujetándola por los cabellos, 8
pero sus manos sólo asían la cabellera de unas cañas,
ya que, según cuentan, ella se había hundido en la tie-
rra y en su lugar la tierra hizo nacer cañas. Pan, furi- 9
bundo, corta las cañas por haberle robado, a su enten-
der, a la joven deseada, pero, luego que tras su acción
no pudo hallarla, pensó que la muchacha se había
transformado en cañas y lloró por haberlas cortado,
creyendo haber cortado en realidad a su amada. Y 10
entonces recogió los trozos de las cañas, como si fueran
parte de su cuerpo, juntándolas para que formasen un

322 La flauta de Atena produce sus notas según se tapen unos u otros agujeros, como dirá luego: de ahí que quepa emplear convencionalmente la expresión «en su interior».

323 Todo apunta a ver en esta historia la influencia de Longo, II 34, como ya señalaron Rohde y otros (cf. F. Garin, «Su i romanzi greci», *Studi It. Filol. Class.* 17 [1909], 437 sig.).

cuerpo único y compacto, y con ellas en las manos
besaba los tajos que había dado a las cañas, tal como
si fuesen las heridas de la joven. Se le escapaban amo-
rosos sollozos mientras ponía en ellas su boca y al
tiempo que las besaba exhalaba su aliento hacia el inte-
rior de las cañas. Su aliento pasaba por los angostos
tubos y producía notas y la siringa fue dueña así de
11 una voz. Ahora bien, esa siringa, según aseguran, la
colgó aquí como ofrenda Pan, encerrándola dentro de esa
gruta, y visitaba el lugar frecuentemente y solía tocar
con la siringa. Mas luego, al cabo del tiempo, le regaló
el lugar a Ártemis, acordando con ella que mujer al-
12 guna[324] pusiese allí su pie. Y por ello cuando a una se
la acusa de no ser ya doncella, el pueblo la acompaña
hasta la entrada de la gruta y es la flauta la que sen-
tencia el pleito. Pues la muchacha penetra, revestida
con las galas que impone la costumbre[325], y otra per-
13 sona cierra las puertas de la cueva. En caso de ser
virgen, se escuchan unas notas melodiosas y divinas,
ya sea porque el lugar produzca un soplo que vaya a
parar a la siringa y se convierta en música, ya sea qui-
zás porque el propio Pan la toque. Poco después las
puertas de la gruta se abren solas y aparece la doncella
14 con la cabeza coronada con ramas de pino. Mas si su
virginidad es fingida, guarda silencio la siringa y sale
de la caverna un lamento en vez de música y de inme-
diato el pueblo se aleja dejando dentro de la gruta
a la mujer. Al tercer día la virgen sacerdotisa del lugar
se presenta allí y halla la flauta tirada por el suelo,
pero no encuentra a la mujer en parte alguna.
15 »A la vista de estos hechos pensad en vuestra situa-
ción y tomad vuestras disposiciones a fin de salir bien
librados. Pues, si Leucipa es doncella, ¡y ojalá sea así!,

---

[324] Excepto las que fuesen vírgenes, como especificó antes, lo que da pie para la ordalía que ahora se detalla.

[325] Que se describirán, luego, en 13, 1.

id alegres, ya que os será favorable la siringa, que nunca daría un juicio falso. Pero si no es así, pues bien sabéis que cualquier cosa era de esperar que le ocurriera, aun a pesar suyo, envuelta en tantas asechanzas...»

Leucipa intervino de inmediato, antes que el sacer- 7
dote pudiese continuar hablando:

«—Si vale mi parecer, no digas más. Estoy resuelta a entrar en la gruta de la siringa y a quedarme allí encerrada aun sin que me lo manden.

»—¡Espléndido! contestó el sacerdote. Y me congratulo de tu virtud y de tu buena suerte.»

Entonces, como ya se terminaba el día, cada cual 2
se fue a dormir donde el sacerdote nos había preparado un lecho, menos Clinias, que no había cenado con nosotros para que no pareciese que abusábamos de la hospitalidad de nuestro anfitrión, y en cambio pasó también esa noche donde se había hospedado la víspera.

La verdad es que yo veía que Sóstrato estaba muy 3
inquieto por causa de la historia de la flauta, porque sin duda temía que por respeto a él hubiésemos mentido en lo que se refería a la virginidad de Leucipa.
Y le hice una seña disimulada a Leucipa para que disi- 4
pase los temores de su padre, si sabía algún medio que juzgase el más adecuado para convencerlo. Ella me dio la impresión de que tenía la misma sospecha que yo, de modo que me entendió rápidamente. En efecto, ya antes de mi seña había pensado cómo lograría de
la mejor manera hacerse creer. Entonces, cuando iba a 5
retirarse a dormir y se despedía de su padre, le dijo en voz baja: «No temas, padre, por mí: confía en nuestras palabras. Ninguno de nosotros dos, ¡por Ártemis!, ha pronunciado una mentira.»

Al día siguiente Sóstrato y el sacerdote estuvieron 6
ocupados con el asunto de la peregrinación. Se celebraron los sacrificios. Asistió incluso el Consejo de la

ciudad, para tomar parte en las ceremonias, y dirigieron numerosas plegarias a la diosa. Y Tersandro, que asistía igualmente, le habló así al presidente del Consejo: «Señala para mañana nuestro juicio, puesto que ayer hubo quienes llegaron al extremo de soltar al condenado y Sóstenes sigue sin aparecer por parte alguna.»

La vista del proceso quedó así fijada para el día siguiente. Y nosotros lo tuvimos preparado todo lo más cuidadosamente posible.

8 Llegada la hora del juicio, Tersandro pronunció estas palabras: «No sé por qué argumento ni en qué punto comenzar, ni qué acusación formular primeramente ni cuáles después. Son muchos los delitos y muchos los que han tenido la osadía de cometerlos, sin que ninguno de esos crímenes ceda en gravedad a cualquiera de los otros. Todos ellos son independientes entre sí y algunos ni siquiera podré tocarlos en mi
2 acusación. Como el corazón manda, me temo que mi discurso resulte incompleto, puesto que el recuerdo de cada uno de los otros arrastrará mi lengua a denunciar crimen tras crimen. Y así la premura a que en mis palabras me obliguen los temas no tratados quitará
3 el efecto general de lo que lleve ya expuesto. Pues cuando los adúlteros asesinan a los criados ajenos, los asesinos cometen adulterio con las esposas de los demás, los alcahuetes de lupanar impiden las santas peregrinaciones y las prostitutas ensucian los más venerables santuarios, fijando las fechas para pleitos entre esclavas y amos [326], ¿qué más se puede hacer ya, después de esta mezcla de ilegalidad, adulterio, impiedad
4 y homicidio? Sentenciasteis a muerte a un individuo por causas que no importan ahora, lo enviasteis a la

326 El texto de este último miembro está estropeado y su sentido es incierto.

prisión encadenado para que allí se le vigilase hasta el momento de su ejecución, y ahí lo tenéis entre vosotros, con su vestido blanco en vez de los grilletes, un presidiario ocupando un lugar entre los hombres libres. Quizás hasta tendrá la osadía de tomar la palabra y pronunciar alguna perorata contra mí... o más bien contra vosotros y contra vuestra sentencia.

»Pero lee esa sentencia dictada por los presiden- 5
tes del tribunal y sus asesores[327].

»Estáis oyendo la condena que impusisteis, el veredicto a mi favor en el proceso contra ese hombre: la sentencia de muerte contra Clitofonte. Ahora bien, ¿dónde está el verdugo? ¡Que detenga a ese sujeto y se lo
lleve! ¡Dale ya la cicuta! Legalmente en este momento 6
es un cadáver, un condenado cuya fecha de ejecución ha pasado de sobra. ¿Qué nos dices tú, venerabilísimo y dignísimo sacerdote? ¿En qué sagrado código está escrito que a los sentenciados por el Consejo y los pritanos[328], entregados a la muerte y las cadenas, los arranques de su propia ejecución, los libres de sus grilletes y tu autoridad prevalezca sobre los presiden-
tes del tribunal y los mismos tribunales? ¡Alzate, pre- 7
sidente, de tu asiento, cédele tu cargo al frente del tribunal! Ya no tienes autoridad alguna, no está en tu mano sentenciar a los criminales, hoy se anula cualquier orden que des. ¿Por qué estás aquí, sacerdote, a
nuestro lado, como uno más entre la multitud? ¡Sube 8
al estrado, siéntate en el sillón del presidente, díctanos sentencias tú en adelante, o, mejor aún, impón como un déspota tus órdenes! ¡Qué no te vengan leyéndote leyes ni veredictos de tribunales y no te tengas en abso-

---

[327] Frase dirigida al secretario del tribunal. La lectura de la sentencia no se recoge en la narración.

[328] Instituciones en principio ajenas al poder judicial, citadas aquí (cf. antes el plural «presidentes») en pro de la solemnidad retórica.

luto por humano: que se prosternen ante ti a la vez
que lo hagan ante Ártemis, pues es a ella a la que has
9 usurpado sus honores! Sólo ella tiene potestad para
salvar a los que buscan refugio a su lado, y esto antes
de que un tribunal pronuncie su veredicto. A nadie ha
liberado la diosa de sus grilletes ni menos libró de su
castigo a ningún condenado a muerte. Sus altares aco-
10 gen a los seres desdichados, no a los delincuentes. En
cambio, tú liberas a los que han sido aherrojados, a
los reos sentenciados libras de su castigo, sobrepasando
así en privilegios a la propia diosa. ¿Quién ha habitado
alguna vez su templo en vez de una prisión? ¡Un ase-
sino, un adúltero bajo el mismo techo que la diosa
inmaculada! ¡Ay, un libertino al lado de la diosa vir-
gen! ¡Y con él también una hembra licenciosa, una
11 sierva que ha huido de su amo! Pues a ésa, según he
visto, la has acogido igualmente y han encontrado en
tu casa un hogar y se sientan a tu mesa y hasta tal vez,
sacerdote, incluso has dormido en su lecho. Has con-
vertido el templo en una casa particular. La morada
de Ártemis se ha vuelto casa de adúlteros y alcoba de
12 ramera. Tales cosas no suceden ni siquiera en un bur-
del. En fin, mis palabras son una acusación común
contra esos dos hombres: respecto al uno, exijo que
sufra el castigo que merece su arrogancia, y en cuan-
to al otro, que se ordene que se entregue para cumplir
la pena ya impuesta.

»Pero aún me queda un segundo proceso, por adulte-
rio, contra Mélite, en el cual no preciso recurrir a
pronunciar discursos contra ella, ya que está decidido
que la indagación se base en el interrogatorio de sus
13 sirvientas. Reclamo, pues, que se las interrogue y, si
bajo la tortura declaran no estar enteradas de que ese
reo ya condenado cohabitó con ella mucho tiempo y
que en mi propia casa ocupaba el puesto no sólo de un
amante sino de un marido, estoy dispuesto a retirar

mi acusación contra ella. Ahora bien, si se da el resultado opuesto, afirmo que, según manda la ley, su dote debe pasar a mis manos, y, en cuanto a él, debe sufrir la pena que se impone a los adúlteros, que es la de muerte. Es así como, sea cual sea de las dos la razón de su muerte, por ser un adúltero o por ser un asesino, a pesar de ser culpable en ambos casos, habrá pagado su culpa sin pagarla, pues, una vez muerto, seguirá siendo deudor de otra muerte.

»La tercera parte de mi intervención se dirige contra 14
esa esclava de mi propiedad y contra ese respetable farsante que se hace pasar por su padre, pero ese punto lo reservaré para más tarde, cuando hayáis condenado a esos otros.»

Y con estas palabras terminó de hablar Tersandro.

Entonces compareció el sacerdote (no carecía de 9
dotes oratorias y era un gran émulo del cómico Aristófanes) y dio principio en persona[329] a su discurso en tono muy jocoso y al estilo de la comedia, con un ataque contra las lascivas costumbres de Tersandro[330]:

«Injuriar en la presencia de la diosa de modo tan infame a quienes han llevado una vida decorosa es
propio de una boca inmunda. Pero la lengua de ese indi- 2
viduo no sólo aquí sino en cualquier otro lugar está llena de iniquidad. Ya cuando era joven andaba con muchos caballeros de buena po...sición y empleó toda su mocedad en esas relaciones. Adoptaba aires respetables, representaba una farsa de hombre virtuoso, simulando estar ansioso de... educarse, y en todo momento

[329] No a través de algún representante legal.

[330] La vieja hipótesis de que con este discurso Aquiles Tacio aludía a San Juan Crisóstomo, un ferviente admirador de Aristófanes, debe ser abandonada ya, dada la fecha que ahora se atribuye a nuestro novelista. Por otra parte, el texto está lleno de equívocos y alusiones obscenas, que intentamos reflejar en la traducción aun a costa de algunas libertades.

inclinándose y disponiéndose a recibir...las enseñanzas
3 de sus maestros. Abandonó la casa de sus padres y,
alquilando un pequeño local en una callejuela, puso
allí su...burdel, afanado en el tras...iego de las letras
y aceptando con amable cama...radería a todos los que
podían proporcionarle lo que deseaba. Y de este modo,
mientras tenía por meta el cul...tivo de su alma, en
realidad nó hacía sino seguir con su papel de vicioso.
4 Luego, en los gimnasios, veíamos también cómo se
untaba el cuerpo y cómo practicaba con la...pértiga[331]
y se trababa con los mocitos en la lucha, abrazado
5 sobre todo a los más varoniles. Así se entrenaba y en-
trenaba su cuerpo. En esto se ocupaba, pues, mientras
estuvo en la flor de la juventud. Y cuando fue ya un
adulto, reveló todo cuanto hasta entonces había tenido
reservado. Perdido el atractivo de sus años mozos, se
ha vuelto negligente con el resto de su cuerpo y cuida-
doso sólo con su lengua, que tiene bien afilada para la
infamia. Su boca se emplea en desvergüenzas y en
insultar a todo el mundo. En su cara lleva la marca de
la falta de pudor, ya que ni siquiera lo ha tenido para
un trato tan blasfemo y tan grosero como el que ha
dado delante de vosotros a quien habéis honrado con
6 el rango de sacerdote. Si yo hubiese vivido en cual-
quier otro lugar y no aquí entre vosotros, tendría que
daros cuenta de mi persona y de mi vida. Pero, dado
que sabéis bien que mi vida está lejos de las impías
calumnias de ese hombre, sólo os hablaré de sus acusa-
7 ciones. 'Liberaste —dice— a quien está condenado a
muerte', y con tal motivo se ha desahogado con toda
clase de terribles expresiones, calificándome de déspota
y de cuanto ha querido en ese drama que ha represen-
tado a costa mía. Pero un déspota así no es sólo el que

---

331 Traducción aproximada. El texto está alterado y sujeto a conjeturas; de todos modos, cf. ARISTÓFANES, *Lisístrata* 979.

salva a las víctimas de pérfidas denuncias, sino a los
que en nada han delinquido y no han sido condenados
por el Consejo ni por la autoridad del pueblo[332]. O, 8
dinos tú, ¿de acuerdo con qué leyes encerraste antes
de nada en la prisión a ese joven forastero? ¿Qué pre-
sidente de un tribunal lo condenó? ¿Qué juzgado orde-
nó su detención? Supongamos que cometió cuantos
crímenes quieras enumerar: ¡pues bien, que primero
se le juzgue y sea convicto de ellos, una vez que se haya
oído su defensa! ¡Qué sea la ley, que está por encima
de ti y de todos los demás, la que le ponga los grilletes!
Ningún hombre tiene más prerrogativas que otro hom- 9
bre, si no ha mediado un juicio. ¡Clausura, pues, los
tribunales, suprime las sesiones del Consejo, expulsa
a los magistrados! Cuantas amonestaciones has dirigido
al presidente de este tribunal parece que con mayor
justicia se podrán volver contra ti: cédele a Tersan-
dro tu asiento, presidente. Tú lo eres sólo de nombre: 10
es ése el que aquí cumple tus funciones, o, todavía
mejor, unas funciones que ni aun a ti te corresponden.
Pues tú tienes a tu lado otros jueces que te asisten,
sin cuyo acuerdo no te está permitida decisión alguna.
Es más, ni puedes tomar ninguna antes de ocupar ese
sillón de presidente, de modo que jamás en tu propia
casa has condenado a un hombre a ser encadenado. En
cambio, este noble señor se atribuye todas las funcio-
nes, y es a la vez asamblea del pueblo, Consejo, presi-
dente del tribunal y magistrado. Sanciona en su propia 11
casa, hace en ella de juez, ordena las detenciones y con
él la hora de la vista del proceso empieza cuando cae
la noche[333]: ¡lindo y nocturno juez! Y ahora grita sin
cesar: '¡Has dado libertad a un reo, entregado ya a la
muerte!' ¿A qué muerte te refieres?, ¿a qué reo?: dime

---

332 Seguimos la interpretación de Vilborg, preferible con mucho a la usual.

333 Los juicios tenían lugar a plena luz del día.

12 los motivos de esa ejecución. Está condenado por asesinato', afirma. ¿Con que es un asesino?: dime quién fue su víctima. La mujer a la que asesinó y que según tus palabras está muerta, ves que está viva, y no osarías ya seguir acusándolo de tal asesinato. Sin duda éste no es el fantasma de esa joven ni Aidoneo[334] nos
13 ha devuelto aquí arriba a la muerta para perderte. Eres culpable, pues, de dos crímenes, ya que a ella la asesinaste de palabra y a él quisiste de obra asesinarlo. Aún más, a esta mujer incluso estuviste a punto de matarla de verdad, pues a nuestros oídos han llegado tus actos allá en tu finca. Pero la gran diosa Ártemis los ha salvado a ambos, arrancando a la joven de las garras de
14 Sóstenes y a él de las tuyas. A Sóstenes tú lo quitaste del medio, para que no cayera en flagrante delito en manos de la justicia. ¿No te avergüenzas de que tus acusaciones contra los dos extranjeros quede probado que no eran sino calumnias?

»Aquí pongo término a mi defensa contra las impías injurias de ese individuo. Y en cuanto a la de los forasteros, les cedo la palabra a ellos mismos.»

10 Iba ya a intervenir en mi nombre y en el de Mélite un abogado de no escasa reputación y miembro del Consejo, cuando se le anticipó otro abogado, cuyo nombre era Sópatro y que hacía de asesor de Tersandro, el cual comenzó así:

«Ahora me toca hablar a mí para acusar a estos adúlteros, excelente Nicóstrato (éste era el nombre de mi abogado), y luego te llegará el turno a ti. Pues el discurso de Tersandro ha estado dirigido sólo contra el sacerdote, sin que haya hecho sino tocar de pasada la parte que corresponde precisamente a la acusación
2 contra el preso. Cuando yo haya demostrado que es

[334] Otro nombre de Hades ya mencionado (cf. III 7, 5 y n. 169).

culpable de dos muertes, entonces puedes tener la oportunidad de intentar librarlo de esa acusación.»

Tras expresarse en esos términos y entre gesticulaciones de fantoche y mucho rascarse el rostro[335], prosiguió:

«Hemos sido espectadores del sainete del sacerdote, que ha representado su papel atacando a Tersandro
del modo más grosero y desvergonzado. El preámbulo 3
de su discurso han sido sólo las mismas imputaciones, ahora contra Tersandro, que éste había dirigido contra él. Pero Tersandro no dijo una sola falsedad en cuantas acusaciones le dirigió, pues ha libertado a un preso, ha acogido a una ramera y se ha confabulado con un adúltero. Y no ha retrocedido ante ninguna de las calumnias que con mayor impudor aun levantó, difamando la
vida de Tersandro. Sin embargo, a un sacerdote le 4
correspondía ante todo mantener su lengua limpia de semejantes infamias (y no hago sino volver sus propias palabras contra él mismo). Y en cuanto al drama que nos ha representado tras el sainete, ya con toda claridad y no a base de acertijos, quejándose de que hiciéramos prender a un adúltero al que habíamos sorprendido, me he preguntado con asombro cuál sea la poderosa
razón de que haya puesto tal empeño en ello. Lo cierto 5
es que es posible sospecharla, ya que ha debido reparar en los rostros de esos dos viciosos, el adúltero y la buscona, ella lozana y moza, lozano también el muchacho y con un aspecto aún nada desagradable sino, al contrario, todavía muy propicio para dar placer al
sacerdote. ¿Cuál de...las dos[336] te compró con sus favo- 6
res? Todos habéis dormido juntos, os habéis emborrachado juntos y nadie ha sido testigo visual de lo que ha-

[335] Cf. la descripción de los gestos de Demóstenes en Esquines, *Sobre la embajada* 49, en la que, sin duda, se ha inspirado el novelista.

[336] Alusión malévola del original.

yáis hecho por la noche. Me temo que hayáis convertido el templo de Ártemis en el de Afrodita y que tengamos que decidir sobre tu sacerdocio, para ver si has de seguir disfrutando de ese rango.

7 »Por lo que respecta a la vida de Tersandro, todo el mundo sabe que desde edad temprana ha sido decente y ha estado llena de virtudes, y que él, cuando se hizo adulto, tomó esposa del modo que regulan las leyes, aunque errase en la elección de su mujer (que no le resultó como esperaba), fiado en su linaje y patrimonio.
8 Es posible que ella haya cometido igual desliz con otros hombres en el tiempo precedente y que en esos casos no dejara que se apercibiese este buen esposo, pero en el último episodio se ha quitado por entero su velo de pudor y ha llegado al colmo de la desvergüenza.
9 En efecto, como su esposo había partido para una larga ausencia, consideró ésta la ocasión idónea para un adulterio y; tras encontrar a este joven pelandusco (lo que fue su mayor desgracia: hallar un amante de esta calaña, que con las mujeres imita a los hombres, pero con los hombres hace de mujer), en esas condiciones y sin el menor temor no tuvo bastante con cohabitar con él abiertamente en el extranjero, sino que incluso lo trajo aquí, durmiendo en su cama durante la travesía por un mar tan dilatado y en el mismo barco públicamente entregándose a la vista de todos a sus actos libertinos.
10 ¡Un adulterio en que tienen su parte la tierra y el mar! ¡Un adulterio que se extiende desde Egipto a Jonia! Hay mujeres que cometen adulterio, pero por una única ocasión. Y, si su falta se repite una segunda vez, disimulan su acción ocultándose de todos. Ésta, en cambio, la comete no sólo a toque de trompeta, sino
11 haciendo que la publique un pregonero. Éfeso entera conoce a su amante. Y ella no ha sentido vergüenza alguna al traernos ese artículo del extranjero, importando un amante como quien viene tras adquirir una

preciosa mercancía. 'Mas yo creía —alega— que mi esposo estaba muerto'. Por supuesto, si él estaba muer- 12
to tú estás exenta de culpa, ya que no existe la víctima del adulterio ni se falta contra un matrimonio en el que ya no cuenta el esposo. Pero, si el matrimonio no está anulado porque el marido sigue con vida, se produce un robo cuando otro seduce a la mujer casada, pues exactamente igual que, por haberse disuelto el matrimonio, no existía la figura del adúltero, así, por no estar disuelto, sí existe el adúltero.»

Todavía seguía Sópatro en el uso de la palabra, pero 11
Tersandro le cortó su discurso:

«No hay necesidad de hablar más —dijo—. Yo presento dos demandas: una sobre Mélite, aquí presente, y la otra sobre la que pasa por ser hija del responsable de la peregrinación (aunque no recurriré ya al interrogatorio que hace poco mencioné) [337], pero que es en realidad mi esclava.»

Y leyó a continuación:

«Tersandro demanda a Mélite y a Leucipa (así he 2
oído que se llama esa ramera): en cuanto a Mélite, que, si no ha tenido relaciones amorosas con ese extranjero durante el tiempo en que estuve ausente, entrando en el agua santa de la Estigia [338] y prestando juramento, quede libre de sus cargos; y en cuanto a la otra, que, si es ya mujer, sirva como esclava a su amo (dado que sólo a siervas le está permitido presentarse en el templo de Ártemis), y que en cambio, si persiste en afirmar que es doncella, sea encerrada en la cueva de la siringa.»

---

337 Hemos mantenido en su lugar esta frase, que Gaselee considera una interpolación alegando que hasta ahora no se ha hablado de someter a Leucipa a interrogatorio (con la consabida tortura, como tal esclava). En realidad, la alusión puede ser a las esclavas antes mencionadas, aunque la expresión es un tanto confusa.

338 Cf. luego, 12.

3 Nosotros por supuesto, aceptamos de inmediato la demanda, ya que sabíamos que iba a producirse. Y Mélite, con el ánimo que le infundía no haber tenido relación conmigo, a no ser de palabra, mientras Tersandro estuvo ausente, declaró:

«—También yo acepto esa demanda y deseo yo misma completarla añadiendo principalmente que no he visto en absoluto hombre alguno ni de esta ciudad ni forastero que haya tenido conmigo tal relación durante el tiempo que mencionas. Pero ¿cuál debe ser tu sanción, si se demuestra que tu denuncia era una calumnia?

4 »—La que decidan imponerme los jueces» —contestó—.

Y fue en estos términos como concluyó la audiencia y se fijó para el día siguiente el asunto de la demanda.

12 La historia del agua de la Estigia era así:

Hubo una linda doncella llamada Rodopis, enamorada de las monterías y de la caza. Sus pies eran veloces, certeros sus brazos; llevaba cinturón y gorro, el vestido hasta la rodilla arremangado y los cabellos cortos a la usanza de los varones. Ártemis la ve, queda encantada, la llama, la hace su compañera de cacerías
2 y las más de las veces salen juntas de caza. Pero también ella le juró quedarse siempre a su lado, rehuir el trato con los hombres y no soportar las violencias de Afrodita. Tal juró Rodopis, y Afrodita oyó su juramento. Monta en cólera la diosa y se empeña en castigar a la doncella por semejante desdén.

3 Había en Éfeso un mocito, tan guapo entre los muchachos cuanto Rodopis entre las doncellas. Eutínico lo llamaban y era también cazador, como Rodopis, y
4 de Afrodita igualmente no quería saber nada. A por ambos, pues, parte la diosa y hace que coincidan las presas de uno y otro, ya que hasta entonces los dos jóvenes se habían mantenido distanciados. En tal oca-

sión no estaba Ártemis presente y Afrodita fue en busca de su hijo, el arquero, y así le dijo: «Hijo, ¿ves esa pareja ajena a todo amor y que siente aversión de ti y de mí y de nuestros propios misterios? Es más, esa doncella con mucho mayor atrevimiento ha llegado a pronunciar un voto contra mí. Estás viendo cómo
acuden a la carrera tras la cierva: ¡inicia también tú 5
tu montería, comenzando por esa joven tan osada! ¡Por supuesto que tu dardo es más certero que los suyos!»

Apuntan él y ella sus arcos, ella con la cierva por blanco y contra la doncella Eros. Acertaron ambos y
así la cazadora tras la caza resultó cazada. La cierva 6
recibió el dardo en su lomo, la doncella lo recibió en su corazón, y este dardo fue amar a Eutinico. Luego
también Amor disparó otra flecha sobre éste. Y se 7
vieron entonces Eutinico y Rodopis, clavando, lo primero, cada uno sus ojos en el otro y sin que ninguno de los dos quisiera desviarlos a otra parte. Poco a poco prende el fuego de sus heridas y Eros los conduce a esta misma caverna donde ahora está la fuente y donde ellos dejaron de cumplir el voto que habían formulado.
Ártemis ve reírse a Afrodita, comprende lo ocurrido y 8
transforma a la joven en agua en el mismo sitio en que ella había desceñido[339] su virginidad. Y ésa es la razón por la cual, cuando una mujer es acusada en relación con el acto de Afrodita, entra en el venero y se lava en sus aguas. La fuente es pequeña y no cubre
más que hasta media pantorrilla. Y la prueba consiste 9
en que la mujer se cuelga del cuello, atada con un bramante, una tablilla, en la que ha escrito el juramento, y, si su juramento resulta verdadero, la fuente

339 El original ofrece un juego de palabras aun más complejo. «Desceñir» recuerda expresiones usuales relacionadas con el acto sexual.

sigue en su sitio; mas, si es falso, el agua se enfurece, sube hasta su cuello y cubre la tablilla[340].

Tal era nuestro tema de conversación, pero, como avanzara la noche, nos retiramos a dormir cada cual a su lecho.

13 Al día siguiente se presentó todo el pueblo. Venía al frente Tersandro, con el rostro radiante y dirigiéndonos al mismo tiempo burlonas miradas. En cuanto a Leucipa, estaba revestida de un atuendo sagrado: una túnica talar de un delicado tejido, un cinturón que ceñía la túnica a la altura del talle, un turbante del color de la púrpura en torno a la cabeza, y sus pies
2 descalzos. Entró así, llena de serenidad, en la gruta, y yo, al verla, me detuve tembloroso y murmuré para mí mismo: «De que eres virgen, Leucipa, estoy segu-
3 ro, pero, amada mía, tengo miedo de Pan. Es un dios apasionado de las vírgenes y me temo que tú acabes siendo una segunda Siringa. Mas aquélla logró escapar de él, porque la perseguía por tierra llana y su acoso fue por campo abierto. En cambio a ti incluso te hemos encerrado tras esas puertas, como en ciudad asediada, para que, si te persigue, no puedas escapar.
4 Pero tú, ¡oh señor Pan!, sé generoso y no quebrantes la ley de este lugar. Pues nosotros sí la hemos respetado. Que Leucipa nos salga de nuevo a nuestro encuentro virgen. Un pacto tal tienes tú con Artemis: no defraudes a la virgen»[341].

14 Mientras así hablaba conmigo mismo, se dejó oír desde el interior una armoniosa melodía. Se comentaba que jamás antes se había escuchado ninguna con tan dulce son, cuando al punto vimos que se abrían las
2 puertas. Y en el momento de salir Leucipa todo el

---

340 Cf. la ordalía que se lee en MACROBIO, *Saturnales* V 19, 18 ss.

341 Es decir, a la diosa-virgen Artemis, según la interpretación más plausible.

pueblo estalló en gritos de alegría y en improperios
contra Tersandro, en tanto que yo me sentía incapaz
de expresar mis emociones con palabras.

Tras haber obtenido tan lucido triunfo, nos alejamos
de allí, para dirigirnos al lugar de la segunda prueba,
la del agua de la Estigia. La multitud se trasladó, igual- 3
mente, para asistir a este otro espectáculo, y también
allí se cumplieron todos los requisitos. Mélite se puso
la tablilla colgada del cuello. La fuente estaba transpa-
rente y tenía escasa profundidad. Y Mélite entró en ella
y se quedó inmóvil, con el rostro sin sombra de preocu-
pación. El agua quedó tal como estaba, sin que sobre- 4
pasase en lo más mínimo su nivel habitual. Y una vez
que hubo transcurrido el plazo que estaba fijado para
su permanencia en la fuente, el presidente del tribunal
la tomó de la mano y la sacó del agua, resultando Ter-
sandro derrotado ya en dos asaltos. Mas, a punto de
verse vencido en el tercero, se escapó subrepticiamente
buscando refugio en su casa, por miedo a que el pueblo
llegara incluso a lapidarlo. Pues cuatro jóvenes, dos de 5
la familia de Mélite y dos sirvientes, traían a rastras a
Sóstenes, al que Mélite los había mandado a buscar. Y
Tersandro, que se da cuenta desde lejos y sabedor de
que, si lo sometían a tortura, revelaría su enredo, se
anticipa a escapar y, en cuanto cae la noche, sale a
escondidas de la ciudad. Huido Tersandro, los magis- 6
trados decretaron que Sóstenes ingresase en la prisión.
Y entonces nosotros nos retiramos, ya definitivamente
vencedores y colmados de bendiciones por todos los
presentes.

Al día siguiente, los que tenían asignada esa misión **15**
condujeron a Sóstenes ante los magistrados. Él, al ver
que lo llevaban para interrogarlo, confesó sin rodeos
todo cuanto había intentado Tersandro y la colabora-
ción que él le prestó. No dejó de mencionar ni aun
siquiera todo lo que habían hablado a solas ante la

2 puerta de Leucipa acerca de ella[342]. Luego de nuevo lo
arrojaron a la prisión, para expiar allí su pena. A Ter-
sandro, en rebeldía, lo condenaron al destierro, y, en
cuanto a nosotros, el sacerdote volvió a acogernos del
modo acostumbrado.

3 Durante la cena retornamos a las narraciones de
la velada precedente[343] y a los detalles de aquellas
aventuras que se nos hubiesen pasado por alto. Leucipa,
al no sentir ya vergüenza ante su padre desde el momen-
to en que se había demostrado claramente que seguía
siendo doncella, contó con gusto sus propias peripe-
4 cias. Y, cuando llegó al suceso de Faros y los piratas,
le dije:

«—¿No vas a relatarnos el episodio de los piratas
de Faros y el misterio de la cabeza que cortaron allí,
para que también tu padre pueda oírlo? Pues ése es el
único punto que nos queda por escuchar de toda la
historia.

16 »—A una pobre mujer —comenzó a contar— de las
que venden sus favores por dinero la habían engañado
los piratas, con el pretexto de que iba a hacer compañía
en el barco como esposa a un armador, y la tenían a
bordo sin que ella supiese la verdadera razón por la
2 que estaba allí. Mientras pacientemente esperaba con-
vivía con uno de los piratas, que le había dicho que la
amaba. Cuando me raptaron, como viste, me hicieron
embarcar y se pusieron en fuga con toda la rapidez
que sus remos les permitían. Al ver que la nave perse-
guidora iba a alcanzarlos, le quitaron a la desdichada
sus joyas y su ropa y me las pusieron a mí, y a ella
mis vestidos. Luego la colocaron sobre la popa, donde
por ir persiguiéndoles teníais que verla, le cortaron la

---

342 Cf. antes, VI 17. El autor trata, evidentemente, de justificar el conocimiento de que disfruta el narrador (Clitofonte) acerca de un episodio para él desconocido.

343 En realidad, de varios días atrás.

cabeza y arrojaron, como viste, su cuerpo al mar,
mientras que la cabeza, según cayó, la conservaron de
momento en el barco, deshaciéndose también de ella 3
poco después tirándola igualmente cuando ya no os
tenían en su persecución. No sé si de antemano se ha-
bían hecho con la mujer con este fin o con el pretexto
de venderla como esclava, como luego me vendieron
también a mí. Pero, viéndose acosados, para engañar a
sus perseguidores la degollaron en mi lugar, calculando
que sacarían más con mi venta que con la de ella. Y 4
fue así como vi a Quéreas castigado como merecía,
pues había sido él quien les aconsejó matar y arrojar
a la mujer en mi lugar. El resto de los piratas no 5
aceptó dejarme para él solo, ya que opinaban que él
había tenido ya su parte en la persona de otra esclava,
que, si hubiera llegado a ser vendida, les hubiera dado
ocasión de una buena ganancia, y que yo, vendida en
lugar de la muerta, debía darles un beneficio común
para todos ellos en vez de para él sólo. Y como Quéreas 6
se opusiera, aduciendo sus derechos, sacando a relucir
lo que habían acordado, alegando que no me habían
raptado para venderme y beneficiarse ellos sino para
satisfacer su pasión por mí, y llegara a hablarles en
un tono demasiado insolente, uno de los piratas (con
toda la razón del mundo) se puso a su espalda y le
cortó la cabeza. En fin, que, castigado como merecía 7
por haberme secuestrado, también él fue a parar al
mar. Y los piratas, después de dos días de navega-
ción, me llevaron a un lugar cuyo nombre desconozco
y allí me vendieron a un traficante con el que solían
tratar y éste, luego, a Sóstenes.»

Y entonces interviene Sóstrato: 17

«—Pues bien, dado que habéis terminado de contar vuestras historias, hijos míos, escuchadme también a mí lo que ha ocurrido en casa en lo que se refiere a Calígona, tu hermana, Clitofonte, para que no me que-

de yo de ningún modo sin contribuir a esta serie de relatos.»

2 Por mi parte, en cuanto oí el nombre de mi hermana, redoblé mi atención y exclamé:

«—¡Sí, padre, cuéntanoslo!: ¡mi único deseo es que en tu historia ella esté aún viva!»

Comienza, pues, Sóstrato su narración refiriéndose a todos aquellos puntos que ya he adelantado: quién era Calístenes, el oráculo, la peregrinación, el episodio
3 de la barca y el rapto[344]. Y a continuación prosiguió así:

«—Durante la travesía Calístenes supo que no se trataba de mi hija y que todo su empeño había sido vano, pero, sin embargo, se enamoró perdidamente de Calígona. Y arrojándose a sus pies le dijo: 'Dueña mía, no me juzgues un pirata y un malhechor. Por el contrario, soy de noble cuna, bizantino de origen e inferior a ningún otro. El amor me ha hecho desempeñar este papel de pirata y urdir esta trampa contra ti. Desde hoy considérame tu siervo. Como regalo de bodas te doy, lo primero, mi persona, y, en segundo lugar, cuanto no te hubiera dado como dote tu padre. Y respetaré
4 tu virginidad hasta que tú dispongas.' Hablándole en estos términos y aun en otros semejantes, se ganó la voluntad de la muchacha, pues, por lo demás, era de hermosa presencia, de buena labia y de lo más persuasivo. Y, cuando llegó a Bizancio, tras comprometerse en una muy elevada cantidad como presente de bodas y equiparla del modo más suntuoso en todo lo demás, en vestidos, joyas de oro y cuanto engalana a las damas acaudaladas, le hacía la corte con la mayor corrección y respetando su pureza, tal como le había prometido, hasta el punto de que también la joven
5 quedó prendada de él. En su conducta, en todos los

[344] Véase II 13 ss.

aspectos, el mozo se mostraba el más discreto, razo-
nable y virtuoso, habiéndose producido en él un repen-
tino y admirable cambio. Se levantaba ante las perso-
nas mayores, cuidaba de anticiparse a saludar a quie-
nes se encontraba y aquella falta de juicio en sus lujos
y derroches anteriores se transformó en prudencia,
aunque conservó su magnanimidad con los que por su
pobreza se veían necesitados de socorro. De suerte que
todos se pasmaban de que tan de repente se hubiese
operado en él tal cambio de un comportamiento depra-
vado en otro inmejorable. Pero era yo sin duda el que 6
estaba más encantado, teniéndolo en la mayor estima y
con la idea de que sus antiguos excesos obedecían a
una naturaleza admirablemente espléndida y no a un
vicioso desenfreno. Me acordaba del caso de Temísto- 7
cles, al que también en su mocedad se tuvo por un
libertino incorregible y que luego aventajó a todos los
atenienses en saber y en hombría. E, incluso, me arre-
pentía de haberlo rechazado despectivamente cuando
me pidió la mano de mi hija, ya que conmigo se mos- 8
traba especialmente servicial, me llamaba 'padre' y
me escoltaba a mi paso por la plaza. No descuidaba su
entrenamiento militar. Por el contrario, descollaba en
particular en los ejercicios a caballo. En realidad, ya 9
durante su época de disipación había disfrutado entre-
gándose a estas prácticas, pero sólo por lujo y diver-
sión, y, a pesar de todo, el valor y la pericia se le
habían desarrollado apenas sin darse cuenta. Su em-
peño acabó siendo brillar en las artes de la guerra por
su arrojo y su dominio de las más diversas técnicas.
Aportó, igualmente, sumas elevadas al Estado y lo eli- 10
gieron para el mando militar a mi lado, con lo que aún
se mostró más respetuoso conmigo y obediente en
todo a mis decisiones.

18 »Una vez que ganamos la guerra, gracias a las apariciones de los dioses[345], y estuvimos de regreso en Bizancio, entre acciones de gracias a Heracles y a Ártemis, se nos eligió por aclamación, a mí para que viniese aquí a sacrificar en honor de Ártemis, y a él para ir a Tiro con la misma misión en honor de Heracles. Y entonces, tomándome la mano Calístenes, comenzó por contarme lo que había hecho con Calí-
2 gona, y añadió: 'Pero de mis actos, padre, aquéllos los realizó la violencia natural de la juventud, y los que siguieron, en cambio, han sido obra de mi serena determinación. Pues a esa joven hasta ahora le he respetado su virginidad, y esto en plena guerra, en la que nadie
3 pospone los placeres. Pues bien, ahora estoy resuelto a llevarla de vuelta a Tiro, junto a su padre, y obtener de él la boda que la ley dispone. Si accede a concederme su hija, la recibiré en buena hora. Mas, si se muestra reacio y de mal talante, se la entregaré aún doncella.
4 La verdad es que con el regalo de boda, nada despreciable, que le he hecho, espero lograr según mis deseos el casamiento.' Te leeré también el documento que redacté antes incluso de zarpar[346], en el que solicitaba que la joven fuese la esposa de Calístenes y exponía su noble origen, sus méritos y sus hazañas guerreras,
5 todo lo cual había sido convenido entre nosotros. Y por mi parte, en caso de que ganemos la apelación[347], he decidido en primer lugar navegar hasta Bizancio, pero luego dirigirme a Tiro.»

Después de esta conversación nos fuimos a dormir del mismo modo que las noches precedentes.

---

345 Anteriormente (VII 12, 4) sólo se mencionó la de Ártemis. Hemos de suponer otra de Heracles, dado el contexto siguiente.

346 Corrección de Jacobs. «Antes de la guerra» es lo que se lee en los manuscritos, lo que no da sentido en modo alguno.

347 Primera mención de un procedimiento del que el autor dará sólo después una sucinta explicación.

Al día siguiente vino Clinias a decirnos que Tersan- 19
dro había huido por la noche. Y así resultaba que había interpuesto la apelación no con el ánimo de seguir con el proceso, sino con la intención de aplazar con tal pretexto el momento en que quedaría convicto de sus
fechorías. Por ello seguimos allí por tres días más, es 2
decir, el plazo que marcaba el procedimiento, y comparecimos ante el presidente del tribunal e hicimos leer las leyes, según las cuales no le quedaba a Tersandro recurso legal alguno contra nosotros. Luego nos embarcamos y, con viento favorable, arribamos a Bizancio, desde donde, tras celebrar las tan deseadas
bodas, partimos hacia Tiro. Nuestra llegada tuvo lugar 3
dos días después de la de Calístenes y encontramos a mi padre a punto de hacer los sacrificios para el matrimonio de mi hermana, fijado para el día siguiente. Asistimos, pues, con el deseo de participar con él en el sacrificio y rezamos a los dioses para que concedieran a mi boda y a la de Calístenes los mejores auspicios. Y hemos decidido pasar el invierno en Tiro y marchar luego a Bizancio [348].

---

348 La novela termina con cierta brusquedad, no faltando quienes sospechen que se nos haya transmitido inacabada. No se recuerda, en absoluto, que la narración es un relato en boca del propio Clitofonte y que tiene lugar no en Tiro sino en Sidón (cf. Introducción, § 3.1).

INDICE GENERAL

Longo

DAFNIS Y CLOE

Aquiles Tacio

LEUCIPA Y CLITOFONTE

JÁMBLICO

BABILONÍACAS

Resumen de Focio y Fragmentos